

Sinopsis

Emanuel Quint, escrita en 1890, es una novela en donde el autor reúne varios motivos recurrentes, como lo son el ambiente silesio, la crítica de la sociedad burguesa, la ingrata vida de los humildes y la nostalgia de un renacimiento de la caridad y la esperanza cristianas. Una novela que toma como punto de partida la propia vida de Nuestro Señor Jesucristo. Vida maravillosa que repite la religiosidad del joven hijo de un carpintero saqueado por la fe. Emanuel es seguido por unos remedos de discípulos fanáticos, y es reñido, reverenciado, deshonrado y, por último, encarcelado, transformándose en un mártir de una época forjada a espaldas de Dios. Por fin, Emanuel renuncia a su misión, muere solitario en las montañas. Esta novela es sumamente importante y, a la vez, contradictoria, que termina por reflejar el conflicto personal de Hauptmann, de hecho, es el conflicto de todo un momento en la historia de Alemania: la oposición entre el intelectualismo positivista y anhelo religioso.

GERHART HAUPTMANN

Emanuel Quint

Traducción de R. Ibero

Ediciones Orbis, S.A.

Sinopsis

Emanuel Quint, escrita en 1890, es una novela en donde el autor reúne varios motivos recurrentes, como lo son el ambiente silesio, la crítica de la sociedad burguesa, la ingrata vida de los humildes y la nostalgia de un renacimiento de la caridad y la esperanza cristianas. Una novela que toma como punto de partida la propia vida de Nuestro Señor Jesucristo. Vida maravillosa que repite la religiosidad del joven hijo de un carpintero saqueado por la fe. Emanuel es seguido por unos remedos de discípulos fanáticos, y es reñido, reverenciado, deshonrado y, por último, encarcelado, transformándose en un mártir de una época forjada a espaldas de Dios. Por fin, Emanuel renuncia a su misión, muere solitario en las montañas. Esta novela es sumamente importante y, a la vez, contradictoria, que termina por reflejar el conflicto personal de Hauptmann, de hecho, es el conflicto de todo un momento en la historia de Alemania: la oposición entre el intelectualismo positivista y anhelo religioso.

Traductor: Ibero, R.

Autor: Gerhart Hauptmann

©1983, Ediciones Orbis, S.A.

Colección: Los premios Nobel

ISBN: 9788475303154

Generado con: QualityEbook v0.60

EMANUEL QUINT - EL LOCO EN CRISTO

GERHART HAUPTMANN

EDICIONES ORBIS, S.A.

Título original: DER NARR IN CHRISTO EMANUEL QUINT

Traducción de R. Ibero

© 1962 by Verlag Ullstein GmbH/Propyläen Verlag, Berlin

© Por la presente edición, Ediciones Orbis, S.A.

Traducción cedida por Editorial Bruguera, S.A.

ISBN: 84-7530-315-3

D.L.B. 29340-1983

Impreso y encuadernado por

Editorial Primer Colombiana Ltda.

Calle 64 No. 88A-30 Bogotá

CAPÍTULO PRIMERO

LA mañana de un domingo del mes de mayo, Emanuel Quint se levantó de su jergón, en el suelo de la pequeña cabaña que el padre, con muy poco derecho por cierto, decía que era suya. Se lavó con agua clara de la montaña en el pilón de piedra que había fuera, abriendo las manos bajo el chorro de un canalón de madera vieja y llena de musgo.

Quint había pasado la noche durmiendo muy poco, y ahora, sin despertar a los suyos y sin comer un bocado, salió andando camino de Reichenbach. Una anciana que iba por un sendero opuesto se detuvo al verlo desde lejos, pues Emanuel Quint caminaba balanceándose a grandes zancadas y con un porte bastante impropio por lo presuntuoso, en contraste con sus pies descalzos, la cabeza descubierta y la pobreza de sus ropas.

Quint se quedó en el campo, lejos de la gente, hasta cerca de las once. Luego pasó el estrecho puente de tablas que cruzaba el arroyo y se dirigió a la pequeña plaza del mercado, muy concurrida en aquellos momentos, pues entonces salían los fieles de la iglesia protestante. El infeliz se subió a una piedra, agarrándose con la mano izquierda a un farol y llamando la atención de la gente con esta actitud y con ayuda de ademanes; sorprendidos unos y divertidos otros, y algunos por curiosidad se le acercaron, menos los que se quedaron mirándole desde lejos; entonces empezó a gritar: —Vosotros, hombres, hermanos queridos, y vosotras, mujeres, hermanas queridas, haced penitencia, porque el reino de los cielos está cerca.

Estas y otras muchas palabras que siguieron demostraron en seguida que se trataba de un loco o casi, con una locura desconocida desde hacía muchos años en aquella vasta comarca. La buena gente se quedó atónita, pero como el iluso andrajoso no cesaba de gritar y sus increpaciones llegaban cada vez con más fuerza a todos los extremos de la plaza, muchos se indignaron ante la insolencia del vagabundo que discurría sobre las cosas más sagradas y corrieron a denunciarle al Ayuntamiento.

Cuando aparecieron en la plaza del mercado el jefe de los municipales y dos guindillas, el alboroto era increíble; los mozos de las fondas habían salido, los conductores de las diligencias gritaban desaforadamente y señalaban con el látigo al gentío que aumentaba por momentos y al que Quint dirigía su prédica desde la piedra a la que se había encaramado.

Los rapaces se hacían señas por medio de silbidos, a la vez que el griterío y las carcajadas ahogaban la voz del extraño predicador, que seguía hablando en un tono apasionado y tajante.

Quint sacó a colación al profeta Isaías y habló con voz tonante contra los ricos y los déspotas, «que atropellan a los pobres y a los humildes»; les amenazó asegurándoles que Dios reducirá a la impotencia a los opresores, y, finalmente, con voz conmovida y patética, les exhortó a todos para que hiciesen penitencia. En aquel preciso instante, la mano del municipal Krautvetter, un sujeto de seis pies de altura, le sujetó por el cogote y lo bajó de su pedestal entre las burlas y las carcajadas de los que le rodeaban, y lo sacó de la plaza.

El jefe de los municipales, hombre noble y abogado que no ejercía, había invitado a su mesa a un párroco protestante de las cercanías. Cuando se disponían a comer, le explicó el escandaloso suceso, y el párroco le dijo que deseaba ver al demente.

El clérigo era hombre sano de cuerpo y de alma, de hercúlea constitución y un perfil luterano, un poco adulterado por su cabello, negro como la pez e impregnado de aceite, y sus astutos ojos también eran negros. Le disgustaban los fanáticos descarriados. «¿Qué traen las sectas? —decía él—. División, confusión y disgustos.»

Emanuel llevaba casi una hora detenido cuando fue a buscarlo el jefe de los municipales y lo presentó al párroco. Aparte de Quint, el municipal, el párroco y el jefe de los municipales, no había nadie en la oficina. Emanuel estaba de pie, con los brazos caídos y el rostro impasible, ni arrogante ni temeroso. A través de su barba rojiza, se advertían en torno al labio superior y la barbilla las finas líneas de su boca, y unas arrugas sorprendentemente pronunciadas dada su juventud. Tenía los párpados inflamados, y los ojos, algo salientes y muy abiertos, parecían no observar nada de lo que ocurría a su alrededor.

En su rostro, lleno de pecas desde la frente hasta el mentón, se precisaban los sentimientos que le impulsaban.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el párroco.

Quint le miró y luego dijo su nombre con voz segura y altiva.

—¿Qué oficio tienes, hijo?

Quint tardó en contestar un instante, pero luego empezó a hablar muy despacio, separando cada frase como si entre una y otra reflexionase.

—Yo soy un instrumento. Mi oficio es convencer a mis semejantes para que hagan penitencia. Soy un obrero en la viña del Señor. Un siervo de su palabra. Soy

un predicador en el desierto, un seguidor del evangelio de Jesucristo, nuestro Salvador y Señor, que subió a los cielos y volverá un día, tal como nos ha sido revelado.

—Está bien —comentó el párroco, cuyo nombre era Schimmelmann—; tu fe te honra, hijo mío, pero ya sabes que la Biblia dice: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente.» Dime, pues, ¿qué oficio tienes, además de ese que dices? ¿En qué trabajas?

Krautvetter carraspeó, movió ligeramente el sable con el evidente propósito de hacer ruido, y como Emanuel no contestaba, dijo que en su aldea a Quint se le tenía por un haragán y que era una carga para su pobre madre. Añadió que ya otras veces había llamado la atención de los vecinos con incidentes como el de hoy, sólo que la gente se había acostumbrado y ya no le sorprendían sus botaratadas.

Entonces el párroco se levantó, y después de mirar durante unos segundos a Emanuel, le dijo gravemente: —Escrito está: reza y trabaja, hijo mío. Dios ha señalado para sus criaturas distintos quehaceres con su carga y su recompensa; a cada persona le ha asignado una tarea de acuerdo con su situación y su formación. Por vocación, sirvo a Dios. Y ahora, como siervo de Dios, te digo que estás equivocado y que vas por mal camino. ¿Me comprendes? Te lo digo como quien tiene una visión más cabal que tú de los designios de Dios. ¿Debo yo, hijo mío, empuñar la garlopa y tú subir al pulpito en mi lugar? Y te pregunto: ¿qué significaría esto? Sencillamente, pisotear el orden establecido por Dios.

El párroco se volvió al jefe de los municipales y prosiguió:

—Así es, mi querido barón; nunca nos opondremos con suficiente energía a que los profanos, con su nocivo celo, suplanten a los servidores de la palabra de Dios y solivianten al pueblo. El laico es irresponsable. Todavía sigue sin saberse si los daños por ellos ocasionados superan o no los beneficios. No se deben sembrar en el alma del pueblo gérmenes que, sin la solícita mirada del jardinero, crecerán luego sin la debida proporción. Con cuánta facilidad un germen así chupa los mis nobles jugos del alma para convertirse en una planta venenosa. Acuérdense de Thomas Münzer, acuérdense de los anabaptistas, y piense en cuántas ovejas descarriadas, convertidas en lobos feroces, ha habido en todos los países, incluso en tiempos no lejanos. Piense en la leña que, amontonada aquí y allá, sólo espera una chispa para convertirse en un pavoroso incendio. Por eso se dice que no se debe jugar con fuego. ¡Por amor de Dios y de Jesucristo que no! Hay una pequeña planta, la más delicada y noble de cuantas existen, y esta pequeña planta debe ser regada y nutrida antes que ninguna otra en el alma del pueblo. Esta planta es la obediencia a la autoridad. Por eso, hijo mío, leemos en la Biblia: «Hazlo cuando por la tarde tu trabajo te deje media hora libre, hazlo cuando vuelvas de la iglesia los

domingos, hazlo si no prefieres salir al campo, a la naturaleza creada por Dios.» Pero no dejes de leer el pasaje que dice: «Todos deben acatar la autoridad.» En las cuestiones del espíritu, yo soy tu superior; en las cosas de la tierra, lo es el señor barón que ves a mi lado, y por eso yo, como tu superior en las cosas del espíritu, te digo: quédate dentro de los límites que Dios te marcó y sé humilde. Predicar no es cosa tuya, porque para eso se requiere una cabeza preparada; no la puedes tener, pues dada tu realidad es totalmente imposible. No me pareces mala persona, y por eso te aconsejo con toda la sinceridad y la bondad de mi corazón que no te descarríes. No exijas un esfuerzo excesivo y estéril a las débiles fuerzas de tu flaco entendimiento; no intentes escrutar e interpretar las Escrituras, un pecado del que me pareces sospechoso. Será mejor que las dejes antes de que el demonio consiga descaminarte.

Así que hubo pronunciado estas palabras con su firme acento de predicador, pareció esperar durante unos instantes la respuesta del amonestado, pero éste, que había escuchado sin demostrar el menor temor, siguió pensativo y silencioso. Entonces el jefe de los municipales, con ceño adusto, le preguntó al párroco: —¿Qué hago con él?

El clérigo, después de expresar su inhibición con un suspiro y repetidos movimientos de cabeza, cogió al barón del brazo y se lo llevó a otra habitación, donde le dijo que, a su entender, no convenía dar pábulo a incidentes como aquél, y acordaron dejar marchar a Emanuel después de reprenderle severamente. Los dos coincidieron en reconocer que existían muchos factores a favor del pobre iluso, quien en realidad se había dejado llevar demasiado lejos por su celo de predicar el bien.

Luego volvieron a la oficina, y el barón, reemplazando al pastor y en un tono completamente distinto, le soltó al infeliz una de aquellas despiadadas reprimendas que le habían valido la consideración de sus superiores.

—¡Ay de ti!, te lo advierto. Si eres carpintero, mete la nariz en el caldero de la cola y no robes a Dios sus días. Si se repite un escándalo como el de hoy, blasfemia tras blasfemia, te meteremos en la jaula. Y ahora vete. ¿Entendido?

Cuando Emanuel Quint salió a la calle se encontró con un grupo de ociosos que le recibieron con chacotas, sin que le impresionasen. Hinchido de un sentimiento de orgullo y satisfacción, se consideraba honrado de haber tenido que sufrir por el evangelio de Jesucristo, pues Quint, como todos los locos, tomaba su demencia por sabiduría y su debilidad por fortaleza. Con ojos brillantes, humedecidos por lágrimas de felicidad, marchó por entre la agresiva gente sin advertir que dos hombres le seguían. Eran los hermanos Scharf, jóvenes y honestos tejedores, que habían escuchado el sermón de Quint en la plaza del mercado. Pero

mientras todos los que le oyeron se reían y se burlaban, ellos quedaron vivamente impresionados. En la aldea les llamaban *los beatos*, y también a ellos se les tenía por poco menos que locos, pues llevaban una vida extraña y solitaria al lado de su anciano padre, y con frecuencia se ponían a cantar y a rezar en voz alta en su mísera cabaña.

Emanuel Quint siguió su camino sin mirar atrás. Así que salió a las afueras y después de cruzar la vía del tren llegó a la carretera, los hermanos Scharf se le acercaron y le preguntaron si no era el mismo que unas horas antes, en la plaza del mercado, había predicado la necesidad de hacer penitencia y la proximidad del reino de los cielos. Emanuel respondió que era él, y después de caminar sin decir nada durante un buen trecho a través del agreste valle, el más joven de los hermanos, Martin Scharf, comenzó a hacerle a Quint una serie de inquietantes preguntas, y luego, viéndole escrutarse las oscuras y amenazadoras nubes, quiso saber qué tenía que hacer para liberarse de los horrores del día final y estar seguro de alcanzar el paraíso.

Antón Scharf, pálido y pelirrojo como su hermano, caminaba a la izquierda del loco y le miraba asustado, lo mismo que Martin. El hombre extrañamente alucinado que hizo reír a la gente ejerció, desde el momento en que escucharon su sermón, una poderosa influencia sobre los dos hermanos, unidos a él en pobreza y en penuria espiritual, y Quint, casi sin darse cuenta, los había acogido en su corazón y ligado a su ser con los lazos del amor.

Mientras avanzaba entre ellos, poseído de su misión divina y sintiéndose triunfador en su primera intervención, escuchaba como arrobado las palabras y las preguntas que le hacían, convencido de que no podía ser de otro modo. Cada vez que siguiendo el mandato divino lanzase el anzuelo, tenían que picar los peces, y así, volviéndose a las dos almas sedientas de la palabra de Dios, les dijo con amorosa voz: —Velad.

Luego, mientras iban monte arriba, Martin Scharf, después de algunos titubeos, le hizo una petición; en el rudo dialecto de la comarca y sirviéndose del tú como todos los pueblerinos, le rogó que fuera con ellos y viese si le era posible curar a su anciano padre, que llevaba días en cama con fiebre. Emanuel les dijo que aquello estaba en las manos de Dios, pero cuando llegaron al punto donde se separaban sus caminos, aunque su respuesta era como una negativa, siguió a los dos hermanos, porque sus miradas y sus ruegos le infundían una extraña confianza y porque su alma, casi contra su propia voluntad, avanzaba hacia la apoteosis del milagro.

Mientras se acercaban a la cabaña de los hermanos por un camino pedregoso, Emanuel rezaba interiormente. Después de su primera prueba, se vio

frente a otra, todavía más dura. Había seguido la llamada del Salvador, había dado testimonio del evangelio, pero ahora tenía que recibir la confirmación de que efectivamente había sido elegido como sucesor de Jesús, devolviendo la salud a los enfermos y la vida a los muertos.

No puede decirse que el pobre loco se hubiera propuesto hacer una cosa así llevado de la soberbia, pues era todo humildad. Y así, a las plegarias que salían de su alma enfervorizada y en las que pedía al Salvador que le santificara, añadía siempre estas palabras: «Que no se haga mi voluntad, sino la tuya.» Por eso, sin conciencia de que incurría en pecado, movido íntimamente por una poderosa fe, se acercó al lecho que debía descubrirle en qué medida había alcanzado la misericordia divina y hasta qué punto se había acercado a su Señor y Maestro. En su delirio, no pensó ya en las palabras del pastor ni en las amenazas del jefe de los municipales. Durante semanas y meses, incluso años, había estudiado devotamente las Sagradas Escrituras, y por desdicha estaba inmunizado contra los males de este mundo; por ello no era fácil intimidarle con armas que procedieran de prejuicios terrenales.

El viejo Scharf, tendido sobre la paja de su mísero lecho, empezó a gemir así que entraron sus hijos. Abriendo con dificultad los ojos, llorosos y enrojecidos, y la desdentada boca, y sin saber, según pareció, quién se le acercaba, tendió al aire las manos secas y rígidas entre gemidos, llantos y estertores.

Antón Scharf, el más joven de los hermanos, se acercó a su padre, y después de hablarle durante un rato con voz excitada, pareció como si los dolores del anciano aumentasen; de su pecho, que respiraba penosamente, salieron débiles y lastimeros quejidos. Entonces, se le acercó también Emanuel, pero al verlo, el viejo Scharf prorrumpió en gritos de horror y, mirando al loco como petrificado, exclamó: —¡Ayúdame, Señor Jesucristo!

Parecía como si el anciano estuviera viendo al demonio. Y tanto empeño pusieron los dos hermanos en liberar a su padre de aquel miedo, que temblando todavía se echó hacia atrás, hasta que el miedo se trocó en espanto, el espanto en cólera, y luego, como quien trata de ahuyentar una aparición, hizo ademán de golpear a Emanuel, quien, no obstante, sólo miraba adentro de sí mismo. Entonces levantó la mano, y como el viejo, después de su acceso, enmudeciera y pareciera mirarle fijamente, Quint le puso suavemente la mano sobre la frente surcada de arrugas, y en el mismo instante el viejo se quedó dormido.

Ante este hecho, no más sorprendente que cualquier otro, los hermanos Scharf se quedaron atónitos. Ellos, que poseídos de una ingenua superstición habían pedido al joven forastero que acudiera al lecho de su anciano padre, se quedaron maravillados en su candidez ante el aparente milagro. El viejo dormía

tranquilo, cuando desde hacía semanas no había conseguido conciliar el sueño y había pasado los días entre sollozos y quejidos y las noches entre gritos y estertores. A medida que los hermanos reparaban en el sorprendente cambio, que tanto a ellos como al anciano los liberaba de una terrible angustia, más vivo era su impulso de besar las manos de quien había traído remedio a sus penas y que ahora les parecía un mensajero de Dios.

También Quint, impresionado por el milagro, aún más que los dos hermanos, sólo a duras penas conseguía dominar su excitación. Interiormente su agitación era intensa porque su beatitud rozaba los límites del dolor físico, y mientras creía oír a su lado y dentro de sí mismo el eco del Espíritu Santo, seguía de pie y en silencio junto al lecho del enfermo, inmóvil, la cabeza hacia atrás y los ojos fijos en el techo, como si fuera el cielo, mientras una enorme lágrima se le detenía en la mejilla.

Aquella noche, los hermanos Scharf no consintieron que Quint se fuera. Como el día antes habían llevado sus tejidos al comerciante, adquirieron un poco de centeno tostado y de pan, y podían encender fuego para atender a Quint. Al cabo de un rato, durante el cual el anciano siguió durmiendo plácidamente, en cuanto Martin Scharf puso sobre la mesa la frugal comida a base de patatas, pan y una sopa de maíz, los tres se inclinaron en actitud de rezo y Martin pronunció el «Ven, Señor, y comparte nuestra mesa». Luego, mientras comían, los tres tuvieron el convencimiento de que el Salvador estaba realmente allí, y emocionados hasta lo más profundo de su ser, aunque sentados a una mísera y vieja mesa, les parecía hallarse en una gran fiesta, atendidos como si estuvieran sentados a la mesa del Señor.

Atados desde su niñez a la tabla del telar, pedaleando continuamente como quien bracea en el agua para salvarse, los dos hermanos veían la tierra como un valle de lágrimas, aun cuando no se la hubieran descrito así en la escuela y en la iglesia. Y a causa de las penalidades y privaciones, acogieron la buena nueva del Evangelio con el ansia del que se está ahogando y se aferra a su salvador.

El tejedor, acostumbrado únicamente al trato con personas conocidas, en su mayoría miembros de la propia familia, y por ello fácilmente hostil al trato con extraños, angustiado siempre debido a su humilde profesión, en la que el hambre y las preocupaciones son la sola fuente de inspiración, sin olvidar la añoranza de todo lo que hay afuera..., añoranza de sol, de luz, de cielo azul; el tejedor, refugiado en sí mismo, se desquita de su miseria soñando, y acostumbrado a una vida orientada hacia dentro, se vuelca sobre un libro como acude a la fuente de la que mana agua, y sacia en él la sed de su espíritu, y la Biblia se convierte en su único libro, y el mundo bíblico acaba por llenar su alma más que el mundo real.

Precisamente por eso a Emanuel Quint le parecieron aquellos dos hombres como salidos directamente de la Biblia. Ya en el mercado de Reichenbach, aunque advertidos de que se guardaran de falsos profetas, los dos habían quedado subyugados por Emanuel. No hay loco que no haga nuevos locos. Crédulos y firmemente convencidos de que su penuria era demasiado grande para que no terminase pronto, esperaban con el corazón inquieto que se cumplieran las promesas del cielo mientras aguardaban el pan que habría de calmar su hambre corporal. En su ingenuidad habían creído, y Dios sabe cuántas veces, que el pavoroso fin del mundo estaba ya cerca y que se aproximaba el hundimiento de todo lo existente. En invierno y en verano acudían a sus conventículos, donde permanecían horas enteras, y mientras dirigían una *última* mirada a su miserable cabaña, *pensaban que* quizá fuese aquélla la despedida, pues cada vez que se reunían, rezando, cantando y leyendo la Biblia con otros devotos de su misma especie, se apoderaba de ellos el convencimiento de que la hora final estaba muy cerca. Entonces les parecía que quizá sólo mediaran escasos minutos entre el momento presente y el último instante. Y con frecuencia, durante el sosegado rezo, cuando afuera reinaba la noche y en la habitación donde se congregaba la pequeña comunidad había un silencio sepulcral, los hermanos se ponían pálidos de repente, y mientras se miraban, asustados y dichosos a un tiempo, oían los primeros sonos de las trompetas del Juicio Final.

Después de haber permanecido sentados, y en la extraña excitación en que se encontraban los tres, luego de hablar un poco, se levantó el más joven de los Scharf para retirar los restos de la comida, ayudándole su hermano. Seguidamente cogió las Sagradas Escrituras que guardaba en una viga del techo, y mientras las abría sobre la mesa ante los ojos de Emanuel, miró al nuevo apóstol con expresión suplicante, y aún no había éste puesto su mano sobre el preciado libro cuando a los hermanos les pareció como si los ojos del loco comenzaran a brillar con resplandor sobrenatural y emanara un fuego celestial que inundaba rápidamente su cuerpo, pero lo que ocurría era que el extraño apóstol recobraba una mayor seguridad, y, pese a su arrobamiento, en aquellos momentos sentía que pisaba seguro, con lo que de nuevo llegaba al fundamento de la divina sabiduría, en la que estaba cimentado su error, que él tenía por verdad.

Entonces comenzó a leer, o, mejor dicho, mirando las Escrituras muy por encima, dijo con voz pausada y devota: —Bienaventurados vosotros, porque vuestro es el reino de los cielos. Bienaventurados los que aquí padecéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que aquí lloráis, porque seréis consolados; vosotros reiréis un día. El espíritu del Señor está en mí. Él me ha enviado, como ha enviado a otros muchos. Aquí estoy; anuncio el evangelio. Vengo con el corazón herido a sanar. Los presos serán libres; los abatidos, salvos;

los ciegos verán.

»Miradme —prosiguió, y en el mismo instante pareció como si en sus facciones decrepitas y acongojadas se dibujara la angustia de un oculto y amargo dolor—, vosotros me diréis: “Médico, cúrate a ti mismo.” Si vosotros me conociérais como mi Padre me conocía, lo que demostró con su testimonio, sabríais que soy un repudiado de los hombres. Yo he sido despreciado desde mi juventud. De niño sufrí de úlceras. Estuve postrado en la paja del lecho de enfermo más tiempo del que os parecerá posible. Pero la ignominia no me ha envilecido; la enfermedad ha dejado mi alma viva. Y descubrí que estaba escrito esto: “Bienaventurados aquellos a quienes los hombres odian, repudian e injurian y cuyo nombre desprecian.” Ellos me llaman loco. ¿Y qué? También se apartaron del Salvador y le pusieron todos los nombres. He aquí el Cordero de Dios que lleva los pecados del mundo. Tampoco él tuvo ni figura ni belleza, pero le tomaron por aquel que fue herido y martirizado por Dios. Si vosotros me decís: “Médico, cúrate a ti mismo”, yo os digo que no estoy dispuesto a desprenderme sino ante Dios de la vestidura de la ignominia y de la enfermedad del mundo. Sufrir es una dicha. Yo bendigo al Padre por cada sufrimiento que me regala, por cada tormento con que me obsequia. La sangre de Cristo y la justicia son mi blasón y mi vestido de gala. No quiero quitarme el vestido de la terrena tribulación antes de que se lo haya quitado el último hermano de los hombres, que también lo es mío. ¿Sabéis quién es el último, el más pobre y miserable entre los hombres? ¿El más enfermo entre los que suplican salud? ¿El más torturado entre los que padecen sed? ¿Aquel a quien el hambre más cruelmente atormenta? ¿El que más amargamente padece tribulaciones? ¿Sí? ¿Sabéis vosotros quién es? ¡Él! ¡Jesús de Nazaret!

Cuando Emanuel llegó a este punto de su sermón, algunos mozalbetes que al pasar por delante de la cabaña vieron luz dentro y a los pobres ilusos reunidos, se pegaron a una de las ventanas, la nariz y la boca aplastadas, pareciendo ridículas máscaras, y empezaron a gritar y a amenazar. Los hermanos se miraron palideciendo, pero Antón, a quien pronto se le subía la sangre a la cabeza, a pesar de estar embebido en la oración, se levantó de un salto, dispuesto a castigar a los perturbadores de su paz.

Con mansedumbre, acaso con complacencia, Quint miró al hombre que a duras penas conseguía dominarse.

—Bienaventurados los mansos —le dijo mientras le tendía la mano, y cuando Antón le alargó la suya, se la apretó al tiempo que añadía—: Y tú también, que la virilidad y el valor son dados por Dios. Sírvete de ellos, sirve al evangelio. Los servidores de la palabra de Dios deben ser hombres, pero pon tu fuerza al servicio de la humildad, tu valor al servicio de la paciencia, y transforma tu celo en

amor a Dios. Entonces serás una roca como Pedro.

CAPÍTULO II

EL fuego interior, que había impulsado a Emanuel a dar testimonio por primera vez y que él había creído fuego del Espíritu Santo, siguió ardiendo incluso después de alejarse de los hermanos Scharf. No tenía la menor duda de que el Salvador habitaba en él y de que por su mediación había actuado con poder milagroso, para confirmar así su llamada al apostolado.

Cuando dejó a los dos hermanos, se fue al bosque como quien pretende ocultar sus venturas. Mientras amanecía, el cielo era cada vez más claro, los pájaros comenzaban a cantar más sonoramente y él se fue internando en el bosque hasta llegar a la falda de la montaña, pues aquella mañana de primavera, a la que la naturaleza había estado esperando y cuya placidez embargaba a todas las criaturas, tenía para él un sentido celestial. El impulso que exaltaba su corazón embriagado de amor no sólo le llevaba a ver lo antes posible el sol, creador de aquel paraíso terreno, sino que le hacía creer que estaba viendo llegar a Dios en su luz, y Quint quería estar en su gloria aunque sólo fuera para fundirse en ella.

Emanuel respiró el aire de la mañana, pero a él le pareció aquélla la mañana del día eterno, del que huyeron para siempre las tinieblas y en el que, de acuerdo con las palabras de la Biblia, viviremos en paz y en gracia de Dios, libres de toda desgracia y partícipes de la eterna bienaventuranza. Así, pronto su goce se trocó en delirio. Las oleadas de emoción alcanzaron tales proporciones que Quint, casi contra su propia voluntad, comenzó a gritar de alegría, a cantar y a loar a Dios con puras voces de júbilo sólo para no morir en la apoteosis de su dicha.

Así llegó a la cima Hohe Eule, la más prominente de aquella región, y quien hubiera visto cómo el pobre artesano, con los brazos en alto corría, ahora murmurando y ahora dando gritos, o se quedaba inmóvil mirando hacia oriente con ojos ardientes y llorosos, le habría creído loco.

Y entonces, cuando el sol iluminó la tierra con su luz purpúrea, incandescente como oro al rojo vivo, e inundó las moradas de los hombres con su suprema claridad, en los oídos del pobre apóstol sonaban con estrépito platillos, timbales, trompetas y arpas. Emanuel sólo pudo permanecer erguido durante unos instantes, mientras miraba la imponente hoguera, y luego cayó de rodillas, herido en lo más profundo de su corazón por un dolor intenso, un dolor tan dulce como abrasador, y se puso a balbucear implorando clemencia para todos los mortales.

Cuando Quint despertó de su pesado sueño, semejante al sueño de la muerte, era ya mediodía. No sabía si había soñado, ni en ese caso, qué era lo que había soñado, pero se sentía fresco y embargado de una inefable dicha. Luego de lavarse la cara y las manos en el cercano arroyo y de beber un poco de agua, avanzó por el valle sin rumbo fijo, y poco después llegó a una cabaña situada en la linde del bosque, llamó a la puerta pidiendo limosna y le dieron un trozo de pan.

El loco vagó entonces, evitando los poblados, por abandonados senderos hasta la llanura, y luego, cruzando los campos, a lo largo de los surcos de algún patatal y siguiendo las márgenes de riachuelos sombreados por sauces y alisos, siguió andando. Ya había anochecido cuando se detuvo en una pequeña aldea situada en un repliegue del terreno, por encima del cual asomaban sus tejados y sus chimeneas, una torre en ruinas y la oscura bóveda de sus robles, álamos y tilos. Allí nadie conocía al loco, y la oscuridad hizo que pudiera llegar a la escuela sin llamar la atención, al mismo tiempo que llegaban algunos viejos y mujeres... En una de las aulas, una pequeña comunidad esperaba a su predicador.

Apenas se hubo sentado Quint en el último banco de la clase, se abrió la puerta y entró un joven, el maestro del lugar, acompañado de otro hombre, corpulento, de frente estrecha y cuello corto, que en modo alguno hacía pensar en un mensajero de la paz. Éste subió a la pequeña tarima, y después de hojear detenidamente la Biblia, abierta entre dos velas encendidas, como si pretendiera esconder en ella el fuego de sus ojos, observó a la grey allí reunida con amenazadora y escrutadora mirada.

Aquella mirada hizo temblar al pobre Emanuel. De pronto, se vio cargado de culpas y merecedor de la muerte. Y tan pronto como las primeras palabras del predicador vibraron en la sala, como el sordo rumor que precede a la tormenta, en el interior del loco se desencadenó una angustiada lucha. No faltó mucho para que se levantase y huyese de allí, como azotado por espíritus infernales, pues de pronto sintió en su corazón el peso insoportable de lo que había hecho y había pretendido hacer durante las últimas semanas.

Aquel hombre sorprendía sus más ocultos pensamientos y hasta su aún más oculta vanidad, como a través de un rayo que de golpe lo iluminase todo. A ese estado se añadían las horribles palabras que entonces oyó: —El hacha está junto a la raíz del árbol, y así, todo árbol que no dé buen fruto será talado y arrojado al fuego.

El cándido Quint abrió desmesuradamente los ojos, y herido por una indescriptible consternación, permaneció con la boca abierta. Se golpeó el pecho, se inclinó tres veces hasta que su sudorosa frente tocó el suelo, y con la más profunda

contrición estaba dispuesto a someterse a cualquier castigo de Dios, por horrible que fuera.

El hermano Natanael no predicaba como los versados en las Escrituras. Del mismo modo que Juan el Bautista, cuando predicaba, hacía pensar en truenos, rayos y lenguas de fuego, de él salía una voz imponente que hacía temblar a los oyentes. Pero no se limitaba a proseguir la misión del Bautista, sino que, además, revivía los horribles y caóticos cuadros, las espeluznantes y horrorosas visiones narradas por el otro Juan en el libro del Apocalipsis.

Después de arremeter contra la ceguera y la locura del mundo —los mercaderes convertidos en príncipes, los reyes y los poderosos empeñados exclusivamente en conseguir nuevos instrumentos para la guerra y el crimen—, gritó: —La mía es la voz de un predicador en el desierto. Pero ahora os digo: yo y muchos otros cristianos hemos oído a veces otra voz que gritaba en la noche bajo las estrellas: «¡Ha caído! ¡Ha caído la gran Babel!» ¡Ay de ella! ¡Ay de ella! —prosiguió, con los párpados caídos sobre los ojos, como si no quisiera ver los rostros que le habían arrancado tales gritos de miedo, de amonestación y de amenaza—. Veo a los ángeles del Éufrates sueltos. ¡Los veo caer con la espada de la venganza sobre los continentes! ¡Descienden y azotan a América y ahogan en sangre a la tercera parte de su población! ¡Descienden y abaten a la enorme Asia y matan a la tercera parte de sus habitantes!

¡Descienden y arrollan a Europa, a Australia y a África, y sacrifican y aplastan con pies de fuego a los enemigos de Aquel que estaba aquí, está y estará! El cielo se oscurece; las estrellas caen del cielo sobre la tierra en llamas. El mar se vuelve sangre. Los peces y todas las criaturas del mar son ahogados en sangre. Y el mar se encrespa y vomita, y vomita, y vomita sus muertos; vomita todas las víctimas que ha engullido desde el principio de los tiempos, hasta la hora del Juicio Final...

El predicador continuó describiendo el final de la gran Babel. Llamas sulfurosas poblaban la sala. La pobre gente escuchaba, recogida en sí misma, inmóviles sus rostros, enjutos, huesudos y arrugados, y fijaban los ojos en los labios del predicador. Todos, entre arrobados y horrorizados, tenían la boca desmesuradamente abierta. Se oían sollozos y resuellos de angustia; la pobre gente veía coronas y más coronas, con las que estaban engalanadas las siete bestias; incluso se percibía el vapor y el hedor del fuego voraz que emanaba de la venganza ancestral; a sus pies, la tierra temblaba con siempre renovadas muertes y siempre renovado sonido de trompetas. No había fin, ni salvación, ni escondite

alguno para el pecador.

Y las montañas de cadáveres se hacinaban bajo la peste, el fuego, la espada y el garfio. Los cuervos, los buitres y los lobos sucumbían entre tanta carroña. Se percibía el nauseabundo olor de la putrefacción. Pero en medio del horror que crecía como un diluvio por encima de toda idea humana, Emanuel Quint oyó de pronto en su alma algo, semejante a una argentina esquila, tañer suavemente, y luego, como el sonido maravilloso y cautivador de una dulzaina, repicar un poco más fuerte, y acogió este mensaje con un estremecimiento.

En el mismo instante dejó de tener poder sobre él la cabeza enfurecida, de espesos cabellos y venas hinchadas, que gritaba entre las dos velas. También el predicador pareció comprender que la tierra de aquellas almas estaba ya suficientemente abonada como para confiarle la semilla del reino de los cielos. Estaba convencido de que el fuego sulfuroso de la purificación había valido para que las lenguas estuviesen sedientas de una gota de agua viva, del elemento saciador cuya fuente estaba abierta. Y continuando su sermón, pasó a describir la paz segura de los elegidos, para quienes estaban dispuestas las moradas de la eterna felicidad, la santa Sión.

Entonces habló del grano de mostaza de la fe que crecerá hasta convertirse en un árbol grande y umbroso. Emanuel volvió a escuchar. El predicador siguió hablando de la sangre sonrosada del Cordero, con la cual el creyente se verá limpio de todo pecado, hasta quedar con tan impecable blancura que será imposible hallar mancha alguna en él. En lugar de la vieja Babel, describió la nueva y dichosa Sión, y gritó encendido: —¡Bienaventurado y santo aquel que participa de la primera resurrección! Aquel que sobrevive, lo heredará todo.

Y como un celestial arquitecto, el predicador siguió describiendo a los emocionados oyentes la Ciudad Santa hecha de jaspe. Les mostró sus puertas y sus cimientos; construyó sus casas de oro y sus cimientos de zafiro, calcedonia y esmeralda; citó el sardónice, el crisolito, el topacio y el jacinto, y acumuló palabras que, aunque incomprensibles para los fieles, les proporcionaron una imagen de esplendor y embeleso. Concluyó con una plegaria de contrición y reafirmación de la fe, para que la comunidad pudiera contarse entre aquellas que estaban llamadas a disfrutar, en indecible dicha, los mil años bajo el cetro del Cordero, que es la única luz del Sión terreno.

En el vestíbulo, cuando la humilde gente se fue, Emanuel Quint se dirigió al hermano predicador preguntándole con voz queda: —¿Qué debo hacer para ser bienaventurado?

El hermano cogió afablemente la mano de Emanuel y se lo llevó hacia una crujiente escalera de tabla, subiendo al cuarto destinado a los huéspedes y que la señora del maestro le había reservado. Parecía como si el locuaz hombre de Dios encontrara mayor satisfacción en la presencia de Emanuel que la que días antes demostró el representante de la cristiandad, pues abajo, el maestro y su esposa llevaban esperando inútilmente largo rato ante la mesa de blanco mantel, mientras las voces de los dos hombres, cada vez más animadas, llegaban hasta ellos a través del techo enjalbegado.

Cuando finalmente el hermano Natanael se presentó para la cena, pudo advertirse en su rostro que algo inesperado acababa de trastornarle. Sus palabras parecían distraídas y comía sin prestar atención. Una vez concluida la cena, dejó caer su pesado cuerpo en el extremo de un sofá, y como si se hubiese ausentado empezó a hurgarse maquinalmente los dientes.

El maestro no se cansaba de hablar de Dios, del reino de los cielos y de sus venturas. Su opulenta y joven esposa, meridional ella y escasamente sensible, frunció el ceño al ver que su marido, con la Biblia en la mano y evidentemente nervioso, le hacía de nuevo señas para que fuera más solícita en recoger la mesa y más ávida de la palabra de Dios.

—Acabo de tener en mi habitación a un hombre —dijo el hermano Natanael—, cuya personalidad y modo de hablar todavía siguen impresionando mi alma. Yo no lo conocía, pero él me conocía a mí. Había leído diversas cosas mías en folletos piadosos, sin que sepa cuáles leyó. Está versado en la Biblia, aunque a primera vista me resultaba poco menos que imposible pensar que supiera leer. No me ha querido decir su nombre, y no sé por qué. Tal vez ha sido castigado por algún delito. Y hasta es posible que haya estado en algún correccional. Pero, como está escrito, habrá más alegría por un pecador que haga penitencia que por noventa y nueve justos que se salven. No obstante, insisto en que en su persona hay un peculiarísimo halo de candor y de inocencia. En ese hombre alienta una fe sencilla y firmísima. Así que lo vi, sin que yo mismo sepa por qué, me vinieron a la memoria aquellas palabras: «En verdad que él soportó nuestra enfermedad y tomó sobre sí nuestros sufrimientos, pero nosotros le tomamos por aquel que fue azotado y martirizado por Dios.» El pobre hombre parecía estar enfermo. Las manchas rojas de sus mejillas denunciaban la tuberculosis. Dada su edad, es casi imposible que su martirio haya sido tan duro como para proporcionarle una visión tan profunda y penetrante del sufrimiento y de los dolores de la vida. Es sorprendente ver con qué sabio y delicado acento lo repasa todo. No lo entiendo, no lo comprendo.

El hermano Natanael hizo una pausa, y luego prosiguió:

—Hay en ese hombre, cuyo enjuto cuerpo resplandece a través de los jirones de su mísera ropa, un amor y una misericordia que en cierto modo me desarmen y cautivan. Emanan de él un espíritu de caridad tan grande, que me veo a mí mismo, no obstante mi caridad, como un hombre sórdido y limitado. Se ha referido a un pasaje del Apocalipsis que he recordado en mi sermón, diciendo que la gran Babel será castigada con el fuego y la espada en presencia de los santos, de los ángeles y del Cordero. Me ha dicho que no es ése el espíritu del Cordero. Y lo ha afirmado como quien lo sabe muy bien, y yo, que presumo de conocer la palabra de Dios, no he sabido qué contestarle. Luego me ha asegurado que eso sería un lamentable error, nacido precisamente de la ceguera del odio, que ni siquiera el perdurable amor del Salvador consiguió extirpar del corazón de sus discípulos.

El maestro se sobrecogió. Para él era un pensamiento inadmisiblemente dudar de la divina verdad de las palabras de las Sagradas Escrituras, y aun de la más insignificante de sus letras.

—¡El Salvador, el Salvador, y siempre el Salvador! —le respondió entonces el hermano—. No hay nada que oponer a esto cuando se está plenamente convencido de que quien así habla se recuesta en el pecho del Cordero. Jesús, Jesús y de nuevo Jesús. Otra cosa no conoce ese joven creyente. Y fue Jesús quien dijo: «La palabra mata, el espíritu vivifica.» De este Jesús aprendemos nosotros. ¿Quién puede saber cómo va a venir? ¿Quién se atrevería a decir que va a venir hoy, o mañana o dentro de doce mil años? Yo he puesto mi mano sobre la cabeza de hombres de corazón limpio y bondadoso para bendecirlos, y he recordado las palabras del Salvador: «Lo que hicisteis al más pequeño de mis hermanos, a mí me lo hicisteis.»

Luego el apóstol del reino de los mil años, sumido aún más profundamente en su meditación, prosiguió: —¿Qué se deduce de esto? ¿Cuánta precaución no exigen estas palabras del creyente? ¿Quién me dice a mí, si recrimino duramente a alguien, que ese alguien no es Jesús? ¿Quién me dice a mí que en ese hombre no habita el propio Jesús? ¿No está en su poder recorrer de nuevo el camino de la miseria y de la vileza terrenas? Querido hermano en Cristo, yo sé lo que digo, y por eso afirmo que ese joven puede muy bien ser el Salvador. Sí, en cierto modo él es en verdad Jesús.

Y así continuaron hablando del infeliz Emanuel Quint, hasta mucho después de medianoche, el hermano Natanael, el maestro y su esposa.

A la mañana siguiente, cuando los primeros rayos del sol iluminaban con su luz aún pálida y fría la extensa y fértil llanura, sin que todavía hubiese aparecido el manantial de tanta luminosidad, el hermano Natanael Schwarz tuvo que hacer un recorrido por la comarca. Al salir a la calle encontró a un muchacho de dieciocho

años que trabajaba como escribiente en una hacienda cuyos propietarios eran cristianos creyentes. El predicador había encontrado repetidas veces cobijo y mesa abundante en casa de aquella gente, de la que el escribiente era a la vez sobrino e hijo adoptivo.

Apenas vio que el joven iba hacia él en la mágica luz de la mañana, el predicador recordó que sus hospitalarios amigos, preocupados por la salud espiritual del muchacho, le habían pedido consejo y ayuda. Y acogió con efusión al muchacho pálido y agraciado, el cual se apresuró a descubrirse, y le saludó jubilosamente, mientras interiormente bendecía aquel encuentro que parecía casual, como si fuese obra de la divina providencia.

Como los dos llevaban el mismo camino, siguieron adelante y a buen paso; pronto dejaron la aldea y avanzaron por un sendero bordeado de cerezos, bajo la bóveda larga y transparente de su fronda y arrullados por el continuo y jubiloso trinar de las alondras.

—¿Cómo está usted levantado tan temprano, amigo Kurt? —preguntó el hermano al muchacho.

Kurt Simón se sonrojó, sin contestar.

—¿Estuvo ayer en mi sermón?

—Sí, señor.

Las pavorosas imágenes del Juicio Final y del fin del mundo habían impresionado hondamente al muchacho y le habían alterado la tranquilidad y el sueño.

El hermano Natanael intentó ganarse la confianza del joven, cuya extraña naturaleza tanto preocupaba a sus padres adoptivos, pero el muchacho se encerró cada vez más en sí mismo.

—Su tía le regaló hace algunos días un Nuevo Testamento, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y lo ha leído?

—Sí, lo he leído.

—¿Ha pensado usted alguna vez en confiar sus secretas penas y sus secretos dolores a Aquel que conoce todos nuestros dolores y penas y que por amor a nosotros derramó su sangre en la cruz para que fuéramos libres de todo pecado y bienaventurados?

Kurt Simón guardó silencio. En realidad, lo había hecho frecuentemente y

con mucha devoción en sus horas de reposo, sin que su confusión interior se trocase en claridad con ayuda de sus plegarias.

El hermano, creyendo ver en la falta de fe la principal raíz de todos los males que aquejaban al muchacho, no llegó a pensar que acaso fuera su fe, abiertamente firme, unida a una conciencia demasiado escrupulosa, lo que le enfrentaba con su verdadera personalidad presente y futura, y, como avezado jardinero, se limitó a sembrar la semilla de la fe. Pero la sensible alma del raro Kurt Simón rechazó la reconciliación con Dios mediante la torpe guía del hermano Natanael, y se sintió más herido que convencido con sus consejos.

Los ejemplos de deleite en el rezo que le citó, como la descripción de mezquinos milagros, le parecieron totalmente ridículos. Por el contrario, en los dominios de su fantasía había en gran abundancia materias fácilmente inflamables que hubieran podido provocar en él un fuego abismal y destructor. Fue una suerte que el hermano Natanael, todavía bajo los efectos de su encuentro con el bienaventurado Emanuel, recuperado gracias a la frescura de aquella mañana de fines de primavera, no agitara de nuevo las siniestras antorchas del abismo.

Cuando llegaron al final del camino de los cerezos, los cálidos rayos del sol les acariciaron por primera vez. Luego subieron a una pequeña colina para ver cómo el astro rey se tendía sobre la vasta llanura. Una vez allí, vieron cerca de un pajar a un hombre que, de rodillas y como si estuviera en estado hipnótico, miraba al sol.

Los dos caminantes se detuvieron. Aun cuando los lejanos silbatos de algunas fábricas llamaban a sus obreros y en los alambres de una línea telegráfica cercana se oía el suave canturreo de las alondras, nadie, al ver a aquel hombre contemplando de rodillas el sol, hubiera creído hallarse en la era del vapor y la electricidad. Desnudo el torso, sólo vestía un calzón de color de barro. Tenía las manos cruzadas sobre las rodillas y la cabeza echada hacia atrás, en profunda meditación. Los cabellos rojizos enmarcaban su frente y sus mejillas, como si fueran llamas sagradas que consumieran un holocausto que se ofrendase a sí mismo. Sus labios estaban pálidos, y la desnuda carne, de color de madreperla, aparecía delicada y transparente, ingrátida, y al mismo tiempo traspasada de luz.

—He estado soñando toda la noche con ese hombre — dijo de pronto el hermano Natanael —, y aún ahora tengo la impresión de estarlo contemplando en sueños con los ojos del espíritu en esta misma suplicante actitud.

El sol se había alzado apenas un palmo sobre el horizonte cuando Emanuel Quint,

pues él era el orante, despertó de su maravilloso y enfermizo éxtasis. Tambaleándose y como palpando a ciegas, miró en derredor. Había pasado la noche en el pajar, porque la tarde anterior rechazó las monedas que le ofreció el hermano Natanael para pagar la posada, como hacía siempre que se le ofrecía dinero. En vano había acudido luego a la posada del lugar pidiendo cobijo, una ingenuidad que, unida a su manía de no aceptar nunca dinero, descubría hasta qué extremos llegaba su demencia.

Los ojos de Emanuel Quint se fijaron durante unos instantes en el hermano Natanael; luego, una débil y bondadosa sonrisa que recorrió su rostro demostró que había reconocido al celoso predicador.

El joven campesino, que con expresión de interrogante asombro miraba a su acompañante y luego a Quint, que entonces se levantaba del rastrojo, vio que éste cogía una raída camisa que había en el suelo y se la ponía tras un grotesco esfuerzo. Después, el hermano y Quint se dieron la mano.

Sin decir casi nada, Quint, evidentemente exhausto y de vez en cuando tiritando de frío, se unió al hermano y a su acompañante. En silencio, los tres se pusieron a andar. Cuando poco después, el hermano Natanael comenzó a hablar, el campesino notó la gran emoción con que se expresaba, pero también él estaba extrañamente conmovido desde la aparición del forastero, y singularmente desde el instante que oyó su voz, lenta y metálica.

—He meditado mucho acerca de lo que estuvimos hablando anoche —dijo el hermano—. Además, como casi no conseguí dormir, entre sueño y sueño apareció usted una y otra vez ante mis ojos. Y ahora, querido hermano, desearía saber quién sois.

—Soy un hombre —repuso el loco.

Pero el hermano no quedó satisfecho con una respuesta que parecía exhalada más que pronunciada, y le preguntó: —¿Por qué has venido hasta aquí, si no soy digno de tu confianza?

Emanuel tardó un instante en contestar; luego se detuvo mirando los campos que tenía ante sí, escuchando el viento de la mañana y el canto de las aves; después miró al hermano con un mudo reproche amoroso y se inclinó para besar su mano.

—Te podría decir quién soy —contestó al reemprender el camino—, pero ¿qué importa? ¿Qué es un nombre? ¿Y qué puede ser precisamente el mío, que siempre fue pronunciado con desprecio? ¿Por qué he de descubrirlo? Si lo cojo y lo elevo por encima de la suciedad que lo cubre, entonces lo que hago es levantar el último eslabón de una cadena hecha de sufrimientos, vejaciones y humillaciones, y

para eso debo levantar al mismo tiempo toda la cadena. Y esto es precisamente lo que no quiero hacer; pues no es mi intención acusar a ningún prójimo. No quiero arrancar a nadie la confesión de sus propias penas. Esto es algo que sólo puedo hacer en presencia de Aquel que habita en mí.

Quint había pronunciado estas palabras en un tono ligeramente discursivo.

—Entonces, ¿quién habita en ti? —le preguntó Natanael.

—Quiera Dios habitar en mí, y quiera asimismo habitar en todos nosotros.

El joven aprendiz sintió como un nudo en la garganta cuando, caminando detrás de los dos, advirtió el paso lento y vacilante del hombre vestido con harapos y el andar cansino del hermano Natanael. Un muro invisible y al mismo tiempo impenetrable parecía alejarle cada vez más de la realidad de su existencia. Le parecía como si la tierra hubiera sufrido una milagrosa transformación, como si ya no existiera el tiempo, o como si el pasado fuera presente; como si mil años fueran un día.

La lucha con la realidad, que ahora le envolvía y que había vivido hasta ayer, fue apoderándose de él, hasta convertirse en un suplicio. Mientras sujetaba con la mano metida en el bolsillo el pequeño libro de los Evangelios que le había regalado su madre adoptiva, tan celosa de su salud espiritual, le parecía como si delante de él caminaran dos seres zafados del libro sagrado, y como si también él no fuera sino una figura salida de aquel libro que desde hacía semanas tanto le conturbaba. Pero entonces se dijo que él estaba enfermo y que no debía dejarse atraer por aquella alucinación. Pensó en su madre y en su padre, que eran naturalezas sanas, y creyó que conseguiría disipar las fantásticas nubes que le arrastraban y de las que se sentía preso. Sin embargo, no veía la posibilidad de conseguirlo por sí mismo. Se veía agitado por súbitos accesos, de alegría unos, de miedo otros. Pronto sintió deseos de gritar llamando a sus padres a través de la distancia: «¡Ved, el Salvador camina delante de mí! Mirad al hijo que criasteis y que os ha traído más angustias y penas que ningún otro. Ahora camina tras las huellas del Salvador. ¡Guardaos de los horrores de la perdición!»

Tal vez Jesucristo, el Hijo de Dios todopoderoso, había resucitado otra vez. ¿Por qué, si no, cantaban las alondras?, ¿por qué, si no, surcaban el espacio? ¿Acaso lo sabía el hermano Natanael que caminaba a su lado? Él hablaba, pero nadie podía oír lo que decía.

Natanael había nombrado a Dorothee Trudel, una mujer suiza que en seguimiento de Jesús había ido tan lejos como Pablo y Silas para sanar enfermos. Dijo que de esta mujer emanaba una beatitud benéfica, que eran innumerables los sanados por ella, que había creado una institución en Mánnedorf, junto al lago de

Zürich, donde recibían tratamiento toda clase de enfermos y de poseídos del demonio.

—Su fe es grande —afirmó el hermano—, debe de ser grande, pues su oración tiene un extraordinario poder. Es cierto que todavía no ha hecho resucitar de su tumba a ningún muerto, pero también lo es que ha salvado a muchos de la muerte y de la perdición, mediante la imposición de sus manos y con sus oraciones.

El hermano había conocido a ciegos que recobraron la vista, a enfermos del baile de San Vito y que merced a Dorothee recuperaron la salud, y otros muchos casos.

También el hermano Natanael Schwarz se dirigía a la casa de un enfermo. Decía que había que ser precavido contra los intrigantes, en todas partes al acecho. También Dorothee Trudel había topado muchas veces con los médicos, con la endemoniada ciencia y con las autoridades oficiales. Pero las persecuciones sólo habían conseguido hacerla más devota y más apasionada del Señor; es deber de todo cristiano sufrir persecución, de acuerdo con el ejemplo del Salvador y el de sus apóstoles, y por eso también él se liberó del miedo y estuvo siempre dispuesto.

Y el hermano fue cayendo de nuevo en su celo y empezó otra vez a perorar contra los pecados del mundo, pero su acompañante no se avino con su tono.

—Yo no puedo encolerizarme, yo no puedo odiar —dijo Quint mientras miraba inquisitivamente al hermano Natanael, tratando de escrutar si iba por buen camino quien alentaba la esperanza de realizar obras como las de Pablo y Silas, y si el rostro del loco se cubrió de rubor, era lícito su deseo de tener una fe tan firme que le permitiese resucitar muertos en nombre de Jesús.

—¿Qué puedo enseñarte yo? Enséñame tú a mí —repuso el hermano Natanael, con viva ansiedad.

Y se sentaron en el borde del sendero, bajo un añoso y solitario roble, entre los amarillos lirios de los valles y frente a un campo de verdegueantes plantas.

Emanuel Quint estaba visiblemente impresionado por las palabras del hermano. De nuevo, débiles convulsiones se grabaron en su rostro. El joven Kurt Simón seguía la escena con una tensión casi dolorosa. Llegó a pensar que tal vez el extraño diálogo había sido urdido para conseguir su conversión, o su resurrección. Pero en seguida alejó de sí este pensamiento.

Finalmente, para no seguir por más tiempo prisionero de la sensación de vivir en un mundo prodigioso, pensó que en realidad el hermano Natanael y aquel mísero hombre vestido con harapos no habían hecho sino hablar de cosas

sobradamente conocidas. Entonces el hermano Natanael abrió la bolsa de cuero negro que siempre llevaba consigo, sujeta con una ancha correa sobre el viejo abrigo siberiano, y sacó una botella de vino, medio pan y una fiamblera con frijoles, dejándolo todo a su lado. El sol, que se encontraba entonces más alto, iluminó los compartimientos y las superficies interiores de la bolsa y descubrió al joven agricultor, además de las viandas, unos estantes llenos de folletos religiosos muy bien ordenados y que el hermano vendía o regalaba a los niños. Al ver aquello sintió una cierta desilusión al mismo tiempo que una complacencia puramente terrena.

Parecía como si también la belleza desplegada por la primavera sobre la tierra se apoderase de los tres caminantes, tan abiertamente diferentes uno de otro, penetrando en sus almas y atrayéndolas. Recostado en la blanda hierba, Emanuel descansaba ensimismado, y no habría sido posible saber si la creciente excitación de sus facciones era producida por una visión interior o por otra exterior. Apoyado en el brazo izquierdo, Emanuel tenía levantada la mano derecha, casi transparente, llena de pecas y retorcidos los dedos como un sarmiento, y el campesino vio entonces cómo primero una avispa y luego una abeja se detenían confiadas entre aquellos dedos. Entretanto, el hermano Natanael se dirigió a una fuente que había a la distancia de un tiro de honda y dejó allí la botella. De vez en cuando se veía aparecer entre los sauces y los olmos su cabeza desgreñada y canosa, que más parecía la de un veterano y curtido guerrero de los tiempos de Lutero que la de un servidor de la palabra de Dios y mensajero del reino de los cielos. No lejos de donde se habían sentado estaba el ancho sombrero del ausente, de color de tierra y a prueba de lluvia, nieve y pedrisco, y debajo, el cayado, con la bolsa a su lado, apoyada en el retorcido tronco del roble.

Desde que hizo su aparición el forastero, el joven Kurt Simón no se había atrevido a decir nada, pero entonces comentó que la mañana era maravillosa. El loco le miró.

—Sí —respondió—, la mañana es hermosa, pero aún será más hermosa el día al que no le seguirá ya noche alguna.

El muchacho se ruborizó.

—Lo que vemos aquí —prosiguió el loco, con un leve acento de júbilo en la voz— es únicamente lo que podemos soportar; es sólo una milésima parte del esplendor que habrá un día. Y ciertamente que, frente a ese esplendor, el de ahora no es más que una sombra, una palabra, y menos aún; apenas es un reflejo.

«¡Cómo será, cómo será el día en que yo entre en Jerusalén!», exclamó alborozado y para sí Kurt Simón.

La proximidad del loco transmitió al jovencito una sensación de exaltada ilusión y de confianza. Se prometió verter en un momento dado ante aquel hombre todo el contenido de su alma, con sus angustias y sus miedos. Y no faltó mucho para que sacara del bolsillo una libreta en la que había unos versos escritos por él mismo y se los leyera a Emanuel. Era un poema en el que se hacía duros reproches y en el que abundaba el desprecio hacia un mundo que sólo frialdad e indiferencia despertaba en su apasionado corazón, traspasado de amor. Los versos estaban impregnados de encendida y dolorosa añoranza de más puras esferas.

Donde todo se funde en amor inmenso

y una voluntad única y superior

con voz tonante gobierna el universo.

Pero sus familiares habían considerado que estos versos eran vacíos y ampulosos.

De pronto, Quint acarició la mano de Kurt Simón, como si hubiera intuido algo de lo que en aquellos momentos emocionaba al muchacho.

—Mi yugo es suave y mi carga ligera. Esta es y será siempre una nueva venturosa —añadió el loco, con acento de convicción y dicha, sin que su voz perdiera la melodiosa calma ni fuese dura o precipitada.

Cuando volvió adonde estaban Emanuel y Kurt Simón, el hermano Natanael se arrodilló en la hierba, ejemplo que ellos se apresuraron a imitar, cruzó las manos y se dispuso a rezar con estas palabras: «Ven, Señor; sé nuestro invitado y bendice lo que nos has regalado.»

Seguidamente partió el pan, y mientras comían se pusieron a hablar de la Eucaristía, que, según ellos, debía considerarse como un rito cotidiano y no como sólo un recuerdo. Así lo confirmaba la breve plegaria que acababan de susurrar. Toda comida en la que no estuviera presente Jesús, el Señor, no pasaría de ser una manifestación animal. Pero tan pronto como estuviera presente Él, se convertiría en un rito sagrado, y entonces se podría gozar del pan y del vino celestiales.

No hay duda de que los tres disfrutaron efectivamente del pan y el vino celestiales en la misma forma en que Quint ya los disfrutara en compañía de los

hermanos Scharf, sólo que ahora, en la luz de la primavera, bajo el leve rumor y a la sombra de la amplia copa del roble, el ambiente era más animado y alegre que aquella noche en la cabaña de los piadosos hermanos.

¿Quién se atrevería a afirmar que los tres incurrieran en pecado de pensamiento y de obra y que cargaban sobre su conciencia graves culpas por haber dejado de asistir a la iglesia, cuyas campanas comenzaban entonces a tañer en la lejanía, y por haber hecho algo prohibido por el régimen de la iglesia, llevados de su infantil amor a Jesús y de su fe totalmente inocente? Lo cierto fue que una dicha pura y emocionada se apoderó de los tres, elevándolos por encima de la vida cotidiana y alejándolos incluso de los sólidos cimientos de la tierra.

Las palabras del Señor: «Cuando se reúnan dos o tres en mi nombre, yo estaré en medio de ellos», los unían, pues no dudaban de su valor, y tampoco pensaron que se debían interpretar como si el Salvador, para llegar hasta una ovejita descarriada, tuviera que recorrer antes el camino a través de un púlpito, de una ceremonia eucarística, a través de la boca de un obispo, de un pastor o de otro cualquier hombre especialmente designado y versado en las cosas de Dios.

Los tres estaban plenamente de acuerdo, y este sentimiento de unidad era al mismo tiempo un sentimiento de calor expansivo. El amor de sus corazones se había liberado; era el amor a alguien que, aunque invisible, estaba presente y en cuyo nombre ellos se reunían y consolaban. El hechizo de la primavera que los rodeaba por todas partes con vivos colores, el zumbido de los insectos y el perfume de las flores se fundían con el hechizo de la sagrada leyenda de Jesús, el hijo de la Virgen e Hijo de Dios, y el misterio amoroso de su nacimiento y peregrinaje terrenos, de sus sufrimientos, de su muerte y resurrección, de su sagrada ausencia y presencia, produjo en aquellos tres seres una mística beatitud.

«Dentro de poco no me veréis, pero dentro de poco me veréis.» Casi dos mil años después del nacimiento de Jesús, estas palabras sonaban en sus oídos como si el Salvador se las hubiera dicho personalmente y no como sacadas de viejas escrituras.

Se pusieron a hablar de la resurrección, y entonces el hermano Natanael Schwarz confesó que era miembro de un grupo secreto. Basándose en las Sagradas Escrituras, demostró que el bautismo de los niños era más una monstruosidad que un rito de acuerdo con la doctrina del Salvador. Sólo el hombre adulto, sostenía él, puede llegar a participar del sacramento por libre decisión y después de un serio examen de sí mismo, siguiendo el camino de la penitencia y de la purificación. Totalmente de acuerdo con la doctrina de los anabaptistas, expuso su opinión con gran énfasis y trató de hacerles comprender que nadie que haya quedado privado del verdadero bautismo puede cerrar tras sí, con suficiente fuerza, las puertas del

horrible paganismo.

Cuando hubieron comido y bebido, se levantaron y dejaron que un enjambre de pinzones y verderones picotease las migajas. El sermón acerca del bautismo había conmovido profundamente a Quint y al joven Kurt Simón. Éste quedó sumido en sus pensamientos, en tanto que el loco, caminando despacio, iniciaba una especie de vacilante confesión ante el defensor del bautismo. El loco pidió a Natanael que sin ninguna clase de miramientos acudiera con él hasta el tribunal, y después de conocer sus rebeldes acciones y vanidosos motivos, o al menos parte de ellos, le dijera con toda franqueza si podía alcanzar el perdón y qué camino de penitencia debía andar para hacerse merecedor del bautismo.

—He tenido la osadía —siguió diciendo Quint— de predicar a los pecadores como un pecador. Porque soy despreciado, me he servido especialmente de las palabras de las Sagradas Escrituras en que el Salvador dice que quien tiene fe hará los mismos milagros que Él, y aún mayores. Para obligar con ellos a mis enemigos a la humillación, quise hacer señales y prodigios. Desde que tengo uso de razón, me he aferrado a este pensamiento. Durante años he estado vagando, encerrado en mí mismo, y siempre he soñado con ser un rey milagroso. Me he honrado y rezado a mí mismo como a un ídolo. Mi intención no era, ni pensarlo, que los paralíticos pudieran andar, ni que los ciegos pudieran ver, sino que quería ser un hombre venerado y divinizado no sólo por mí mismo, sino por todo cuanto había en torno mío, en el cielo y en la tierra.

Natanael interrumpió entonces a Emanuel; en un súbito impulso, como si hubiera descendido realmente sobre él el Espíritu Santo, pronunció estas palabras: —Basta. ¿Quién puede ser digno de bautizar al prójimo con el bautismo de Dios si no es mediante la misericordia y la caridad? Bautízame tú a mí, pues que el número de mis pecados y debilidades forman legión.

Y así estuvieron hablando y porfiando durante un buen rato, porque cada uno quería que le bautizara el otro, y ninguno se consideraba digno de ello.

«Yo no quiero ser bautizado», pensó el joven aprendiz. Su alma comenzó a distanciarse lentamente de la conversación de los dos. Poco a poco empezó a ver nuevamente al hermano Natanael y a su acompañante a la sobria luz de la vida real. Hasta entonces le habían parecido hombres extraños y milagrosos, y también él había sentido la presencia de Dios, pero ahora ya se había esfumado la sensación de lo divino, y el comportamiento de aquellos dos hombres le parecía casi ridículo.

Para no perder algo precioso y ganado hacía poco tiempo, se despidió de ellos tan rápidamente como pudo, y campo a través se alejó de sus compañeros de camino. Hay que decir que, a la vez que se volvía para mirar a los caminantes,

cuyas siluetas se empequeñecían por instantes, le pasó repetidas veces por la cabeza la palabra oscurantistas.

Un riachuelo de aguas frescas y cristalinas discurría a través de los campos, aquí reflejando en su espejo el cielo abierto y allá oculto entre los árboles y la maleza. En un bosquecillo, cuyo suelo estaba lleno de hierbas y flores, Quint se despojó de sus ropas mientras el hermano Natanael se arrodillaba en la orilla del riachuelo para rezar.

En las ramas de un viejo y alto abedul se oía el arrullo de las palomas silvestres, los arrendajos volaban de matojo en matojo y el pájaro carpintero bullía incansable. Y cuando el blanco cuerpo del pobre loco apareció en completa desnudez sobre el prado florido, parecía realmente una estampa sacada de los días de la inocencia de la humanidad, un rincón feliz del jardín del Edén.

Al entrar en el agua fría con sus pies calientes, Emanuel vio cómo un banco de pequeños peces se apartaba de su lado con vertiginosa rapidez, y luego, en un instante, se vio a sí mismo dentro del agua.

Hay que decir que tanto el que iba a ser bautizado como el bautista, pues se iba a celebrar un bautismo, totalmente ajenos a toda frivolidad, estaban embargados de un sentimiento de sublime arrobamiento. Y aunque, en verdad, no se debe minimizar que se disponían a hacer algo ilícito, un delito castigado por la ley, si se tiene presente que Jesús amaba de manera especialísima a los pobres de espíritu y a los inocentes, siempre que tuvieran el corazón limpio, su acción no debería mirarse sin indulgencia.

Las intenciones de los dos hombres eran puras. Uno y otro lloraban, profundamente emocionados; el bautizado, arrobado y consumido hasta el delirio. Sólo que, en verdad, estaban equivocados. Sus ojos deslumbrados veían el reino de Dios como una Babel, que la grande y poderosa Iglesia cristiana, aunque dividida, había hecho realidad. Ellos creían en otro reino de Dios. El mundo que los rodeaba, y ellos lo sabían muy bien, era el enemigo del reino de Dios, y ese mundo les era extraño, hasta el punto de que apenas si lo conocían por referencias y habladurías, pero no querían tener nada en común con él y sólo aspiraban a ser seguidores de la palabra de Jesús y de su futuro reino sobre la tierra.

Y así, cuando el agua, para Emanuel sagrada, rozó su cabeza, hombros y pecho, al pobre hijo de un jornalero no sólo le fue administrada la lluvia de la santa bendición, sino que también se sintió más aliviado, pero al mismo tiempo echó sobre el hermano Natanael gran parte del peso de la responsabilidad.

Y Natanael, más emocionado que Emanuel dada su naturaleza rebelde y fácilmente emocionable, sólo se atrevió a preguntar en medio del silencio, con voz conmovida: — ¿Crees que Jesucristo es el Hijo de Dios?

— Sí, lo creo.

Pero el hermano Schwarz veía otras muchas cosas en su interior. Su espíritu sanguíneo y apasionado estaba hondamente conmovido. Y así, cuando vio a la pareja de palomas silvestres salir de entre las largas y verdes ramas del abedul, y torciendo súbitamente el vuelo, pasar como un rayo sobre el neófito, imaginó que era el Bautista, y creyó ver el cielo abierto.

CAPÍTULO III

EN líneas generales, puede decirse que el hijo del carpintero de las Montañas del Búho consideró su nuevo bautismo como una confirmación. El comportamiento del hermano Natanael y sus palabras de despedida habían sido tan extraños que Emanuel, en un indeciso temor, no intentó siquiera sacar conclusiones de todo ello. Poco después de dejar al hermano, ya no era capaz de discernir con claridad si había sido la propia emoción lo que le había hecho ver el cielo abierto y oír voces, o si había sido el hermano quien, en su delirio, había afirmado tales cosas. «Éste es mi hijo muy amado, en quien tengo puesta mi complacencia.» Ello bastaba y era dicha bastante si no se había producido nada exteriormente prodigioso y si realmente estas palabras habían salido únicamente del alma de Natanael Schwarz.

El loco había oído hablar de aquel hombre desde que tenía diez años, cuando, como era costumbre entre los niños de la comarca, entraba y salía de las cabañas vecinas y de las no muy apartadas. Henchido de profundo respeto, veía en él a un hombre de Dios. Él era para Emanuel una autoridad, a pesar de que entretanto su alma había crecido hasta alcanzar una vida tan intensa que ni siquiera la sólida alma del hermano pudo interrumpir su acelerado crecimiento. Emanuel caminaba y todo era música. Lleno de fervor divino, no siguió rumbo alguno, sólo que, en lugar de dirigirse a las aldeas donde le conocían, se encaminó hacia una lejana cordillera. Emanuel no conocía aquellos parajes. Se sentía como un niño pequeño que creyera que en el horizonte se tienen que juntar el cielo y la tierra, y que desde allí se puede subir directamente al cielo.

El alma de Emanuel rebosaba amor. Si se le acercaba alguien, en seguida advertía sus preocupaciones y la belleza de su rostro. Si era un hombre, su alma le llamaba en el acto, y en silencio, hermano; si era una mujer, la llamaba hermana. Si caminaban juntos él y la mujer, o él y el hombre, se decía a sí mismo: «Yo te conozco; sé tus tribulaciones, tu dicha y tus sufrimientos; yo te conozco como a mí mismo, como sé tu suerte y la mía.»

Si alguien se le cruzaba en el camino, entonces era sólo un saludo, y su amor hacia él era aún más grande, toda vez que tenía que dejarlo. «Tú tienes que ir sola adonde no quieres ir, con toda tu belleza», decía a veces, cuando era una mujer hermosa que quizá pasaba de largo bajo una carga; y cuando era un hombre: «Tú seguirás vagando, perdido, con tu mal oculta pena, y en tu soledad no encontrarás al amigo que te abra la puerta del reino de los cielos.» Y Emanuel los amaba a todos, y de buen grado los hubiera abrazado y metido en su corazón, aun cuando

con mucha frecuencia de las insensatas miradas emanaban odio, ira y desprecio hacia él.

Emanuel caminó durante el día hasta la puesta del sol. Antes de retirarse a dormir en algún pajar, rezó mirando al sol, que se ponía en occidente, y a la mañana siguiente rezó de nuevo al sol naciente, y luego prosiguió su caminata. Su comida consistía en agua que bebía, tendiéndose en el suelo, en el espejo de los manantiales, pues evitaba intencionadamente entrar en las aldeas, y en raíces que arrancaba aquí y allí; a veces eran hojas frescas de lechuga, y alguna vez, sin que él lo pidiera, algo de pan y un sorbo de café, restos de comida que mujeres y niños llevaban a sus casas al volver del campo y de las fábricas.

A pesar del entusiasmo y el emocionado delirio de su naturaleza, Quint hubo de reconocer, y reconoció, que todo lo nuevo en su interior era en realidad más excitación que claridad. Pensamientos hasta entonces oprimidos comenzaron a abrirse paso; eran pensamientos, enviados sin duda por el demonio infernal, que debían inducirle al pecado y a la soberbia. La serpiente era astuta; aún seguía empeñada en impedir, mediante toda suerte de añagazas, la vuelta del hombre, repudiado por el mundo, a su estado de paradisíaca inocencia. «Seréis como Dios.» Emanuel se apercibió. Él no debía dejarse seducir por el goce de los frutos caducos de aquel caduco árbol. Mientras caminaba, y aquí se puso nuevamente de manifiesto la enfermiza constitución de su ser, oyó voces que le decían insistentemente: «Yo te saludo, Cristo, Hijo de Dios.»

—Yo no soy Cristo —respondió Emanuel.

Pero no conseguía alejar aquellas voces. «Yo te saludo, Cristo, Hijo de Dios — volvía a oír una y otra vez—. Yo te saludo porque bajaste del trono de tu Padre a la miseria, a la abominación y a la humillación.

Entra en tu morada. Inicia tu misión. No tengas miedo de ti mismo. Observa cómo aún no se han borrado las huellas de los clavos en tus manos y pies. Desde entonces sientes en ti mismo el dolor de todos los sufrimientos. Todo se ha consumado. El Padre no te tiene reservados nuevos sufrimientos. Ahora no serás sino el buen pastor y dejarás oír la dulzaina y conducirás tus rebaños a los huertos, a los prados, donde fluye leche y miel. Yo te saludo, Cristo, Hijo de Dios.»

—Yo no soy Cristo, el Hijo de Dios —respondió Emanuel, pero cuando quiso añadir «yo sólo soy un hombre», le vinieron involuntariamente a la boca las palabras «yo sólo soy el hijo del hombre».

Emanuel se sobrecogió súbitamente; debió recordar que también el Salvador se había definido a sí mismo con este nombre. Así, incluso allí mismo donde Emanuel había buscado refugio, el espíritu del mal le había preparado una

tentación. No quedaba más remedio que desdecirse y gritar rápidamente y con fervor: «Aléjate de mi lado; yo no soy el Hijo del hombre.»

Mientras caminaba, estuvo meditando profundamente durante horas enteras sobre esta cuestión, y al final le pareció que no iba contra el mandato de Cristo llamarse a sí mismo hijo del hombre, como él había hecho. No se podía negar que el nacimiento del Salvador en la tierra había estado rodeado de la humillación exterior, toda vez que José, el esposo de su madre, no era su padre. Jesús, al igual que él, no tuvo padre. Emanuel se puso entonces a recordar y a comparar la cadena de penalidades que había tenido que sufrir por ello, su vergüenza y su amargura, con los sufrimientos del Salvador. ¡Cuán avergonzado y humillado debió sentirse Jesús cuando otros niños de su edad hablaban de sus padres y le preguntaban a él por el suyo, cuyo nombre desconocía, y qué dolor tan horrible debió producirle cuando, ya un poco mayor, muchos de los niños de aquellas gentes humildes y toscas que le rodeaban hablaban de sus madres en una forma que a él le estaba vedada!

Emanuel apretó los dientes. ¡Cuántas veces había negado tener padre y madre por pura vergüenza, y se había convertido en loco a los ojos de la gente! ¿Había sufrido la misma experiencia que él, Jesús, que conoció los ocultos sufrimientos del alma como ningún otro? ¿No se habría declarado un buen día Hijo del Hombre movido por la angustiada opresión de la vergüenza ante las sibilinas palabras de los fariseos? ¿Y no habría sido acaso intención suya al darse aquel nombre lavar así anticipadamente y para todos los tiempos venideros el estigma de una vergüenza inmerecida de la frente de todos los que nacerían después?

Quint se quedó convencido de que debió ser efectivamente así y no de otro modo, y acordó aceptar esta herencia del Salvador con plena resignación y confianza. «Él es, y no Satán —se decía Emanuel—, quien trae hasta mí estos pensamientos»

De forma totalmente involuntaria, Emanuel se irguió y empezó a andar con paso más libre y seguro. Ya no era una voz que le susurraba insistentemente al oído «Hijo de Dios», sino que era un mudo y firme convencimiento en él de que avanzaba a través de los campos como hijo del hombre. Emanuel sabía de un rey y emperador que estaba sentado en su trono de Berlín, capital del imperio, pero en su nueva dignidad reconoció de pronto que él, Emanuel Quint *el Bastardo*, como le llamaba con frecuencia su padre adoptivo, no era menos que aquel rey en presencia de Dios. ¡El hijo del hombre es un señor del mundo!

Y así se fue abriendo ante él el pardo camino como si el mundo fuese un pañuelo. La tierra, con sus ciudades, torres, ríos y sembrados que ascendían hasta

las montañas, se extendía como una alfombra rebosante de tesoros, como si fuera herencia y propiedad del hijo del hombre. Sobre su cabeza se extendía la bóveda celeste como un manto azul. El sol radiante era su lámpara. Las alondras cantaban para el hijo del hombre. Las frutas maduraban para el hijo del hombre. Los bosquecillos susurraban recatadamente su nombre. Sobre el ancho mundo no había nada más poderoso ni más hermoso que Aquel a quien las aves, los vientos, la lengua de las hierbas y la de las hojas saludaban a coro. ¡Bendito sea y loado el que aquí llega en nombre del Señor! Nada hay tan hermoso como el hijo del hombre.

«Yo no busco mi honra, sino la de aquel que me ha enviado», se dijo nuevamente Emanuel, pero en el mismo instante se sobrecogió, y prados, bosques y colinas enmudecieron. El loco se dio cuenta de que en su alma había irrumpido una ola de confusión, como si una ola de luz arrollara a una ola de tinieblas y una ola de tinieblas a una ola de luz. Esta lucha era totalmente ajena a su voluntad. Era tan fuerte y Quint tan ajeno a ella, que una que otra vez la miraba igual que un simple espectador asombrado e intrigado.

—¡No, no! Yo no busco mi propia honra. He estado a punto de caer en la tentación. ¿Es Dios o Satán quien me tienta? ¿No es a Dios a quien rezamos «no nos dejes caer en la tentación»?

Y Emanuel rezó la oración que Jesús enseñó a sus discípulos. Luego se apartó de aquel a quien iba dirigida la oración y se volvió a aquel otro que la había enseñado, y, como otras muchas veces, marchó en espíritu tras las huellas del Salvador. Quint lo amaba. El pobre o, en este sentido, bienaventurado loco había puesto en Jesús un amor tan encendido que en cuanto pensaba en él el corazón le dolía. Era el suyo un amor que sobrepasaba toda humana ponderación.

Casi dos mil años antes, Jesús había peregrinado por la tierra, y ahora Quint, después de salir de su cabaña, cogía el camino y con algunos más se ponía a mirar en la dirección por donde había desaparecido el santo peregrino. Por eso había empezado a andar, como un perro fiel siguiendo a su amo, tras las huellas de Jesús, sin tener para su ardiente nostalgia otro lenitivo que seguir su huella día y noche. Y cuando dormía, Quint dormía sobre las pisadas de Jesús.

Su amor a Jesús no conocía límite. En el pecho llevaba Quint el releído Nuevo Testamento que contenía la vida del hijo de María, y le parecía como si constantemente una mano amorosa aliviara su corazón. Pero, aparte de ello, él mismo era el libro, pues, lo mismo que Juan, en cierto modo lo había hecho suyo. Y así el libro habitaba en él y él en el libro. Seguro que de no haber habitado el libro en él, hubiera entrado la muerte en su lugar. Y de no haber habitado él en el libro, la lluvia le hubiera herido con agujas, el sol le hubiera cosido de llagas y el cielo

hubiera caído sobre su cabeza como una imponente roca. Pero ahora no le hería ni el frío, ni la escarcha del invierno, ni el calor del día, ni la crudeza de la noche. Por otra parte, no le gustaba detenerse a descansar. Si no movía los pies, pensaba Emanuel, la separación entre él y su amigo se haría cada vez más grande, pues éste caminaba por el cielo y por la tierra delante de él.

Un niño que corre llorando en busca de su madre a la que ha perdido tiene en su alma menos amor que este mísero artesano que caminaba en pos del Salvador. Quint estaba dispuesto a anegarse en él. Y así, tan pronto como tuvo conciencia del significado de la frase «yo no busco mi honra», fue toda negación de su persona y toda humildad, y, lejos ya de la pretensión de ser un pastor, se sentía menos que la última oveja del rebaño.

Él quería ser un seguidor del Salvador. Sólo este amor le había atraído y sólo este amor había exigido de él continuas y cada vez más severas pruebas. Y a este amor suyo no le bastaba con soportar pacientemente lo que el destino le deparaba, sino que ardía en deseos de seguir al pastor por todos los perdidos senderos para no ahorrarse lo que el pastor había sufrido y soportado, y para ser de este modo más semejante a él en todas las cosas y estar más cerca de él.

«Nosotros comemos tu carne y bebemos tu sangre, como tú nos has ordenado», se decía Quint. ¿No significaban también estas palabras «Nosotros tenemos que ser semejantes a ti en todas las cosas»? «¿No nos ha permitido tu amor infinito ser como tú? ¿No nos has abierto tú mismo esta inconmensurablemente venturosa perspectiva?» Buscad en las Escrituras. ¡Sí, buscad, buscad! Y Emanuel sacó su Nuevo Testamento y comenzó a hojearlo. Evidentemente, lo que Emanuel buscaba no aparecía en parte alguna. Pero buscad y encontraréis. ¡Buscad! Y Emanuel Quint quería buscar.

Él quería permanecer en un desierto cuarenta días y cuarenta noches y, al igual que su dechado, quería exponerse a todas las inclemencias del tiempo y de la necesidad. Durante estos días debería habitar en él el Salvador y sólo el Salvador. Quint quería entregarse a él sin reservas. Y entonces, del mismo modo que Satanás tentó al Ungido del Señor, ya podía tentarle también a él, pues no quería en modo alguno ser un holgazán en el reino de Dios. «Confúndeme o ilumíname, Señor, después de esta prueba. Dame un nuevo y profundo espíritu o repúdame si no me encuentras digno. Envíame fuera a través de las puertas de tus sufrimientos y de tu muerte o condéname a la nada, pero deja que toque la orla de tu manto, y así no estaré nunca totalmente perdido; déjame besar la tierra por la que tú has caminado, déjame besar la piedra que te sirvió de almohada, los espinos de los arbustos con que trenzaron tu corona, y así en la más profunda oscuridad del más profundo abismo, un rayo perdurable de luz eterna será dicha y bienaventuranza para mí.»

En el transcurso de los días, Quint vio brillar en diversas ocasiones el casco de algún gendarme a caballo, bien en una carretera a la que él se acercaba, bien detrás de la maleza de algún vallado, y cada vez, igual que como hacen los vagabundos, buscó refugio en alguna cueva o en los campos, donde luego esperó hasta que el temido guardia desaparecía del alcance de su vista. Pero ahora se le acercaba uno de estos jinetes, primero al paso y luego al trote; su caballo frisón se abrió paso por entre los matorrales. Cuando estuvo frente al caminante, el agente se detuvo y le hizo las consabidas preguntas.

Quint sabía lo que le esperaba. Él no tenía papeles que dijeran su nombre, lugar de nacimiento, profesión y certificado de trabajo, ni podía pensar en hacerle comprender al adusto jinete el motivo y la finalidad de su peregrinaje. Emanuel estaba ante él sin dinero y vistiendo harapos, entregado a su arbitrariedad y totalmente fuera de la ley, aunque en verdad lo que había hecho y hacía ahora era abandonarse exclusivamente al impulso de su alma de niño. El gendarme le miró, atravesándolo con la mirada. El loco pensó si efectivamente aquel hombre habría escrutado el fondo de su alma. Pero a pesar de que su mirada hacía presumir lo contrario, el agente de la ley estaba ciego. Sólo veía a un hombre sorprendentemente miserable, cuyo rostro, aunque pálido y demacrado, no parecía embrutecido por el alcohol. Escuchó una voz que voluntariamente le daba detalles sobre su nombre y su procedencia, y lo que oyó no consiguió apartarle de la idea de que había topado con un sujeto tan raro como jamás había visto otro. Siguió escuchando con mucha atención, y luego, al dirigirse a Quint en forma menos protocolaria y más llana, pareció como si de pronto no supiera qué debía hacer con él. Y tal vez porque su mujer tendría preparada la comida o porque en la pequeña ciudad le esperaban una buena cerveza y un succulento desayuno, en lugar de conducir al vagabundo hasta el puesto de policía, lo dejó tan súbita como inesperadamente, y después de echarle algunas agresivas miradas, espoléó al caballo y partió a galope.

Quint se apresuró a dar las gracias a Dios, pues consideró la inesperada solución del incidente como una consecuencia de la intervención del cielo. Pero también en esta ocasión pensó como siempre, ya que en la dura máscara había reconocido una y otra vez el rostro doliente, duro y sin vida, detrás del cual sufría un alma hambrienta, y esa alma le había mirado suplicante a través de un gesto involuntario y desde el fondo de los ojos, que nunca mienten. Pensativo, siguió al gendarme con la mirada, sin desprecio alguno. Quint amaba al hombre.

Al tercer día de su peregrinaje, Quint, después de trepar por agrestes bosques montañosos, llegó a un paraje salvaje y solitario, desde donde pudo extender la mirada hacia las montañas, las colinas y las llanuras de Silesia hasta el infinito. Quint había alcanzado aquella altura para luchar contra el miedo de su alma, amenazada por la decepción. La soledad, la profunda calma de los bosques que había atravesado, el imponente prodigio de la naturaleza y el insistente susurro del ramaje que se alzaba sobre su cabeza cuando se detenía entre helechos, musgos, rocas y raíces, le atraían poderosamente. Pero parecía como si allí la calma y la soledad, que Quint conocía como eternamente fieles y bondadosas compañeras, se hubieran trocado en una fuerza monstruosa que hablara una lengua igualmente monstruosa y estuviera empeñada en acabar con él y con su vanidoso y desmedido propósito. Comenzó a bajar, con los dedos taponándose los oídos como si no quisiera oír el griterío insoportable y siempre creciente de una salvaje turba de demonios; de vez en cuando se detenía en medio del bosque, con los dedos igualmente en los oídos para no oír las engañosas trompetas de un juicio final inventado por el demonio. Quint estaba convencido de que todo era invención del demonio, pues se decía: «Quiero ir hasta Jesús, y si ahora las montañas se levantan a mi alrededor como despiadados jueces, si las negras nubes se alzan amenazadoras en torno a los picos y si a veces los vientos soplan pareciendo sonidos de trompetas que hacen gemir las cumbres, sólo puede ser obra del demonio, igual que las perversas e iracundas carcajadas que oigo continuamente.»

Pero lo que Quint oía era en realidad los chillidos del pájaro carpintero, y luego el chirrido extraño y penetrante de un ave de rapiña que le parecía el grito doloroso y lastimero de un alma torturada con el fuego del infierno.

Cuando llegó al final del bosque, el loco se sintió más libre; ya no le amenazaban aquellas extrañas y poderosas visiones, sino que le elevaban lentamente desde el polvo de la humillación hasta una agradable altura. Ahora veía el mundo a sus pies. La cadena de montañas que le rodeaba con las rocosas paredes de sus cráteres hasta perderse entre las nubes se había convertido en su pedestal. Quint respiraba tranquilo. Entonces miró hacia arriba, al cielo infinito, y dijo: «Dios.»

Luego se volvió hacia el policromo tapiz de la ondulada superficie de la tierra que parecía trenzado con las sombras de las blancas nubes, y dijo: «Dios.»

Volvió la espalda al abismo y miró maravillado las tortuosas paredes y riscos que le rodeaban, y luego las rocosas laderas de las montañas, y dijo: «Dios.»

Contempló las rocas que, formando grandes bloques, como si hubieran sido transportadas hasta allí por manos de cíclopes en milenario trabajo, cubrían las extensas laderas, amontonadas unas sobre otras, y de repente, antes de que

podría pronunciar el nombre de Dios, una voz le susurró al oído: «Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan.»

Pero Emanuel estaba sobre aviso; rechazó aquella voz que le suponía Hijo de Dios y se dijo que lo que pretendía era que él dirigiera a Jesús esta petición. En el mismo instante pidió perdón al Salvador, y dijo: «Sé que tú puedes hacerlo. Y sé también que lo harás si te lo pido. Pero no sólo de pan vive el hombre.»

Y al pobre loco le pareció como si gracias a estas reflexiones se hubiera calmado el hambre corporal que venía padeciendo desde hacía horas.

Emanuel siguió en sus reflexiones, diciéndose que las bellas palabras salen de la boca de Dios.

En su alma había una extraña incertidumbre. Él había aprendido a leer por amor a la Biblia. Todas las demás cosas aprehensibles mediante los sentidos que le habían rodeado desde su infancia las conocía gracias a las reflexiones de su alma, y gracias también a aquel amoroso lazo que le unía a todo lo existente. Así, el cielo y las nubes, el sol y el día, la noche y la luna y las estrellas eran para él puro misterio. Del mismo modo, la tierra con sus animales, rocas y plantas eran para él algo incomprensible, y, al percibir ahora todo ello en su profunda soledad a través del oído y de la vista, le pareció que toda criatura y la totalidad del mundo visible que le rodeaba eran la palabra salida de la boca de Dios.

Dios le hablaba, y él quería escuchar su palabra. Él quería ser todo oídos, todo ojos, todo amor. Se decía que quizá no podría soportar la poderosa voz de la divinidad. Sólo entonces, pensaba el loco, es deseable la muerte: morir bajo la palabra de Dios. Ya se sentía como desintegrado. Tan henchido de la palabra, tan lleno y en tal medida inmerso en el infinito se sentía a veces, que apenas si percibía algo en sí mismo como propio. No obstante, como él mismo reconocía, no era sino un pobre neófito de la palabra.

Jesús, conducido por el espíritu hasta el desierto, vivió en peores condiciones que él, que tenía a Jesús por amigo y compañero. Y, además, Jesús era su modelo. Él no sabía cuántos, antes que él, habían intentado imitar a Cristo, lo cual, en realidad, era sencillamente otro de los procedimientos con que le tentaba el demonio.

Emanuel creía que había sido conducido hasta el desierto por el espíritu, al igual que Jesús, y no por Satanás, y que en este punto se parecía al Salvador. Así, mientras trepaba fatigosamente por un sendero entre los altos pinos, rechazaba victoriosamente los temores. Finalmente llegó hasta una cavidad escondida entre las rocas, donde pensó que podría protegerse de la lluvia y del viento, y donde también, si fuese necesario, podría ocultarse de la vista de los hombres. La veía

como una morada para una prolongada estancia.

«¿No te basta —preguntó de pronto en su interior la voz del demonio— lo que hay escrito en tu librito acerca de la tentación del Salvador? ¿Crees acaso que no es bastante? ¿Crees tal vez que es algo inventado, o no entiendes lo que en él se dice?»

—¡Yo quiero soportarlo! —replicó Emanuel sin gritar.

Y en el mismo instante siguió una calma imponente. Era como si de pronto se derrumbaran los muros de su ser y su alma perdiera toda limitación. En el hechizo de aquella calma, en su encantamiento, su espíritu hizo surgir incansablemente imágenes y más imágenes que parecían atropellarse unas a otras como en una frenética carrera. Y la carrera era cada vez más vertiginosa, y las imágenes cada vez más extrañas. Era como si las palabras «Yo quiero soportarlo» hubieran sido la señal que estaban esperando las fuerzas enemigas, cuyo propósito no parecía ser otro que confundir hasta el anonadamiento a la pobre víctima.

«¿Es esta calma Dios? ¿Es esta calma el demonio? ¿Son obra de Dios o del demonio las máscaras de hombres como bestias que me miran? ¿Por qué, de pronto, el mundo me muestra su repugnancia y otras veces oculta suciedad en interminables imágenes asquerosas y abyectas? ¿Por qué, de pronto, mi rostro se llena con la visión del fango, del odio rastrero, del deseo de matar y de todos y cada uno de los apetitos mezquinos y antinaturales? ¿Por qué, de pronto, se ha de ver frenado el sagrado fluir y laborar en mi pecho por una maldición? ¿Por qué he de oír gruñidos de cerdo y balidos de cabra? ¿Por qué he de escuchar ese ruido repulsivo y grosero que sólo la maldad puede producir? ¿Por qué he de ver las cosas sagradas arrastradas a lo largo de cloacas, sucias de excrementos, presentadas en forma de infernales máscaras?»

De repente, una voz gritó y despertó el eco entre las paredes rocosas:

—Tú no sabes lo que quieres sufrir, y tampoco sabes lo que Cristo sufrió.

—Precisamente por eso quiero intentarlo —respondió Quint concentrándose en sí mismo, mientras seguía abriéndose paso entre la maleza del bosque.

Después de andar de un lado a otro durante un buen rato, descubrió unas viejas y toscas paredes de piedra cubiertas con un primitivo techo de tablas viejas y podridas, sobre las cuales habían extendido algunas capas de barro. Al entrar por el lado libre, lo que tuvo que hacer inclinando la cabeza, Quint encontró en aquel escondrijo un lecho de musgo reseco y sitio suficiente para tenderse o sentarse, y para ponerse de rodillas en el suelo seco. Allí podía permanecer durante días y semanas.

Era hacia mediados del mes de mayo y la nieve de las montañas se había derretido; ahora ya sólo quedaban charcos y lodo. Durante el día todavía soplaban débiles vientos del Sur. Cuando Quint, después de beber unos sorbos de agua para sosegar el hambre, se tendió sobre el lecho de musgo y aparecieron en el cielo las estrellas, el viento cedió, sin oírsele casi, llegó el crepúsculo y apareció la luna. El cielo se extendía por encima de las montañas y de la tierra medio hundida en la penumbra, como una vela infinita bordada en oro y hecha de seda oscura. Era como si las incontables voces de la naturaleza hubieran estado buscando a lo largo de muchos meses de incansable esfuerzo aquella perfecta armonía que ahora ofrecían. Quint había temido la llegada de la noche, y, sin embargo, ahora era como el bien venido mensajero de una futura bienaventuranza. Todos los demonios parecían amarrados o encerrados en sus jaulas, o tal vez el hechizo de tanta belleza los había obligado a enmudecer, impotentes ahora. Enjambres de mosquitos, con su metálico zumbido, formaban ante los ojos del loco y ante la redonda luna una bóveda transparente y agitada que luego se fundió con el alma del contemplador, hasta parecer su propia encarnación, ahora visible y audible.

Entre sueños y vigias, Quint quedó sumido lentamente en un estado de dicha que nunca había experimentado hasta entonces. Casi inconsciente, decidió evitar en lo sucesivo la proximidad de los hombres y, lo mismo que ahora, entregarse únicamente a Dios con todo su amor. Y pensó que si en aquel momento apareciera un hombre ante sus ojos, lo tendría que odiar como a un fantasma. ¿A todas las personas? En cualquier caso, a cualquier hombre. ¿A cualquier hombre? ¿Y si fuera el Salvador? Quint no se contestó a esta pregunta. «El Salvador está en mí y es invisible.» De este modo trató de disculpar que estaba a punto de negarle.

Nadie debía acercarse, y tampoco mujer alguna. Emanuel se veía a sí mismo desposado con la belleza y con la calma. El desierto de piedra que le rodeaba era algo más que dura y fría masa de rocas. De ellas emanaba un calor vivo, como en los establos de los cuerpos de los animales. Sólo que era un calor limpio y balsámico. Había en aquel calor algo que le atraía, le emocionaba y le embriagaba. En él se mezclaban suaves aromas de flores y de hierbas en flor que esparcían un polen cosquilleante que proporcionaba una risa íntima y bienhechora. El suelo del lecho estaba cubierto con ramas de pino y encima había una piel de cabra con sus dos cuernos. Así aconteció que Quint viera en sueños rebaños de cabras y pastores caprípedos que llevaban cántaros llenos de leche y grandes quesos. Algunos pastores tenían cuernos y llevaban coronas hechas con ramas de pino.

Del mismo modo que la sangre hervía en las venas del loco, a él le parecía que la naturaleza palpitaba. En todo había como una desnudez que le emocionaba.

Y de todo emergía, cada vez más cálido, cada vez más cercano, el aliento de lo desnudo. El resplandor de la luna goteaba como crisma sobre las suaves ondulaciones de las cumbres de las montañas. Ante los ojos cerrados de Quint se abrió algo que parecía una fosa que se fue agrandando lentamente y luego estrechando hasta desaparecer. Entonces y de repente, una mujer completamente desnuda comenzó a danzar ante él. Era una Eva de opulentos pechos; se echó hacia atrás la catarata de sus rubios cabellos, se llevó las manos a los costados, sobre sus caderas y comenzó a danzar. En el mismo instante el loco despertó de su sueño y gritó: —¡Apártate de mí, Satanás!

Al llegar la mañana, Quint tuvo hambre y se levantó con la intención de buscar algo para comer. Al llegar al borde de una barranca le pareció como si llegara hasta él el ruido de un rebaño acampado en una pradera de la hondonada. Pero el ruido era de un arroyo cantarín que se deslizaba entre las rocas. Luego, Quint divisó a lo lejos una vivienda solitaria, y poco después vio que de sus corrales salían cabras y vacas, irguiendo la cerviz en la fría mañana, e iban a abrevarse. El aire no era ya tibio como durante la noche, sino más bien frío, pues el viento del Sur había comenzado a soplar. El loco tiritaba.

Después de contemplar durante un rato el paisaje y la casa, tan diminuta que parecía de juguete debido a la distancia, vio que un rebaño se alejaba, guiado por su pastor. El rebaño avanzó durante un cuarto de hora exactamente hacia donde se encontraba el loco, hasta la pradera.

Quint se adelantó al encuentro del pastor, un hombre de labios abultados e hirsuto cabello, vestido con andrajos. Al ver a Quint, pareció asustarse, y sólo cuando el forastero, todavía distante, se sentó tranquilamente sobre una roca y las cabras, los cabritos, incluso el macho cabrío, comenzaron a olfatearlo confiadamente, dejó de temerle, y se puso a limpiar su pipa. Quint esperó un buen rato. Las vacas pacían tranquilas. De vez en cuando alguna vaca levantaba el testuz y mugía, al mismo tiempo que contemplaba al forastero con una mirada vacía e inexpresiva. Finalmente Quint se acercó al pastor.

—Tengo sed.

—Ahí hay agua —respondió el pastor en su dialecto apenas inteligible.

—Dame un poco de leche, por amor de Dios.

El pastor miró a Quint con sus ojos hinchados y confundidos, y se santiguó.

—Yo soy pobre como tú.

—No he comido desde hace dos días —insistió Quint.

Entonces el rabadán, como si hubiera visto una aparición, dejó la pipa y fue a buscar un cántaro de latón que tenía escondido debajo de un pino. Luego se acercó a una vaca musca, cuyas ubres casi llegaban al suelo, y la ordeñó. Acto seguido se acercó a Quint por la espalda y le alargó el cántaro por encima de los hombros. Quint bebió con avidez, y desde entonces cada día acudía al pobre pastor, quien, al parecer con la mejor voluntad, le daba leche y repartía con él su escaso pan.

Cada día que Quint pasaba sin otro trato humano que el del humilde pastor, se iba sumiendo aún más en el mundo de sus sueños. Quienquiera que conoce el singular encanto de andar, especialmente el escalar montañas, sabe la riqueza en imágenes y la abundancia de sensaciones que este ejercicio proporciona. Entonces, no es de extrañar que Quint, bajo los efectos de la constante soledad y del caminar sin rumbo, fuera perdiendo lentamente la noción de la realidad y que a veces se sintiera totalmente embriagado de intensas sensaciones, hasta el punto de que a duras penas se sintiera como un ser humano. Sólo la palabra humana podría despertar de sus sueños a un hombre tan extraviado. Y como en su extravío sólo oía el respirar y el palpar de la naturaleza, y únicamente dialogaba con estrellas y vientos, sentía su existencia casi exclusivamente como espíritu, como espíritu puro, y en consecuencia como algo divino. Recordó lo que la serpiente dijo en el paraíso. ¿No había sido borrado el milenarismo pecado con la sangre del Salvador y con ello había quedado libre el acceso al árbol de la ciencia? ¿No eran el pan y el vino, bendecidos por Jesucristo, el fruto de la ciencia, y no había él comido de este fruto, él, Emanuel Quint? Aquel fruto del que la serpiente había dicho: comed de él y seréis como dioses.

Quint estaba sumido en todo lo sublime, a veces durante horas enteras. Entonces se asomaba al borde del abismo desde las milenarias cumbres y contemplaba las profundidades con sonrisa de iluminado y sin miedo. Bajo sus pies se levantaban solitarias aves de rapiña que volaban en el espacio sin senderos, y en ocasiones le parecía como si de pronto sonaran en la profundidad burlonas carcajadas dirigidas a él, y entonces sentía la tentación de replicar dando un salto triunfal en el abismo. Quint sabía que flotaría y surcaría el vacío con la suavidad de una paloma.

La secreta fuerza de este deseo era muy fuerte, y Quint la sentía con frecuencia. Luego, cuando ya había conseguido dominar el impulso, se irritaba consigo mismo y se decía que no se debe tentar a Dios. Pero no era sólo el

imperativo de ver confirmada la fe o realizado el milagro, como tampoco la locura de una grandeza y de un poder absoluto y sobrehumano, sino más bien la certeza, una sensación de la propia indestructibilidad, unida a una frenética y apasionada impaciencia por reírse de las fuerzas de la muerte, las fuerzas de los abismos, con un grito de triunfo venciendo a la muerte terrena.

Después de esos arrebatos, se apoderaba de Quint la más profunda contrición, y cuando las voces que gritaban: «Hijo de Dios, hijo de Dios» se unían a las voces de los abismos, el mísero alucinado, después de permanecer durante horas enteras de rodillas, rezando y debatiéndose consigo mismo, creía despertar de una horrible pesadilla, la piel y los miembros sudorosos, y suplicaba al Salvador con voz temblorosa que se apiadase de él y le liberase del terrible trance de ser su sucesor.

Después de estas crisis agotadoras, el mundo volvía a atraerle y a cautivarle. Ya no era la mujer postrada en el lecho entre dolores de parto y que sólo puede alumbrar miserias, sino que era una mujer que reía, danzaba y de la que emanaban una belleza y una juventud inmarcesibles. Quint se decía que, en realidad, él no había conocido aún el mundo, y le parecía que si se decidiera a subir a las moradas de los hombres ya no le sería esquivo. Era como si hubiera atrapado la punta de un hilo de oro al que sólo tenía que seguir, a través de todos los laberintos del humano bullicio, para dejar de ser pobre, despreciado y miserable. Era como si un rayo de luz del infierno hubiera descubierto de repente todas las despreciables trampas y todos los engaños que enriquecen al astuto en un abrir y cerrar de ojos.

No era nada bueno lo que se iba apoderando de él, y Quint se daba perfecta cuenta, a pesar de que parecía muy tranquilo y libre de la tentadora voz de Satanás. Había que hacer lo que todos hacían; había que combatir el odio con el odio, la ira con la ira, la humillación con la humillación. ¡Había que repeler la guerra con la guerra! ¡La mentira con la mentira! ¡El engaño con el engaño! Había que lanzarse a la rapiña, coger, ganar y amontonar, contra todos los voraces animales de presa y contra todos los ladrones, riquezas que no carcomen ni la polilla ni la herrumbre. Había que coger, sólo coger: el ahorro de la pobre viuda, el parco dinero del huérfano, el techo del que padece frío, el pan del hambriento, y no había que prestar oídos a los gritos y las maldiciones del robado y del estafado, del hambriento y del necesitado, del atormentado y del enfermo, del torturado y del herido, sino sólo la voz de la propia ambición. Y, naturalmente, había que negar a Jesús.

De este modo, pensó con razón el infeliz Quint, la vida sería más fácil. De nuevo se sentía confundido en sus ideas, toda vez que el imperativo de abandonar a Jesús por el mundo le era inadmisibile.

No. Quint no estaba dispuesto a adorar a Satanás. «¡Adorarás a Dios, tu Señor, y a Él sólo servirás!», se decía. En el mismo instante se produjo un cambio en él. Vuelto de nuevo enteramente a Jesús, decidió entregarse a su evangelio con entendimiento limpio y sereno.

Quint seguía en su escondrijo, tendido en el musgo, y leía o meditaba, o paseando despacio se absorbía en cada una de las enseñanzas de las Escrituras y meditaba profundamente en ellas. De este modo, todo iba siendo mis tranquilo en tomo a él, y su razón parecía entregada únicamente a las revelaciones mediante la sucesión de letras del libro sagrado.

Cuanto más se acercaba Pentecostés, tanto más tranquilo y sosegado se sentía Quint. En su interior habían madurado los nuevos conocimientos que fue acumulando.

Dios se hizo hombre, se decía Quint; aquello había sido el martirio. Se hizo hombre; aquél había sido el mayor entre los milagros. ¿Por qué se hizo hombre? Para de este modo ser un ejemplo humano y divino al mismo tiempo, pues el hombre sólo puede conocer lo divino en lo humano. ¿Y qué se deduce de ello? Quint siguió meditando. Que nosotros debemos aprender primero lo humano de la vida del Salvador, con fe y absoluta confianza, y luego tratar de profundizar en ella cada vez más. Amarle humanamente, y humanamente correr tras él. Este era su objetivo y esto lo que quería hacer.

En este punto, Quint era todo humildad. El nuevo espíritu, que demostró ser muy sólido, le fue distanciando, sin que él mismo se diera cuenta, de las enseñanzas del hermano Natanael, y le devolvió a sus ideas primitivas. Pensó en ser realmente humilde, y por este motivo se despojó de todas las fantasías, de todos los éxtasis y de todas las exageraciones. Ciertamente que, como siempre, quería ser un confesor, pero sólo dentro de los límites de lo humano. No tanto predicar la doctrina cuanto practicarla. Y para no incurrir en soberbia, en el malvado espíritu del propio engaño, prefería incluso alejarse de la apariencia divina para ser de este modo tanto más humano interiormente.

Ya no pensaba en hacer milagros, pues había leído que Jesús increpó al perverso linaje, adúltero y ávido de milagros; también meditó en las amenazadoras palabras del Salvador acerca de los falsos profetas y taumaturgos, y él no quería ser uno de ellos.

Quint a duras penas conseguía satisfacer su apasionado deseo de humillarse a sí mismo. De forma imprecisa llegó a vislumbrar la distancia que había separado a Jesús de sus discípulos. Y como que él quería ponerse ahora del lado del Maestro, pensó en extirpar de su ser la avidez de hacer milagros y la ambición de una

recompensa, toda vez que el Salvador había expresado su desagrado y preocupación al advertir estos pecados en sus discípulos. Él quería ser el último servidor de la palabra divina y en modo alguno el primero.

A partir de entonces, todos los sonidos se le hicieron sospechosos. En esta fase de su prodigioso y extraño cambio, Quint rechazaba categóricamente todos los proyectos ambiciosos. Él quería ser como los niños: limpio de corazón, para un día ser todo él fruto. Ahora su deseo era practicar las enseñanzas, no predicarlas; algún día sería reconocido por sus frutos.

Por este motivo tampoco quería acercarse a los hombres como maestro, discípulo o profeta, sino como cualquier hombre, hacer el bien más en la oscuridad que en público. Con toda seguridad, Jesús le guiaría. Él no quería dogmatizar o amenazar, sino sólo caminar por y para sí mismo a lo largo de alguna de las doradas sendas del alma que Jesús había abierto y creado, como paraísos, en medio de los desiertos de la tierra. Servir a todos y a cada uno de los hombres, y no dominar a nadie, era lo único que Quint quería. Totalmente fantástica y totalmente irrealizable, ésta era la meta del pobre loco.

Quint rezaba cada día la oración del Salvador. Y como descubrió que los discípulos de Jesús no habían rezado hasta que el Señor les enseñó el padrenuestro a petición suya, también él recitaba exclusivamente esta oración. Quint la rezaba con espíritu de niño.

Lentamente, rezando únicamente esta oración, se fue apoderando de él una extraña manía que desgraciadamente terminó por adueñarse de su ser. Ese espíritu, que difícilmente puede ser bueno, le hizo creer que aquella oración no era en realidad oración alguna, que la esencia de la doctrina había sido recopilada en unas pocas sentencias para que sirviera de estrella orientadora a los discípulos que buscan. «Padre nuestro que estás en el cielo: sea santificado tu nombre.» Estas palabras no iban dirigidas al que suplicaba, sino a Dios. ¿Y a qué dios iban dirigidas? ¿A un dios más alto que Dios? Quint creía que iban dirigidas al espíritu, al espíritu de Dios que habita en el hombre. Esta idea le resultaba muy confusa, pero su celo investigador le llevaba cada vez más lejos. Entonces pensó: «Venga a nosotros tu reino.» ¿A quién iban dirigidas estas palabras? De nuevo le pareció que iban dirigidas al espíritu. Quint sintió cómo, al pronunciarlas, se las dirigía a sí mismo. Le pareció como si, al hacerlo, se abriera en él un sagrado manantial y como si despertara en él un deseo limpio y santo, un espíritu nuevo, activo y santificado. Ciertamente, dentro de nosotros estaba el reino. Éste tenía que ser instaurado en nosotros mediante el espíritu. Quint siguió leyendo: «Hágase tu

voluntad.» ¿Era éste acaso un ruego humano? La voluntad todopoderosa del Dios todopoderoso, de Jehová omnipotente, debía cumplirse. ¿Era necesario que lo pidiera un mísero ser humano? Pero si éste dijera: «Haz conmigo lo que quieras», entonces sería pura locura y no una súplica.

También estas palabras iban dirigidas, según Quint, al espíritu. Tenía que cumplirte la voluntad de Dios y el cuerpo tenía que convertir«en ceniza.

«El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.» De ese modo se pedía mucho en pocas palabras. Acaso, pensaba Quint, era esto solamente una concesión a los discípulos, tan ávidos de recompensas.

«Y perdónanos nuestras deudas.» Nosotros éramos culpables y necesitábamos perdón. Todos sin excepción, pensó Quint. Y tampoco ahora consiguió disipar la idea de que también ésta era sólo una aparente súplica. «Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.» O sea que nosotros seremos perdonados en esta misma medida, y no mayor. Por lo tanto, quien perdonaba sería perdonado, pero aquel que no perdonaba, aunque rezara, no sería perdonado. Aquello era una invitación al perdón.

«No nos dejes caer en la tentación.» ¿Qué podía añadir él a esta súplica, la más maravillosa de todas?, pensó el loco en un acceso de locura un día que la pronunció como de costumbre. Y el espíritu malo le susurró entonces al oído: «Equivale a decir déjanos en paz.» Pero Quint se liberó de esta voz del espíritu del mal gritando: «¡No nos tientes, no nos tientes!»

Al espíritu malo, ¿no se le llamaba también el tentador? Pero con toda seguridad esto significaba: No nos engañes con falsos espejismos; no pongas en nuestro camino trampas y lazos; no provoques nuestra repulsa con torturas y sufrimientos; no nos hagas enemigos del prójimo, a causa de la necesidad y el placer; no nos sientes en tribunales para que tengamos que decidir la suerte de nuestros prójimos y cómplices, y para que tengamos que pronunciar crueles sentencias; no nos hagas reyes para que tengamos que ejercer violencia, y sufrir y sucumbir a causa de la violencia; no nos induzcas al robo, al asesinato y al deseo de poseer los bienes ajenos; no nos tientes, pues somos débiles; no esperes de nosotros, pobres criaturas que vagamos en la oscuridad, acciones de valor divino y libres de pecado; no apagues la débil luz, sino libéranos del mal... Sea nuestro el espíritu y sea nuestra la paz.

Debía ser un Dios horrible cuando le temamos que suplicar que no nos condujera a la tentación. Quint advirtió entonces cómo el Salvador había tratado de liberar de su dureza y terror el concepto de Dios. Bendito y amado sea tu nombre, y no mencionado con espanto y terror; así continuaba la oración. Nosotros

pedimos de ti lo que es amor, y lo que nosotros pedimos lo pide el amor en nosotros. Hasta aquí, el loco pisaba el buen camino, pero fue más lejos en sus reflexiones. Destronó al Dios humano y creyó que Jesús también lo había destronado y colocado en su lugar al espíritu.

Esta idea se apoderó de él casi como un imperativo y con profundo sobresalto. Era tan poderosa que a veces hubiera podido negar que se encontraba sobre los sólidos cimientos de la tierra, bajo el techo del cielo. Le parecía como si su única morada fuera el espíritu. Los movimientos que hacía, y de manera especial todos aquellos que, en un sentido más elevado, Quint llamaba su vida, se deslizaban ante sus ojos como en un mar constituido por las almas de los hombres que habían vivido hacía miles de años. Fuera de esto, Quint no conocía nada, o sólo conocía tinieblas.

Imaginemos a las personas, ancianos, ancianas, hombres, mujeres y niños, tantas como pueblan la tierra, cada una con una lucecita en la mano; pues algo así se imaginaba Quint a veces. Del mismo modo que los hombres estaban distanciados entre sí y, no obstante, la luz de sus luces fluía conjuntamente, así para Quint, aunque separados en el cuerpo, todos los hombres eran uno en la luz. Una avidez de alma humana, como no había conocido hasta entonces, se apoderó de él; un amor doloroso y una añoranza de hombre. Era como si, a la luz del amor sin límites a Jesús hombre, se hubiera desatado en él una profunda conciencia del valor del hombre y de la vocación del hombre. El amor al hombre le abrasaba. Y le abrasaba con ardientes accesos. Quería correr junto a sus hermanos y hermanas; ya no deseaba, como hasta entonces a causa de su egoísta costumbre, mantenerse fríamente lejos de ellos.

Quint se olvidó por completo de sí mismo, o sea de sus anteriores alegrías y sufrimientos. Creía haber comprendido que la humanidad es la morada de la divinidad. Y mientras intuía, más que contemplaba, esta morada de Dios, esta mansión de Dios, le parecía que ante aquel hecho superior la cuestión de su pequeña y particular vida propia carecía de todo valor.

Por este motivo se apoderó de él un vivo deseo de convertirse en holocausto, un ardiente deseo de liberarse de la presencia de su corporeidad, como si fuera una prisión, y de fundirse en todo lo absoluto, de hacer luz de su luz, amor de su amor y, luego, liberado de sí mismo y de la luz, estar eterna y totalmente en Dios.

La completa transformación interior de Emanuel Quint fue uno de los procesos más extraños. Lo extraño de él era que, en su entusiasmo puro e infantil, había reemplazado la mayor parte de sus locuras por algunas consideraciones aparentemente de acuerdo con la razón, que se fueron consolidando cada vez más, hasta convertirse en un sistema compacto y sólido, del que nació en el alma del

loco una conciencia de mesianismo, y este sistema era más amplio que la simple hoguera de sentimientos de otros tiempos. Con frecuencia ocurría que él mismo se sobresaltaba al ver cuán lejos de sus anteriores caminos le había llevado el continuo meditar, y al mismo tiempo, aunque sólo aparentemente, cómo le había acercado a Jesús, al hombre, e instruido en el secreto del reino de Dios. Entonces se apoderó de él la fiebre de investigar. Pero todo lo que descubrió y creyó comprender, cuando cayó de sus ojos como cataratas en una súbita y radiante luminosidad, decidió mantenerlo en secreto, sin saber hasta cuándo.

CAPÍTULO IV

UN día aparecieron ante Emanuel Quint los hermanos Scharf. Le habían estado buscando durante varias semanas, y en la angustiada expresión de sus rostros barbudos se adivinaba lo que para ellos significaba haber dado finalmente con él. También el loco se alegró a causa de su nuevo estado de ánimo, y al momento decidió ir con ellos hasta el refugio, un apartado cobertizo en el que los hermanos habían descansado varias noches.

Los hermanos le habían reconocido al momento, a pesar de que tenía muy poblada la barba y muy largo el cabello. Ahora, mientras le seguían con toda humildad hacia el refugio, la dicha emanaba cada vez con más fuerza de sus miradas mientras le contestaban a sus preguntas.

Primero informaron a Quint de que su padre había muerto hacía ya más de tres semanas. El anciano se había dormido plácidamente en la paz del Señor, con la fe en Jesús y con la seguridad de la resurrección. Luego vendieron el negocio para no seguir más tiempo ligados a la tierra y poder seguir las huellas del loco.

Debido a este propósito, que no quisieron mantener oculto, habían tenido que soportar muchas mofas y afrentas, pues mientras muchos cristianos creyentes de los contornos creyeron ver cosas sorprendentes relacionadas con la aparición y la desaparición de Quint, la mayoría reaccionó con desprecio y odio, no faltando mucho para que se lanzaran en su persecución.

Kurowski, un agitador socialista, visitó a los hermanos Scharf, y en cuanto tuvo conocimiento de sus intenciones, les dijo a lo que se exponían, pero ellos siguieron firmes en su propósito. A su afirmación de que con toda probabilidad Quint había cruzado la frontera para siempre, por lo que difícilmente podrían encontrarlo, ellos expresaron otra vez su inquebrantable fe y su firme deseo de ir hasta donde él estuviese.

Kurowski les expuso con todo detalle lo que ahora ellos tenían que repetir, toda vez que Quint parecía estar particularmente interesado en el comportamiento del agitador.

—Por culpa de vuestra credulidad vais a ser engañados. Ese fanático, que sin duda obró de buena fe cuando pronunció su sermón de capuchino en la plaza de la ciudad, os ha engañado a pesar de todo. Os engaña, lo mismo que se engaña a sí mismo. ¿Por qué? Sencillamente, porque carece de formación. Si ese fanático fuera un hombre instruido, lo cual no puede ser porque la ceguera de la clase

dominante se opone a la instrucción del pueblo, entonces podría llevar a cabo una gran obra. Hoy día existe una nueva ciencia social, y quien no construye sobre ella, sino sobre viejas y estúpidas fábulas, construye sobre arena. La más abnegada compasión no nos sirve para nada, ni nos lleva a ningún sitio. Hay un dios, el capital, y mientras no se le destruya, de nada sirven la bondad y la compasión.

Uno de los hermanos se sacó de la chaqueta un librito que le había regalado el agitador. Era el *Manifiesto comunista*. Emanuel Quint leyó en él: «Proletarios de todo el mundo, uníos», pero no prestó atención a esta llamada. Luego pidió a los hermanos que siguieran informándole con todo detalle.

Cuando llegó el médico municipal que debía firmar el acta de defunción del viejo Scharf, se presentó en la habitación, detrás de él, una anciana casi ciega, preguntando por Quint como si se tratara de un médico milagroso. Entonces el galeno le respondió poco más o menos con estas palabras: —No entiendo cómo vosotros, pobres gentes, ignorantes e ingenuas, podéis ser una y otra vez víctimas de los charlatanes. Esos individuos no son sino asesinos y envenenadores, y lo único que pretenden es arrancaros vuestros ahorros hasta la última moneda y agravar así vuestros sufrimientos. No hay vieja astuta y borracha que no perjudique vuestra salud cuando os engaña con alguna estúpida y descarada promesa. ¿No os habéis enterado aún de que hay una ciencia que se llama medicina? ¿Una ciencia que hay que aprender? Y esta ciencia no se nos da gratuitamente. Si queréis seguir mi consejo, os diré que alejéis de vosotros, buenas gentes, a todos los sinvergüenzas, esos curanderos y falsos médicos. Ellos os chupan cuerpo, alma y dinero como sanguijuelas. Y ese Quint no es más que un desgraciado enfermo; si vuelve a aparecer por aquí hacédmelo saber sin que él sospeche nada, y lo encerraremos en el manicomio.

La madre de Quint había ido repetidas veces a casa de los hermanos Scharf a preguntar por su hijo. Al ver que no sacaba nada en limpio de ellos, tuvo el convencimiento de que los dos hermanos le ocultaban su paradero. Los Scharf le dijeron a Quint que su madre había llorado y que estaban seguros de que no pararía hasta dar con él. La pobre mujer no se había cansado de repetirles que Emanuel pretendía volar demasiado alto. Precisamente a él le correspondía, más que a los demás hermanos, ayudar a la familia con toda la diligencia y con el sentido de la responsabilidad, y apaciguar así a su padre adoptivo, cuyas muchas dolencias aún agravaban su iracundo carácter. Ella no había protegido a Emanuel, y tampoco le había animado y consolado, sino que, por el contrario, todavía le había insultado una y otra vez, despreciándolo continuamente. Y ahora, mientras Antón Scharf, siempre con su acaloramiento, le contaba todo esto con mucho sentimiento, Quint le interrumpió para preguntarle: —Entonces, ¿quién creéis vosotros que soy?

Los hermanos callaron y se miraron entre sí. Pero en las miradas de los dos fanáticos, sobreexcitados por el trabajo, las noches de vigilia junto al lecho del padre y la abrasadora avidez de sus corazones, observó un extraño y penetrante brillo que le estremeció. Le parecía como si los labios de los hermanos contuviesen una palabra aún no pronunciada, una palabra ante cuya confusa significación Quint sintió miedo, a pesar de que su alma ardía en deseos de oír.

Pero en los hermanos Scharf se había enraizado sólidamente un convencimiento que las palabras de Natanael Schwarz acerca de Quint habían reforzado; era un convencimiento obsesivo que mantenía viva en ellos una sensación de dicha inconmensurable, de bienaventurada locura, como sólo podía darse en los estrechos dominios de su limitada inteligencia, de su manifiesta candidez. Entonces le contestaron: —Nosotros sabemos que tú eres el ungido del Padre.

Debe hacerse constar en honor al loco que, tan pronto como consiguió reponerse del asombro, replicó a los hermanos con duras palabras y trató de hacerles comprender lo absurdo de aquella afirmación.

Pero la contundencia de las palabras de Quint y sus fulgurantes ojos no consiguieron apartar de su idea a los hermanos Scharf, sino que todavía se reforzó más su convencimiento, a pesar de que uno y otro se habían sometido con toda el alma a la obediencia que ahora pregonaban con expresión de auténtica fidelidad y devota sumisión. Siguieron caminando en silencio durante largo rato bajo el claro cielo, al lado de su humilde señor y maestro. Finalmente vieron una casita protegida por unas bardas en el regazo de un monte que parecía asentado en un roquedal.

Para personas no acostumbradas a ver por sus propios ojos la miseria y la necesidad terrenas hubiera sido una desagradable sorpresa entrar en la cabaña donde unos días antes los hermanos Scharf habían buscado refugio. Luego de cruzar un corralillo que olía a ganado cabrío, se llegaba a una alcoba bastante espaciosa y sucia, cuya escasa luz no dejaba ver nada, ni siquiera los muebles y la gente que había, pero que hedía horriblemente. No obstante, una vez se habituaba uno a aquella oscuridad, veía que allí había algunas personas en la más depresiva miseria.

En seguida se levantó un hombre con una barba de meses y desgredado; apartó el tajuelo en que estaba sentado y tristemente y despacio se acercó a los forasteros sin hacer el menor ruido, pues en vez de calzado llevaba los pies vendados con trapos. Sería un viejo soldado, pues llevaba un quepis descolorido y muy de otros tiempos. Se inclinó al llegar cerca del loco, después de mirarle con ojos casi asustados. Cuando se irguió de nuevo se fijó en los ojos brillantes de los

hermanos Scharf y advirtió en ellos una expresión de férvido triunfo, como si cada uno le dijera: «Éste es aquel a quien buscábamos.»

Quint comprendió en seguida que le habían estado esperando, y el hecho de saberse esperado dondequiera que iba contribuía a reforzar la descabellada idea de que el mundo le necesitaba y de que su peregrinar era una misión divina.

Quint fue conducido hasta un camastro lleno de paja, el cual de momento casi no veía debido a aquella oscuridad, más propia de un sótano que de una estancia. Sin embargo, una vez sus ojos se habituaron a aquella lobreguez, vio ante sí un demacrado cuerpo vestido con míseros harapos, y luego observó que era una mujer todavía joven y rubia, que trataba de incorporarse y le miraba fijamente y con miedo. No preguntó quién era Quint ni a qué había ido allí, pero al momento comenzó a retorcerse y a dar desgarradores gritos.

Aquella mujer estaba postrada en el lecho desde hacía semanas, agotada y enferma, sin poder trabajar. Medio año antes había dado a luz una criatura en una tempestuosa noche de otoño; la criatura estaba ahora cerca de su camastro, en un capacho de esparto, en el suelo. Cuando Emanuel le expresó sus condolencias en pocas y sentidas palabras, la mujer señaló a la criatura, y con la mayor angustia le explicó el desconsuelo con que vivía.

Cuando el blanco y pecoso rostro del loco se inclinó sobre la criatura dormida en el capacho, los hermanos Scharf pudieron ver cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. Ciertamente, Quint vio en seguida que aquella mujer extenuada y casi desnuda que yacía sobre la paja había dicho la verdad, pues el rostro de la infeliz criatura, que respiraba con dificultad, era una terrible costra, repulsiva y horrible, hasta parecer imposible que siguiese con vida.

El hombre de la barba, padre de aquella criatura, no dijo nada, pero se le adivinaba una conciencia casi jubilosa de haber sido honrado por Dios con una prueba tan abrumadora. Su brazo izquierdo estaba atrofiado por la gota que cogió en las campañas de los años 1866 y 1870; cerca de él, una niña rubia de catorce años, delgada y de grandes ojos, con las mejillas pálidas y la respiración debilitada por la necesidad, estaba sentada en un taburete. El hombre sabía que la mísera cabaña, ignorada por los hombres y la fortuna, era el refugio de toda suerte de enfermedades, penas y desgracias, al que la muerte había visitado cada año para llevarse primero al padre, después a la madre y a sus cinco hijos al pequeño cementerio que había en el valle, detrás de la iglesia.

Aquella desgracia, aquella espantosa miseria infundió a Quint dulces y esperanzadores arrebatos que parecían proceder de un instinto celestial que le dijera que la ayuda de Dios es tanto más inmediata cuanto más intensa es la

necesidad. Eran ideas que no debían entenderse en ningún sentido terrenal, sino en otro más profundo y místico. Dios se mostraba en las tribulaciones, en la compasión, en el amor. Parecía como si Dios fuese casi visible bajo aquellos débiles y atormentados pulsos como bajo los últimos y finos velos. Con frecuencia, ante los ojos de Quint surgía, como si tomara cuerpo del clima de sufrimiento, la cabeza del Redentor, con la corona de espinas en la frente, de la que lentamente iban cayendo gotas de la sangre santa sobre los ojos del Eccehomo.

Entonces, como siempre que Quint se adentraba en los dominios de las humanas tribulaciones, pareció como si aquel estado de profunda y secreta esperanza de su alma se extendiera sobre todas las cosas y como si todo buen ladrón sintiera su proximidad como un carisma y temiera su partida como algo horrible. Sin embargo, la naturaleza de la excitación de que eran presa los tres moradores de la cabaña, y que ahora compartían los hermanos Scharf, era algo más que la simple complacencia en la bondad humana y en el humano consuelo. Quint sintió los ojos del hombre, los ojos de la mujer, los ojos de la niña de catorce años fijos en él y vio un extraño temblor en sus manos, como cuando la angustia y la fe, pugnando entre sí, presienten la llegada inminente del apetecido milagro. Quint lo advirtió y, después de observarlos atentamente a todos, hubo de reconocer que allí habían arraigado hondamente la ignorancia, el miedo y la miseria, junto con supersticiones de la más peregrina naturaleza.

«Esta pobre y desventurada gente —se dijo Quint— me consideran en su ignorancia Jesucristo vivo y verdadero, el hijo de Dios.» No obstante, en lugar de apresurarse nuevamente a hacer lo que ya había hecho inútilmente en otra ocasión, en vez de intentar arrancar de raíz el enfermizo error, aplazó la decisión para más tarde y dejó que siguieran su curso los acontecimientos. Sí, algo de este error se adentró en él y le hizo sentir el mismo temblor interior y exterior que antes había advertido en los dominios de la humana miseria adonde llegó como huésped.

Schubert, que era el nombre del avejentado veterano de la guerra, y Marthe, la hija de catorce años, atendieron a Quint. Tras cruzar entre sí algunas miradas de inteligencia, sacaron, sin dar a su gesto la menor importancia, algunas provisiones que tenían guardadas en un rincón de la cabaña y que habían adquirido con los escasos peniques de los hermanos Scharf. Marthe, que había recogido algunas ramas secas, las apiló en el hogar y encendió la lumbre, y pronto comenzaron a crepitar alegremente y a dar calor. Luego trajo una olla con agua y puso algunas patatas al fuego, lo que le pareció un extraordinario banquete a la familia, la cual casi se alimentaba de sopa de tomillo o sólo de acelgas.

Pero aún había algo máspreciado en aquel rincón de la cabaña, y era vino. Los hermanos Scharf lo habían comprado a un individuo de aspecto agitanado, sin saber que lo pasaba de contrabando desde Bohemia a Prusia, y ese vino, una botella llena, lo pusieron sobre la mesa.

Emanuel Quint no seguía los preparativos para el extraordinario banquete. Había acercado un tajuero al camastro de la enferma, y ahora, inmóvil y la cabeza inclinada hacia ella, le hablaba con voz queda. No había en la mujer el más insignificante asomo de vergüenza por su casi total desnudez. La .pobreza de año tras año y la estéril lucha contra la miseria habían extirpado en ella sus antiguos escrúpulos. Emanuel Quint, que conocía familias cuyos vástagos andaban desnudos por casa, ya fuera por ahorrar o acaso porque sólo disponían de algunos harapos que se ponían por turno, a la vista de aquella mujer sintió un rubor que le obligó a evitar en lo posible tener que mirarle la cara.

A veces no oía absolutamente nada de lo que ella decía, empeñado como estaba en vencer sus internos impulsos, precisamente porque él los había creído dominar en las últimas semanas. Y entonces se dio cuenta de que aquella mujer de rostro demacrado le atraía con la fuerza de una tentación, fijos sus ojos en aquella mata de cabellos sueltos y rojizos. Quint se avergonzó amargamente de estos pensamientos, pero el immaculado brillo de sus hombros redondeados y delicados, de los que no conseguía apartar la mirada, así como el resplandor de concha de su cuerpo tendido sobre la paja, la cual aún destacaba más la penuria que reinaba en derredor, le hacían sentirse inseguro de sí mismo. Quint amaba a la mujer. La amaba porque llevaba dentro de sí el dolor, como una herida que sangrase constantemente, y porque el odio que todo lo dominaba confusamente en la lucha de los hombres no tenía morada en el pecho del loco, y, de este modo, el odio al hombre era reemplazado por el amor al hombre. Pero del mismo modo que en las bodegas de un barco las mercancías que transporta a través de los mares están separadas, y del mismo modo que durante una tempestad los bandazos de las naves hacen que se amontonen unas sobre otras, también ahora en el alma de Quint se mezclaban y confundían los sentimientos. Si pretendemos establecer una separación entre el amor celestial y el terreno, debemos hacer constar que el amor terrenal del loco irrumpía furtivamente en los dominios delimitados del celestial, aun cuando a él le parecía como si éste no fuera impulsado hasta los cielos sino a través del otro.

La pobre mujer se deshacía en lamentos, y por cierto, cosa especialmente dura de escuchar para Quint, no contra los hombres, sino contra Dios. Le relató algunas páginas de su vida, lo que no fue más que una ininterrumpida historia de privaciones. Al loco le pasó entonces por la cabeza esta idea: ¿Cómo podía, pues, saber de otro estado, de un estado de dicha, y cómo podía dudar de él? De niña

había conocido el horrible ejemplo de una madre entregada a la bebida y, con frecuencia, rendida por el trabajo agotador; había tenido que presenciar escenas que ahora envenenaban sus recuerdos, de la misma manera que, en otros tiempos minaron su juicio. Madre y padre habían exigido de ella todas las cosas hediondas y brutales, y ellos mismos las habían ejecutado como sapos delante de sus ojos. Finalmente, y por fortuna para la hija, la madre pasaba cada vez más tiempo fuera de casa, dedicada a la mendicidad y embrutecida con la bebida, con lo cual había tranquilidad durante algunas semanas, y las paredes de la estrecha y mísera cabaña no se estremecían con las violentas disputas.

Entretanto, el padre se había retirado, como es costumbre decir, y ya no salía con su organillo a la carretera, por donde pasaban los turistas y los extranjeros. De este modo, la puerta de la casa quedó abierta de par en par a la necesidad, y el hambre de todos los días se convirtió, junto con la enfermedad, en su morador permanente. Desde entonces, el cuidado del padre, su propia alimentación y la de los hermanos recayó sobre sus hombros, sobre los hombros de una niña de once años, hasta que un día, después de muchos dolores y sufrimientos, el padre murió en su mísero jergón de paja, en una mañana de un sol invernal.

Entonces cesaron las maldiciones con que el viejo se desahogaba constantemente, y los azotes con que obligaba a la niña a trabajar sin descanso, a seguir atada a aquel infierno. Pero el mismo día de su muerte apareció la madre, borracha como siempre, exigiendo que le abriese la puerta y que le diese dinero. La niña, temblando, abrió.

En su embriaguez, la mujer no reconoció a la muerte en el rostro del hombre. Presa de delirantes alucinaciones, se le acercó y le insultó. Luego, arrastrada por el alcohol, no se sació con los insultos, sino que terminó abofeteando al muerto. Por último, enrojecida y agotada, y hediendo a aguardiente, cayó sobre el camastro, junto al difunto, tendiéndose a su lado completamente inconsciente y roncando durante toda la noche, hasta muy avanzada la mañana.

La enferma prosiguió su confesión, cada vez más nerviosa y entre continuos sollozos, mientras la paja de su camastro, en el que se agitaba de un lado para otro, crujía constantemente. Y llegaron sus sufrimientos de doncella y de mujer, como llegaron los dolores del parto, el último de los cuales había tenido lugar hacía medio año y del que, por haber estado desatendida durante semanas, aún no se había repuesto. Y una y otra vez la misma pregunta: ¿por qué? ¿Por qué se habían acumulado sobre ella tantos sufrimientos? Y, sin embargo, se decía que en el cielo habitaba un Dios bondadoso.

Después la mujer preguntó a Quint si era cierto, como no se cansaba de repetirle su marido, que un día aparecería el Salvador en el mundo y extendería

sobre él mil años de dicha y ventura. Ella no lo creía. Dijo que había creído muchas veces con excesiva facilidad y que había sido engañada otras tantas. Estaba convencida de que los sermones en los que se pedía a los fieles que tuvieran fe y que fueran mejores eran puro engaño. Schubert, su marido, intervino entonces para recriminarle en pocas y duras palabras su pecado de incredulidad.

¡De qué buen grado hubiera dicho entonces Quint a la pobre mujer enferma: «Levántate y anda...»! O tal vez: «Lleva el yugo que pongo sobre ti; mi yugo es suave y mi carga ligera.» No obstante, hacía ya rato que le faltaba la convicción para ello.

¿Pero habría debido Quint repetir a aquella mujer, castigada con el azote de las tribulaciones, las palabras «Coge tu cruz»? ¿A ella, cuyos ojos, en contraste con sus propias palabras, imploraban todos los dones del paraíso celestial? No era posible decirle a aquella desgraciada lo que siempre se había dicho a sí mismo: «Renuncia a ti mismo, tu tribulación es tu recompensa, no esperes ninguna otra, el hombre ávido de recompensa es precisamente el que provoca constantemente el mal en el mundo, el ávido de recompensa es el lobo del hombre, no seas tú el lobo que el mal deja suelto en los rediles de la humanidad... Sé el cordero, el cordero de Dios. Sé la *oveja* paciente bajo las manos del esquilador y del carnicero.» No, todo esto lo reservaba para él mismo, y por otra parte no podía por menos que tratar de avivar la esperanza de aquella mujer en una justa compensación, una compensación celestial, en el otro mundo.

Durante la comida, el loco permaneció en silencio, concentrado en sí mismo. «Esta mujer —pensaba Quint— no verá el paraíso terrenal del futuro. Ninguno de nosotros lo verá. Nosotros nos debemos entregar sin esperar participación alguna, como ejemplos, como sacrificados obreros de un templo que nunca llegaremos a pisar. No me mueve la sed de inmolarme por Dios, sino con Dios y en Dios, de acuerdo con el ejemplo de Jesús, que se inmoló por el hombre. El hombre, el hijo del hombre, es el único por quien se inmolan en amor y sin reservas mis fuerzas terrenas.»

Pero los hermanos Scharf y el tejedor Schubert no adivinaban los pensamientos de Quint. Aquellos limitados y pobres hombres vivían interiormente en su sólida y crédula locura que, como toda locura, resulta difícil de comprender para los que piensan cuerdamente. De tiempo en tiempo llega al viejo mundo una ola de rejuvenecimiento, unida a una fe nueva o renovada, y precisamente por entonces, hacia el año noventa del siglo, una fe nueva y una nueva sensación de primavera flotaban bajo el cielo alemán. Era una psicosis colectiva cuyas múltiples causas aún no han sido aclaradas. Baste con saber que invadió hasta los más apartados rincones de la nación y que —casi me atrevería a afirmarlo—

rejuveneció la sangre de los hombres, y también que, aunque en sentido inverso, contribuyó a que los hermanos Scharf se fueran distanciando cada vez más de la cruda realidad.

La monstruosa locura de ser tenidos por los primeros, cuando se produjera el retorno de Jesús al mundo, llenaba su vida de vigilancia, al igual que sus sueños nocturnos, como una borrachera difícil de dominar. Entonces mientras comían y bebían, no pudieron retener por más tiempo su oculta dicha, y, a pesar de la presencia de Quint, la manifestaron con inenarrable júbilo.

En sus conversaciones, aunque apasionadas, todavía frenadas por el buen sentido, lo importante no era, en definitiva, la salvación de todos, sino más bien la condenación de los malos, su irremediable castigo. No tanto el perdón, sino la expiación. No tanto el sufrimiento en Jesús, sino la recompensa por los sufrimientos soportados. Quint hubo de reconocer que, desgraciadamente, sus discípulos en otro tiempo fidelísimos, se encontraban ahora muy lejos del reino de Dios que él anhelaba.

La proximidad del reino de los mil años que debería convertir la tierra en un paraíso los obsesionaba hasta tal punto que, como se podía adivinar, no contaban ya con nuevos sufrimientos durante el tiempo que mediara desde entonces hasta la instauración del milenio de la felicidad. Ciertamente que el Apocalipsis los aterraba con sus terroríficas visiones, pero estaban convencidos de encontrarse en todo momento bajo la protección del Salvador. Imaginaban estar viendo como Él, después de colocarse a la diestra del Padre, iniciaba el juicio, y como separaba las ovejas de los corderillos. Y entonces se desató su cólera contra todas las fuerzas del siglo que ellos tenían por ateas y a las que atribuían la monstruosa suma de los sufrimientos de la tierra.

Entonces recordaron la parábola del hombre rico y del pobre Lázaro, y como éste finalmente subió jubiloso al cielo, en tanto que el hombre rico sufría en las calderas del infierno. Y a ellos les regocijaba que aquel hombre sufriera. Y excitados por el vino y las viandas, se pusieron a criticar y atacar a muchos conocidos suyos: al molinero de la aldea donde habían vivido, al párroco, al comerciante para quien habían sudado sentados en la banqueta del telar, y a otros vecinos, hasta al rico condenado a las llamas eternas del infierno.

Quint pensó en recriminar con duras palabras a los hermanos Scharf. Sin embargo, se contuvo al ver cómo se había ensanchado el abismo entre ellos y él desde que se separaron la última vez. Quint no dijo nada y pensó que aquellos hombres, aunque adultos, en cierto modo seguían siendo niños, a los que había que conducir paso a paso hasta la verdad, si por otra parte eran capaces de comprenderla. Además, dicho llanamente, Quint sentía algunos reparos ante su

propia nueva verdad. Tenía miedo de sí mismo; no había en él el valor necesario para afrontarla.

Y de repente, sin que él supiera cómo ni por qué, comenzó a hablar del «secreto del reino de Dios», sirviéndose para ello de unas palabras del Salvador. Llevado de su obsesión de discípulo, les hizo sentirse inseguros en sus opiniones e ilusiones relativas a la proximidad del reino de los cielos, con lo que los hombres se quedaron abatidos y apagados... Después, Quint se levantó para ir a descansar en el desván de la cabaña.

Emanuel durmió poco; cuando se despertó, cogió su pequeña Biblia y se acercó a la luz de la luna, que se filtraba a través de una grieta, y comenzó a descifrar pacientemente algunos de sus pasajes. Luego se puso a pasear lenta e incansablemente de un lado a otro del desván, meditando en el secreto del reino de Dios. De pronto, de la habitación de abajo llegaron gritos, e inmediatamente después la escalera comenzó a crujir, hasta que apareció Antón Scharf y le rogó a Quint que bajara rápidamente.

Cuando Quint entró en la habitación, la criatura estaba gritando en el capacho; la mujer, tendida en su jergón, le alargó los brazos, llorando e implorando auxilio. El viejo Schubert, sentado en la banqueta del telar, tenía en las manos algo que se movía convulsivamente. Martin Scharf contemplaba la escena levantando una vela que escasamente alumbraba.

—Le ha vuelto a dar uno de sus ataques —dijo el mayor de los hermanos Scharf.

Quint vio entonces que se trataba de Marthe, la niña de catorce años. Cogió la vela que tenía Scharf, y tan pronto como la luz alumbró de cerca su rostro horriblemente desfigurado, la niña comenzó a jadear y a revolverse. Pero no se despertó, sino que siguió inconsciente, y todos se asustaron cuando inesperadamente un bestial rugido salió de su pecho desnudo; fue un rugido semejante al ladrido de un perro. Luego comenzó a blasfemar frenética y confusamente contra Dios, el Salvador y todos los ángeles.

Quint advirtió al momento lo que estaban esperando de él, si bien todo su ser estaba dispuesto a prestar ayuda. De forma totalmente instintiva, hizo exactamente aquello que se acostumbra hacer cuando se quiere arrancar a alguien de un sueño, y después de pedir que le trajeran agua de la fuente, levantó la voz hablando a Marthe con enérgicas palabras.

Posiblemente el ataque había llegado por sí mismo al final; sin embargo, tan pronto como la calma y la laxitud se apoderaron del cuerpo de la niña, aquellos crédulos hombres vieron en ello una prueba del poder taumatúrgico del loco. Y así,

una vez éste se hubo alejado en silencio y solo en la fría y clara noche de luna, en tanto que la niña dormía plácidamente junto a su madre, los hombres estuvieron hablando hasta el amanecer, hondamente impresionados por el aparente milagro.

Marthe no despertó hasta bien entrada la tarde, y lo que refirió parecía hecho para fortalecer las visiones de la pequeña comunidad. En la niña había una sosegada y beatífica jovialidad, y al preguntársele acerca de las causas, afirmó ingenuamente que había visto en sueños a Jesús, el Salvador, rodeado de toda la gloria celestial y marcado con los estigmas de la Pasión.

Desde entonces, cualquiera que fuese el trabajo del hogar que hiciese la niña, recitaba para sí esta jaculatoria, sin que supiese cuándo ni cómo la había aprendido:

¡Oh, Jesús, mi dulce luz!,

aunque dormida, te veo,

y si despierta, te miro;

vela, buen Jesús, mi sueño.

CAPÍTULO V

SE ha visto cómo una locura puede prender en amplios sectores, igual que el fuego o los rescoldos en las plantas, y así, en aquel apartado paraje, pronto se extendió el rumor de que había aparecido, si no el Salvador, sí un apóstol, y si no un apóstol, sí un santo, y si no un santo, sí un hombre milagroso. Así, al tercer día Emanuel encontró la casa asediada por una multitud de enfermos. Para comprenderlo bastará con recordar la esperanza que siempre ha puesto el hombre sencillo en el curandero, en el ensalmador, en la hierbatera...

Era el primer domingo de Pentecostés cuando se congregaron en la puerta de la cabaña los grupos de paralíticos y ciegos, de desahuciados, de tullidos... Había hombres y mujeres, niños y ancianos. El sol iluminaba las rocas peladas, y como Marthe fue quien primero advirtió la extraña procesión, le pidió a la gente que esperase, que no se impacientara, y hombres, mujeres y niños se sentaron en el suelo, en los pozales, en los troncos, y esperaron al médico milagroso.

Cerca de allí había uno de esos senderos abiertos para que los vecinos de los valles, de las ciudades y las aldeas, amantes de las excursiones, pudieran admirar el mundo majestuoso de las montañas, y aquel día, primer domingo de Pentecostés, por todos los caminos se veían desde muy temprano grupos de forasteros con gesto risueño, como si fuesen al encuentro de la primavera. Varios de los caminantes se detuvieron sorprendidos ante la extraña escena, al ver que alguien salía de la mísera cabaña y que en el mismo instante se producía un movimiento general entre los enfermos que allí esperaban.

Emanuel Quint había estado contemplando a la muchedumbre desde la ventana; aunque parecía tranquilo, su corazón latía con fuerza. Luego le rogó al tejedor Schubert que saliera y dijese a la gente que él, Quint, era un pobre hombre como ellos y de ningún modo un taumaturgo. Y cuando la gente rodeó al tejedor, de todos conocido, éste dijo lo que Quint le había pedido, pero no fue tan convincente que consiguiera reducir la sólida fe de los que le acosaban. Por el contrario, se acercaron agrupados y apretándose debajo de la ventana; las mujeres levantaban sus criaturas al mismo tiempo que prorrumpían en desgarradores gritos; los hombres mostraban sus piernas lisiadas y muchos dedos índices se señalaban sus ojos, implorando su curación con gritos, con sollozos, con ademanes...

El loco salió entonces de la cabaña y con paso firme y decidido se dirigió a la

multitud apenada y torturada, y muchos de los enfermos llenaron de besos su raída chaqueta, sus manos y sus pies descalzos. Los forasteros vieron entonces cómo aquel hombre alto y de aspecto extraño se debatía impotente en medio de aquella turba de enfermos. Luego, los hermanos Scharf consiguieron abrir un espacio entre la muchedumbre delirante y su ídolo. Quint decidió entonces hablar, y se dirigió a los allí congregados con voz potente y conmovida.

Pero los que pretenden haber escuchado el sermón de Quint no coinciden al explicar lo que dijo. Y el loco, por su parte, en el delirio del momento, fue acumulando toda suerte de juicios contradictorios entre sí, procedentes de recuerdos de la Biblia y de sus propias meditaciones, tal como se le ocurrían.

—¿Qué habéis venido a ver? —comenzó a decir poco más o menos—. ¿Habéis venido a ver a un médico? Yo soy un enfermo y no un médico. ¿Habéis venido a ver a un hombre vestido con lujoso ropaje? ¿Con mejores ropas que las que cubren vuestros miembros enfermos? Pues ved que yo estoy tan pobremente vestido como vosotros. Y los que visten suntuosamente habitan en palacios. ¿Habéis venido a ver a un profeta que condena los pecados del mundo? Yo no he venido a condenar. ¿Habéis venido a ver a un hombre superior a vosotros, a un maestro de las Escrituras? Pues sabed que yo soy totalmente ignorante y sé menos que vosotros. Yo no puedo curar a los enfermos ni resucitar a los muertos, sino sólo ayudar a los que padecen de enfermedad espiritual, de penuria espiritual, y si es esto lo que deseáis y pedís, es posible que recibáis ayuda. Yo he recibido un bautismo, un bautismo de agua, pero yo no puedo bautizar con agua; mi bautismo tiene lugar por medio del espíritu.

Con los ojos fijos en los hermanos Scharf y en el tejedor Schubert, Emanuel Quint prosiguió: —No vino al mundo el Hijo del Hombre para aniquilar las almas de los hombres. Tampoco vino al mundo para pasar el yugo de estos hombros a aquéllos, la carga de las espaldas del bueno a las espaldas del malvado, sino que vino para llevar sobre sí todas las cargas. Quien tenga oídos para oír, que oiga.

»Jesús es el Salvador, a quien vosotros llamáis, ciertamente con justicia, el Hijo de Dios. Pero Dios es espíritu. Y Jesús nació del espíritu. Lejos de nosotros y de vosotros pensar que Dios es cuerpo y que un cuerpo terrenal engendró a su Hijo muy amado. Si vivís el nacimiento del espíritu, seréis regenerados. El Padre es espíritu, el Hijo es espíritu, y yo también he sido regenerado por el espíritu. Ahora bien, yo no vacilo en anunciaros que quien renazca de este espíritu es hijo de Dios. En este sentido, yo soy hijo de Dios. Y también vosotros; cada uno de vosotros puede llegar a ser, mediante el renacimiento, lo que yo soy; todos vosotros podéis llegar a ser hijos de Dios.

También la mujer enferma y la pequeña Marthe habían escuchado desde

dentro de la cabaña, a través de la ventana, el sermón del ciego, guía de ciegos, y comprendieron tan poco como cualquiera de los que lo habían escuchado afuera con gesto pensativo. Emocionados por la penetrante voz interior de Quint, habían prestado escasa atención a las palabras que pronunció, y todavía menos habían adivinado su significado. Todos, y también los hermanos Scharf, recordaban únicamente lo que ya sabían y conocían de la Biblia, y los hermanos vivían enteramente en su propia ilusión, que ahora veían confirmada de forma definitiva en las arriesgadas palabras de Emanuel: «Yo soy el hijo de Dios.» Cómo, en qué sentido entendía Quint su condición de hijo de Dios, fue algo que los hermanos no consiguieron dilucidar.

Así que Emanuel hubo concluido su sermón, la multitud se precipitó sobre él, gritando e implorando, empujándose todos. Los ciegos fueron zarandeados; los críos de pecho gemían, mientras las madres gritaban y pugnaban entre sí. Ante los ojos del loco se agitaban brazos mutilados, manos de lisiados, bastones y muletas; se desencadenó un horrible pugilato en el que el constante intento de mostrar dolencias y achaques adquiría formas especialmente desagradables. El loco estaba abrumado. ¿De qué servían allí las palabras?

Después de intentar inútilmente durante un buen rato poner orden en la multitud alborotada, Emanuel se retiró a la cabaña, donde fue recibido por la mujer del tejedor en una forma que le impresionó aún más que la avalancha humana. La mujer se arrodilló, alzó los brazos y se puso a rezar con los ojos fijos en él, y Marthe, con los labios temblorosos, estaba de pie junto al hogar, evidentemente emocionada.

A causa de todo ello, el loco sintió que en su interior no había más que una horrible confusión, unida a una tentación más fuerte que todas las precedentes. En torno a su persona creció una fuerza, sin saber si la había desencadenado él mismo o quién; una fuerza de la fe que le alzaba y le arrastraba como las aguas de un torrente los tallos tiernos. Alguien dirá que Quint estaba efectivamente loco, y que él se tenía, sin demasiada resistencia por su parte, por aquello que la gente en su ignorancia le tenía, si no como el Hijo de Dios, sí como un taumaturgo dotado de poderes sobrehumanos. Quint se llevó la mano a la frente y se formuló en silencio la pregunta de si no era acaso más de lo que él mismo creía, pero en el mismo instante arrojó valientemente de los dominios de su espíritu todo lo que pretendía inducir a su conciencia a la presunción.

Y así, con dolor cuando no con repugnancia, se apartó del cuerpo casi desnudo que estaba a sus pies y rechazó las miradas implorantes que le invitaban al pecado; luego, por la puerta trasera de la cabaña se alejó con paso presuroso, como si huyera, a través de los prados, de modo que luego no pudo ser hallado por

la muchedumbre gimiente ni por los moradores de la cabaña, todos los cuales le estuvieron buscando afanosamente.

Dos jóvenes que no eran del lugar vieron salir corriendo de la cabaña a Quint y le siguieron, intrigados por lo que habían visto y oído, pensando en una divertida aventura. Ya un poco lejos, consiguieron alcanzarle. Le saludaron amigablemente y empezaron a hablarle.

Eran los hermanos Hassenpflug, que andarían, uno más y otro menos, en los veinte años y más que del trabajo vivían del dinero que pedían prestado; en Berlín publicaban una revista que nadie leía. Fanáticos los dos, poetas y socialistas, vieron en Quint una buena presa.

Quint escuchó impasible la serie de preguntas con que desde el principio lo abrumaron, limitándose a mirarlos inquisitivamente. Tampoco le hubiera sido fácil responder a la mayoría de sus preguntas. ¿Qué era, por ejemplo, un socialista? Quint no sabía si él era socialista o no lo era.

Él no había oído hablar de anarquismo y de nihilismo ruso, y tampoco de un libro de Von Egidy titulado *Ernste Gedanken*. A veces, de la vergüenza que le producía su propia ignorancia, el rubor le salía a la cara.

Habrían andado más de media hora, disfrutando del aire fresco de la Kammhóhe, cuando nació entre ellos una especie de confianza. Con viva curiosidad, Quint reconoció en lo que decían y le repetían sus acompañantes con fervor sectario un mundo enteramente nuevo para él, al que se aferró con espíritu hambriento, tratando de penetrarlo, poniendo todos sus sentidos para comprenderlo.

La personalidad exterior de los hermanos Hassenpflug no le decía nada. Uno de ellos, el mayor, se recreaba en hacer comentarios burlones a casi todas las explicaciones de su hermano. Cuando éste habló de libertad, de justicia y felicidad, de una existencia regida por la armonía y sin preocupaciones, de la futura perfección a que llegaría el hombre, Quint tuvo la penosa impresión de que el otro estaba dominado por el escepticismo y de que lo ponía todo en tela de juicio. En lo que los tres coincidían era en su juventud, y en el amor a un mundo real, pero todavía desconocido y por conquistar, el cual lentamente descubría sus maravillas a los tres jóvenes, quienes poco a poco se iban acercando a la edad en que la juventud queda atrás.

Resulta sorprendente ver hasta qué punto el espíritu de una juventud despierta se cree fuera y por encima del mundo, y, sin embargo, con cada emoción se aferra a lo terreno. Realmente ni siquiera ellos mismos sabían cuán precioso y maravilloso les parecía el mundo en todos los sentidos, y si alguien se lo hubiera

hecho notar, lo habrían negado. Es más que seguro que los hermanos Hassenpflug hubieran citado entonces a Schopenhauer y criticado con Marx y Engels la corrompida naturaleza humana. Tal vez hubieran aludido, con Bellamy y con otros, a un estado socialista del futuro, a estados paradisiacos que se deberían alcanzar, sin sospechar que habría sido imposible imaginar una felicidad superior a aquella de la juventud que vivían.

Emanuel Quint, que había conocido el desprecio, la necesidad y las privaciones de forma muy distinta a la de sus acompañantes y que, por otra parte, era mayor, se encontraba, no obstante, al igual que ellos, en un estado de extraviado delirio juvenil. Y si tenemos en cuenta la dureza de su extraño destino y del camino, tan corto y perfectamente definido, de su vida duramente fallida, debemos reconocer que le dominaba un ansia insaciable y ardiente de verter su sangre.

Karl, el menor de los hermanos Hassenpflug, hizo la observación de que sólo rara vez conseguía arrancar alguna vaga manifestación a la extraña y digna persona del loco, por lo que, a partir de entonces, él mismo fue haciendo preguntas y respuestas. Y así, Emanuel Quint tuvo que escuchar una y otra vez estas o parecidas palabras.

Precisamente en casi todos los países del mundo se ha llegado al convencimiento perfectamente definido de que el injusto orden social, en el que sólo hay una pequeña parte de favorecidos, mientras que el número de los que sufren es mucho mayor, está a punto de hundirse.

No cabe duda de que en breve, acaso en cuestión de meses, se producirá la gran revolución. La cuarta clase, la clase de los trabajadores, la clase de los llamados proletarios, provocará la revolución. Esta clase forma ya un gran partido a través de todos los estados de la tierra. El tema electoral de este partido es libertad, igualdad y fraternidad. Tan pronto como consiga el poder, destruirá un ídolo maligno, el Moloch del capital. Y las consecuencias de este hecho serán que cada uno disfrutará del rendimiento de su honesto trabajo, el cual no se verá mermado por la explotación de los ricos.

El gran momento de la liberación será la consecuencia de un proceso social natural, una especie de desintegración de la moderna sociedad, según los principios de la naturaleza, de acuerdo con los cuales una fruta excesivamente madura se pudre. Sin embargo, aún hay gente que no quiere que sea así, y esta gente opera con medios violentos, con revólver y dinamita, para conseguir su propósito. La guerra de los oprimidos, dijo Karl Hassenpflug, será horrible. Su lema es éste: «Guerra hasta el sacrificio. No conceder tregua a la bestia del orden.» Luego leyó a Emanuel una proclama anarquista que olía literalmente a aliento de

venganza sangrienta.

En esta proclama, que se servía de la ejecución de un anarquista en la plaza de la Roquette de París para provocar la excitación, los representantes de los poderes legales eran llamados manada de cerdos, de perros, de criminales y de granujas, por lo que, comparadas con estas expresiones, las animosas manifestaciones de los hermanos Scharf contra los poderosos y los ricos le parecieron ahora al loco como inofensivos reproches de la bondad. Quint se horrorizó, y volviéndose tranquilamente al que hablaba, le dijo con una expresión que a los hermanos Hassenpflug les pareció de infinita ingenuidad: —En verdad que del mismo modo que yo soy pobre entre los pobres, éstos están lejos del reino de Dios.

Desde ese momento los hermanos, intentaron descubrir de qué clase era la demencia del extraño vagabundo. Estaban hondamente impresionados por haber tropezado durante su excursión de Pascua de Pentecostés con una persona que parecía realmente sacada del Nuevo Testamento. Ellos sabían muy bien, como lo sabía el círculo de intelectuales jóvenes de entonces, que el pueblo estaba a favor de todo lo genuinamente joven y nuevo. Y aquí, en una comarca que, alejada de las grandes rutas de la nueva Eurasia, les era extraña, llegaba hasta ellos el alma intacta del pueblo. Eran de aquellos para quienes la formación de la unidad europea era un sueño realizable. Con avidez y con sed de saber, trataban de penetrar por todas partes en los dominios cerrados de las clases inferiores, como si allí debieran brotar fuentes de la revelación que estaban selladas en los dominios de los espíritus cultivados.

Entonces llevaron la conversación a otro terreno. Al ver aquella afluencia de enfermos ante la cabaña donde estaba el loco, pensaron que tal vez éste estaría dominado por la manía de hacer milagros o por la fe en algún medicamento que podía haber heredado. Pero su padre no había sido pastor, y tampoco él había heredado libro alguno de recetas, sino que en realidad, detrás de sus escuetas palabras, sólo se le *veta* volviendo hojas *y más hojas del* Libro de los Libros. Ni la más mínima alusión a remedios medicinales. Sus palabras fueron éstas: —Yo nada puedo hacer contra los sufrimientos del cuerpo. Yo no sano a aquel cuyo cuerpo sufre. Yo no puedo despertar a aquel cuyo cuerpo ha muerto; yo soy sólo un médico del alma, que no muere. Veo que los hombres padecen miserias. Veo que tratan de vencer las miserias. Conozco la esperanza que los consume, la esperanza infinita en una superación de las miserias de la vida. Yo mismo estoy en la miseria. También yo sé cuán amargo es carecer del pan de cada día y sufrir hambre. Pero el hombre vive no sólo de pan, sino de las palabras que han salido de la boca de Dios. Vosotros decís —prosiguió Quint— que los trabajadores de todo el mundo pretenden y están a punto de alcanzar un estado en el que cada cual gozará del

fruto de su trabajo. Pero yo os digo: disfrutad ¿hora, disfrutad en cada instante de la palabra viva de la boca de Dios. Si, como vosotros decís, la tierra será algún día el paraíso del trabajador, yo estaré ya lejos de aquí, en el reino de Dios.

Cuando los hermanos preguntaron al loco cuál era y dónde se hallaba la palabra, verdadero alimento del alma, él sacó su Biblia y les leyó el pasaje del Evangelio de San Juan: «Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios.»

Y así que hubo leído estas palabras, Christian Hassenpflug le preguntó cómo se debía interpretar el anuncio del reino de Dios en la tierra, punto este en el que la Biblia coincidía en cierto modo con las fuerzas que luchaban en la vida presente. Quint guardó primero silencio y luego dijo: —En verdad os digo que si no nacéis de nuevo, no veréis el reino de Dios.

Quint había citado el versículo tercero, capítulo III, del Evangelio de San Juan en una forma que era para él místico deleite, como si su espíritu se estuviera alimentando, como si su alma se dejara alimentar con las sagradas palabras que salieron de la boca del Salvador.

Un poco fatigados, se detuvieron al llegar a unos pasos de la hostería llamada Speidlerbaude; poco después, un enorme perro San Bernardo llegó huta ellos dando grandes ladridos a través de la húmeda alfombra de césped, pero ellos ni se fijaron en el perro, Emanuel Quint les explicó entonces que en realidad el reino de los cielos era un secreto. Quint concluyó con una cita de San Lucas: «No hay nada oculto que no vaya a ser revelado en su momento y nada tan secreto que no vaya a hacerse público en su día, y aun cuando es cierto que se puede colocar por algún tiempo la luz debajo de un celemín, esto no durará siempre.»

Quint dijo sin rodeos que estaba dispuesto a entrar en el parador con los hermanos Hassenpflug y ser su invitado. Cuando ya se acercaban a la puerta, seguidos del perro, el cual dejó de ladrar y se les acercó gruñendo, el pórtico de la hostería se llenó rápidamente de una multitud ávida de oír a Quint, pues su sermón de la cabaña lo habían ya repetido en el parador algunos hombres y mujeres, y como la finalidad de una excursión a la montaña es divertirse, todo lo que cae dentro del campo visual del excursionista ciudadano debe poseer ciertamente la propiedad de alegrar tu corazón. Pero tampoco se debe olvidar que el descanso noble y sincero es un auténtico placer dominguero del pequeño burgués que se conforma con su suerte.

Entonces, tan pronto como se extendió por el vestíbulo abarrotado de excursionistas la noticia del alboroto producido por el sermón del loco al salir de la cabaña, siguió un coro de carcajadas, y asimismo la indignación de la mayoría de

los presentes. En tales casos, los hombres no acostumbran ponerse de acuerdo. Cuando el carnicero, el panadero, el ganadero, el tabernero toma su tercera o cuarta jarra de cerveza, de manera especial en los viajes, tiene plena conciencia de sus obligaciones morales como ciudadano, ¿y quién se atrevería a decir que no está bien?

La frase que llegó a los oídos del loco por encima de los ladridos del perro fue ésta: «Apóstol de *colirrábano*». Pues, naturalmente, a aquellos padres de familia les era sobradamente conocido algo del exagerado desatino del principio de la vida vegetariana, lo mismo a los que habían llegado desde Breslau como a aquellos otros que residían en Dresde. En Dresde sobre todo, de vez en cuando se veía gente cargada de cilicios, descalza y con una soga en torno al cuerpo, los cabellos hasta los hombros y recorriendo las calles.

Los recién llegados hicieron como si no oyeran los gritos y las carcajadas, pero ya no podían mantener por más tiempo su actitud de que todo aquello no les importaba nada, y entonces un individuo que parecía un gigante, con cayado, mochila y botas de caña, se les acercó y les dijo: —Aquí no hay rábanos.

Los hermanos Hassenpflug se pusieron muy nerviosos. Montaron en cólera y dirigieron un torrente de indignadas palabras al ganadero gordinflón y sudoroso aficionado al alpinismo, el cual, en lugar de responderles, cogió a Emanuel Quint por el pecho y le gruñó: —Estás loco, muchacho.

En el mismo instante, el perro San Bernardo, como obedeciendo a una señal, mordió al pobre vagabundo en la pierna, por lo que la tabernera le pegó un manotazo en el hocico.

Tal vez el ganadero lamentó entonces su comportamiento. De todos modos, lo cierto fue que se enfureció y que su mujer tuvo que apaciguarlo, pues de lo contrario habría terminado por llevar a cabo sus amenazas, echando fuera a los tres inofensivos vagabundos, como él gritó que eran.

A pesar de todo, los hermanos Hassenpflug se llevaron a Emanuel hasta el umbral de la casa. Pero allí tropezaron con el tabernero bohemio, que estaba apostado en la puerta, impidiéndoles la entrada. No dijo nada. O lo que dijo, con tono entre parsimonioso y displicente y difícil de entender, significaba, poco más o menos: «Haced el favor de marcharos inmediatamente y seguid vuestro camino.»

Esta inconcebible hostilidad vino a aumentar comprensiblemente la indignación de los hermanos Hassenpflug. Ellos se habían graduado en filosofía, habían llevado el fajín negro, rojo y gualdo, y nunca en su vida un tabernero les había tratado así. Pero no les sirvió de nada. Pese a sus indignadas reclamaciones, tuvieron que alejarse de allí entre las groseras carcajadas de aquella pandilla de

excursionistas.

A pocos pasos de la casa estaba un criado que, al verles pasar por su lado, le gritó al tabernero, que sonreía halagado ante los aplausos de los clientes, que Quint era el hombre de quien le había hablado varias veces y que vagaba por las montañas desde hacía mucho tiempo. Qué tenía en el magín aquel hombre era lo que nadie sabía; había que avisar al gendarme.

Habrían andado un cuarto de hora, disgustados y silenciosos, cuando Emanuel Quint se apartó del camino y se metió en un bosque lleno de pinos nuevos, en la falda de una colina, rogándoles a los dos hermanos que le siguieran. Y al otro lado de la colina vieron un prado donde apacentaba su rebaño de vacas y cabras el pastor amigo de Quint. Tan pronto como los dos hermanos advirtieron, por un movimiento del pastor —el cual parecía el hombre de los bosques— y por otro de Quint, que se conocían, hambrientos como estaban, propusieron a Quint enviar al pastor a alguna de las tabernas cercanas en busca de provisiones. Dicho y hecho. Con dinero de los Hassenpflug, el pastor comprendió adonde tenía que llevar las provisiones que comprase.

Entonces, Emanuel condujo a sus amigos por abruptos senderos hasta una choza oculta entre rocas y pinos que le había servido de cobijo contra el viento y los temporales durante varias semanas. Y cuando una vez allí se lavó en un arroyo cristalino la herida que le había hecho el perro San Bernardo, se sintió, como quien se sabe en su casa, con ganas de hablar y abiertamente jovial y contento.

Con muchas expresiones de su dialecto, Emanuel les dijo a los hermanos, poco más o menos, lo siguiente: —Yo he vivido aquí durante varias semanas casi en completa soledad y he meditado en muchas cosas. Esta cabaña que apenas si merece ese nombre que para mí un refugio. Pero dado que el reino de los cielos es hoy, al igual que lo ha sido siempre, un secreto, pese a que tantas personas se dicen cristianas, ¿por qué ha de lamentarse el creyente, el servidor de la palabra, de que también él tenga que esconderse de los hombres?

Quint sacó entonces de su raída chaqueta su pequeña Biblia, y prosiguió:

—Yo he leído siempre y únicamente este libro sagrado, pero estoy seguro de que aunque no lo hubiese leído ni supiera que existe, Dios habitaría en mí.

El loco besó el libro, y luego prosiguió:

—Es tan grande el Dios que habita en mi corazón, que me es imposible pensar que pueda estar ligado a libro alguno. Un libro en sí es algo maravilloso, especialmente para los que no saben leer. Yo creo que el temor a los libros procede

tal vez de aquellos tiempos en que a la mayoría de los hombres les resultaba incomprendible que los libros fueran algo en cierto modo vivo y capaces de hablar. Y precisamente ése es el caso del libro que tengo en las manos. Pero Dios vivirá siempre en mí y no en el libro. Si yo escondo el libro debajo de una roca y lo abandono, si el hombre que sabe leer y que lo puede despertar a la vida no lo encuentra, el libro permanece muerto. Siempre está muerto, y sólo nosotros estamos vivos. Sin mí, el libro está muerto como una roca. Por el contrario, yo sin el libro, si tal es la voluntad de Dios, soy un receptor de su misericordia y estoy lleno del Espíritu Santo.

Emanuel se llevó la mano a los ojos enrojecidos y añadió:

—Contemplaré a Dios con estos ojos que miran hacia fuera y hacia dentro, o no le veré nunca.

Luego, señalando el sol que brillaba en el cielo pálido, prosiguió:

—Para aquel que no vea esto, aun cuando vea lo que hay dentro del libro, no tendrá Dios lengua con que hablar. El más noble instrumento de la revelación de Dios es el hombre y no un libro cualquiera, como siempre se ha dicho. Pero el hombre, como instrumento de la revelación, creó otro instrumento, el de la revelación humano-divina para la humanidad, esto es, el libro. El libro —siguió diciendo Quint— no es sino una carta mediante la cual los hombres que están separados entre sí, y precisamente todos están separados entre sí en el tiempo y en el espacio, se informan mutuamente de sus vidas, de sus sufrimientos y de lo que Dios obra en ellos. Dios santifica al hombre, el hombre al libro, y el hombre puede santificar al hombre con ayuda del libro. Y así, yo he sido santificado por Jesús con ayuda del libro.

Una profunda y serena dicha se grabó en el rostro del loco cuando dijo:

—Es necesario conformarse con el convencimiento puro y tranquilo. Me basta con sentir que nadie ni nada, ni siquiera un libro, se interpone entre Dios y mi persona. Pero junto a mí está el Hijo del Hombre, está Jesús, que murió por amor a sus hermanos cumpliendo la voluntad de Dios. No se puede hablar de estas cosas a quienes insisten en conseguir alivio para sus penas y en ver saciados sus apetitos. Y menos aún a aquellos que ven a un Dios en figura humana en lugar del Espíritu Santo. En verdad que cuando vuelvo a ver la miseria de los hombres, de la que yo he sido liberado, a veces se apodera de mí el viejo dolor, el viejo sentimiento de horror, la vieja angustia, y me avergüenzo de mi bienaventuranza. Del mismo modo —prosiguió Quint— a veces se apodera de mí el deseo ferviente de aniquilarme. En ocasiones, algo grita dentro de mí: «¡Pon a salvo del mundo lo que tienes de celestial! ¡Abandona el mundo y refúgiate aún más profundamente

en Dios!» En otras, aun cuando sé por qué murió el Salvador, me impulsa a ofrendarme en holocausto, al igual que Él en una cruz, por el bien de los hombres. No me es posible dejar de amar a los hombres, incluso cuando se comportan duramente. Hay en todos ellos un gran desamparo. Cuando veo a los hombres rugir desatinadamente contra ellos mismos, siento una dolorosa compasión que llega hasta la tortura. Los hombres están ciegos. No saben lo que hacen.

Mientras así hablaba, Emanuel Quint paseaba por el sendero que había delante del refugio. Los hermanos, sentados en una roca, le escuchaban gravemente silenciosos. Se miraron como si se dijeran que de todas las cosas extrañas que habían vivido en el transcurso de su vida, esta inesperada aventura de una inocente excursión de Pentecostés era sin duda la más extraña.

Cada hermano Hassenpflug llevaba consigo una libreta de apuntes, en la que escribían toda suerte de ideas y observaciones que luego pensaban desarrollar en forma de obras literarias, y ciertamente pensaban crear obras inmortales de esta naturaleza. Y ahora estaban totalmente de acuerdo en el objeto de su observación, en este interesante tipo que habría de ayudarles al perfecto conocimiento del alma popular alemana.

Así que hubieron cambiado miradas de inteligencia, preguntaron a Quint cuál era el objetivo y cuáles los proyectos de su vida futura, qué pensaba hacer y para qué, y qué ilusión abrigaba su corazón.

—Jesús —repuso Quint por toda respuesta, después de unos instantes de silencio. Y luego repitió por segunda y tercera vez—: Jesús. No quiero nada. Sólo quiero vivir como Jesús.

Luego siguió hablando, y expuso a la miedosa curiosidad de los intrigados hermanos poco más o menos estas ideas: Él amaba a los hombres, pero siempre se había sentido extraño y solo entre los hombres. Su persona no se había liberado, hasta que conoció a Jesús, el hijo del Hombre. Desde entonces se había sentido siempre, al igual que Jesús, como un extraño en la tierra y al mismo tiempo, también como Jesús, se había sentido como en casa.

Jesús se había convertido para él en el mediador, y seguía siendo el mediador no sólo entre él, Quint, y Dios, sino también entre él, Quint, y los hombres, entre él y la tierra, entre él y toda la naturaleza. Muchos son los caminos que conducen a Dios. Pero él, Quint, era un hombre y, naturalmente, en su opinión no incurría en pecado ante Dios al amarlo en el hombre.

—Yo soy un hombre —repitió el loco, y luego añadió—: El destino terreno que me ha correspondido es sólo designio humano de Dios. Pero nadie ha dado un ejemplo tan puro de los caminos y designios de Dios en la tierra como Jesús, el

Salvador. Por ello, mi meta es la vida de Jesús, seguir a Jesús. Mi verdadera vida es la unidad espiritual con Jesús. «Lo que hicierais al más pequeño de mis hermanos, a mí me lo hacéis», dijo el Salvador. De acuerdo con estas palabras y no de cualesquiera otras, quiero yo obrar. Quiero buscar al más insignificante de mis hermanos y comportarme con él como si fuera realmente Jesús el Salvador, como si fuera Jesús el Salvador que necesitase ayuda, que se encontrara en humana necesidad. Lejos de mí el pensamiento de pretender otra cosa en este mundo. Quiero besar los estigmas del Salvador. Las heridas que le abrieron los clavos. Quiero, si me es posible, lavar sus heridas, aliviar sus dolores. Y la herida de cualquier hombre es para mí herida de Jesús.

Los hermanos Hassenpflug no abandonaron a Emanuel Quint hasta bien entrada la tarde, mucho después de haberse comido la merienda que el pastor les había traído. Subiendo por senderos que les indicó el loco, se dirigieron a un viejo mesón montañés construido en lo alto de un promontorio. Cuando Emanuel desapareció de su vista, los dos hermanos se restregaron los ojos, como si hubieran tenido el *mismo* sueño y despertasen a la luz del día. Mientras caminaban, se dijeron que era una suerte encontrarse en las postrimerías del siglo XIX y no vivir mil novecientos años antes, y con esto pareció acabar de momento esta aventura de su alegre excursión.

Cuando llegaron a la cima de la montaña, se dirigieron al mesón con aspecto de fortaleza, donde había muchos alegres excursionistas, y no olvidaron, como tampoco los demás, contemplar el amplio horizonte, y con ayuda del telescopio, buscar parajes importantes del lado de Prusia y de Bohemia.

Quint se había tumbado sobre el musgoso banco del pequeño refugio y meditó en los últimos acontecimientos. Él había huido porque algo, no sabía qué, pareció amenazar la libertad de sus decisiones; porque oscuras fuerzas, sin respeto a aquello que era su nueva fe, su nueva experiencia, pretendían arrastrarlo, como un impetuoso torrente que tal vez lo hundiría en el abismo de la mentira, de la muerte eterna, o quién sabe dónde.

«Me quedaré solo —pensó Quint, quien ya cuando estaba con los hermanos Hassenpflug había abrigado este propósito—; yo no seduciré a nadie, ni me dejaré seducir por nadie. No seré problema para el mundo ni el mundo será problema para mí. Viviré solo con mis pensamientos, al igual que Juan, el discípulo al que amó Jesús, en tranquila meditación y para el Salvador. Estaré siempre solo cerca del Salvador y de nadie más.

»Es cierto que no soy un mago egipcio —siguió diciéndose—. Nunca me he tenido por tal y tampoco por uno de esos que hacen milagros y señales. Sé muy bien lo que dijo Jesús: “En verdad que a este linaje no le será dada señal alguna”.»

Pero en Emanuel Quint había algo que rechazaba constantemente una y otra vez esa decisión, la decisión de vivir para sí mismo sin preocuparse de los demás, y este algo era su corazón, su amor al prójimo. Este amor mantenía viva en él una constante y dolorosa compasión, como una herida abierta, que le hacía sentir el «abrazos todos» con júbilo de su alma y con amargo dolor de las propias penas.

Quint estuvo meditando durante media hora, o tal vez más. Estaba tendido, apenas despierto, casi adormecido, inmóvil y con los ojos cerrados, cuando se sintió acariciado por humano aliento. Abrió los ojos y se quedó aterrado, pues inclinado sobre él había un hombre de rostro tan repulsivo como Quint no había visto otro igual.

Quint dio un salto, pero el abominable intruso, que en realidad no era sino un pacífico contrabandista de aquella zona fronteriza, conocido por su astucia, se quitó tranquilamente la mochila y, sin pronunciar palabras alguna de saludo, la dejó en la cabaña.

El contrabandista tenía la cara de un mono, la nariz ancha y roma, el cabello negro como la pez, y en lugar de una frente humana tenía una estrecha protuberancia, y ojos pequeños como los de un perro. Sobre la boca, ancha y redonda, tenía un poco de bigote. Por el contrario, una abundante pelambreira le cubría el cuello y le subía hasta las sienes y por debajo de los ojos. Ese individuo, a quien en definitiva había que considerar una persona, era de corta estatura y robusta constitución. Su indumentaria consistía en una especie de calzones, una especie de chaqueta y una especie de camisa que dejaba al descubierto el pecho, velludo como el de un animal, hasta casi el ombligo.

El contrabandista, que parece había tomado a Quint por un compañero de fatigas, se tendió al borde del arroyo a cuatro patas, como si fuera un perro, y bebió con avidez el agua helada de la montaña. Tenía mucha sed. Había andado varias horas, desde el valle de Hirscheberger hasta allí, por trochas y caminos de reata. Iba siempre por caminos distintos, y difícilmente se refugiaba más de una vez en un mismo sitio.

Cuando se presentó de nuevo en la cabaña, donde seguía Quint, el contrabandista con cara de mono, a quien sus andanzas y su carácter campechano y su repulsiva fealdad habían hecho famoso en toda la comarca montañesa con el nombre de Joseph *el Bohemio*, le dijo que aquél era un día peligroso. Acto seguido cogió su mochila, desapareció y luego volvió sin ella.

—No podremos quedarnos aquí —dijo entonces a Quint, mientras señalaba con la mano en dirección a las rocas donde se alzaba el mesón con su torre y donde la gente, como diminutas hormigas, se asomaba al borde del abismo y lanzaba toda

suerte de gritos que resonaban en la hondonada—. Eso es para nosotros —añadió Joseph *el Bohemio*, al tiempo que entre titubeos se disponía a sacar un cantero de pan que tema envuelto en un paño de colores y con el que pretendía reponer fuerzas para el viaje.

Los dos compañeros de guarida oyeron entonces ladridos de perro. Y mientras Quint, que tenía la más limpia conciencia del mundo, no quería comprender que aquellos ladridos y gritos tenían que ver con él, el ojo de águila del bohemio había divisado ya a un inspector de montes, a un guardia de fronteras y a otro hombre de uniforme.

—¡Ya están aquí todos! Ahora, piernas para qué os quiero.

De dos zancadas alcanzó su mochila que tal vez hubiera dejado escondida provisionalmente, de no haber oído ladridos de perro; se la sujetó a la espalda e hizo señas a Quint para que le siguiera, al tiempo que en torno a su boca de simio se dibujaba una sonrisa de astucia que más o menos quería decir: «Si me cogen, no quiero seguir siendo Joseph *el Bohemio*.»

Sin saber exactamente por qué, Quint siguió al contrabandista, casi mecánicamente, y ocultos por los matorrales, se arrastraron durante un buen rato por senderos igualmente ocultos y, cosa extraña, casi en la misma dirección de sus tres perseguidores. En su huida cruzaron varias veces un mismo arroyo para despistar a los perros, y finalmente se encontraron sin saber cómo, al pie del abismo en lo alto del cual se alzaba el parador, en el mismo instante en que el inspector de montes, el guardia de fronteras y el policía se precipitaban en el interior de la cabaña que ellos acababan de abandonar.

El inspector de montes, el guardia de fronteras y el policía, que se habían encontrado casualmente en el parador de la torre, donde se podía beber buena cerveza, habían oído hablar a los excursionistas del extraño loco que hacía sentirse inseguros a los habitantes de la comarca, y el policía, como agente de la autoridad, se convenció entonces de que tenía que acabar con el penoso encargo que le habían encomendado sus superiores. El jefe de los municipales de Reichenbach había dirigido a diversos jefes del partido de Hirscheberger una circular en la que les informaba de que un tal Emanuel Quint había desaparecido de su aldea. Había que buscarlo, «pues de acuerdo con las declaraciones de numerosos testigos dignos de crédito, se tiene la sospecha de que ha provocado desórdenes públicos, toda vez que, como se ha podido comprobar, ha llevado a cabo actos análogos en diversas parroquias. Por cierto que también había que estudiar la conveniencia de internar al susodicho Emanuel Quint en un reformatorio o en el manicomio provincial. Por

todo ello se ruega detenerle allí donde sea hallado, pues tampoco su madre, esposa de un carpintero, ha dado buenas referencias».

Entonces algunos excursionistas reconocieron también a los hermanos Hassenpflug como compañeros de Quint y se lo hicieron saber al policía, quien, haciendo sonar las espuelas, se acercó a la mesa de los estudiantes. Pero ellos se resistieron a proporcionarle información, y cuando lo hicieron, procuraron que fuera incorrecta, echando mano de una sarcástica verborrea, salpicada de citas en latín, tan difícil de entender que el policía, a pesar de enrojecer varias veces de rabia, nada pudo reprocharles. Pero entonces se acercó el dueño del parador para ofrecerle un antejo de larga vista.

Este instrumento estaba montado afuera, sobre una roca, y previo pago se podía mirar por él. Naturalmente, aparte del guardia de fronteras y del inspector de montes que siguieron al dueño del parador y al policía, el grupo de visitantes ávidos de sensaciones corrió rápidamente tras ellos.

Durante semanas enteras, el dueño del parador había observado a través del antejo, en la parte del ventisquero menos frecuentada, a un hombre extraño que, según parecía, llevaba allí una vida de eremita, y precisamente ahora se le podía ver muy bien en la entrada del pequeño refugio, justamente en compañía de *Joseph el Bohemio*.

—Desgraciadamente —dijo el inspector de montes cuando ya los pájaros habían levantado el vuelo—, la gente ha gritado demasiado mientras nosotros mirábamos por el antejo. Eso no se puede hacer con el zorro bohemio.

La fuga de *Joseph el Bohemio*, a quien seguía Quint, duró varias horas; luego, ya en territorio bohemio, llegaron a una cabaña, donde estuvieron a salvo de los funcionarios prusianos. Desde allí, mirando más allá de los bellos y viejos bosques de Bohemia, se tenía una amplia perspectiva hasta territorio austríaco. Y tan apartada estaba la cabaña, que las demás casas diseminadas por los extensos valles no parecían sino diminutos juguetes.

El interior de la cabaña donde entraron los dos fugitivos estaba sostenido por varias estacas negras, hasta el punto de que para llegar hasta la habitación había que inclinarse como si se tratara de la galería de una mina, y la misma habitación estaba sostenida igualmente por una agrietada viga a tan escasa altura del suelo, que Emanuel, al tocarla con la cabeza, hizo caer de los agujeros el serrín de la carcoma. Se había puesto el sol. A través de las sucias ventanas, las que no estaban cegadas con paja o con tablas de madera, entraba una mortecina luz.

A pesar de que no había sido saludado por nadie al llegar, Joseph *el Bohemio* parecía sentirse en aquella cabaña como en su casa. Se quitó la mochila en la oscuridad, y en una juntura de los mosaicos de la estufa encendió una cerilla que al momento comenzó a alumbrar con su luz azulada e intenso olor a fósforo. Con ayuda de la cerilla buscó hasta que encontró una vela encajada en el gollete de una botella. La luz se fue extendiendo lentamente y dejó al descubierto una escena de penosa desolación, cuya impresión el propio Joseph *el Bohemio* trató de minimizar diciendo que aquello tenía un aspecto un poco «extraño».

Y así hubo de reconocerlo Quint, que en los dominios de la miseria y de las necesidades se sentía como en casa. El insoportable y nauseabundo olor a excrementos humanos, a podredumbre y a fría humedad a punto estuvo de obligarle a salir de la cabaña. En el instante mismo en que se encendió la vela vio escapar vertiginosamente en todas direcciones, por entre el barro del suelo, cuatro o cinco ratones. Joseph dijo entonces: —Esto ocurre porque la gente se come los gatos.

Pero Quint, atraído ya por otra quimérica visión, no prestó atención a lo que decía Joseph; era una visión que no sabía si era realidad o sólo producto imaginario de su alma agotada por todas las impresiones del día. Le pareció como si una anciana señora de blancos cabellos estuviera sentada junto a la ventana, en la oscuridad de la habitación, a la débil luz de la luna, o como si la anciana estuviera modelada con la luz de la luna.

Algo debió murmurar Quint, presa de un profundo respeto, pues Joseph se apresuró a darle ánimos diciéndole que no tuviera miedo y que hablara en voz alta. Luego explicó que la anciana tenía ciento diez años, aunque algunos decían que en realidad eran ciento catorce. Muchos afirmaban que no podía morir. Y no podía morir porque no siempre obró bien. El quería decir que había hecho cosas impías, como brujerías y otras prácticas malignas, y por eso, en castigo, no podía encontrar ahora el reposo de la muerte.

En el mismo instante, un sonido extraño y maravilloso se extendió por la habitación; era como un canto con palabras, pero tan suave y cautivador, que no se podía pensar que procediese de un pecho humano. Pues ni delicados niños, ni gargantas de niña, ni cualesquiera otras gargantas de cantores y cantoras, como los que Quint había oído en las iglesias de las aldeas, podrían cantar así, ni hubieran conseguido tampoco un tan misterioso y cautivador efecto.

Apenas la música acarició su oído, Quint se olvidó de sí mismo y de todo lo que le rodeaba. Carente de voluntad por obra de la atracción, se sentó frente a la anciana, pues era ella quien cantaba, con el rostro lleno de lágrimas, pero sin darse cuenta de que estaba llorando. Como si escrutara un secreto de lejanas regiones,

contempló las facciones rígidas, grandes y nobles de la centenaria, el rostro enmarcado por largos cabellos blancos como la nieve, abundantes pero delicados y transparentes como la cera, y radiante como el de una niña.

Estas eran las sencillas palabras que salían temblorosas del alma prisionera de la anciana, sin que se pudiera apreciar el menor movimiento de sus finos y pálidos labios:

Mi camisita está ya cosida

y mi camita está ya hecha.

Acude, si, acude,

noche última y eterna.

Joseph *el Bohemio* soltó una estruendosa carcajada.

—Esta canción —dijo al cabo de un rato— la ha canturreado la seca vieja centenares de veces. Pero no va a morir por eso. Hay cosas y cosas. En la vida hay muchas cosas que unos pueden hacer y otros no. Ésta lo sabía muy bien. Mal asunto tener tratos con ella.

Entonces una cabra entró inesperadamente en la habitación, balando rabiosamente, y se puso a topar con el hocico contra la anciana que estaba sentada junto a la ventana a la débil luz de la luna, cual si fuera una figura de nieve, y la anciana no se movió. Tenía la mirada fija en el exterior; las manos secas y arrugadas en el regazo, como si estuvieran muertas, y parecía como si con los sentidos internos perteneciera ya a otros dominios de la creación y con los sentidos externos, por el contrario, como si estuviera muerta.

—Y ahora, manos a la obra —dijo Joseph *el Bohemio*.

Luego salió hasta el portal, donde en el mismo instante le dio con fuerza al manubrio de un viejo organillo. Ésta era la manera con que él, que siempre estaba de buen humor, acostumbraba anunciar su presencia en la cabaña, después de lo cual el nieto de la anciana, un organillero casi sordo y de setenta años, bajaba casi siempre de su cuchitril.

También hoy apareció el viejo organillero. Mientras bajaba por los peldaños de la escalera, al tiempo que exhalaba roncós sonidos que sólo Joseph era capaz de

entender, semejaba una momia envuelta en sucios harapos. Al momento empezó a partir leña con la rodilla hasta que tuvo un buen montón, que inmediatamente llevó hasta la habitación, sirviéndose de su vieja casaca de soldado a manera de delantal, y lo dejó caer delante de la estufa. Mientras tanto, Joseph siguió hablando con él.

Quint, que seguía todavía pendiente de la anciana, escuchó, y mientras la cabra le lamía la palma de su mano, oyó que citaban diversos nombres; eran nombres de gentes que probablemente ejercían su oficio por perdidos vericuetos, al igual que Joseph. Al cabo de un rato, cuando algunos hombres aparecieron en el portal, Quint dedujo que serían los contrabandistas que Joseph había nombrado.

Acudieron otros tres contrabandistas que saludaron ruidosa y efusivamente a Joseph. Se les veía contentos de hallarse al fin en un sitio tranquilo y seguro donde poder descansar, después de largas y penosas caminatas. Y de nuevo sonó el organillo, que tenía su sitio en un banco que había en el portal y cuyo manubrio había sido puesto nuevamente en movimiento por Joseph, porque estaba de buen humor.

Poco después, los contrabandistas se sentaron a la mesa y comenzaron a barajar las cartas, mientras la botella de aguardiente pasaba de uno a otro, hasta llegar por último a Quint, que la entregó a su vecino sin beber.

Esto le valió muy duros reproches. Y muchos reproches alcanzaron también a la anciana, pues si bien era verdad que los contrabandistas no habían guardado el día festivo, lo habían celebrado bebiendo aguardiente. Le dirigieron palabras groseras e insultos, y uno de los contrabandistas quiso saber entonces de dónde venía Quint y adonde se dirigía.

Sin contestarle, el loco se puso en pie y besó las manos de la anciana. Luego se acercó al nieto, que se disponía a poner una olla con patas en la estufa, para hacerle algunas preguntas. Quint quería saber, entre otras cosas, dónde estaba el lecho de la anciana. Y así que el organillero le mostró un viejo y desnudo banco que había en un rincón, transportó hasta él en sus brazos a la anciana con sorprendente ligereza. Por cierto que la anciana se sorprendió y a punto estuvo de sobresaltarse. Y desde ese momento el intruso demente empezó a actuar como un samaritano y médico de profesión. Trajo agua y se puso a lavar a la anciana, la cual, con la caricia de sus compasivas manos, comenzó a temblar de forma extraña a la vez que respiraba con dificultad, pero los que jugaban siguieron con sus gritos. Con ellos estaba Schwabe, un tipo pequeño y giboso que en otros tiempos fue sastre y sólo Dios sabía cómo le había dado por ser contrabandista. Parecía tímido y retraído, pero no se arredraba, y esto lo sabían los contrabandistas, cuando había algún peligro. Su buen humor le hizo ganar la simpatía de todos y siempre estaba

dispuesto a hacer un favor. Era protestante; sin embargo, se detenía a rezar en cada capillita que encontraba en sus correrías por las comarcas de Bohemia; y otras veces cantaba canciones licenciosas o religiosas, según le daba. Con sus ocurrencias hacía reír a sus compañeros y les contaba peripecias que se sacaba del caletre, pero las creyesen o las pusiesen en tela de juicio, le apreciaban todos y se distraían oyéndole.

En vez de jugar a las cartas, Schwabe había estado leyendo un periódico sucio y roto y observando con mucho interés los manejos de Quint, y poco después dejaban las cartas sus compañeros escuchando sus historias fantásticas. Aseguró que había sido testigo de algo sorprendente.

— Sé que no me vais a creer, pero os juro que es verdad.

— Muy bien, ¿y de qué se trata? —le preguntaron.

— Tan cierto como que estamos en esta cabaña, es que esta mañana he visto a la mujer de Klenner apartando unas ovejas, llevando al establo agua para abreviar la vaca y subiendo al granero, como cualquiera de nosotros.

— ¿Cómo? ¿La Klenner? Si está baldada desde hace mucho tiempo y no se puede levantar de la silla.

— Es verdad, pero esta mañana llevaron a la pobre mujer a la cabaña de los Schubert, y volvió a casa tan campante y ágil como una ardilla.

Entonces, Schwabe refirió lo que había ocurrido con Quint en la casa de los Schubert aquella mañana, claro que muy adornado. Emanuel aparecía como una especie de médico milagroso que había salvado por dos veces de una muerte segura al sultán y al emperador de Austria, y había encontrado debajo de una roca, en Hungría o Dios sabía dónde, la receta de un unguento que era un remedio infalible contra todos los males. Pero, como él decía, lo más sorprendente de todo era que el taumaturgo había desaparecido como por ensalmo de entre la muchedumbre.

— Espera un poco —dijo entonces Joseph *el Bohemio*, entre las carcajadas que las últimas palabras del sastre habían provocado—; vamos a preguntárselo a él.

Joseph se volvió al loco y le preguntó:

— Oye, tú; ¿estuviste esta mañana en la cabaña de los Schubert?

Emanuel, ocupado todavía en atender a la anciana, se limitó a afirmar con la cabeza. Y entonces Joseph *el Bohemio* se negó a seguir jugando con sus compañeros, los cuales, por estar perdiendo, se enfurecieron, pero él siguió imperturbable. Algo, aunque no podría decir qué, había empezado a hurgarle en la mente. ¿Le había causado Quint desde el primer momento una impresión inexplicable? ¿Pensó que

para un buen católico como él jugar a las cartas el primer domingo de Pentecostés era un pecado? ¿O sintió compasión por la anciana a quien la muerte parecía haber olvidado? Sea lo que fuese, el caso es que Joseph se acercó al loco y comenzó a filosofar acerca de la triste vida de la vieja.

Emanuel sabía que cuando alguien se acercaba a él con semejantes palabras, la tierra estaba ya sazonada, y en seguida empezaba él a sembrar la semilla del reino de los cielos. En estos casos, las palabras y el tono de voz fluían tan limpia y llanamente, que quien le escuchaba creía oír no algo nuevo, sino algo familiar y conocido. Desaparecía entonces todo lo que significaba separación, y todo su ser se sentía hermanado sin dificultad con lo más íntimo y más sincero de la naturaleza humana.

Como la anciana, rígida en su lecho, sentía frío, a pesar de que Emanuel la había abrigado hasta la barbilla con toda clase de trapos y con su propia chaqueta, Joseph trajo un ladrillo que había calentado en el horno. Por este motivo, desde la mesa de los abandonados jugadores cayó sobre él, y más sobre Emanuel, que les había quitado al compañero de juego, una lluvia de insultos y sarcasmos. Joseph fue presa de uno de sus temidos arrebatos de ira, y con el ladrillo en alto se acercó a los camorristas con ademán amenazador, de lo que, dado su temperamento, no se podía hacer caso omiso.

Aquel hombre bastante bajo, arisco y de aspecto agitado había hecho en las tabernas frecuentes demostraciones de su fuerza hercúlea por pura diversión. También había estado una vez en la cárcel por actos de violencia que él, normalmente pacífico, había llevado a cabo en estado de excitación. El loco le pidió que se acercara al camastro de la anciana.

También Schwabe abandonó al grupo que jugaba y con paso tímido y encogido se acercó al lecho. Tenía el convencimiento, y lo veía con júbilo, de que por fin se acercaba el último instante de una existencia de más de cien años. Por este motivo no pareció sorprenderle que Quint informara de ello en voz alta al nieto de la anciana.

Pero aún tuvieron que transcurrir casi ocho horas antes de que la anciana exhalara el último suspiro, lo que ocurrió en el momento en que el sol irrumpía por la puerta de Oriente y teñía de púrpura el rostro de cera. Quint sujetó la barbilla de la anciana con un pañuelo que le anudó sobre la cabeza. En la habitación reinó el mayor silencio, coincidiendo con el amanecer.

Cuando se fueron los contrabandistas, Quint hizo que con Schwabe y Joseph se sentasen alrededor de la mesa que habían dejado los jugadores y les leyó algunos versículos de la Biblia. Después empezó a pensar en su madre, a la que

había abandonado hacía algunas semanas, diciéndose que tenía que ser muy dolorosa una ancianidad solitaria. Joseph *el Bohemio* no había conocido padre ni madre, pues era expósito. Schwabe había vivido desde los siete años sin otro cuidado que el de su madre, y a los catorce fue con ella a ver a un hombre que estaba encarcelado en una gran ciudad, y entonces supo que aquel hombre era su padre.

—Cuando murió la anciana, ¿por qué se fue a la ventana y se quedó allí llorando? —le preguntó Joseph a Emanuel, sin atreverse a tutearle—. ¿Eran parientes?

—Porque para la mayoría de las personas la vida es muy dolorosa —respondió Emanuel.

Luego les habló de las tinieblas en que se debate la humanidad, asegurando que el alma de la anciana había alcanzado una vida más pura después de su vida terrena, «pues la nuestra no es más que una etapa de purificación». Viendo que no le entendían, les leyó algunas líneas de la primera Epístola de San Pablo a los Corintios: —«Yo, hermanos, cuando me acerqué a vosotros, no fui con el prestigio de la palabra o de la sabiduría a anunciaros el testimonio de Dios... Y me presenté ante vosotros débil, tímido y tembloroso. Para que vuestra fe se apoyare, no en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. Hablamos de sabiduría entre los perfectos, pero no de la sabiduría de este mundo ni de los príncipes de este mundo, sino de la sabiduría de Dios..., ignorada de todos los príncipes, pues de haberla conocido no hubieran crucificado al Señor.»

Al contrario de lo que suele ocurrir cuando son pronunciadas desde el pulpito, estas palabras, leídas sin énfasis, despertaron el deseo de saber en sus dos oyentes. Atraídos por la revelación de algo que no comprendían, esperaron que Emanuel se las explicase. Pero Emanuel había elegido este pasaje de la Biblia en la creencia de que hablaría por él, en lo que quería decir y en lo que quería callar, y lo único que consiguió fue que le preguntaran acerca del secreto que, entre convencidos e incrédulos, sospechaban sería el maravilloso poder que sabía curar y matar en el justo momento.

Entonces les dijo que él era un portavoz del evangelio por libre decisión. De niño había recibido el bautismo de manos de cristianos en apariencia, pero que, en realidad, estaban muertos y fríos; más tarde, el bautismo de agua de Juan el Bautista, y finalmente el bautismo del Espíritu Santo, y éste, el último bautismo, llevaba en sí el secreto del reino.

—La paz del Señor Jesucristo —concluyó el loco— sea con todos nosotros. Amén.

Después se levantó con el propósito de alejarse de allí, pero se le acercó una mujer vestida con sencillez y pulcritud; era la esposa del maestro de escuela de una vecina y mísera comunidad campestre. La mujer supo que había muerto aquella anciana a la que ella cada día le mandaba o le traía un plato de sopa. Y al ver que su caridad la había superado una mano más poderosa, no dijo nada, y miró a la muerta con temblorosa emoción.

CAPÍTULO VI

LA esposa del maestro reconoció a Quint en seguida, en la cabaña, pues no era la primera vez que lo veía. Ocho días antes, los hermanos Scharf habían sido recomendados a su esposo, por correligionarios de Prusia, como fieles siervos de la palabra de Dios. El maestro, un hombre de cuarenta años, devoto creyente de la Biblia, recibió a los hermanos con sincero afecto, como es costumbre en los que confían en Cristo. Al saber el motivo de su viaje, y aun cuando ellos no exteriorizaran su locura, el buen hombre se quedó preocupado. Luego, al advertir la fiebre y la pasión con que buscaban a Emanuel, las alabanzas que le dedicaban, además de lo que le dijeron sobre la venta de su casa, terminaron por angustiarle.

Stoppe, como se llamaba el maestro, no ocultó sus temores a su esposa, pues no comprendía que unos hombres laboriosos abandonasen el trabajo, y aún era más lamentable tomar al pie de la letra cosas que requieren una correcta interpretación. Las profecías de un antiguo pastor llamado Thomas acerca del inminente fin del mundo parecían haberse convertido en artículo de fe para los hermanos Scharf, y la llamada al apostolado de Emanuel Quint, a quien buscaban, estaba fuera de duda.

El maestro consideró su deber prevenirlos contra los falsos profetas, lobos con piel de cordero, de los que la Biblia habla con horror, pero después de rezar, cantar y porfiar durante varias horas, tuvo que reconocer que la fe de los dos hermanos en la misión del vagabundo era tan sólida como una roca y más firme que nunca.

Los devotos fanáticos seguían fieles a las palabras: «Estad en vela, que el esposo se acerca», y ocurrió lo que tenía que ocurrir: Stoppe estuvo a punto de ser arrastrado por el vendaval de fe, y esperó con ansiedad la aparición de Quint.

Si a una persona de convicciones bien definidas, aun tratándose de almas cultivadas, le resulta imposible desechar la duda, aún menos puede hacerlo un corazón crédulo como el del maestro. Después que los hermanos Scharf le hablaron del sermón de Quint en la plaza del mercado de Reichenbach, del aparente milagro que había obrado en la persona de su padre y de éxtasis y curaciones milagrosas, le pareció cierto el poder milagroso de aquel a quien buscaban, aunque no sabía si tanto su poder como su misión se debían a un motivo celestial o satánico, o si se trataba de magnetismo mesmeriano unido a un amor al Salvador, si mal entendido, no por ello menos impetuoso.

Después de algún tiempo, el maestro llevó a los hermanos Scharf a casa de los Schubert, desde donde ellos, cada vez más excitados, iniciaron su búsqueda. Quien haya visto cómo a veces una cara y añorada ilusión, cultivada con auténtico empeño, crece contra toda razón, hasta convertirse en algo monstruoso, no se sorprenderá de que la casa de los Schubert se convirtiera pronto en refugio de fanáticos y de visionarios.

Cuando encontraron a Quint hospedado en casa de los Schubert, los hermanos Scharf corrieron a ver al maestro y le informaron de la feliz nueva y de un sinfín de nuevos prodigios. Aunque le invitaron a ir con ellos, el maestro se negó, alegando sus compromisos. Por el contrario, la señora Stoppe no pudo resistir a su creciente curiosidad y la misma tarde se puso en camino. Cuando llegó a la casa de los Schubert, Quint salía para vagar solo por los caminos solitarios, a la incipiente luz de la luna.

Hacia las diez de aquel segundo domingo después de Pentecostés, cuando la esposa del maestro encontró muerta a la anciana y a Quint junto al cadáver, se llevó al loco a la escuela, una casita de madera, y Stoppe, que estaba en el huerto cuidando sus colmenas, al verlos llegar le desagradó la visita, pero se acercó a su esposa y le tendió la mano a Quint.

Mientras la señora, que había advertido el cansancio de Quint, le preparaba una habitación, el maestro le enseñó sus abejas. Emanuel se acercó a las colmenas, y aun cuando el apicultor le recomendó precaución, él, sin el menor temor, no sólo dejaba que las abejas se le posaran en el rostro y en las manos, sino que las cogía de entre sus cabellos y de sus piernas y las ponía de nuevo en la piquera.

En la pequeña cocina, que servía al mismo tiempo de sala de estar, la mujer le dijo al maestro, cuando ya hacía rato que Quint estaba en su habitación durmiendo, dónde lo había encontrado aquella mañana. La coincidencia de la muerte de la anciana y el loco a su lado la habían impresionado mucho. Abandonada de todos, aquella centenaria había muerto casi en los brazos del loco.

—Si hubiéramos tenido con nosotros a este hombre tan devoto, seguro que no se nos hubieran muerto nuestros pequeños.

Y comenzó a llorar silenciosamente. Ella había tenido dos hijos que daban sentido a su existencia, y le dejaron otro sentido con el dolor de perderlos. Stoppe le contestó: —Debemos tener resignación y, como dice el apóstol: «Nuestra carne debe descansar en la esperanza del Señor.» Pero debemos guardarnos de los falsos profetas, pues Jesús, el verdadero Salvador, ha dicho, tal como asegura San Lucas:

«No os dejéis seducir. Muchos vendrán en mi nombre y dirán: “Yo soy y el tiempo está cerca.” No les sigáis.» Y San Mateo dice: «Tan grande será el poder de los falsos profetas, que inducirán a error a los elegidos.» Guardémonos, pues.

—Yo no creo —repuso la señora Stoppe— que él piense o haga nada injusto ni que haya maldad en su corazón; tampoco he dicho que le crea un profeta ni que él se tenga por tal. Mi impresión es que habla como hombre, actúa como hombre y camina como hombre.

—De todos modos — dijo el maestro—, sobre él recae la responsabilidad de muchas cosas que han ocurrido. Que cada uno cumpla con su obligación y sirva a Dios. De acuerdo con mi deseo y por haber escuchado mis oraciones, me ha colocado en este apartado lugar, donde creo encontrarme tan cerca de Él como lejos estoy de los hombres. Dios me ha bendecido por mi conducta y me lo demuestra cada día, toda vez que puedo ayudar a los vecinos de estas miserables cabañas, y a sus hijos. Debemos conformarnos.

Entonces la esposa, hija de un pastor protestante, dijo que no había que pensar que Emanuel Quint fuese por el mal camino y que hubiera que rechazarlo porque servía al Salvador a su manera. Recordó la comunidad de santos fundada por los apóstoles y que hoy se considera inspirada en Jesucristo, y mientras le servía un pastel que acababa de sacar del horno le expresó su firme convencimiento de que Quint era un verdadero santo.

—Solivianta a los montañeses, y nos pone a todos en una difícil situación ante las autoridades. ¿Y a quién reclamarán las autoridades? Pues a nosotros que le hemos dado cobijo. Y si sigue aumentando el revuelo, ¿quién si no yo tendrá que pagar las consecuencias?

Su esposa le replicó que todo se reducía a averiguar si Quint era un embaucador o un verdadero creyente, y si era un creyente, llevado de un puro espíritu apostólico, no era ningún problema decidir si se le rechazaba o se le seguía, pues sufrir por amor a Aquel que murió en la cruz por nosotros era la mejor gracia que se nos podía conceder en la tierra.

El maestro se puso a comer, sin contestar.

Hacia las dos de la tarde, Antón Scharf se presentó en casa del maestro.

—Dios sea con vosotros.

Dejó la gorra en un banco de la salita que servía de escuela, donde estaba el matrimonio colgando el cuadro «El Salvador caminando sobre las aguas». Se le

veía contento y nervioso.

—Hermano —le dijo al maestro—, los prodigios se multiplican. Durante estos últimos días hemos visto cosas que todos deben saber. Hemos visto el poder del apóstol; que es el poder de Dios. Entre nosotros camina aquel de quien está escrito que había de venir. ¡Y no le hemos visto sólo nosotros! Cientos de pobres, enfermos, miserables y oprimidos han visto su rostro radiante, han oído su voz, y han sido sanados. En verdad os digo que es más que un apóstol y que un profeta. Los hijos del mundo sienten su proximidad. Presienten el Día del Juicio y se disponen a perseguirle, pero en parte alguna está escrito que Jesús vaya a ser crucificado otra vez.

Con ademán amenazador levantó el puño en dirección a la región montañesa de Prusia, como si creyese que saldría de allí la turba de enemigos del reino de Dios.

—Pero cuando esto ocurra —siguió diciendo con ojos de iluminado—, mirad hacia arriba, porque se acerca vuestra salvación.

Con este pasaje de San Lucas terminó su sermón y luego se sacó un pañuelo rojo y se enjugó el sudor.

El maestro quiso saber de qué se trataba, pero no lo consiguió debido a lo excitado que estaba Antón Scharf. La verdad era que las autoridades de Prusia buscaban a Quint, y ya lo sabía el maestro porque se lo dijeron unos excursionistas aquella misma mañana, y también Scharf le dio algunos detalles.

Por la mañana un gendarme a caballo se había apostado delante de la cabaña de los Schubert, pues igual que el día anterior pululaban grupos de pedigüeños. En tono irritado preguntó a algunos qué esperaban, y los echó con cajas destempladas, advirtiéndoles que Quint era un holgazán buscado por la autoridad, y luego, con mucho alarde de espuelas y de espadón, entró en la casa y sacó el lápiz y la libreta y empezó a hacer preguntas y más preguntas al matrimonio, a la hija y a Antón Scharf, y no pudo preguntarle a su hermano Martín, porque ausentado el día antes se había ido a buscar a Quint.

—El gendarme confiaba en poder demostrar —dijo Scharf— que nos dedicábamos a la mendicidad, o a algo peor.

Antón ya había ido a ver al jefe de los municipales, asegurándole que ellos eran independientes, que no carecían de medios y que no necesitaban ayuda de nadie, pero eso lo puso en cuarentena el guardia; pues era de lo más cerril.

Se comprenderá que al oírle, y debido a lo nervioso que era el menor de los Scharf, Stoppe se intranquilizase. Recordó que, según las palabras del Salvador, no

se debía hacer frente a la autoridad, y le rogó a Scharf que se calmase. Y después le preguntó con mucha amabilidad sobre la vida anterior de Emanuel, por si había sido una vida pecadora.

—No —replicó Scharf—. Estoy seguro.

Estaba convencido de que Emanuel se había escapado de sus perseguidores el día anterior gracias a un aviso divino, y no temía por él, pero al saber que Quint estaba en su casa, se alarmó, como si comprendiese lo que hasta entonces no se había sabido explicar.

El maestro, atormentado por su conciencia y hondamente religioso, se puso a orar, pidiéndole a Dios que le iluminase. Recordaba las palabras de Jesús y estaba seguro del poder de la oración. «Todo lo que pidáis en mi nombre os será concedido.» Él no lo olvidaba, y cuando hablaba de temas devotos con otros creyentes, aseguraba que después de la oración, siempre le llegaba la prueba de que Dios le había escuchado.

Entonces, acompañados en silencio por la esposa del maestro, pidieron a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo que les dijera si Quint se hallaba en estado de gracia o poseído por el espíritu del error, pero en el acto oyeron un coro de voces infantiles y femeninas, y creyeron que era una respuesta a sus plegarias.

¡Oh, Jesús, mi dulce luz!,

tras la noche llega el día...

Sea tu misericordia

en mi oscuridad mi guía.

Y se unieron al coro.

Quien cantaba era Marthe Schubert, que acababa de llegar, y acudieron muchos niños, mujeres y algunos hombres, cantando con ella. Joseph *el Bohemio* y Schwabe habían contado en la taberna Die sieben Gründe la muerte de la anciana, seguros de que la había asistido en su agonía el médico milagroso. La noticia corrió de una cabaña a otra, y pronto se supo que Quint se alojaba en casa del maestro.

Y de repente, sin que Stoppe pudiera evitarlo, Antón Scharf, llevado de la fe que le impulsaba, abrió la ventana de la escuela y comenzó a gritar a la

muchedumbre estas palabras de Los Hechos de los Apóstoles: —Moisés ha dicho a los padres: «El Señor, vuestro Dios, hará surgir de entre vuestros hermanos un profeta, a quien deberéis escuchar en todo lo que os diga. Y el alma que no quiera escuchar a este profeta será apartada del pueblo.»

Mientras, el profeta dormía en la buhardilla un sueño parecido al de la muerte. Pero Marie Stoppe, al ver aquella excitación, temió que interrumpiesen su merecido descanso, y se lo dijo al hermano Antón, y luego a la gente que había fuera, pues los conocía a casi todos y a la mayoría los había socorrido alguna vez. Les insistió en que Emanuel Quint era un sincero siervo de Dios, por lo que no había por qué atribuirle poderes e intenciones que repugnarían a su sencillo espíritu. Pero a esta última advertencia siguió el griterío de los que no se cansaban de proclamar los prodigios de Emanuel.

Entonces Schwabe, el antiguo aprendiz de sastre, se abrió paso hasta la esposa del maestro, porque quería decirle algo a ella sola. Y le dijo que también en territorio austríaco seguían de cerca los pasos de Quint y que era posible que la policía llegase a la escuela antes de una hora. Después, Schwabe se lo dijo al maestro y a Antón Scharf.

El maestro contestó que si era el gendarme de Spindelmühle, seguramente él podría impedir que detuviera a Quint, o diría algunas palabras en favor suyo, pero que debía irse aquella pobre gente, ya que a los ojos de las autoridades perturbaban el orden.

—Quint —prosiguió el maestro— carece de medios de vida, por lo que es posible que se lo lleven.

El maestro pensó que quizá lo mejor sería despertar a Quint y explicárselo todo. Mientras, se presentó Martin Scharf y preguntó si Quint estaba en la casa. Al decirle que sí, se puso a llorar de alegría, y los demás, comprendiendo su júbilo, lloraron con él.

El alboroto despertó a Emanuel, y se dijo que igual le había ocurrido en casa de los Schubert, y al asomarse a la ventana vio que le estaba esperando una multitud de creyentes que le pedían ayuda. Emanuel cruzó las manos y se puso a rezar a la divina Providencia. La esencia de su oración era ofrecerse totalmente y sólo como instrumento de la voluntad de Dios. Quint sabía que no había buscado nada fuera de Dios, y, sin embargo, se preguntaba: «¿Voy por el buen camino? ¿He cumplido, en vez de mi voluntad, sólo la tuya?» Y para extirpar hasta el último resto de voluntad propia, se postró de nuevo ante Dios y le imploró: «Conviérteme en una palabra, en un soplo, en una mirada, en un latido de tu corazón. Se dice que Jesucristo legó a sus apóstoles el poder de hacer milagros. Yo no soy un apóstol.

Soy indigno de ello. El amor del Salvador es como un mar. El mío es sólo un arroyuelo. El amor del Salvador es un poder que no sólo cura cuerpos enfermos, sino que convierte almas en pecadoras y condenadas al infierno en ángeles bienaventurados. Yo soy un ciego. Si yo estuviera seguro de que mi amor es un reflejo de la sombra del amor del Salvador, podría transformar con Él el desierto del mundo en el paraíso de los mil años.

»Pero yo no puedo hacer prodigios. No quiero hacer ningún prodigio. ¿Puedo pretender mejorar tu obra, Espíritu Santo? No soy tan osado, ni loco para tanta osadía. Tú que estás en mí lo sabes. Nada queda oculto a tus ojos. Pero ¿por qué me envías a estos menesterosos que buscan únicamente lo terreno, no lo celestial?, algo que tal vez les podrían proporcionar los hijos del mundo, no los hijos del cielo. Siento pena por ellos, y con todo el corazón les transmitiría lo que hay en mí de celestial. Guíame, ilumíname y dime si debo mostrar mi compasión y mi amor a esos hermanos míos que viven entre tinieblas, y cómo debo hacerlo. ¿O debo alejarme de ellos y de sus dolorosas tribulaciones y refugiarme en tu corazón?

»Pero, entonces, ¿por qué he sido puesto aquí, en el mundo y te llevo en mí como una luz? ¿No he de alumbrar a mis semejantes? ¿A quiénes se debe iluminar, sino a los que no salen de sus tinieblas? ¿A quién se le debe hablar de Dios, sino a aquel que no lo tiene? ¿A quién se debe encaminar, sino a la oveja descarriada? ¿Y quién, al volver a casa, es recibido jubilosamente por el amor del padre? ¿Quién sino el hijo pródigo que abandonó su hogar en busca de riquezas y se mantuvo de las sobras de los humildes?»

Quint terminó llorando y diciéndose: «He pecado contra el cielo y contra ti. Señor, Señor, no soy digno de llamarme hijo tuyo.»

En el mismo instante se apoderó de él un sentimiento de profunda contrición, y un ferviente deseo de sufrir y de morir por el Padre. Sentía una sensación de culpabilidad cuyo origen desconocía, pues igual que el hijo pródigo, no recordaba si se había ido de la casa paterna por voluntad propia. Pero no dudaba de su culpabilidad. Entonces creyó comprender no sólo por qué le seguían las ovejas descarriadas, sino también por qué le andaban buscando hombres a caballo y armados. Pero su culpa no era de naturaleza terrena, y se puso a meditar largamente sobre el relato del pecado original, hasta que se levantó murmurando: —Así es como quiero seguir sirviéndoos, hermanos y hermanas míos.

Y una nueva firmeza, que le envolvía como un halo sublime y dichoso, se apoderó de él cuando apareció en la escuela entre los asustados hermanos, a quienes él amaba, y ellos sentían hacia él una atracción humana y sin límites. Besaron las manos del loco y él se limitó a sonreír.

La gente que esperaba fuera corrió hacia la casa al ver a Quint a través de la ventana. También estaba Joseph *el Bohemio*. Y mujeres, niños, ancianos y jóvenes invadieron la casa, gritando de júbilo mientras se acomodaban en los bancos, de pie otros, y la mayoría en el suelo. Era milagroso el silencio de aquella multitud cuando aún no había comenzado a hablar Quint. Su prédica, que coreaban con sus aplausos, por su tono más que por lo que dijo, que no podía comprender la mayoría, les impresionó a todos.

—La fuerza de Jesús —empezó diciendo el loco— hace fuertes a los débiles. Y el apóstol dice: «Si yo soy débil, es que soy fuerte.» Entonces, nadie debe tener miedo de su debilidad, ni por ser ignorante o pobre, o por estar enfermo. Nadie deberá temer si se ve perseguido por los hijos del mundo. Jesús fue crucificado, y sus apóstoles fueron perseguidos y martirizados. No hay que temer a los que matan el cuerpo.

»Sólo pueden ser muertos los que están muertos, pero los que están vivos en Cristo no pueden ser muertos por los muertos. Quien tenga oídos para oír, que oiga. Nosotros caminamos en carne, pero no luchamos por la carne. Nosotros somos la paz, nosotros somos el amor de Dios, somos el espíritu. Cristo caminó en la tierra por amor a los hombres, y aún camina entre nosotros, pero ya no podemos verlo con los ojos de la carne ni tocarlo con las manos de la carne, sino sólo en espíritu. Él está en nosotros y nosotros en Él. Esto es nuestro consuelo. Gozamos más palpitando en su espíritu, fuera del cuerpo, que con el cuerpo. Todas las tribulaciones que nos puedan amenazar no son duraderas. Nosotros no miramos lo visible, sino lo invisible, pues lo visible es caduco y lo invisible es eterno.

»Si se empeñan en perseguirnos, en torturarnos y en ejecutarlos, destruirán nuestra morada terrena, pero sólo conseguirán demostrar que viviremos por los siglos de los siglos.

»Dios, el Señor, es el Espíritu. Y donde esté el Espíritu del Señor habrá libertad. No podemos arrojarlos a un calabozo cuando tenemos el reino de los cielos con todas las puertas abiertas.

»No nos entristezca aparecer como necios a los ojos del mundo. Dios os ayudará a que no permanezcáis necios en la carne, sino que seáis partícipes de aquella divina necedad, más sabia que la sabiduría de los hombres, y de aquella divina debilidad, más poderosa que todo el poder de los reyes. Él os ayudará a alcanzar la oculta sabiduría, para que no apetezcáis otro pan que el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, ni otro vino que la sangre del Señor.

»Quien tenga oídos para oír que oiga. Arrancad de vosotros al hombre natural, morid en cuerpo y renaceréis en espíritu. El hombre natural no comprende nada de lo que yo digo, ni recoge nada del Espíritu de Dios. Y dice de mí lo mismo que los judíos decían de Pablo: loco por amor a Cristo. Pues Dios, que es la luz misma, alumbrando desde las tinieblas ha dado a nuestros corazones un claro rayo de luz, y la claridad del Señor se reflejará en todos nosotros.

»Vosotros, queridos hermanos, y vosotros, queridas hermanas, no tengáis miedo de que yo sea perseguido. Poseemos la fuerza de nuestra conciencia, y caminamos en la inocencia y en la divina pureza, no en la humana sabiduría. Nuestra misión es predicar a Cristo, predicar el perdón y la paz. Sufrimos tribulaciones, pero no desmayamos. Aunque suframos persecución, nuestras almas no serán aherrojadas. Aunque seamos oprimidos, permaneceremos libres, pues no hay en nosotros amor más ardiente que llevar en nuestro cuerpo la muerte del Señor Jesucristo y en nuestro corazón la vida de Jesús.

Alguien gritó hacia dentro a través de la ventana:

—¡La policía!

Hubo una desbandada general, atropellándose todos para huir, y sólo quedaron, además de Quint, el maestro y su esposa, Marthe Schubert, los hermanos Scharf, Schwabe y Joseph *el Bohemio*, quien levantó un banco que habían volcado durante la confusión y dijo que desgraciadamente todos los hombres eran iguales, repitiendo unas palabras de la Biblia: «El espíritu es fuerte, pero la carne débil.»

Antón Scharf se levantó contrariado y dijo algunas incoherencias.

—Si vosotros, queridos hermanos y hermanas, pensáis como yo, cerremos con llave esta casa de Dios, esta morada del Señor, este nuevo Belén, y defendámoslo de la agresión del mundo con los puños. Aquí nos ha hablado la voz del Señor. Ésta es la Tierra Santa. ¡Y ningún emisario del abismo infernal deberá hollarla!

—Nosotros —dijo el loco— no debemos emplear la violencia. Los verdaderos discípulos del Salvador no pueden repeler nunca la agresión. Quienquiera que me busque me encontrará.

Mientras, la esposa del maestro había salido al encuentro de dos gendarmes austríacos, a los que había visto a través de la ventana entrar en su casa. El maestro pensó primero en ir con ella, pero luego cambió de parecer, yendo adonde se encontraba Quint, preguntándole humildemente: —¿Qué crees que debemos

hacer?

—Seguid las huellas del Salvador —le contestó Quint dirigiéndose hacia la puerta.

Los gendarmes hablaron a la esposa del maestro con mucha cortesía, pero insistieron en la detención de Quint, pues era la orden que habían recibido. Y en el mismo momento vieron a Schwabe y a Joseph *el Bohemio*, tenidos por indeseables en uno y otro lado de la frontera, y cuando los hermanos Scharf dieron sus nombres, también les dijeron que tenían orden de detención, y al querer saber por qué, el policía le contestó riendo: —Demasiado sabes el motivo. Veo que estás en buena compañía —agregó señalando a Schwabe y a Joseph *el Bohemio*.

Schwabe se asustó, pero Joseph *el Bohemio*, sin pizca de miedo, se quedó mirando al policía y le dijo en un tono de pocos amigos que más de una vez le había hinchado las narices a alguien, y que con la ayuda de Dios estaba dispuesto a hinchar otras, pues no comprendía que fuera delito asistir a una meditación bíblica.

—¿Cómo dices? —le preguntó el policía—, ¿Meditación bíblica?

Entonces intervinieron los hermanos Scharf, interrumpiéndose uno a otro, y empezaron a hablar de misterios apocalípticos, de los que los policías no habían oído hablar nunca, y explicaron el sermón de Quint en la escuela como un gran acontecimiento. Con amenazas, ruegos y gritos, a punto estuvieron de pedir a los dos ingenuos policías que abrazaran su fe, pero ellos se miraron como diciéndose que tal vez el sitio de aquella gente no era la cárcel, sino el manicomio.

CAPITULO VII

LOS policías vigilaban que Quint no se pudiera escapar. Probablemente habían sido informados de su aparición y desaparición, y de su fuga con Joseph *el Bohemio* desde territorio de Prusia. Por este motivo, el pobre delincuente fue detenido y esposado en su habitación con estas palabras: «Éste es el cabecilla.»

Los hermanos Scharf no despertaron en los policías la sospecha de que se quisieran escapar, y, a pesar de pedir que los esposaran también a ellos, tuvieron que andar hasta la frontera prusiana escoltados por el segundo policía, sin esposas y a distancia de Quint, pero con gran dolor en el corazón.

A pesar de que los policías trataron de evitar caminos concurridos, pasaron cerca de algún ventorro en el que había la animación de los días de fiesta, con bailes, gritos y música de instrumentos de cuerda. Era imposible que un hombre alto como una jirafa y que iba esposado pasara inadvertido, y una hora después el policía austríaco y su detenido ya no iban solos, pues les seguían muchos hombres y mujeres que dejaron el ventorro al ver que era Quint el preso, pues tenían una fe supersticiosa en él.

El segundo gendarme, que marchaba con los hermanos Scharf, se retrasó bastante y tuvo menos público para sus detenidos, que marchaban sin esposas y tenían un aspecto menos peligroso. El loco se sintió inmerso en el espíritu de las Sagradas Escrituras y lleno de amor al prójimo. Entonces, como muchas otras veces, se apoderó de él un decidido desprecio por el mundo. No comprendía la afrenta de verse esposado. ¿Le temían como a una fiera? Tenía que contener su ira cada vez que oía a la gente preguntarse a sus espaldas si era un ladrón o un asesino. Contuvo su deseo de gritarles que no era ni lo uno ni lo otro. Pensó que si se atreviese a gritar que era un pacífico discípulo del Salvador, desataría una lluvia de sucias y groseras carcajadas. Y si, en vez de guardar para sí toda la verdad, se le ocurriera decir que él, comparado con ellos, era el hombre libre y no el preso, el agraciado y no el condenado, sabía que lo apedrearían, como habían apedreado a Dios. Poco a poco, sin embargo, se fue tranquilizando, sintiendo la incomparable calma de una profunda conformidad. Los ruidos y comentarios que oía llegaban hasta él como un rumor. Le parecía que a sus espaldas sólo quedaban criaturas que esperaban una palabra del Creador para despertar a la vida. Y cada vez con más claridad se sentía invadido de una dicha divina, hasta estrechar sobre su pecho la pequeña Biblia, como si le deslumbrase su luz. Y se dijo: «Yo soy la luz. ¿Cómo no se dan cuenta de que irradio luz? Porque están cegados con las tinieblas de la

muerte. ¿Cómo no ven que me hacen un favor inmenso cuando me permiten sufrir tal como sufrió el Salvador, cuyos pasos sigo? ¿No consiguen con su dureza, con su ira, con su ignorancia y con su indiferencia que me parezca aún más al Salvador? ¿No se dan cuenta de que camina junto a mí, y que deseo besar las manos del gendarme que me lleva por este camino?»

El gendarme alemán, a quien debía confiarse la custodia de Quint al llegar al parador Pichler, estalló en una carcajada, que fue coreada por la muchedumbre que acompañaba al detenido, cuando vio al loco y al policía que lo conducía. Aún seguían riendo cuando un muchacho de unos once años se acercó a Quint y le dio un mendrugo untado en aceite. El loco le miró y pareció como si de pronto volviera a la vida. Al comprender la intención del pálido y bondadoso muchacho, olvidó que estaba esposado e intentó levantar la mano para bendecirlo. Su movimiento lo entendió el muchacho como si el delincuente quisiera coger el pan, pero entonces comprendió que no podía valerse de las manos, que lo que le había movido a compasión era la buena obra, y su inutilidad llamó la atención de todos, que era lo que el chico había querido evitar. Durante unos segundos no supo qué hacer, pero vio el mugriento bolsillo del preso y le metió el pedazo de pan. Unos se rieron y otros se avergonzaron, y algunos recogieron algún dinero que trataron de darle a Quint cuando los gendarmes entregaron a los otros el preso y el atestado, pero Emanuel no hizo el menor movimiento.

—Diablos, coge esas monedas, ¡estúpido! —le rugió el gendarme alemán, mientras le quitaba las esposas, pero Quint no las cogió, quizá porque creía que aquel dinero mancharía sus manos.

Durante la marcha por el valle de Hirscheberger, Emanuel tuvo a su lado a los hermanos Scharf. El gendarme no desconfiaba de ellos y dejó que siguieran delante de él. Los hermanos Scharf estaban muy contentos por estar nuevamente con Quint, pero les indignaba que se les hubiese detenido y sobre todo a Quint. Antón Scharf exclamaba: —Tienen ojos y no ven. Tienen oídos y no oyen. La maldición de Dios los ha dejado ciegos y sordos.

Martin Scharf le preguntaba a su hermano cómo se podía hacer frente a los poderes del obcecado mando y qué harían con Quint, cuál iba a ser su castigo. Les parecía que no estarían mucho tiempo detenidos ellos y Quint. Y cuando fueran puestos en libertad, querían ir a ver a una devota y noble dama, muy anciana, muy rica y caritativa, llamada Gurauer Freele. Los hermanos Scharf pensaban pedir ayuda para Quint a la anciana, y cuando su influencia consiguiese dejar libre al pacífico Quint, querían lograr una hermandad de creyentes alrededor de Quint, y

venerarlo como su guía, pero Quint contestó que cada uno debía seguir a Jesús sin que nadie se convirtiese en guía, pues no había otro guía que el Salvador.

Llegaron a un sitio donde el gendarme quena descansar.

—Alto, muchachos, pues aún falta mucho para llegar. Si el demonio no os hubiera tentado, ahora yo, y en un día festivo, no tendría que echar el bofe en estas montañas y sudar a chorros.

Al ver que no le contestaban, les dijo:

—Yo creo que estáis locos. Ya llevé en una ocasión a un tipo que acabó en el manicomio. Quiso convencerme de que había recibido, Dios sabe de quién, la seguridad de que iría en carroza. ¿Qué os ocurre? Lo que hacéis es volver locos a los desgraciados que os escuchan. ¿Quién os ha metido en la cabeza esas locuras? Yo voy muchas veces a la iglesia del cuartel, y sé mejor que vosotros qué es la religión y quién es nuestro Señor Jesucristo.

—Señor gendarme —dijo entonces Martin Scharf—, nosotros sólo hemos hecho lo que nos ha dictado el Espíritu del Señor. Nosotros tenemos que dar testimonio de Cristo.

—Diablos —exclamó el policía—, ¿creéis que os hemos estado esperando a vosotros? ¿No se da testimonio de Jesucristo cada domingo en todas las iglesias? ¿No *soy yo* tan buen cristiano como vosotros?

Antón Scharf miró al policía antes de contestarle.

—También los hay que dan falso testimonio de Jesucristo, y se llaman cristianos, pero no son más que vanidosos hijos del mundo.

Entonces Quint le hizo una señal para que se callara, y dijo con voz pausada:

—Sólo hay un Cristo: Cristo, el Salvador. Cristiano no significa otra cosa que vivir en Cristo.

—Adelante. Se acabó el descanso —le interrumpió el gendarme—. Vosotros lo confundís todo —les dijo al reanudar la marcha—; no sabéis ni lo que decís. Dedicad a vuestro trabajo y no soliviantéis a la gente sencilla.

—Pero yo le digo a usted, señor gendarme, que entre nosotros hay uno que es más grande que la iglesia y que el templo —le replicó Antón Scharf, citando uno de los pasajes de las Escrituras que se sabía de memoria.

Y al mismo tiempo le brillaba en los ojos aquella ciega fe que sería la causa de su infortunio. El gendarme le miró como si viese a un demente.

Siguieron andando, y otra vez los hermanos Scharf trataron de convencer a

Quint para la hermandad que querían fundar. Pero él se negó, y con más energía que antes, a ser el cabeza de ninguna comunidad.

—Yo estoy en paz con Dios. He sido reconciliado con Él por Jesucristo. Y si pretendo obtener algo en este mundo mediante la acción, es esta reconciliación con mi Dios y la reconciliación con los hombres. Estoy en paz con ellos. Tratad también vosotros de estar en paz con todos. Sólo quien ha perdonado puede predicar el perdón. ¿Por qué os preocupáis por mí? ¿No tengo derecho a sufrir también lo que sufren mis hermanos y mis hermanas? ¿No tengo derecho a ser hombre entre los hombres? El Hijo del Hombre es hombre entre los hombres. Seguid a Jesús, y cuando penséis en mí, no penséis en mí, sino en el hijo del hombre. Pensad en el Salvador, y no preguntéis a nadie por mí.

Aquella noche los presos fueron alojados en Hainsdorf, vigilados por la policía; los dos hermanos juntos en una habitación y el loco en Cristo, solo. Cuando por fin se quedó en su celda oscura y húmeda, con agua y pan, Quint soñó que el Salvador le había ido a ver a la prisión.

Poder descifrar los sueños significaría penetrar en el misterio del alma humana. El sueño de Emanuel Quint fue uno de aquellos sueños tan reales como los acontecimientos de la vida real. Si, por ejemplo, el policía que tenía la llave se hubiera presentado ante Quint, no habría estado allí más corpóreamente y más real que el Salvador. Se sueñan ruidos, se sueñan rostros, versos y palabras; se oyen relatos y se escucha música. De las impresiones de un sueño queda un recuerdo que a veces perdura, un recuerdo palpitante y vivo, mientras que muchos acontecimientos de la vida real se olvidan. Quint oyó el paso silencioso del Salvador, y vio cómo un extraño resplandor iluminaba la rubia cabeza del Salvador. Quint supo entonces cómo era el Salvador, el Hijo del Hombre, el hijo de María, el Rey con la corona de espinas, y vio el horrible estigma que dejó el clavo, y vio que le caían gotas de sangre negruzca.

También en los pies del Salvador, llenos de polvo como si volviese descalzo de una larga caminata, se veían los estigmas, y los besaba llorando. Fue entonces cuando Emanuel Quint oyó una voz que le preguntaba: —¿Me amas, hermano Emanuel?

—Más que a mí mismo.

Y otra vez preguntó la voz:

—¿Me amas, hermano Emanuel?

Al contestar el soñador afirmativamente, la voz añadió: —Emanuel Quint,

así es como quiero permanecer siempre en ti. Maravilloso y milagroso sueño, sin que Quint creyese nunca que fue sueño, sino viva, tangible y etérea realidad. El Salvador fundido en él y él con Él, en Él...

A la mañana siguiente, Antón y Martin Scharf fueron puestos en libertad", pero Quint siguió detenido, para después devolverlo a su aldea. Los dos hermanos encontraron en un mesón cercano a Joseph *el Bohemio* y al antiguo aprendiz de sastre, a Schwabe, que habían llegado hasta allí siguiendo los pasos del gendarme. Los cuatro fueron a un pueblo donde vivían varios tejedores y campesinos, todos gente pobre, y donde desde hacía tiempo muchos habían abrazado el pietismo. Allí tenía Schwabe una hermana casada, pero cuando Schwabe y sus acompañantes llegaron a casa de la hermana, ella se quedó muda de asombro, sin dejarles que entrasen. Y era porque un herrero que se llamaba Johann dirigía una hora de rezo para unos cristianos en la salita de la casa, lo cual ya lo sabían Schwabe y Joseph *el Bohemio*, pues muchas veces habían bromeado a costa suya, hasta que, gracias al encuentro con Quint, un espíritu nuevo se apoderó de ellos. Después apareció el cuñado, dejando que entrasen en la sala donde se reunía la pequeña comunidad.

Todos estaban de rodillas y orando. Había hombres, mujeres y niños. De pronto una mujer vieja y desdentada comenzó a murmurar palabras incomprensibles. Luego la anciana se sumió en un éxtasis que a la pequeña comunidad de fanáticos le pareció igual al éxtasis de que hablan Los Hechos de los Apóstoles. Después se levantó un hombre que empezó a rezar en voz alta y a pedir a Dios que enviara sobre ellos el Espíritu Santo. Cuando terminó, Martin Scharf les habló en un tono tan nuevo para ellos que conmovió a toda la comunidad: —Cantad, alegraos... El Salvador está entre nosotros. Se cumple lo que está anunciado. ¿No hemos oído nosotros su voz? Yo os anuncio una nueva venturosa. ¡Jesucristo ha resucitado!

Todos se quedaron boquiabiertos, más que por sus palabras, oídas ya otra vez, por su tono, por su acento que era nuevo y les estremecía. Tal había sido su fuerza que se sintieron estremecer.

—No preguntéis. Pero que cada uno de vosotros esté alerta día y noche, para que no le sorprenda durmiendo el grito que anunciará el Juicio Final.

Luego pidió a las mujeres y a los niños que se fueran a su casa, y se quedó con los hombres más sensatos para hablar con ellos del secreto que sólo había insinuado. Y les dijo que Emanuel Quint era un hombre dotado con el poder del espíritu apostólico, relatándoles sus milagros. Antón creía que les decía la verdad, sin darse cuenta de cómo lo adornaba todo su fantasía. También Schwabe y Joseph *el Bohemio* intervinieron, contando lo que habían visto hacer a Quint, pero deformándolo todo.

Una hora después, todos estaban convencidos de que Quint había librado de sus dolores al padre de los Scharf con sólo tocarlo y que había expulsado el demonio del cuerpo de Marthe Schubert. Todos sabían que una mujer paralítica había tocado sus ropas y en seguida empezó a andar, y nadie dudaba de que aquella mujer centenaria había conseguido el perdón de sus pecados y la liberación de la vida por mediación de Quint.

El cuñado de Schwabe y sus hermanos en la misma fe eran de una enternecedora credulidad. En sus ojos se podía leer su hambre y su sed de justicia, la expresión de un eterno esperar, pero en ésta había también algo de miedo, el miedo al horrible fantasma de la miseria, sujetos siempre a una vida de sacrificios y de privaciones, esperando que un milagro los libere de un destino que miran con espanto. De ahí el que creyesen esperanzados en las fantasías de los hermanos Scharf. Cansados de una existencia sin luz y a ras de tierra siempre, sólo les quedaba la ilusión de que se les presentase una tabla salvadora. Quienquiera que llegase a ellos prometiéndoles una abundancia y un bienestar en los que ya no creían, era jubilosamente recibido, tanto los delincuentes y los estafadores, como charlatanes. Y ahora aparecían dos hombres que con un acento en el que se mezclaban la seguridad y la fe les hablaban de un acontecimiento que colmaría sus esperanzas.

En el pueblo, y especialmente en las capas inferiores, palpita siempre la esperanza en un hombre o en un día. Y ese hombre y ese día se les anunciaba que estaban cerca. Aquellos pueblerinos, prematuramente envejecidos, les quitaban a los forasteros la palabra de los labios. Fuera de su aldea y de las imágenes de la Biblia, el mundo para ellos sólo era un refugio, con el único consuelo de su esperanza en Cristo, en el Salvador. Creían firmemente en la vuelta de Jesús a la tierra y en la instauración del reino de Dios, que duraría mil años. Y les bastó oír a los hermanos Scharf, el fervor que veían en su voz y en sus ojos, la pasión que ponían en sus palabras, para que creyesen que el advenimiento del Salvador estaba cerca. Después Martin Scharf les habló de la fundación de aquella comunidad que ya le había propuesto a Quint y que éste desaprobó. La comunidad tendría por guía al loco en Cristo, y todos quisieron que les considerasen como adeptos de la nueva comunidad. Igualmente asintieron cuando Martin Scharf les propuso abrir una colecta, y en seguida se llenó la mesa de peniques, más algunas monedas de un marco, dejando toda la recaudación en manos de los hermanos Scharf, quienes en un cuaderno azul anotaron el nombre y el donativo de cada uno.

CAPÍTULO VIII

A Emanuel lo metieron en la cárcel de la capital de partido, donde se le acusó de vagabundo, de que practicaba el curanderismo y de que promovía desórdenes públicos. El interrogatorio fue más fatigoso para el juez que para Emanuel, pues no hubo manera de que se reconociese culpable, pero tampoco de que se creyese en su inocencia.

—¿Dice usted que puede curar enfermos incurables?

—Nunca he dicho eso.

—Usted va diciendo por ahí que ha sido enviado por Dios a la tierra con una misión especial. ¿Por qué no trabaja en el taller de su padre?

Emanuel contestó que según la Biblia no eran las necesidades del cuerpo lo que importaba, sino la salvación del alma. Y a la acusación de mendicidad replicó que él no cogía dinero de nadie y que toda propiedad era injusta; el juez le interrumpió bruscamente, diciéndose que era un orate, y ordenó que se lo llevaran.

Dos días después, Emanuel Quint estaba en observación en un manicomio. Un médico ayudante le hizo las más peregrinas preguntas: quiso saber qué edad tenía Quint, qué día del año era, si entendía el reloj, si sabía contar...

De pronto se sacó un marco del bolsillo y se lo alargó a Emanuel, pero él lo rechazó. Y al preguntarle por qué no quería aquel dinero contestó que no quería ser más rico que el Salvador. Como si lo dejaran por imposible, fue conducido nuevamente a su celda.

El informe médico decía que Emanuel Quint pertenecía al tipo de los hombres solitarios, pero que estaba en su juicio, y en todo caso algún síntoma de desequilibrio nada alarmante. Se resolvió devolverlo al lado de sus padres, con la recomendación de que se le observase y se le cuidase.

Pocos días después un gendarme llevó a Quint a su pueblo, donde la madre, el padre adoptivo y los hermanos seguían luchando por la existencia en su mísera cabaña. El verse otra vez allí fue el mayor suplicio de Emanuel Quint *el Loco en Cristo*. El gendarme le llevó a través de la plaza, pasando cerca de la iglesia, donde Emanuel dijo su primer sermón sobre la necesidad de hacer penitencia. Era día de mercado, y muchas de las vendedoras reconocieron a Quint, y todas empezaron a decirle inconveniencias, a reírse de él y a tratarle de holgazán y de muerto de hambre. Un carretero le escupió al rostro diciendo que había sido sin intención y

otro le saludó gritándole: —Buenos días, granuja.

Vendedores y traficantes le seguían insultando, burlándose y riendo estentóreamente.

Muchos de ellos habían oído hablar de su atrevido sermón delante del templo, y le preguntaban si estaba recogiendo limosnas para la Iglesia, o si era ya pastor de la catedral...

Quint había sufrido las mayores humillaciones durante los últimos tiempos, y se preguntó por qué los hombres, sus hermanos, eran tan crueles con él y cuál podría ser la causa de tanto desprecio cuando él, sin hacer el menor daño a nadie, ni siquiera con el pensamiento, sólo quería seguir en paz el camino del Salvador, a quien todos decían venerar. Y sólo recogía odio y desprecio, insultos y burlas. «¡Dios mío, Dios mío!», murmuraba Quint a cada paso, a cada insulto.

Le pareció como si peldaño tras peldaño fuese bajando a una cámara de tortura, o a un mundo en el que desde millones de años no hubiera esperanza ni fe, ni amor...

Emanuel había crecido sufriendo el desprecio de la gente que le rodeaba, viéndolo como si estuviera adherido a él, como si fuese su patrimonio; no tendría más de diez años cuando pensó que el desprecio al prójimo era uno de los más graves pecados, sin advertir que a fuerza de verse despreciado terminó despreciándose a sí mismo, tanto, que más de una vez a punto estuvo de arrastrarlo más allá de la terrena soledad, hasta aquella otra más profunda y eterna, hasta la muerte.

Fue precisamente durante aquellos tiempos de angustia cuando la figura del Salvador le habló y le trajo el consuelo maravilloso del divino Hijo del Hombre. Y desde entonces fue el único amigo del pobre vilipendiado.

Durante algunos años ni siquiera la madre de Emanuel supo de los divinos contactos que su hijo disfrutaba en secreto. Pero toda vez que no se trataba de un hombre de carne y hueso, sino de una imagen que había cobrado vida en las Sagradas Escrituras, irregularmente descifradas, quizá de aquel mundo quimérico nacieron las raíces de su futura e inquietante demencia.

De niño, Quint dormía abrazado a la pequeña Biblia, que un día le regaló un hernuta; era la misma que aún ahora llevaba siempre consigo. Las cubiertas estaban rotas ya de tanto como la había manoseado y besado, en la creencia de que lo que besaba eran las manos de Jesús. De niño, su madre, que lo había tenido antes de su matrimonio, se quedaba turbada y humillada por las preguntas que le hacía delante de sus familiares. Fue cuando empezó a temer que Emanuel estuviese loco. El niño no veía más que al Salvador y su vía crucis, sin que le aturdiesen los

ruidos de la carpintería. Y cuando «veía» que lo crucificaban, gritaba aterrado: —¡Madre, madre, le van a atravesar con la lanza!

Unos se reían, otros le insultaban... Sólo la madre lloraba.

Llegó con el gendarme a su aldea. Un riachuelo, unas callejuelas, arces y robles centenarios, los mismos de su niñez, y lo mismo que entonces, se repetían a su paso las burlas y los insultos, los gritos de «¡El loco, el loco!», coreados por los niños que seguían a los mayores. Emanuel Quint se preguntó si el Salvador le había abandonado. No le contestó a nadie ni miró a ninguna de las comadres que conocía de antes y cuyas chocarrerías le entristecían más que le avergonzaban. Al pasar frente de un campesino, éste le gritó: —¿Qué, muchacho? ¿Ya te has cansado?

Se acercó sonriente para saludar al gendarme y le pegó un coscorrón al loco en Cristo, y diciéndole: —Anda, anda, que tu padre te espera con el vergajo.

Quint sentía como si se agotase su amor al prójimo, y seguía andando maquinalmente, sin conciencia casi de donde estaba y adónde iba. Poco después, seguido siempre de la chiquillería y de las vecinas que se habían llamado unas a otras, llegaba a la puerta de su casa. Y en el acto un hombre barbudo y de aspecto enfermizo empezó a golpearle sañudamente antes de que casi nadie se diese cuenta, y agregando los términos más injuriosos. «Maldito perro», repetía a cada puñetazo.

—Yo te enseñaré los diez mandamientos, hijo de...

Entonces se interpuso la madre del loco, tratando inútilmente de protegerle.

El gendarme pensó que a Emanuel le convenía un escarmiento, pero luego sujetó al rabioso carpintero viendo que el loco sangraba por la boca y la nariz. El carpintero se revolvió diciendo que nadie, ni siquiera el gendarme, tenía derecho a impedirle que castigara a aquel canalla que llevaba su apellido sin ser su padre y lo había mantenido durante años sin que fuese su obligación.

—¡Si entras en casa, te mataré a palos!

Era una amenaza que no cumpliría, porque no es tan fácil quitarle la vida a un hombre.

CAPÍTULO IX

GUSTAV tenía doce años; era el más pequeño de los hermanos de Quint y al que él quería más. Los primeros días el padre obligó a Emanuel a trabajar en su mísero taller con su hermano August. Gustav no se separaba nunca de él, pero August, si bien era el más trabajador de la familia, no sentía por el loco ningún afecto, a pesar de que Emanuel había hecho todo lo buenamente posible para que le comprendiera y para ganárselo. En el hogar de los Quint la pobreza lo presidía todo, y si no se pasaba hambre se debía principalmente a la madre de Emanuel, que era la lavandera del pastor, del maestro y de otros vecinos acomodados. Delante del marido trataba de defender a Emanuel, pero cuando estaba sólo con su hijo le reprochaba su comportamiento. A la hostilidad del padre había que añadir las intrigas del hermano, al que sólo le movía la envidia. Bajo de estatura, con barba y cabello negro, no se parecía a Emanuel. Tenía ya veinticuatro años y por no separarse de su madre no había emigrado, como acostumbraban los de su oficio. No comprendía a Emanuel, pero veía en él una rara personalidad y a despecho suyo le admiraba, aun cuando no disimulaba su desprecio. August comprendió que a su madre le ocurría lo mismo. Tampoco ella comprendía las locuras de su hijo, pero sentía por él un extraño respeto, que a veces se trocaba en orgullo maternal, y otras en elogios que August oía con indignación, con la amargura de verse amarrado al banco, trabajando de sol a sol, llevando el peso de la casa, mientras Emanuel parecía el hijo mimado, sin hacer nada, sin enterarse de nada, ni siquiera de la escasez en que vivían. Ese resquemor de August se agravó cuando tres días después de la vuelta de Emanuel apareció en el taller el joven pastor del lugar y se puso a hablar amigablemente con Emanuel. Nada demostraba que su visita era para reprenderle, pero August trataba siempre de comprender con qué intención hablaba con su hermano. Le intrigaba la tranquilidad con que Emanuel escuchaba y le contestaba al pastor, y aún se quedó más intrigado al ver que el pastor le enseñaba una carta a Emanuel y luego de hacerle una serie de preguntas le pidió que fuera a verle a su casa... para tomar una taza de café.

Después que el pastor se despidió del loco con un apretón de manos, los dos hermanos vieron que entraba en el comedor de la casa, y luego oyeron al padre y a la madre hablando con el pastor. August no comprendió por qué el pastor le exigía a su padre que dejara en paz a Emanuel y que se guardara de castigarlo.

Lo cierto, sin embargo, era que el viejo Quint había suavizado su rigor, acaso porque a los dos días de la vuelta de Emanuel, de las aldeas vecinas llegaron

muchos aldeanos a casa de los Quint preguntando por Emanuel, diciéndole al viejo carpintero que habían oído que su hijo era un médico milagroso.

Pero lo que confundió a todos fue que el cartero se presentara el tercer día con setenta cartas dirigidas a Emanuel Quint. La mayor parte de estas cartas las escribieron debido a un artículo que publicó un semanario socialista de la comarca en el que se daba cuenta, con ironía pero con simpatía, del primer sermón de Quint, de su desaparición y su regreso a casa. También se refería a los enfermos que había curado. Con las cartas recibió asimismo el número de *La Voz del Pueblo*, que publicaba el informe y una nota del redactor anunciándole su visita.

Emanuel se quedó abatido, y se sentía como preso en una tela de araña, sin saber cómo liberarse. Hacia las cuatro de la tarde se encaminó a la casa del pastor, quien le recibió de forma cordial. Luego de acomodarse y de tomar café, que el mismo pastor preparó porque, según él, su cocinera nunca lo hacía como él quería, atacó pronto el tema por el que había pedido a Emanuel que le visitara.

—Parece que usted es el mismo Emanuel Quint que hace algún tiempo pronunció un sermón en el mercado de Reichenbach. ¿No es así? Pues sepa, mi buen amigo, que sólo a determinados hombres, los especialmente preparados —yo uno de ellos—, les está permitido predicar la palabra de Dios. Y nunca en la plaza del mercado, sino en la casa de Dios. También he sabido que usted, Emanuel... Por cierto que tiene un hermoso nombre, pues Emanuel significa «Dios con nosotros». Digo que me he enterado de que usted se ha sentido llamado a propagar su fe en algunas localidades de la frontera de Bohemia y Prusia, en esta nuestra Silesia, según dicen muchos de sus amigos. Yo no estoy muy de acuerdo con la postura adoptada por mis hermanos de ministerio respecto a su primer sermón. Tampoco quiero criticar la actitud de las autoridades que deben velar por el mantenimiento del orden público, aunque no sé hasta qué punto la policía tiene derecho a considerar delictivas sus manías de curandero y de predicador. A usted le llevaron al manicomio comarcal para ser comedido a observación, y no sé por qué veo cierto extravío mental al pretender ser un intérprete de la Biblia. Claro que yo no dudo de sus buenas intenciones, pero... he recibido una carta. Usted cuenta con una distinguida protectora. Es una dama de elevada posición, pues pertenece a la nobleza y tiene una fortuna. Ella es muy influyente y desea saber pormenores de usted. ¿Conoce usted a un predicador laico llamado Natanael Schwarz?

—Sí —respondió Quint palideciendo.

—Pues ese hermano Natanael le ha hecho a usted un favor nada despreciable, y parece que otros dos hombres le han movido a ello. Espere un momento, aquí tengo sus nombres. —El pastor leyó con cierta dificultad los nombres de Martin y Antón Scharf, y prosiguió—: Yo he sido requerido para

investigar qué es lo que ocurre con usted, pues, como dice la dama en su carta, «usted es una ovejita de su comunidad». Debo añadir que tengo el encargo de proporcionarle dinero para el viaje y de invitarle a la hacienda de la dama, cerca de Friburgo, siempre que nuestra conversación sea satisfactoria. Así pues, le ruego que me diga qué es lo que usted pretende y adonde quiere ir a parar.

Emanuel le miraba sin decir nada y sonriendo, creyendo el clérigo que su silencio se debía a su timidez.

—Comprendo que no resulta fácil hablar de cosas tan profundas, y creo que lo mejor sería que me vea usted como alguien que no es de su opinión y que trate de convencerme.

El loco en Cristo miró ante sí con ojos de iluminado, con aquella misma sonrisa con que había escuchado el ofrecimiento del pastor.

—Si es verdad que esa distinguida dama de quien usted me habla busca a Cristo, estoy dispuesto a ir a su casa cuando ella lo disponga, el día que sea... Pero si me busca a mí, le diré que ni ella me necesita ni yo la necesito a ella.

El pastor, ante el inesperado cambio de Quint y lo que acababa de decir, pensó que se imaginaba un enviado de Jesucristo, pero Emanuel siguió diciendo: —Yo no la necesito, pues estoy acostumbrado a las privaciones. De quien únicamente necesito es de nuestro Salvador, y tampoco ella necesita de mí, pues usted puede ver lo que soy. Nunca he tenido otro padre que no sea el Padre de Jesucristo. Toda mi vida he sido despreciado y si a veces me resultó amargo, fue porque me impulsó la vanidad, porque quise elevarme por encima de Jesucristo. Mucho cuesta reconocer todo esto, como si quisiera justificarme. Si usted, señor pastor, lo ve así, mi hermano, mi padre y mi madre le podrán proporcionar una imagen más real de lo que yo soy. Le repito que esa dama de que usted ha hablado no me necesita. Pero si ella busca a Cristo, ¡yo también lo busco! Y la comunidad espiritual es la comunidad en Jesucristo.

—Pero si tú, hijo mío —intervino el pastor, un poco apiadado—, tienes tan humilde opinión de ti mismo, lo que va de acuerdo con el espíritu cristiano, no comprendo cómo se te pudo ocurrir presentarte como apóstol, y en una región llena de servidores de la palabra de Dios por vocación, ni comprendo que hayas podido creer que la salvación de nadie estaba en tus prédicas. El que sea verdaderamente humilde no se atribuye una misión para la que no está preparado ni autorizado.

—Señor pastor, desgraciadamente en este país y en todas partes la cruz sigue siendo motivo de malestar, como dice el apóstol. Además, yo sólo soy humilde por lo que a mí respecta, pero no por lo que respecta a Aquel que habita

en mí.

—Dime, hijo mío, ¿quién habita en ti?

—El Padre, que me ha creado —respondió Quint.

El clérigo intentó aparentar tranquilidad al decirle:

—Lo que tú afirmas es algo extraño, y aún me atrevería a decir que es monstruoso. Es posible que no te haya entendido bien. ¿Quién es el padre que habita en ti?

—El mismo por Cuya mediación he renacido —contestó el loco en Cristo.

—Quieres decir que has nacido de nuevo, ¿no es así? ¿Cómo es posible? ¿En qué te fundas para decir eso? Mi humildad no me permitiría decirlo de mí.

—Pero yo —repuso Emanuel— sé que he nacido de nuevo.

—¿En qué sentido has nacido de nuevo?

—He nacido de nuevo por la gracia de Jesucristo, no en la carne, sino en su Espíritu Santo. Aun cuando soy débil y esclavo por el cuerpo, en espíritu soy fuerte y libre. Yo estaba muerto, sepultado por el desprecio del mundo, y he cobrado vida por la gracia del Padre. El espíritu vive, la carne no es nada.

—Sigue hablando con toda libertad de lo que hay en tu corazón. Tenemos tiempo. O sea, que tú has nacido de nuevo. Supongo que te refieres a un nacimiento distinto del que se consagra con el santo bautismo y nos cristianiza a todos. ¿Pero me quieres decir cómo has llegado a saberlo? Supongo que no lo habrás averiguado por ti mismo.

—Yo nada tengo de mí mismo — repuso Quint—, sino que todo es de Aquel que habita en mí.

El pastor empezó a sentirse incómodo, y añadió:

—Desearía pedirte, hijo mío, que me hablastes en tono sencillo y natural, y me atrevería a decir humano. ¿Qué significa eso de aquel que habita en ti? Dime quién crees tú que eres.

Emanuel preguntó entonces:

—¿Según el nacimiento en espíritu, o en carne?

—Me es igual; según los dos nacimientos.

—Según el nacimiento de la carne, yo soy hijo de hombre; según el nacimiento del espíritu, hijo de Dios.

Escandalizado, el pastor se levantó.

—Por amor de Dios, ¿qué estás diciendo? Eso es pura demencia, de lo que tendré que informar a la distinguida dama. ¿Y no te das cuenta de lo que estás diciendo? Jesucristo es el Hijo de Dios, concebido por el Espíritu Santo y nacido de la Virgen María. Si tu orgullo te lleva a afirmar que eres el Señor, caerás en pecado mortal, sin que tu locura atenúe la gravedad de tu pecado.

Quint permaneció tranquilo, y una profunda emoción interna iluminó su rostro.

—Dime con palabras claras qué es lo que quieres decir.

El pastor, como si sintiese que le faltaba el aire, abrió la ventana; Emanuel le dijo, sacando su pequeña Biblia y leyendo: —«Dios es espíritu y nadie conoce al Hijo sino sólo el Padre, y nadie conoce al Padre sino sólo el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelárselo.» ¿Cómo, entonces, quiere usted conocer al Hijo y saber por él quién habita en él que no sea el Padre?

—Sólo puedo darte un consejo, como si fueras mi mejor amigo, y pedirte que no prosigas queriendo interpretar lo que no está a tu alcance. Los más preclaros espíritus te aconsejarían que te ciñes a la interpretación corriente, según la cual esas palabras del Salvador deben entenderse en el sentido de que todo el poder, toda la fuerza y toda la profundidad del Hijo de Dios sólo pueden ser escrutados por el Padre, al que nosotros, pobres mortales, sólo podemos llegar gracias al amor del Hijo, nuestro Redentor. Antes de terminar nuestra conversación, desearía saber qué le he de decir a la dama. ¿Eres de los que creen que los sucesores de los apóstoles pudieron, valiéndose de la oración o mediante la imposición de manos, curar a los enfermos?

—No —respondió Emanuel—, El Salvador no vino al mundo para llevar una vida fastuosa, ni para ser esclavo de su cuerpo o de otro cuerpo cualquiera. No vino para ayudarnos a conquistar el mundo, sino para vencer al mundo.

El pastor le contestó que Jesús y los apóstoles habían curado enfermos imponiéndoles las manos. El Salvador había devuelto la vida a Lázaro, a la hija de Jairo y al hijo de la viuda de Naín.

El clérigo observó que Emanuel Quint movía la cabeza, y le preguntó qué quería decir.

—¿Por qué y con qué fin —repuso el loco, sin contestar a su pregunta— habría de devolver el Salvador la vida, que ya habían superado, al hombre, a la joven y al niño?

El pastor no comprendió su sorprendente pregunta, y agregó el loco en Cristo:

—Quiero pensar que Jesucristo actuó de juez del mundo para castigar a los muertos con una nueva vida por los pecados que hubieran cometido. Pero ¿quién hizo del Hijo del Hombre el juez del mundo? Él conocía al Padre que habitaba en él, como yo conozco al Padre que habita en mí. Y este Padre deja que llueva sobre justos e injustos y deja que el sol se levante sobre los malos y los buenos, tal como está escrito en mi corazón. Señor pastor. Él le ofrece su sol, pero no ese sol que brilla, sino el sol espiritual del Padre, que también llega a los malvados y a los injustos. Pero si yo creo en Aquel que, según la palabra del apóstol Pablo, no juzgó a los justos, sino a los injustos, a los impíos y hasta a los ateos, entonces me pregunto qué pretendía al resucitar a Lázaro, a la hija de Jairo y al hijo de la viuda de Naín, puesto que su intención no era castigarlos. Yo le digo a usted que el Hijo de Dios no resucitó a estos seres, sino que les devolvió la vida eterna. Al hijo del hombre no se le ha concedido el don de resucitar a los muertos, y sólo cura a los enfermos recurriendo a la medicina. Al hijo del hombre sólo se le concedió el don de sufrir y de sufrir con los hombres, que es el don de amar, de sentir compasión por los hombres.

—Te estás metiendo en un terreno muy escabroso —le dijo el clérigo, levantando el dedo en señal de aviso—. Debes saber que lo que dices es negar los milagros de Nuestro Señor Jesucristo. Contradices lo que dicen las Sagradas Escrituras y la Iglesia.

—El Señor ha dicho —repuso Quint, con ojos en los que brillaba la fiebre—: «Dejad que los muertos entierren a sus muertos.» Él no dijo que quisiera devolver a los muertos en el cuerpo la vida del cuerpo y devolverlos a la muerte espiritual. En cuanto a las Escrituras, debo decir que fueron escritas por manos de hombre. La palabra mata y sólo el espíritu vivifica. Pero si el espíritu no vivifica la letra, es que está muerto. El espíritu es siempre más que la letra. Pero la letra está en el libro y, por el contrario, el espíritu está en mí. Todos los que saben leer leen letras, ¿pero qué espíritu sería si tuviese que estar encarcelado dentro del estrecho límite de las letras? El vestido del Padre no son las palabras, como las letras no son el vestido del Hijo. Su vestidura es la eternidad. Yo creo que el milagro radica en que el Padre esté en mí, en que el Hijo esté en mí. Su reino no es de este mundo. ¿Y qué significarían los humanos milagros frente al celestial milagro del Hijo de Dios? Y del mismo modo que el Hijo conoce sólo al Padre, el Padre conoce sólo al Hijo. El Padre conoce al Hijo y a sí mismo según las palabras de las Escrituras. Sólo lo que el Padre lee es leído y reconocido por el Padre, y sólo lo que el Hijo lee es leído y conocido por el Hijo. Pero lo que no es leído por el Padre y por el Hijo es como un montón de frías cenizas que un mendigo ciego moviera con su cayado.

—Entonces —dijo el pastor—, le expondrás estas absurdas quimeras a la distinguida dama. No creo que te escuche. Después de lo que te he oído veo en ti

un desvarío que no deseo remover. Tú piensas, pero lo haces en cosas que hasta para una cabeza instruida son un misterio. Si hubieras estudiado teología, estoy seguro de que no habrías caído en ese desorden mental tan lleno de errores y tan peligroso para los que no distinguen dónde están la verdad y la mentira. Y ahora dime si persigues algún objetivo terreno con tus opiniones. ¿Pretendes mejorar la situación de los pobres? ¿Esperas, como tantos ilusos, que esté al llegar el reinado de los mil años? ¿Quieres reformar la Iglesia y combatir sus dogmas? ¿Propugnas la comunidad de bienes, como se practicaba entre los primeros cristianos? ¿Te sientes atraído por las ideas socialistas? Si es así, yo te recomiendo que las deseches.

Emanuel movía la cabeza negativamente a cada pregunta. El joven pastor le miró largamente, esperando que le contestase, pero al ver que se obstinaba en su silencio le dijo fríamente: —Bien, hemos llegado al final de nuestra conversación.

Seguidamente abrió un armario antiguo, y de un cajón sacó un billete, pero se quedó quieto durante un rato, como si no supiera qué hacer, hasta que al final dijo: —He de confesarte, Quint, que no sé cuál es la voluntad de la distinguida dama. ¿Debo o no debe entregarte el dinero? Es verdad que de no haber tenido la intención de entregártelo, te lo hubiera ocultado desde el primer momento, lo cual quiere decir que he sido poco prudente. De todos modos ve a verla, y quizá reciban una lección la generosidad y la buena fe de la noble dama.

El pastor alargó el billete al hijo del carpintero que decía ser hijo del hombre e hijo de Dios, pero lo rechazó, a pesar de lo que le insistió para que aceptase el dinero. Quint le contestó que aunque comprendía su bondad y la de la dama no necesitaba el dinero, ni lo admitiría en el caso de que se decidiera a visitar a su noble protectora.

Cuando Quint salió del despacho, el pastor llamó a su esposa y le señaló al loco cuando éste atravesaba el jardín.

—¿Ves a ese hombre alto que va por allí?

—Claro que le veo y le conozco.

—Dime qué opinas de él. ¿Qué pensarías viendo su manera de andar y su aspecto?

La esposa del pastor contestó en el acto:

—Pensaría que es uno de esos a los que el gendarme tiene más miedo que al mismo demonio.

—Pues ese hombre con trazas de vagabundo me ha desconcertado como nadie había conseguido nunca. Tócame las manos.

—Pero, querido, ¿si estás helado!

—Sí... A ese infeliz se le ha metido en la cabeza que él es Jesús de Nazaret.

CAPÍTULO X

POCOS días después los hermanos Scharf fueron a ver a Emanuel a su casa, pero al decirles él que allí no podrían hablar con tranquilidad, se fueron a una taberna de Niederdorf que se llamaba precisamente La Posada de Emaús. Le explicaron todo lo que les había ocurrido desde que se separaron, y después decidieron ir a visitar a la señorita Gurauer. También le dijeron que Joseph *el Bohemio*, Schubert, el herrero Johann y Schwabe estaban en la aldea, y que habían ido a verle porque necesitaban hablar con él. Emanuel les dijo que a la salida del pueblo, en el primer campo, había un peral, y que era el mejor sitio para reunirse todos al otro día, pero que debería ser cuando atardeciese, para no llamar la atención de la gente, pues, según él, estaba muy excitada por culpa suya.

—Mi padre y mi hermano me han contado que los vecinos están soliviantados, y me han echado la culpa de todo porque tienen que soportar muchas impertinencias. A pesar de que yo nunca he dicho que pueda hacer que los paralíticos anden, que los ciegos vean y los leprosos se curen, son muchos los enfermos que acuden a mí. Pero otros me insultan y me tratan de impostor.

Al anochecer del día siguiente, sin luna casi y con una espesa niebla, la pequeña comunidad se reunió bajo el peral que había indicado Emanuel. Además de los hermanos Scharf, Schubert, Johann, Schwabe y Joseph *el Bohemio*, también acudieron unos veinte hombres y mujeres de la aldea, a quienes los hermanos Scharf habían revelado el secreto, diciéndoles que Emanuel Quint era un hombre poseído del Espíritu Santo. Hasta estas gentes había ya llegado un rumor que tenía su origen en el párroco, al decir que Quint le había afirmado que era Jesucristo, el Hijo de Dios, y lo que hizo el pastor con su imprudencia fue aumentar el revuelo en la aldea, pues aunque muchos se reían, otros replicaban que un loco siempre es peligroso.

Pero también corrió la voz de que el falso Jesús de Nazaret tenía que visitar a la señorita Gurauer, y esto ya hizo que muchos cambiasen de opinión y le concediesen cierta importancia, y los que le conocían —pues ¿quién no conocía a Emanuel en la aldea?— y se habían burlado de él, ahora estaban rabiosos. La credulidad de unos y la indignación de otros era el tema de todos los grupos y en todas las casas. En Oberdorf, que era cabeza del lugar, sólo se hablaba de la santidad del verdadero Jesús de Nazaret y de la ridiculez del falso. Los médicos

discutían con sus enfermos el tema bíblico y su grosera imitación. Las criadas hablaban de lo mismo con las dependientas de las tiendas y el farmacéutico se divertía explicando a los clientes la chaladura del *Redentor de Giersdorf*. Los carreteros, los jornaleros, los estudiantes y los vendedores ambulantes se preguntaban unos a otros si habían visto con sus propios ojos al *nuevo Dios*.

En Niederdorf, donde la iglesia católica estaba situada frente a la evangélica, hasta el párroco se inquietó al llegarle los primeros rumores, cuando le enteraron de los disparates del pobre loco. Emanuel había alcanzado tan peligrosa popularidad, que sólo podía salir de su casa por la noche.

Los hermanos Scharf interpretaron el revuelo de la aldea como si fuera la identificación de su insensatez. El dueño de La Posada de Emaús, un solitario setentón objeto de las burlas de la aldea desde hacía años, miembro de la Comunidad de los Santos, les oyó a los hermanos Scharf la noticia del falso Jesucristo, y desde tiempos atrás sólo servía leche y agua mineral, porque el vino, la cerveza y el aguardiente no los admitían los principios de la comunidad a que pertenecía, pero se enteró de la extraña locura del carpintero y dijo que todo parecía demostrar que el mundo se acercaba a su fin. Se explica, pues, que la humilde y sencilla gente que se reunió en secreto en el peral indicado por Emanuel estuviese asustada...

Mientras esperaban a Emanuel, de los hogares campesinos les llegaban los ladridos de los perros, y de las charcas vecinas, el croar de las ranas. En la sombra, como rasgando la oscuridad, percibían el vuelo de los murciélagos y de vez en cuando les estremecía el silbo del búho y el graznar de los cuervos. Más que miedo, era un terror supersticioso lo que sentía cada uno, sin que nadie se atreviese a hablar, hasta que Martin Scharf les rogó que se estrecharan a su alrededor, viendo que necesitaban palabras de aliento, y siguió hablándoles en voz baja.

—Nosotros sabemos muy bien que está escrito que ningún profeta es bien recibido en su patria. Pero no tengáis miedo. No os importe que hablen mal de él, que se burlen de él ni que se enfurezcan contra él. Cuanto más le combata el espíritu del abismo, mejor testimonio será de que Dios está con él.

—¿Es cierto —preguntó una vieja tejedora— que le ha dicho al párroco que él es el Redentor?

—Lo que le haya dicho al párroco —repuso Antón excitado— nosotros no lo sabemos, pero lo que sí sabemos es que lo que ha dicho, para nosotros es tan verdad como el evangelio.

Un carretero que padecía tuberculosis quiso saber si era verdad que Emanuel Quint había dicho que era Jesucristo, el Hijo de Dios vivo.

Entonces, Antón y Martin Scharf, Schubert y Schwabe contaron lo que habían soñado acerca de Emanuel Quint en los últimos días. Uno dijo que había visto los estigmas de los clavos en sus manos y en sus pies; al otro, Emanuel le había preguntado en sueños tres veces si de verdad le amaba; el tercero le había visto andar con los pies secos en una ciénaga del valle. Schubert dijo que tuvo una aparición, y la contó con toda dase de detalles y con la mayor sencillez. Y fue que una tarde había salido de su choza para ir a casa del maestro Stoppe, y estando ya en descampado, allá donde el camino coge la dirección de Prusia, a unos veinte pasos vio que hacia él avanzaba Emanuel Quint. De pronto, Schubert se quedó como si lo hubiesen amarrado, mientras Emanuel se le iba acercando despacio.

—Entonces —siguió diciendo Schubert— pensé que todo era fantasía, *y seguí* adelante con intención de pasar por su lado, pero precisamente allí donde el camino se tuerce hacia Prusia, resbalé, y en el mismo instante, cuando ya estaba a su lado, desapareció de mi vista. En seguida comprendí lo que aquello significaba. Me fui a casa, le dije a mi mujer adónde quería ir, y la misma tarde me puse en camino. Y por este motivo, queridos hermanos, estoy ahora aquí.

De repente, todos se alarmaron. Uno dijo que acababa de oír voces y ruidos de ramas en el bosque cercano, otro aseguró que Quint había llegado, y el carretero repuso que lo acababa de ver atravesando el guisantal que estaba a unos pasos.

—No tengáis miedo, queridos hermanos y hermanas —dijo Martin Scharf, intentando tranquilizarles.

Joseph *el Bohemio*, al que nada le asustaba, se levantó y de cuatro zancadas Segó al bosque para ver qué era lo que había inquietado a Sus hermanos. Joseph *el Bohemio* no conocía más temor que el temor a Dios ni otro miedo que el miedo al demonio. Su madre era gitana y él había, nacido cerca de la cabaña de los Bradler; tenía las supersticiones propias de su raza, un sentimiento religioso de la naturaleza y una viva inclinación a la vida trashumante.

—Creo, muchachos —les dijo, bromeando—, que no hay que asustarse, pues en ese bosque tenemos al regimiento de cazadores de Friburgo.

Joseph *el Bohemio* tenía sentimientos religiosos, y con frecuencia entraba en alguna iglesia. Pensaba mucho en sí mismo y en Dios. De noche, tendido de espaldas, contemplaba durante horas el cielo poblado de estrellas y, casi anonadado y al mismo tiempo consolado, gozaba del todo inescrutable prodigio de la naturaleza. Joseph admiraba los grandes misterios, se gozaba contemplando los misteriosos juegos de las estrellas, y se decía que él, un humilde pordiosero, era un eslabón de la divina creación del universo.

Sin embargo, los hermanos Scharf no veían en él a un hombre creyente y

entregado sin reservas a la causa. Ciertamente que Joseph había ayudado generosamente a la caja común, y quizá más que los otros, pero no le movía un auténtico y abrasador sentimiento. Quint le había impresionado con su personalidad, más quizá que los mismos Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, que escuchaba de los labios de los hermanos Scharf, sin que nunca se cansase de oírlos. De este modo, fue creciendo su curiosidad por el mundo de la Biblia y se fue familiarizando con la misión del Hijo de Dios, enviado al mundo para borrar la maldición del pecado y convertirlo en un paraíso; un hecho que debe considerarse como la historia de todas las historias y como el más bello porvenir de la humanidad, Joseph *el Bohemio* sólo pensaba ahora en el pobre vagabundo Hijo de Dios y en su triste destino. Ciertamente que los que le habían perseguido y crucificado fueron judíos, pero él se avergonzaba de su condición de hombre. Los hermanos Scharf le hubieran añadido: «Quint es realmente el que fue crucificado entonces», pero esto él ya no lo habría comprendido.

De repente apareció aquel a quien esperaban, y todos se levantaron.

—Os ruego que os disperséis, queridos hermanos y hermanas —dijo Emanuel, con voz emocionada y expresión bondadosa—. No quiero que sufráis persecución por culpa mía.

Todos vieron, a pesar de la oscuridad, que en el rostro del falso redentor brillaban las lágrimas.

—No debéis sufrir por mi culpa, pues yo no soy nada. Y sólo sé que dos mil años después del nacimiento de nuestro Salvador, el mundo sigue igual, pecando siempre. Queridos hermanos y hermanas, si me veis abatido, no es porque la gente esté furiosa conmigo, sino con Jesucristo.

—Nosotros sabemos que blasfeman contra Jesucristo —dijo el sastre Schwab«y se echó en brazos de Quint.

El loco se turbó e intentó apartar al sastre, pero impulsado por el afán de entregarse a su misión divina, en el mismo instante sintió una gran piedad por aquel hombre. No consiguió animar al débil Schwabe, y quizá se dijo entonces: «Tú no rezas en mí a Dios, sino al príncipe del infierno. Sufres una horrible alucinación.» Pero Emanuel Quint no era ya capaz de decirle nada, aunque sabía que él no podía defraudar a sus humildes seguidores. Seguidamente, además, reapareció su singular locura, la que le hacía creerse tocado por la divinidad y la que no le dejaba olvidar su condición humana.

—Querido hermano —dijo Quint—, eso no lo has dicho por ti mismo, y tampoco me lo has dicho a mí, que estoy delante de ti en carne, sino a Aquel al que tu espíritu se eleva en la calma de la noche y ante quien te arrodillas, al Padre que

habita en mí; Él te ha escuchado y a Él has hablado.

Con estas palabras, Quint no quiso decir que fuera, en sentido carnal, el Cristo y el Hijo de Dios resucitado, pero, como después se demostró, todos lo entendieron así.

En todo este proceso debió haber necesariamente una fuerza confusa que difícilmente podrá comprender el hombre sensato, pero es lo que se puede creer si se tiene en cuenta lo que todos declararon después. El carretero dijo que cuando Quint se inclinó sobre el lloroso sastre sintió que el suelo se movía y oyó un ruido subterráneo. Joseph *el Bohemio* dijo que no sabía si había sido algo natural o cosa de brujería, pero que el cielo apareció rojo de golpe, como si lo hubiesen teñido en sangre.

Entonces le dijeron que aunque el fenómeno del cielo era inexplicable, se había repetido varias veces durante aquel año. Era un resplandor que aparecía por el lado de poniente y duraba varias horas.

Todos, con los hermanos Scharf delante, como impulsados por un mismo sentimiento, empezaron a besar las manos de Quint, con una ternura que si algún extraño lo hubiese visto no se lo habría podido explicar. Como no se lo explicaban los varios curiosos que se habían escondido en el bosque y a la luz de la luna veían a Quint de pie y a los demás de rodillas a su alrededor.

Todo lo que ocurría aquella noche dejaba en el corazón de Quint una inconsolable tristeza. Le parecía como si de todas partes llegara hasta él un camino en el que todo era mentira, todo desprecio. Su deseo era verse libre de todos los hombres, para estar entera y únicamente ligado a Dios. Pero los hombres le asediaban, unos dispuestos a seguirle y otros pidiéndole una liberación que no estaba en sus manos. Sin embargo, Quint no podía retirarse del mundo y abandonar a los escogidos, a los a él confiados, sumiéndolos en la desesperación. Él no podía destruir su fe. Su caridad y su amor eran demasiado grandes para cometer el crimen de abandonarlos. Y se puso a hablar en su estilo bíblico.

—El Hijo del Hombre ha venido para llevar sobre sí las penas del hijo del hombre. Yo soy pobre. El suelo de la casa de mis padres quema mis pies. Tengo que partir. El Hijo del Hombre no tiene techo ni lecho; no tiene dónde reclinar su cabeza. ¿Qué esperáis de mí? ¿Qué pretendéis de mí?

—Que no nos olvides —respondió Martin Scharf — cuando estés en tu reino.

Quint debió comprender el terrible error que había sembrado en la pequeña comunidad y exclamó: —Martin, tú sabes quién soy. Yo no soy aquel que tú crees. Si quieres seguirme en mi reino, sabe que mi reino es el dolor. No tengo ningún

otro reino. Díselo a mi padre y a mi hermano. Escucha lo que dicen de mí en las tabernas y en las casas de los ricos. ¿Queréis la chaqueta que llevo? Tomadla. Yo no tengo oro ni plata. Entonces, ¿qué es lo que esperáis de mí?

Antón Scharf le *contestó en el mismo tono* fervoroso: —Nosotros esperamos la aparición del reino de Dios y de nuestro Redentor, Jesucristo, que se entregó por amor a nosotros.

Quint respiró penosamente e intentó irse, pero otra vez le rodearon suplicándole que no los abandonase, como si él pudiera saciar el hambre espiritual que sufrían. Entonces sintió compasión y horror: compasión por su miseria, y horror por la ambición de algunos, al no ser bienes espirituales lo que anhelaban. Durante un momento vaciló entre huir o quedarse, pero la llama mística en que se consumía le detuvo, y le venció la esperanza que veía reflejada en los ojos de todos. Entonces volvió a sentarse en el suelo, ordenándoles que se sentasen en torno suyo.

—Vosotros sabéis que Jesús, el Redentor, habló siempre por medio de parábolas, como nos dice el Evangelista...

Emanuel no pudo seguir hablando, pues en el mismo instante ocurrió algo muy doloroso para él y la comunidad.

CAPÍTULO XI

Y fueron muchos de los suyos los que se pusieron de lado de los que se habían propuesto acabar de una vez para siempre con el malestar de la aldea. El carnicero apareció con una estaca y le rompió el brazo izquierdo al sastre Schwabe, y aunque dijeron que no tenía derecho alguno a hacer aquello, también dijeron que se le debía disculpar porque lo había hecho llevado por sus cristianos sentimientos. En cambio, pusieron el grito en el cielo contra Joseph *el Bohemio* porque arrojó a una charca a un tabernero de Niederdorf y a un mozo de cuadra, quienes quedaron tan molidos que tardaron varios días en reponerse. Joseph se limitó a contestar que había tenido que defenderse.

Un grupo de pendencieros, al que se habían agregado algunos mineros, un chalán, un tendero y un carnicero, hacia las nueve salieron de la taberna Zum Stera bastante bebidos para ir a La Posada de Emaús, dispuestos a armar camorra y pegarle una paliza a Emanuel Quint si aparecía. Llevaban piedras y palos, pero el dueño de La Posada de Emaús había cerrado al verles, temiendo sus desmanes. Sin embargo, de una pedrada le rompieron el cristal de su ventana, aunque por suerte no pasó más. Pero la causa del alboroto se debió a una criada de la posada, que fue quien descubrió a uno de los mineros, que era su amante, la reunión de la comunidad bajo el peral. Y se fueron, dispuestos a no dejar títere con cabeza. Así ocurrió que cuando Emanuel les dijo a sus fieles que Jesús casi siempre se valió de parábolas, le interrumpieron los violentos silbidos que llegaban del lado del bosque, seguidos de gritos que parecían aullidos. Era la señal de ataque. Y cuando la comunidad no se había recobrado todavía de la sorpresa y del espanto, todos vieron cómo del bosque, y alumbrados por la luna, salían grupos rugiendo y amenazando, dirigiéndose hacia el peral... Emanuel Quint se dijo que aquello mismo lo había visto en sueños más de una vez. Era como una manada de lobos famélicos dispuestos a devorar su presa. En el acto, los seguidores de Emanuel pidieron a gritos auxilio, a la vez que huían aterrados. El loco en Cristo se quedó solo, absolutamente solo y mirando apenado cómo los que huían eran alcanzados por los perseguidores... Los gritos, los insultos y las maldiciones repercutían en la noche, acribillando el silencio. Segundos después, Emanuel Quint sintió que una zarpa le sujetaba férreamente y oyó un rugido, diciendo: —¡Es éste!

Tres individuos lo tenían amarrado, sin que él les opusiese resistencia, y eso fue lo que salvó a Quint, pues los asaltantes, al no encontrar resistencia, no le maltrataron de momento, pero lo cogieron y se lo llevaron al bosque a empujones,

atravesaron un matorral en dirección a una ciénaga que había detrás de un cañaveral, y cuando aún les faltaba un trecho para llegar a la ciénaga, a uno de los que arrastraban a Emanuel, sin saber quién, le arrearón un estacazo que lo dejó inmóvil en el suelo, como si le hubieran aplastado. Sin embargo, los demás siguieron empujando a Emanuel, pues se proponían «bautizarle» sumergiéndole en la ciénaga, a ver si recobraba la cordura de una vez para siempre. Pero no lo consiguieron, pues allí estaba la providencial intervención de Joseph *el Bohemio*, quien empezó a repartir estacazos hasta que se quedó solo, y los bautizados fueron ellos, que huyeron atravesando la ciénaga para librarse de la estaca de Joseph. A Quint le soltaron en el acto, pero el pobre loco en Cristo perdió el sentido y cayó al suelo.

Y así terminó la reunión de aquellas ingenuas y humildes almas hambrientas de salvación.

El caso fue ampliamente comentado en la aldea, y se tomó por una torpe comedia del loco, aunque por torpe y por inofensiva algunos se apiadaron, pero hubo algunos grupos que la vieron como una falta de respeto a la religión, y dijeron que había que reaccionar y acabar con aquel escándalo. Sin embargo, en la capital de partido existía una asociación, a la que pertenecían señores influyentes y muchas señoras, que propugnaba una vida religiosa más intensa que la que ofrecía la Iglesia. Pronto se alzaron sus voces en favor de Quint y sus seguidores, aunque no insistieron demasiado, pues precisamente por aquel entonces el emperador de Rusia y el presidente de la República Francesa tuvieron una entrevista a bordo de un buque de guerra francés, y se pronunciaron discursos que atrajeron la atención de toda Europa, complacida por un lado y alarmada por otro.

Por este motivo, durante algún tiempo casi nadie se volvió a acordar de Quint, al que habían llevado a casa de sus padres, deshecho y magullado. Su madre le cuidó con todo su cariño maternal y llorando continuamente. Días después le visitó el médico, enviado por la señorita Gurauer, que se había enterado por los hermanos Scharf y el hermano Natanael de la desgracia del pobre loco. El médico, además de señales o algunos hematomas en el cuerpo, precisó un desgarró de vasos sanguíneos en los pulmones del enfermo, lo que se debía a un violento choque o golpe recibidos. Cuando el médico terminó su reconocimiento, aconsejó a Emanuel y a su madre, que lloraba junto al mísero lecho, que presentaran una denuncia contra los culpables, y era lo que estaban dispuestos a hacer la madre de Quint y su padre adoptivo, pero él se opuso terminantemente, pues no quería saber nada de denuncias.

Después de algunos días, fueron a recogerle a la mísera buhardilla donde estaba postrado y se lo llevaron a una clínica fundada y subvencionada por la

señorita Gurauer, y atendida por una pequeña comunidad de hermanas. La noble dama había dicho: «Ya que ese infeliz no puede venir a mí, ¿qué otra cosa puedo hacer sino recogerlo?»

Tres hermanas y la madre superiora cuidaban de la pequeña clínica cercana al bosque y con un bonito jardín. Algunas veces acudía en su tartana la señorita Gurauer, con su dama de compañía, para informarse de cómo iba la institución, y volvió una vez más cuando Emanuel ya llevaba una semana en la clínica. En un gabinete destinado a ella tuvo una larga conversación con el médico y la madre superiora. En una pared había una imagen de Jesús y en otra de la Ascensión de Cristo. Luego fue a ver al enfermo, muy interesada en saber cómo seguía.

Emanuel estaba acostado en una cama limpia, y llevaba una camisa de franela que dejaba al descubierto el largo cuello; en una silla que tenía a su lado, había dos ejemplares de la Biblia, uno de los cuales, muy sucio y con las tapas rotas, era el suyo y la causa de sus desgracias, y el otro era de las hermanas, pues la evangélica comunidad y la fundadora de la cristiana institución querían que toda alma tuviese su Biblia, lo mismo que todo cuerpo su alimento.

—Aquí está vuestra bienhechora —dijo el médico.

La dama hizo un gesto de contrariedad, diciendo:

—No he venido para que me presenten como su bienhechora, señor Quint; lo que quiero es asegurarme de que le atienden y se encuentra mejor.

Luego se volvió al médico, agregando:

—Doctor, como buen cristiano, debe saber que cuando hacemos bien, devolvemos parte de lo que debemos.

Acto seguido se acercó a su dama de compañía, diciéndole:

—Me parece que el muchacho tiene buen aspecto.

Entonces el médico inició su informe clínico, mostrando a la anciana dama las diversas cicatrices de las heridas. Después apartó a un lado la camisa del loco y señaló dónde había sufrido el golpe, cuya huella aún se podía apreciar por una mancha oscura en la blanca piel del costado derecho. Desde el primer momento, el médico había descartado de su tratamiento todo lo que pudiera guardar relación con la enfermedad psíquica de su paciente.

—¿Cree usted que puede ser perjudicial para él llevar cuidadosamente la conversación hasta esa desdichada debilidad que, según parece, ha sido la causa de su desgracia? —había preguntado la noble dama al médico durante la conversación que precedió a la visita al enfermo.

Pero el médico se rió al oírlo, y luego le prohibió todo intento en este sentido, diciéndole que no siempre es fácil descubrir la idea obsesiva y la locura de un paranoico, pues estos enfermos a veces confunden al observador con su extraordinaria inteligencia y astucia. Por otra parte, como Emanuel había cosechado amargas experiencias con su manía de creerse el Hijo de Dios, tal vez mantendría oculto o negaría durante algún tiempo esa presunción suya. Entonces la señorita Gurauer hizo un gesto a su dama de compañía y al doctor, y ambos abandonaron la habitación para ver algunos enfermos de la sala contigua.

Más tarde, la anciana refería a personas de elevada posición la impresión que le produjo Emanuel. Y cada vez insistiría en que no se podía mirar a los ojos de aquel hombre sin sentir cierta emoción y a la vez cierta angustia. «Cuando fui a verle —decía la dama— sentía curiosidad; cuando le dejé, no podía explicarme lo que ocurría en mi alma.»

La señorita Gurauer inició la conversación, preguntándole:

—¿Está usted satisfecho de la comida? ¿Hay alguna cosa que le desagrade?

Quint asintió con la cabeza a la primera pregunta; a la segunda contestó negativamente. Entonces la dama prosiguió: —Es indignante ver cómo le han maltratado esos desalmados. Tengo entendido que usted ha informado al juez y que éste le ha interrogado sobre el atropello. Ha hecho bien. ¿Adónde iríamos a parar si se consintiese que la gentuza atropellase a las personas pacíficas?

Quint, que había estado escuchando con las manos cruzadas sobre la manta de lana y los ojos bajos pero atentos, levantó lentamente la cabeza para contemplar el rostro de la dama, y luego dijo con voz pausada: —¿Cree usted que cuando alguien ha comprendido las enseñanzas del Salvador, su vida y su muerte, y cuando alguien no ha encontrado en esta vida terrena nada mejor ni más elevado que vivir de acuerdo con sus enseñanzas, puede estar de acuerdo con la sentencia de un tribunal formado por hombres?

—Sin embargo, yo creo —respondió la dama— que, como dice nuestro Salvador, la autoridad ha sido puesta en la tierra por Dios, y todos deben acatarla. Esos hombres han obrado contra Dios y contra la autoridad, y deben ser castigados.

—¿No es cierto que Jesucristo pronunció a veces palabras que tendrían un significado distinto? —arguyó el loco—. ¿Cuál de estas tres cosas debe considerarse la más preciada: la vida de Nuestro Señor escrita por hombres, la vida vivida en la tierra por nuestro Salvador, o la vida celestial de nuestro Señor?

—La vida celestial —respondió la dama.

—Así pienso yo. En mi opinión, en esta vida brilla la luz sin mancha del Espíritu, pero en la vida terrena las lágrimas oscurecieron esta luz divina, y más en esta tercera vida, en un libro que reproduce algo narrado por hombres, oído por hombres y por hombres escrito. ¿O es que hay algún hombre que crea que la gloria que irradia del Hijo de Dios procede de ese libro? Ese libro no contiene sino un pobre y débil reflejo de su gloria.

La dama se intranquilizó al oír estas palabras, pero Emanuel prosiguió:

—Yo creo que esas palabras del Salvador se deben interpretar teniendo en cuenta sus limitaciones. En cualquier caso, van destinadas a gentes que, por no haber conocido el nuevo nacimiento, pertenecen al reino de los muertos, lo mismo los dominadores que los que se saben dominados. Pero mi reino no es de este mundo.

La dama miró al loco en Cristo con viva curiosidad.

La camisa de Emanuel estaba abierta y en el cuello se dibujaban los músculos; los finos labios se abrieron, enmarcados por la barba rojiza y puntiaguda, y se volvieron a cerrar suavemente. Cerca de la oreja y de sus pálidas sienes se apreciaba el pulso.

—Mi reino no es de este mundo. Pero en el mundo, donde el precio del pecado se ha convertido en espino mortal, el poder del pecado se ha hecho ley. Quien pueda aceptarlo que lo acepte. Pero yo no estoy bajo el poder del pecado y tampoco bajo su ley. Yo no busco mi honra, sino la honra de Aquel que me ha enviado.

La señorita Gurauer se encontró frente a aquella locura en la que hasta entonces se había resistido a creer. Y como no se veía capaz de penetrar en el extraño juego dialéctico de Quint, su locura le pareció más horrible de lo que era, y se asustó. Pero en el escalofrío que la anciana dama sintió *encontró* algo placentero. En su vida religiosa y en su actividad filantrópica buscaba sensaciones de este tipo, y más de una vez las había conocido, pero nunca con tanta fuerza como ahora, además de que Quint no le había parecido a primera vista ni ridículo ni digno de lástima, ni loco ni enfermo mental, y la fuerte impresión que le había producido no se debía empequeñecer porque hablase de sus fantasías religiosas. En este sentido le ocurrió lo que a otros muchos que no habían prestado la debida atención a los errores del raro fanático. La pretensión de un hombre que se decía ser un enviado del Salvador la anonadó y se apresuró a rechazarla, pero la ilusión de estar cerca del Salvador había tomado extrañas proporciones en su interior, acaso ante la ingenua humildad con que el loco en Cristo exponía sus delirios. Emanuel no había

incurrido en la categórica afirmación de ser Cristo resucitado, pero para la señorita Gurauer era lo que había querido decir con sus últimas palabras...

—No todo lo que usted ha dicho —repuso cautelosamente la dama— me resulta comprensible, señor Quint. Yo soy ya una anciana y nunca he sido muy inteligente, pero creo que la autoridad debe imponer orden y castigar con justicia. Le conozco poco, señor Quint, y no sé con detalle la historia de su vida y de sus experiencias religiosas. Sin embargo, sé que está escrito: «Se lo he ocultado a los sabios, pero se lo he dado a conocer a los ignorantes, a los niños y a las criaturas, y a los pobres de espíritu y limpios de corazón.» Esto lo sé muy bien. Y sé lo que dijo el apóstol Pedro: «Sabemos la palabra profética, y vosotros debéis estar atentos a ella como a una luz que brilla aquí, en un lugar oscuro, hasta que rompa el día y se fije el lucero del alba...»

—«...en vuestros corazones» —añadió Quint.

—Perfectamente —prosiguió la dama—, pero también habrá señales externas cuando el Hijo se siente en las nubes, a la diestra del Padre, el día del Juicio Final. Guardémonos de caer en la tentación, en las asechanzas y en el pecado mortal.

La dama pronunció estas palabras con emoción y temblándole la voz.

—Dios es espíritu —repuso Quint, mientras ponía su mano en las manos trémulas de la anciana—, y aquellos que se dirigen a Él en la oración deben hacerlo con el espíritu y con la verdad. Pensad, querida señora, que Dios es espíritu. Como dice el apóstol Pedro, en todas partes hay criaturas de Dios. Desde que el mundo existe, los hijos de Dios han hablado impulsados por el Espíritu Santo. Pero, buena señora, la misma palabra que hace brillar la luz en la tierra oscurece la luz y >d como el espíritu no mata, la palabra sí mata, y la palabra mata al espíritu. Pero cuando los hijos de Dios hablan, nosotros sabemos al momento de qué espíritu son hijos. Dios es espíritu. Y así sabemos nosotros a quién llaman padre. El Padre es espíritu, y sólo los que han renacido mediante el Espíritu Santo le llamarán padre y serán llamados hijos de Dios. Pero no los muertos en la carne, no los resucitados en la carne el último día o en el Juicio Final.

»No debéis creer —siguió diciendo Quint— que Dios sea un Dios de los muertos. Él es, como el Salvador nos ha revelado, Dios de los vivos. ¡Ay de aquellos que incurren en pecado contra el espíritu construyendo una imagen del espíritu, porque nunca les será perdonado! ¡Ay de aquellos que hacen de él un rey de este mundo, un hechicero, un rey que ocupa su trono en las nubes, rodeado *de* siervos alados y con látigos de fuego! Un hombre que nos juzga y que ni nos ama ni nos odia, sino que está bajo la ley, bajo la ley nacida del pecado. Un hombre que

no puede ni debe ser padre para nosotros, pues, ¿cómo podría ser un padre el juez que decidiera sobre la vida y la muerte de sus propios hijos? Un padre ama a sus hijos, porque sus hijos son su misma sangre. Y nosotros somos hijos de Dios, pues rezamos: "Padre nuestro." Nuestro Padre no nos juzga. Entre Él y nosotros no media ni justicia ni injusticia, sino sólo amor. Y nadie se sienta a su diestra que sea más que yo, que soy hijo del hombre. ¡Y nadie se sienta a su izquierda que sea más que yo y que cualquiera otro que haya nacido de nuevo mediante Jesucristo y haya sido admitido en la comunidad del espíritu! ¿Qué teméis? ¡Ay de aquellos que propagan infundios, como si el espíritu no fuera el espíritu, sino el verdugo de los abismos eternos! ¡Ay de aquellos que han venido a martirizar y a torturar al mundo mediante el "espíritu"! "En verdad os digo que yo he abierto las puertas del infierno, pues que así es de grande el poder del Padre en mí. No hay tinieblas que no deba escrutar la luz del espíritu; no hay desgraciado prisionero al que mi amor no libere. Todos conocerán la verdad, y precisamente esta verdad los liberará." ¿Qué esperáis de Dios en el futuro? El secreto ha sido revelado. Dios no está lejos. Dios está aquí, con nosotros. ¡Dios está en mí!

Últimamente, Emanuel Quint había expuesto con frecuencia estos pensamientos y la obsesiva terquedad con que lo había hecho fue tenida como una prueba de la singular enfermedad de su alma. Pero no eran de esta misma opinión los clérigos, quienes no vieron en sus peregrinas deducciones sino un peligro para los dogmas de la Iglesia.

No obstante, el clero se fraccionó en dos sectores: de un lado estaban los que veían el peligro de esta capciosa y convincente forma de entender e interpretar la doctrina de Cristo, y del otro los que ni siquiera se tomaron la molestia de desentrañar la profunda lógica de esta singular sabiduría. Estos no le hicieron justicia a Quint al tomarle por un astuto charlatán, por un impostor que se aprovechaba de la buena fe de los incautos, como hacían entonces los hipnotizadores, espiritistas y prestidigitadores. Pero el pobre loco en Cristo no era un impostor ni la señorita Gurauer lo pensó siquiera. Ella creía que Emanuel era un equivocado, pero un sincero seguidor del Salvador, y de ahí que muchas veces dijera a los mismos clérigos que quizá era un iluminado al que ni con su teología conseguían comprender.

Las palabras de Emanuel la habían desconcertado, impresionado. A pesar de su buen juicio y de cierto sentido del humor, en lo religioso tenía que hacer frente a un exceso de sensibilidad que más de una vez tuvo que lamentar. Así, después de oír las palabras de Quint, le pareció como si de repente se viera envuelta en una intensa luz, como si hubieran caído los velos que ocultaban un último misterio, como si hasta aquel momento no hubiera oído hablar de auténtico amor al Salvador. Y entonces sintió de golpe el auténtico esplendor y el verdadero sentido

de aquel *amor*. *Se sentía* desfallecer; el corazón le latía con fuerza y se hubiera arrodillado junto al lecho del pobre enfermo. Pero en el mismo instante, Emanuel Quint comenzó a toser, y entonces vio que en el blanco pañuelo que acababa de llevarse a la boca había sangre. La señorita Gurauer se puso en pie inmediatamente.

—Ha estado usted hablando demasiado rato, señor Quint —dijo la dama—. Con mucho gusto seguiría escuchándole, pero no me es posible ni estaría bien, pues luego me lo reprocharía nuestro severo doctor. Si Dios quiere, no será ésta la última vez que nos veamos, señor Quint.

Cuando volvió a su gabinete, mirando la imagen de Jesús y la Ascensión de Cristo, pidió con unción: —Os pido que le devolváis la salud a este pobre. Y usted, doctor, haga todo lo que esté en su mano. Y usted, madre superiora, haga todos los posibles. No repare en gastos.

—Eso significa que le ha hecho usted hablar —dijo el médico, sorprendido—. Pero es extraño, pues en toda la semana ni delante de mí ni de las hermanas ha tocado el tema religioso.

La madre superiora dijo que Quint se había limitado a leer y escribir, y que sólo había contestado a lo que se refería a la comida y las atenciones que tenían con él, rehuendo con plácida y bondadosa sonrisa toda otra clase de conversación.

CAPÍTULO XII

AQUEL día, la señorita Gurauer había invitado a su mansión, un palacio rodeado de un parque con viejos árboles, al hermano Natanael y a uno de sus renteros, el corregidor Scheibler, con su esposa. Pero se había retrasado a causa de la visita a la clínica donde estaba Quint, y su dama de compañía fue quien llevó a la mesa a los invitados, a quienes trató de explicar la extraña impresión que Emanuel Quint había producido a su señora. Y cuando se presentó la señorita Gurauer, todos tuvieron que reconocer que su dama de compañía no había exagerado, pues cuando la pequeña comunidad reunida en torno a la mesa interrumpió la conversación acerca de Quint, también la señora de la casa se puso a hablar de él.

—Cuenta, cuenta todo lo que sepa acerca de Emanuel Quint, hermano Natanael —le rogó la dama.

El hermano Natanael le refirió el sermón en la escuela de la aldea, su primer encuentro con él y lo que le dijo después del sermón. Luego se volvió al corregidor Scheibler y le dijo que a la mañana siguiente había encontrado a su joven sobrino y habían dado un paseo por el campo, y que entonces vieron a Emanuel Quint rezando de rodillas cerca de un pajar.

En el relato de lo que aconteció después, el hermano Natanael no fue muy preciso. No habló de la sectaria partición del pan, ni del bautismo con que invistiera apóstol de la divina misión al hijo del carpintero Quint, pues eso quería mantenerlo en secreto.

Es verdad que cuando los hermanos Scharf fueron a verle, el hermano Natanael dirigió una carta a la señorita Gurauer en defensa de Quint, pero al ver el malestar que Emanuel había provocado por todas partes, fue presa de una honda preocupación y sintió miedo y remordimiento. En contradicción con el tono impetuoso de sus sermones, el devoto hermano acostumbraba hablar en las casas y a la mesa de sus cristianos anfitriones con voz pausada y en un tono de velada humildad. Así, cuando hubo concluido su relato, dijo: —Quiera Dios conducir nuevamente hasta la verdad a este pobre hermano en Cristo, si es que está equivocado, y perdone a los que le equivocaron, pues es seguro que no lo hicieron intencionadamente. El poder de Satanás es muy grande, y nosotros no debemos dejar de luchar contra él cada día, cada hora. Satanás sólo puede odiar con tanto odio a aquel que sirve a nuestro Salvador con ardiente fuego y con ardiente amor. Hace ya muchos años que conozco a los hermanos Scharf; son de los primeros

testimonios de misericordia que Dios concedió a este indigno servidor de su palabra. Él quiso llevar sus almas a Cristo por mi mediación. Pero ahora parece como si el malvado y viejo enemigo los hubiera confundido también a dios. Hace unos días les rogué que vinieran a verme. Ellos siguen a ese pobre descarriado. Durante horas les expuse los peligros que corrían con sus extrañas opiniones acerca de Quint, pero insistieron en que poseía el poder del Espíritu de Dios y la potestad de decidir sobre la vida y la muerte. Pero aún he hecho más. He recurrido al único medio para llevar a alguien hasta la verdad en Cristo: me he dirigido con dios a Dios en la oración. Y como hay un cielo, seguro que se ha quebrado en ellos el poder del error.

—Dígame, querido hermano Natanael —repuso el corregidor—, ¿en qué error se halla preso ese hombre o jovenzuelo de quien usted está hablando, ese Emanuel Quant o Quint?

—Amigo corregidor, ¿no ha oído hablar usted del llamado falso Salvador de Giersdorf? —preguntó sorprendida la señorita Gunuer, y como el señor Scheibler negase con la cabeza, le dijo—: Es un hombre que, como me asegura en esta carta el pastor Schuch, dice que es el Salvador redivivo.

—Y parece —añadió la dama de compañía— que muchas pobres almas descarriadas lo creen.

—Es muy difícil comprender una cosa así —comentó el corregidor.

La señora Julie Scheibler, muy buena cristiana, intervino entonces:

—Eso es una monstruosidad, una osadía que encierra el mayor insulto al Supremo Hacedor. Es posible que se trate de un pobre loco, caído en las garras del demonio, y se debería hacer todo lo posible por liberarle.

—Todo esto es muy extraño, señora corregidora —repuso la anfitriona—, pues ese Emanuel Quint no parece que esté loco ni poseído del demonio.

—Entonces, ¿cómo puede afirmar una cosa tan monstruosa? —insistió la señora Scheibler.

—De todo esto —dijo el corregidor, en tono casi jocoso— se desprende que el día final está próximo, pues, ¿qué puede llamarse a ese falso profeta sino anticristo? Estamos en los días del anticristo, como lo indican muchas señales. ¿Quién se atreve a dudar que la Babel espiritual se halla por doquier en su apogeo?

—Señor corregidor, ha pronunciado usted una palabra horrible: anticristo. ¿No puede ocurrir que con esta monstruosa palabra marquemos a fuego a una pobre oveja de Jesús? —arguyó la señorita Gurauer—. Hay que ver personalmente a ese hombre para comprender que es un término demasiado duro para aplicárselo

a él. Así que se cure la invitaré a que venga aquí.

—Es sorprendente —dijo el hermano Natanael, mientras los criados servían el asado— lo que me ha escrito un hermano que vive en la montaña, el maestro de escuela Stoppe, que ha tenido en su casa a Emanuel y ha hablado con él. Asegura que Emanuel jamás ha dicho que posee poderes sobrenaturales y que ha repetido que nada tiene que ver con milagros y brujerías. Pero me asegura que de ese hombre emana una fuerza extraña, que ha conseguido la curación de una mujer paralítica, la redención de una anciana mediante la muerte, y él está convencido de que esta fuerza nada tiene que ver con el simple poder humano. También me dice que jamás oyó a Emanuel Quint que dijese que es el Salvador.

—Pues el pastor de Giersdorf dice categóricamente que sí —intervino la señorita Gurauer—, y debo decir, a pesar de la lástima que me produce ese hombre, que hoy mismo me ha repetido esa manía que tiene de creerse Hijo de Dios, si no de una forma categórica, poco le faltó. ¿Pues no me ha dicho que él era más que el apóstol Pedro?

—Dios mío, entonces está mucho peor de lo que yo había creído —exclamó el hermano Natanael, palideciendo—. Me he equivocado con ese hombre. Después de mi propia experiencia y de la carta del hermano Stoppe, siempre creí que se trataba de un malentendido. Y supongo que al principio muchos debieron opinar lo mismo, pero ahora ya no es posible pensar en un malentendido.

El corregidor Scheibler, hombre muy sensato y comedido, lamentó lo que había pensado y dicho al principio de la conversación.

—Tiene usted razón, señorita, pero no por ello un pobre descarriado ha de ser necesariamente el anticristo. Los hombres tendemos a malearlo todo. Parece como si la bestia de los siete pecados estuviese ya en el mundo. De todos modos, no tenemos ningún derecho a condenar a uno de nuestros pobres hermanos. El Señor ha dicho: «A mí me corresponde juzgar.» Yo desearía, por el bien de ese infeliz, que nuestro amigo y querido hermano Natanael lo corrigiese de su error. Quiero decir que debería ir a verle y hablarle de la verdad pura y limpia del Evangelio, exponiéndole los peligros que le amenazan si se aparta del camino justo. Creo que debería decirle: «Tú enseñas a los demás, pero no te enseñas a ti mismo; exaltas a Dios, pero lo empequeñeces.» Que rece con él y haga entrar en el pecho del pobre descarriado y falso salvador al auténtico Salvador, para que éste, en su infinita misericordia y con su infinito amor, le libere de su horrible locura. Estoy seguro de que Dios no se negará a recibir a esta pobre y pecadora criatura, si se arrepiente de su pecado.

—Expóngale claramente las consecuencias de sus monstruosas

alucinaciones, hermano Natanael —añadió la corregidora—. Hay que recordarle que no es lo mismo hacer milagros merced al poder de Dios que merced al poder del infierno. Es cierto que está escrito: «Si tuviérais fe como un grano de mostaza, podríais mover montañas», pero también está escrito: «Pedid y recibiréis», y todos sabemos que usted, hermano Natanael, con ayuda de la fe y de la oración ha llevado consuelo a muchos pobres enfermos desahuciados de los médicos. En este sentido tenemos las claras palabras del Salvador: «Lo que pidiéreis en mi nombre, os será concedido», si va unido a la contrición y a la penitencia, y por lo tanto al perdón de los pecados.

»Todos sabemos que cada día y cada hora se producen milagros semejantes entre los creyentes, aun cuando el mundo no quiere verlos ni oír hablar de ellos, ni los acepta. Pero es muy doloroso que alguien que cura enfermos e incluso resucita muertos por la gracia de Dios se crea el Hijo del Padre, o se atreva a afirmar que es más que uno de los doce apóstoles del Salvador. Háblele de Simón *el Mago*, hechicero y falso profeta. Dígale que también el espíritu malo obra tales milagros para engaño y perdición de quien los ejecuta como de quien se beneficia, y háblele del castigo reservado a la hechicería. También Simón *el Mago* hechizó a los samaritanos y les hizo creer que era un gran profeta, y todos le atribuyeron el poder de Dios. Pero Pedro le dijo: “No tendrás acceso a esta palabra, pues tu corazón no es puro.” Descríbale el castigo eterno, hermano Natanael.

—Dudo mucho —dijo la dama— que de este modo se termine el asunto de Emanuel Quint. Tengo que reconocer que posee una fuerza que subyuga. No es fácil pensar que ese hombre, que a simple vista parece gozar de una paz absoluta, esté dominado por el poder del abismo. Y no me avergüenzo de afirmar que nunca en mi vida he escuchado con tanto interés a nadie como a ese hombre. Por su voz, no me pueda que hubiera en el nada falso. Y creo que niega la existencia del infierno.

La dama se levantó y cogió del brazo al corregidor, yendo a la terraza, donde les fue servido el café.

—Si Emanuel niega la existencia del infierno —repuso el hermano Natanael—, tengo que creer que se ha apartado del buen camino. ¿No tenemos la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro? ¿No nos dicen las Sagradas Escrituras que el Hijo del Hombre vendrá para juzgar a las doce tribus de Israel y a todos los pueblos de la tierra, a los vivos y a los muertos. ¿No consta en las Escrituras que dirá a las ovejas: «Venid a mí, benditos de mi Padre», y a los otros: «Apartaos de mí, malditos»? ¿Y los justos resplandecerán como el sol, mientras que los malditos serán arrojados al fuego?

El hermano Natanael siguió hablando durante un rato en el mismo tono, y

luego la anfitriona dijo: —Me habría gustado que nuestro hermano Natanael hubiese oído esta mañana a Emanuel Quint hablando del juicio de Dios y de nuestro Salvador, y de otras muchas cosas que dijo.

La dama trató de recordar las palabras del loco en Cristo.

—Y nadie se sienta a su diestra que sea más que yo, que soy hijo del hombre. Y nadie se sienta a su izquierda, que sea más que yo...

Después se levantó y salió a la terraza.

—Ese Quint me desconsuela: Se ha llegado a atribuir las palabras: «Yo he abierto las puertas del infierno, pues así es de grande el poder del Padre en mí.»

El hermano Natanael sintió vivos deseos de correr inmediatamente hasta la clínica donde estaba el que él creía desventurado demente, pero la señorita Gurauer consiguió que desistiese de su propósito, diciendo que la breve conversación que había tenido con el pobre enfermo la había trastornado.

—No descansaré hasta que vuelva a ver a ese obcecado mozuelo y lo haya devuelto al buen camino —terminó diciendo el hermano Natanael.

Hasta dos semanas después no se le permitió al hermano Natanael visitar en la clínica al que él bautizó en secreto y que se había convertido en su gran preocupación. Ahora ya no lo encontró en su lecho, como la señorita Gurauer, sino sentado en una silla que le habían puesto junto al balcón. A Emanuel se le saltaron las lágrimas, pero el predicador ambulante le demostró en seguida que no era la suya una visita de cumplido, sino para algo más importante.

—Querido hermano en Cristo, ante todo debo liberarme del peso que me viene torturando hace muchos días. Se lo he confesado repetidas veces en mis oraciones al Señor, nuestro Salvador, y Él ha guiado mi corazón por que viniera a ti y te recordara el puro espíritu del evangelio. Debo decir que antes me parecías uno de los elegidos, pero ahora veo que el enemigo ha seguido tus pasos y te ha llevado del camino de la salvación eterna al camino de la perdición. Pero como todo lo que no se empieza y termina con el rezo carece del poder de la salvación, vamos a rezar juntos, querido hermano, a nuestro Padre antes de iniciar nuestra lucha contra Satanás, pues sabemos muy bien que siembra cizaña donde crece el trigo.

El hermano Natanael se puso a rezar el padrenuestro, y Emanuel, que ni siquiera había juntado las manos ni pronunciado la oración del Señor, miró a Natanael como si le preguntase a qué se debían aquellas palabras, el cual, después de referir con todo detalle lo que sabía de Quint, porque se lo hubieran dicho o

porque se lo habían escrito, no consideró conveniente condenar de inmediato su manía mesiánica, y empezó a hablar de aquel secreto bautismo, del que se sentía responsable, aun cuando no tuvo otra intención que la de consagrar a Emanuel como humilde siervo de Dios.

—Pero has caído en un pecado de soberbia que llega al engreimiento.

Luego le dijo que había seducido a muchas pobres afeanadas, peligrosamente para ellas, presentando como un hecho ya demostrado que había tratado de conseguir prosélitos, valiéndose de engañosos prodigios, y que se había dedicado a la conquista de almas por todos los medios imaginables. Entonces volvió al más peligroso de todos los temas.

—No puedo creerlo, pero tampoco puedo dudar de ello, pues me han llegado muchos rumores, siendo el motivo de que te golpeasen. Y si no fue por eso, dime por qué te golpearon.

—Porque me aparté del mal —respondió Quint—, y porque dejé entrever algo del secreto del reino de Dios. ¿No sabes, querido hermano, que está escrito que el que se apaña de la mentira, o sea del mal, es víctima de todos?

Natanael le respondió:

—Dicen que cayeron sobre ti porque el demonio te indujo a burlarte de nuestro Salvador, y con una sentencia suya que ni siquiera me atrevo a pronunciar. Dijiste que tú eres más que Pedro y no menos que Él, el Salvador e Hijo de Dios. Dime, ¿he sido bien informado?

—Dime antes, hermano en Cristo, puesto que me bautizaste con agua, si debo yo ahora bautizarte, en vez de con agua, con el Espíritu Santo.

Estas palabras hicieron estremecer al pobre predicador, quien replicó:

—¡No, nada de bautismo! Mucha penitencia tendré que hacer para borrar del libro de mis culpas aquella mañana en que vertí sobre ti el agua. No quiero tu bautismo.

Emanuel palideció, y miró hacia la lejanía, tratando de reprimir su temblor. Natanael estaba muy excitado. Durante su vida había acumulado muchas experiencias y había tratado a toda suerte de enfermos, incluso dementes. También se le requería con frecuencia para que acudiera a las casas de familias devotas y rezara junto al lecho de hijos, hijas, madres y padres enfermos, y algunos posesos habían recobrado la calma merced a la eficacia de sus oraciones. Pero ahora parecía como si la locura le mirara con su máscara más monstruosa. Allí estaba un discípulo, un amigo que desde su primera mirada se había unido al alma de Natanael con calor de corazón. Y casi sin emoción, de la boca de este ser amado

salían palabras horribles, palabras que hacían temer una demencia, tan dura y tan arraigada que Natanael pensó en una máscara que no era humana.

—Emanuel —gimió entonces, y no con dureza, sino apiadado—, vuélvete y abandona, aunque sólo sea por mí, ese camino, pues si sigues así, Dios pedirá cuenta a tu alma el día de los días. Tú has hablado del secreto del reino de Dios, y eso me horroriza. Vamos a rezar para que Dios aleje de ti el espíritu de las tinieblas. El secreto del reino es asunto de Dios. ¡El Salvador se lo descubrirá un día a los que perseveren en la humildad, tal como él prometió, cuando vuelva, no en carne, sino en toda su magnificencia! Entonces lo revelará todo. Pero tú habrás de arrancar de ti la lacra del espíritu malo, el gusano que carcome, el espíritu de la mentira de aquel que te dice que puedes escrutar el secreto de Dios. Libérate de ese gusano que carcome tu alma. Son muchos los que, como tú, pretenden que sólo a ellos les está reservado descifrar los secretos de la divinidad. Y o les he visto y les he oído, y muchos han terminado en el manicomio. Emanuel, vamos a pedir a Dios que te evite ese destino. Recuerda que eres hijo de un humilde carpintero de Giersdorf.

Emanuel le miró sonriendo.

—No persistas en tu obcecación, y recemos juntos —repitió Natanael.

El loco en Cristo repuso:

—Aquel que está en Dios, como Dios está en él, no reza. ¿A quién debería rezar, entonces?

Al oír estas palabras, el sobresalto del hermano Natanael fue mayor. Las toscas manos del antiguo labrador, juntas ya para la oración, se fueron separando, y miraba atónito al alto, pálido y flaco enfermo. Luego cogió su viejo sombrero dispuesto a irse inmediatamente.

Emanuel Quint le siguió con la mirada y en los labios aquella sonrisa de antes, pero que ahora tenía la expresión amarga de una amarga renuncia.

—Yo he aprendido —dijo Quint— a entender el juicio del Hijo de Dios de una manera particular, lo mismo que he aprendido que sin su concurso el mundo se divide inmediatamente en dos bandos. Mi madre me ha rogado que abandone mi locura. Pero yo sé que no he perdido el juicio ni mi corazón se engaña, y sé que no soy soberbio ni miento, sino que camino tras las huellas de nuestro Salvador.

»Quien pueda comprender que comprenda: las huellas de los pies del Hijo del Hombre son mis huellas. Yo pronuncio las palabras del Hijo de Dios tal como el Padre las depositó en mi corazón para que las dijera, y ahora venís vosotros y me gritáis que estoy loco. Han pedido a mi padre que me contuviese y mi madre

me ha confesado que fía en que recobraré mi sensatez. He sufrido la prisión, me he visto atado, me ha perseguido el odio de la gente..., pero no me he vuelto más sensato que el Padre que está en mí.

»Yo no rezo. Tampoco rezaban los discípulos de mi hermano Jesús, los discípulos del Hijo del Hombre, pero a Jesús le preguntaron: “¿Por qué los discípulos de Juan ayunan con tanta frecuencia y rezan tanto, mientras tus discípulos comen y beben?” Y le acosaban, a pesar de que había dicho: “Vuestro Padre sabe quién de vosotros está necesitado antes de que le pidáis.” Y ellos le asediaban, y tuvo que enseñarles a rezar; les enseñó el padrenuestro, una oración que tanto como una plegaria es una fuente de agua que vivifica.

»Porque te he hablado de la luz que hay debajo del celemín, del oculto grano de mostaza, del tesoro escondido en el campo; porque te he hablado del secreto del reino de Dios, crees que en mi alma sólo hay tinieblas y que reina en ella el espíritu del mal. Pero yo te digo que he encontrado el tesoro que guardaba la tierra, el tesoro que estaba escondido y que yo descubrí. Estoy dispuesto a entregarlo todo, hermano Natanael, pues yo era un comerciante que compraba perlas buenas, y cuando encontré las perlas más preciosas, vi que estaba dispuesto a renunciar a todo con tal de poseerlas. Compréndeme, hermano; yo tenía que entregarlo todo sin pesar alguno, incluso con gozo, porque ¿de qué me serviría ganarte a ti y ganar a todo el mundo si para eso tengo que renunciar a las perlas de ese tesoro escondido en el campo? Y estoy dispuesto a entregarlo todo con alegría, incluso mi propia vida, con tal de poseer las perlas, hermano Natanael.

El hermano se llevó la mano a la frente, entre confundido e impotente; abrió luego los ojos desmesuradamente, como si estuviera viendo a Satanás, y contempló el rostro tranquilo de Emanuel Quint, quien hablaba con voz pausada. Estrujó el sombrero y salió precipitadamente, como si huyese de un peligro mortal.

CAPÍTULO XIII

LA noche del brutal asalto a Emanuel Quint y sus seguidores, la mayoría de ellos desaparecieron. El sastre Schwab yacía ahora en el hospital del lugar con un brazo roto, y Joseph *el Bohemio* fue a visitarle días después, cuando supo su percance. Schwabe le preguntó a Joseph dónde estaba Emanuel y si le había ocurrido algo, sabiendo entonces que Quint estaba en su propia casa, con sus padres.

El sastre amaba al loco en Cristo desde que lo vio por primera vez en casa de la anciana, y Joseph *el Bohemio* había puesto en el iluso un cariño no menos impetuoso, pero su vacilante fe era menor que su deseo de aventuras.

—Schwabe, ¿no crees que deberíamos volver a nuestras montañas? —le había preguntado Joseph *el Bohemio*.

Pero el antiguo sastre se limitó a mover vagamente la cabeza.

Al gitano le impresionó ver a su viejo amigo con un crucifijo a su lado y una Biblia abierta. El sastre le exhortó para que se arrepintiese, para que hiciera examen de conciencia y se sometiese a la penitencia, mientras él, con una emocionada expresión de dicha, confesaba hallarse en el camino que llevaba al perdón de los pecados. Aseguró que estaba profundamente arrepentido y dispuesto a una entrega total a Cristo. Para él había terminado su vida de contrabandista y todo lo que fuese una actividad delictiva.

—Prométeme, Joseph, que tampoco tú vas a enfangar tu alma con bienes injustamente adquiridos y con un comercio innoble. Yo me siento muy dichoso desde que Dios me envió este nuevo espíritu y esta prueba del brazo roto. Aun cuando estoy con el brazo escayolado, puedo decirte que no me cabe la dicha en el corazón.

Joseph no supo qué contestar, y Schwabe continuó:

—Debes creer en mi palabra, Joseph, cuando te digo que, si no estás totalmente ciego, también tú verás cosas que pocos hombres han visto. Lo creas o no, te digo que aquel por cuyo amor me encuentro ahora aquí es el mismo cuya venida nos ha sido anunciada.

Joseph *el Bohemio* se animó y le contó a su amigo lo que él había hecho en defensa de Quint.

—Dios sabe que esto se te tendrá en cuenta en el cielo —repuso el sastre.

Después, Schwabe se puso a contar sueños y más sueños, siempre distintos y siempre agitados, que había tenido acerca de Quint, hasta que al final comenzó a mezclar palabras incomprensibles del Apocalipsis que había aprendido de oírseles a los hermanos Scharf, o por haberlas leído.

Sabido es cuán peligroso resulta para las cabezas de los hombres sencillos leer el Libro de la Revelación, que no es una revelación, sino un mensaje. Podría resultar interesante comprobar esta peligrosa influencia a lo largo de la historia del cristianismo. Recordemos únicamente el gran delirio de Münster, donde se creyó que se podría levantar la nueva Jerusalén, a raíz de una sugestión colectiva, en la que se hundió el movimiento de los anabaptistas.

Schwabe habló entonces del Hijo de Dios, al que él había visto en sueños con ojos como llamas y pies de bronce y cuyo rostro no era otro que el rostro de Quint. Y habló de un maná que él había comido y le dio a entender, no sin infantil sigilo, que él pertenecía al reducido grupo de escogidos que conocía el secreto que Quint ocultaba.

—Quien tenga oídos para oír que oiga lo que el Espíritu dice al pueblo.

Schwabe trataba de imitar el éxtasis que había tenido Antón Scharf, el tejedor, durante el cual, según todos creyeron, se había apoderado de él el poder del Espíritu Santo.

«Y he aquí que entonces vi un caballo blanco, y el que lo montaba tenía un arco y una corona, y marchó para dominar y vencer.» Este y otros pasajes parecidos fueron citados por Schwabe en total confusión, hasta que intervino el enfermero y con rudas palabras sacó de la sala a Joseph.

Joseph *el Bohemio*, escondido y tendido en un trigal, se había puesto a meditar en todo lo que había visto y oído, y tuvo que reconocer que en su amigo había algo extraño, incomprensible, y entonces se preguntó si su amigo estaría bien de la cabeza.

Pero como también pertenece a un alma sana la búsqueda de una ilusión, lo mismo que el deseo de fijar en un objeto concreto una fe imprecisa, para alimentar y acrecentar esa fe, a pesar de sus temores, creció en Joseph el presentimiento de que el cambio observado en su amigo fuera debido a una intervención divina, y sintió la nostalgia de Quint y el ferviente deseo de volver a verle.

Cuando después se presentó ante la casa de los Quint, sólo recibió como *recompensa*, por haber defendido a Emanuel con los puños y haberlo liberado de sus enemigos, una lluvia de insultos, de maldiciones y alguna pedrada. Joseph se puso

fuera del alcance de los agresores, pero resistíase a irse sin ver a Quint, y comprendió que estaba ligado al loco en Cristo con lazos invisibles. Trató entonces de saber dónde estaba el carretero que había visto a Quint la noche del asalto, para hablar con él y quizá saber qué había sido de Schubert, de Johann y de los hermanos Scharf. Le preguntó a una anciana, y supo que lo había despedido el maestro a causa del incidente de aquella noche. Entonces Joseph se alejó y buscó un pajar para pasar la noche. Al amanecer se fue a ver al dueño de La Posada de Emaús, al que encontró en el huerto, y le preguntó por Martin y Antón Scharf. El mesonero le dijo que había recibido noticias escritas de Martin Scharf, que parecía que estaba en un molino situado junto a un riachuelo. En la carta le invitaba a participar en las oraciones y ejercicios de acción de gracias que allí se celebraban sin incidentes.

Joseph *el Bohemio* se puso en camino y llegó al molino en las últimas horas de la tarde. Al acercarse, oyó cantos piadosos. En una pequeña habitación, desde cuya ventana se veían la rueda y el canal del molino, encontró a los dos hermanos con el tejedor Schubert, el herrero Johann y Marthe Schubert.

También estaban el molinero y el carretero que había sido despedido por su amo y al que Joseph estuvo buscando la tarde anterior. Joseph *el Bohemio* no había sido nunca recibido y saludado con tanta alegría como allí. Todos le abrazaron y besaron fraternalmente, como si fuese aquel a quien esperaban con tanta ansiedad.

Una vez se restableció el silencio, con el corazón encendido rezaron el «Demos gracias a Dios».

Al poco tiempo empezó a ser sospechosa la actividad del aislado molino, pues se decía que el molinero, un viudo de treinta y cinco años que había vivido algunos años en Brasil, no era de fiar. Según parecía, estuvo envuelto en la absurda historia de un crimen cometido cerca de Breslau, sin que se encontrasen pruebas contra él durante el tiempo en que estuvo detenido. Él se llevaba mal con la mujer, y un día la encontraron flotando en las aguas, cerca del molino. Pero se demostró que la mujer sufría tales crisis de tristeza que la impulsaron a suicidarse. De todas maneras, el molinero Straube era muy raro: le daba por leer libros, no quería a nadie y era muy desconfiado, todo lo cual bastaba para que la gente lo tuviese entre ceja y ceja.

Se dijo que las reuniones de los seguidores de Quint en el molino acababan en asquerosas orgías muchas veces y que a sus conciliábulos acudían algunas mujeres, como es corriente en las sectas cristianas. Pero no había tales desenfrenos, ni nunca se le ocurrió a ninguno apagar la luz y gritar que se multiplicasen, como

algunos afirmaban.

Aprobaron la idea del molinero y se llamaron los hermanos del valle, sin distinciones que excluyesen a las mujeres; acordaron la comunidad de bienes, encargando de su administración a Martin Scharf.

En el delirio de su ingenuidad y de su enclaustramiento; en el delirio de sus miserias, temores y angustias; en el delirio de purgar los pecados y ser limpios; en el delirio de sus luchas, de sus prodigios, del ansia de humildad; en el delirio de su búsqueda, y sobre todo en el delirio de su amor, estaban convencidos de que Jesús aparecería para instaurar la Nueva Jerusalén. Ellos eran los elegidos, y esto trajo un nuevo delirio: el delirio de intimidad.

No sería temerario afirmar que eran unos dementes, como no lo sería sostener que se trataba de individuos sin ninguna formación. Pero no es cuestión de enjuiciar, sino de comprender, y de perdonar siempre que sea posible.

Ellos no veían nada reprochable en su manera de vivir. Pero un sagaz observador habría reconocido una comunidad de desheredados sin más orden que el de sus descabelladas fantasías, a veces grotescas, a veces merecedoras de compasión.

Su vida espiritual se limitaba a un irrefrenable deseo de vivir, pero carecían de comprensión y de resignación para saber esperar tiempos mejores que colmasen sus deseos, sus ilusiones y sus necesidades. Se les podía comparar con el agotado y sediento caminante que en pleno desierto cae en el engaño de los espejismos y ve ríos caudalosos, oasis y lagunas cuando ante sí no tiene más que la tierra árida y enjuta, pero que le hace recuperar la esperanza.

Lo incomprensible seguía siendo su fe en Emanuel Quint, de quien nada les desviaba, viéndolo como un hombre superior. Para ellos, Dios sólo oía la voz de hombres considerados elegidos por la divinidad, y el loco en Cristo era un elegido. Todo ser humano quiere que se le responda cuando pregunta, y rezar, si es una afirmación, es asimismo una pregunta esperanzada. Y si se reza a Dios, se reza igualmente a los santos porque se los ve como seres humanos divinizados. Y se ama al mediador humano, y el indecible amor que Jesús encarna en él irradia también hacia la inescrutable oscuridad de lo invisible, adonde llega el resplandor de Dios como una promesa de amor infinito.

Pero la fe de los hermanos del valle no estaba exenta de dudas ni tenía la misma intensidad en cada uno de sus miembros. Martin Scharf aventajaba a todos en fe. Este hombre tranquilo, a veces taciturno, se pasaba horas, incluso días, ensimismado y sin decir una palabra, pero cuando hablaba pronto se advertía que había estado meditando en alguna sentencia de Emanuel. Su hermano Antón

sentía que de vez en cuando su fe vacilaba, y Schubert movía con frecuencia la cabeza, como si le asaltase alguna duda. Hasta qué punto confiaba y creía en Quint el molinero, nadie lo sabía. El molinero sentía simpatías por las utopías socialistas y por el cooperativismo. Sus antepasados fueron personas de una fervorosa religiosidad, pero su padre, también molinero, terminó sus días en el manicomio. El herrero Johann sentía la sugestión de Quint, mas a veces hacía preguntas que demostraban que no estaba totalmente libre de escrúpulos de conciencia.

Toda fuerza, y la fuerza de un alma, la fuerza de una aberración o una locura, se desarrolla y crece cuanto mayor es la oposición exterior. Los hombres del molino del valle, a quienes en ocasiones se agregaba alguna mujer, sabían que su pequeña comunidad estaba expuesta a la irascibilidad de la gente. Pero esta conciencia acrecentó la confianza en sí mismos, como siempre ha ocurrido entre las sectas cristianas. La sentencia luterana de la salvación mediante la fe vino a ayudar a los hermanos del molino del valle a superar momentos de flaqueza en su entrega a Emanuel Quint y a su misión divina. Su vida en el molino duró semanas, duró meses. Se les habían agregado el sastre Schwabe y su cuñado, el tejedor Zumpt. Uno de los más rectos y activos era el herrero Johann, que dirigía la hora de oración en casa de Zumpt cuando se presentaron los hermanos Martin y Antón Scharf, acompañados de Schwabe y Joseph *el Bohemio*, y anunciaron la venida del Salvador. Los primeros pasos para la formación de una comunidad sólida, iniciados en casa de Zumpt con la creación de una especie de logia, los continuaron en el molino del valle. Los hermanos Scharf dejaron sus míseros ahorros en la caja común; Johann había vendido su taller y puso en la caja parte de lo que cobró. Pronto la caja de la comunidad, administrada por Martin, consiguió una cantidad considerable, y fue engrosando merced a la aportación de otros seguidores de Emanuel.

Entre los hermanos había un antiguo miembro del Ejército de Salvación, un teniente pobremente vestido, de la comarca de Bromberg, que todavía llevaba en el pecho el distintivo, ya descolorido, de su rango. Castigado más de una vez por estafa, lo había salvado una señora con rango de oficial en el Ejército de Salvación. Dibiez, que así se llamaba el teniente, tenía treinta años, era de natural bondadoso pero débil de carácter. Un día llegó al molino, y como a nadie se rechazaba, los reunidos lo consideraron miembro de la comunidad. Dibiez resultó muy útil a los hermanos, pues les aportó muchas ideas respecto a su organización. Había estado en diferentes regiones de Alemania al servicio del Ejército de Salvación, y como conocía a mucha gente importante, de la que hablaba continuamente, asegurando que esperaban el grito de «Jesús ha resucitado», pronto consiguió una especie de hegemonía, sin que le desmereciese a ningún hermano cuando quemó detrás del molino la chaqueta con los distintivos de teniente del Ejército de Salvación.

Para comprender la atmósfera espiritual en que se vivía en el molino del valle, bastará con recordar que era una época en que aun cuando ya existían el ferrocarril y el telégrafo, eran contados los hermanos que habían conocido otra vida que no fuera la del terruño.

La fantasía es como una válvula de escape, un refugio, con el que se consuela el ser humano. Incluso el alma del hombre más realista se nutre de los tesoros de su fantasía, como los pulmones del aire, y si el hombre pretendiera ahogar su fantasía, su espíritu moriría, y su alma, lo mismo que su cuerpo, serían presa segura de la muerte por asfixia. Para el ser humano, en los dominios de la fantasía existen el mundo y Dios; para el hombre, la mujer, y para la mujer, el hombre; para los padres, el hijo; para el hijo, los padres. Y en estos mismos dominios flotan y se mueven el infierno y el paraíso.

Pero la vida espiritual de los pueblos cultos semeja una ingente fuente de la fantasía. Grandes agrupaciones humanas, atraídas por una idea fantástica, forman incontables sectas, reunida cada una en torno a su templo y a sus dioses, y la característica de la sociedad moderna es la creación de sectas, la lucha de sectas, la fe sectaria y el progreso e incremento de las sectas.

La secta de los hermanos del valle con la demente obsesión de la proximidad del reino de los mil años, una obsesión que nació hace dos mil años y con Emanuel Quint como Salvador resucitado, se parecía a aquellas incontables sectas de la Edad Media. En el siglo que acaba de concluir han existido sectas cuyo germen fue un error mucho más grosero, unido al fraude de una persona histérica y, sin embargo, conocieron una época de brillante floración. Se podría pensar en Joseph Smith y en la Biblia de los mormones aun cuando la secta de los mormones sólo podía darse en América, el país más propicio para las «revelaciones». Los hermanos del valle estaban enraizados en el viejo suelo europeo, pero la demencia puede apoderarse de pueblos enteros, y más fácilmente de una comunidad pequeña. Es una fiebre psíquica que se propaga por contagio. «Amaos los unos a los otros.» Fe común, errores comunes, locura común alimentan la llama de un amor igualmente común que puede ser iluminadora, constructiva o destructora y bajo cuyo influjo a veces se queman ídolos y templos. Los hermanos rezaban, tenían visiones, interpretaban sueños, confesaban en público sus pecados. También acudían enfermos a los que creían ayudar imponiendo las manos sobre ellos. Hasta su reducto llegaban libros hernutas, folletos y textos doctrinales, de los que extraían pasajes y los comentaban. Entre los hermanos había algunos que participaban de esta locura más por propia voluntad que por imperativo interior, por creer que proporcionaba una insospechada elevación a su existencia; a otros los impulsaba lo que veían de misterioso.

Dibiez, Antón y Martin Scharf, con el herrero Johann y el molinero Straube, constituyeron un grupo aún más estrecho, y con frecuencia se retiraban a una habitación que había en la parte de atrás del molino, para meditar, siendo allí donde la locura rebasó todos los límites, a pesar de que más tarde el molinero, durante el interrogatorio a que fue sometido, declarase que él había creído y no creído en todo aquello. Además, el personal del juzgado que registró la casa encontró en el cajón de la mesa que había en la habitación donde se reunían un documento, escrito por Dibiez, que contenía la confesión de fe de los hermanos del valle. Sólo en contados puntos se apartaba de la confesión de fe profesada por los protestantes; concretamente, en los artículos siete, ocho, nueve y diez. El séptimo decía: «Nosotros creemos en los poderes y dones del evangelio eterno, o sea, en el don de la fe, de la fe en los espíritus, en la profecía, en la revelación, en las visiones, en el poder curativo, en el don de lenguas, en la sabiduría, en la caridad, en la fraternidad.» El artículo octavo decía: «Nosotros creemos que el secreto del reino de Dios no ha sido revelado hasta hoy. Pero nosotros sabemos y creemos que la hora de la revelación está cerca. Dios ha enviado a su Hijo al mundo. En verdad que no tiene figura ni belleza, pero ellos le tienen por aquel que fue azotado y martirizado. Entre nosotros hay algunos a los que les ha sido concedido verle con los ojos de la carne. Él revelará el secreto. Él es el más vilipendiado entre los hombres, pero nosotros loamos su nombre, Emanuel.» El noveno artículo también era importante. Decía: «Nosotros creemos en la instauración de Sión y en el reino de los mil años de nuestro Señor Jesucristo en la tierra, en paradisiaca bienaventuranza. Y nosotros, los aquí reunidos en estado de alerta y en la oración, sabemos que no moriremos de muerte humana sin que el Señor haya cumplido su promesa.»

Los hermanos se dedicaron a oír pasajes de la Biblia. El que sabía leer escogía los Evangelios, las Epístolas o el Apocalipsis. Repasaban el Antiguo Testamento, y todo conducía a una confirmación de su locura. En sus oraciones pedían que Dios les iluminase, y Satanás daba a sus interpretaciones una falsa certidumbre de la verdad. Cada día celebraban la ceremonia de la partición del pan, y al sentarse a la mesa, bebían el vino simbólico de la Santa Cena. Al enterarse de esto, la gente se indignó. Podían disculparles porque la ceremonia se celebraba en un estado de éxtasis y con el supersticioso candor que a los ojos de Dios puede transformar un acto equivocado de los pobres de espíritu en otro de su complacencia.

Si alguien hubiera observado a los hermanos del valle durante sus ceremonias, habría creído que veía una copia de las obras plásticas del gótico alemán o de los relieves de la catedral de Naumburg. Pintores y escultores del arte sacro ofrecen una galería de obras maravillosas, en las que aparecen aquella devota

sencillez y aquella fuerza que caracterizaron las obras artísticas del medievo alemán.

Pero entre los hermanos del valle el secreto del reino fue interpretado distintamente. La ingenua fantasía de los creyentes no estaba dispuesta a renunciar a su apasionada esperanza, en la que habían fijado todas sus ilusiones, y sabían que si fallaba su quimera tendrían que pagar las consecuencias. Así surgieron diferencias, temores y preocupaciones, preguntas y respuestas, en relación a veces con el capital de la caja común. El corazón de los contribuyentes seguía aferrado a su dinero, a pesar de lo que les adormecía la ilusión de la inminente instauración del reino de los mil años, teniéndose cada uno por un alma elegida. Pero el paraíso que esperaban no era, en los primeros mil años de bienaventurada existencia, sino el viejo mundo terreno liberado de las miserias, en el que los primeros serían los últimos y los últimos los primeros, según las palabras de las Escrituras. Por este motivo la idea del reino de los mil años gozó siempre de una singular popularidad entre los desheredados y los repudiados. A cambio de su renuncia y frustración, contaban con la seguridad de alcanzar un patrimonio y una abundancia, a los que en la vida de los sentidos habían tenido que renunciar, y todo multiplicado por mil, aunque sólo en su imaginación, queriendo cada uno de los pobres ilusos ser el primero, aunque ninguno lo confesara.

Sólo en una ocasión traspasaron los límites de lo normal. El curso habitual de su vida diaria ya no llenaba su existencia. Se estimulaban unos a otros con palabras de la Biblia, pero mal entendidas: «Aquel que pone su mano en el arado y mira hacia atrás, no es digno del reino de Dios.» Habían desertado de la realidad, y sus jaculatorias contribuían a alejar más del suelo y de la terrena realidad los pies de los devotos fanáticos.

Uno de sus cantos más frecuentes era una sucesión de lágrimas a lo largo de sus diez interminables estrofas, como si lo anegasen todo.

Lágrimas, lágrimas y lágrimas

es la vida terrena del cristiano.

Los que sienten la ilusión del cielo

lo miran derramando lágrimas.

Comen lágrimas y sólo beben lágrimas

durante el tiempo que en el mundo viven.

*Si alguien quiere explicar su vida,
dirá que amaron y sufrieron lágrimas.*

La última estrofa, en cambio, decía:

*Lágrimas, queridas lágrimas,
llegó por fin vuestro final.
Quien lágrimas vertió en la tierra,
le espera el cielo al final.*

Después de tantas lágrimas, la euforia.

*Alma, no hay mejor bien
que acompañar a Jesús
camino de Jerusalén.*

Otras veces, los hermanos del valle cantaban:

*Hasta que halles su cruz,
remonta el vuelo, oh alma...*

En la cruz está Jesús.

Otro canto frecuente, casi siempre acompañado por el grito de la oropéndola, el trinar del petirrojo y el piar de los pinzones y los herrerillos en la maleza y en los árboles que rodeaban al molino, era uno de un libro de cantos evangélicos.

¡Ved qué hombre es Dios!

¡Ved la angustia de su alma!

¡Ved su temblor, su temor!

¡Ved cómo Dios se lamenta!

¡Ved latir su corazón!

El canto seguía, repitiendo el estribillo *¡Ved qué hombre es Dios!*, palabras apropiadas para fortalecer su fe en Quint y hacerles confundir la ilusión con la realidad, el cielo con la tierra. *¡Ved qué hombre es Dios!*, y para los delirantes fanáticos, él era el añorado hombre Dios.

CAPÍTULO XIV

LA señorita Gurauer envió a Emanuel a su propiedad de Miltzsch para que allí terminara de reponerse. Heidebrand tenía a su cuidado los jardines y los parques de las posesiones de la señorita Gurauer. Como todos los que estaban al servicio de la dama, era protestante y temeroso de Dios. Sobre el dintel de su puerta imprimió las palabras de la Biblia: «Yo y mi casa queremos servir al Señor.»

El viejo hogar del jardinero había sido en otro tiempo la residencia de los señores. La hiedra tapizaba los muros, bordeando la ventana de la habitación de Quint. Rosales y parterres estaban confiados al cuidado de algunos mozos; los senderos estaban enmarcados por zarzas y grosellas, y había una amplia huerta de fresas y de frambuesas. Había terminado la recogida de los melocotones cuando

Emanuel Quint se instaló en su nueva morada. Heidebrand recibió al nuevo huésped con su habitual bondad, viendo en Quint a un joven que iba por el camino de Dios, al que Satanás quería descarriar, sin conseguirlo. Para la familia Heidebrand, Quint había sido enviado hasta ellos por decisión de la señorita Gurauer, pero más que nada por deseo de Dios.

Quint estaba allí muy a gusto. Pero pronto, acaso por el embriagador aroma del jardín, de las plantas y los árboles frutales, le invadió un sentimiento nuevo y delicado, sin que ni él mismo se lo explicase. Y bendecía la solicitud con que le cuidaban la mujer y la hija del jardinero, como si fuese un familiar que acabase de llegarles. Fue un tiempo apacible y venturoso el que entonces disfrutaba el pobre loco en Cristo, pues siguió allí refugiado desde mediados de verano hasta la primavera. Por el muro zaguero del jardín se salía a una gran llanura, aislada, a pesar de los caminos que la cruzaban, pareciendo el paisaje ideal para un hombre solitario y meditabundo. Diversas puertas en el muro principal unían el jardín con el parque, cuyo cuidado césped y sus viejos árboles rodeaban el estanque, en el que había una pareja de cisnes. En él se reflejaba la mole del castillo, el cual estaba casi siempre deshabitado, aunque la señorita Gurauer tenía ordenado que estuviese siempre dispuesto para cualquier imprevista contingencia. Su hermano, que murió durante una expedición por tierras de África, había vivido en él y lo dotó de una biblioteca que después ella cuidó y enriqueció. El bibliotecario era el pastor de la aldea vecina, quien además pertenecía al patronato de la señorita Gurauer.

Cinco días después de la llegada de Emanuel Quint, se presentó la señorita Gurauer, y llamó al loco en Cristo. Cuando la señorita Gurauer se presentaba sin que la esperasen no hablaba nunca de religión, sino que se dedicaba a resolver lo que le importaba con palabras escuetas, tomando decisiones que había planeado en horas de calma con la ayuda de Dios y con la ayuda de su inteligencia.

Nadie pudo saber lo que la señorita Gurauer habló con Emanuel mientras recorrió, sin su dama de compañía, el parque y las estancias del palacio. Después estuvieron un buen rato en la biblioteca, y más tarde, el conserje entregó la llave del palacio al falso y desdichado profeta, delante de la señorita, quien aquella noche invitó a su mesa a Quint y al anciano Heidebrand. El jardinero se enteró entonces de los proyectos que tenía la señorita con respecto a Emanuel, los cuales eran generosos, pero indiscutibles.

—En lo sucesivo —le dijo— considérese mi hijo adoptivo. Estoy convencida de que usted sabrá encontrar la manera de cuidar su formación. Pero no voy a oponerle trabas respecto a cómo la emprenda. Siga aquí hasta que esté totalmente curado. Y si después desea asistir a alguna escuela, tener un profesor o estudiar algo concreto, cuente con todos los medios necesarios. Mi hermano también era un

hombre extraño y solitario. Recuerdo que me dijo que a ciertas naturalezas no se les puede imponer disciplinas. Estoy segura de que usted sabrá encontrar el camino que conduce al bien. Pero estudie, estudie, estudie usted. En sus ojos, mi querido Emanuel —la anciana señorita apartó la mirada al pronunciar estas palabras—, hay algo que me impresiona. Es posible que usted pueda prestar a la humanidad una venturosa ayuda con lo que lleva dentro de sí. Pero antes es necesario que aprenda a conocer los vaivenes del mundo. No piense en hacerse misionero. Dios le guiará. Venga a verme siempre que quiera hablar conmigo, y trate de encontrar alguna otra compañía.

No han de ser necesariamente clérigos o pastores; lo importante es relacionarse con personas de las que se pueda aprender algo.

Quint escuchó las cordiales palabras de la señorita Gurauer con el mayor respeto y sonriendo; luego se despidió de ella y se fue a la casita del jardinero.

Quint había contraído en la clínica algunas costumbres que no alteraron los hábitos de los Heidebrand. La comida de mediodía se servía en la mesa familiar y, siguiendo una vieja tradición cristiana, se empezaba con la oración, rezada en voz alta: «Ven, Señor, y sé nuestro invitado.»

—¿Vosotros sabéis —dijo un día Quint cuando se sentaron el jardinero, su esposa y su hija— que Jesús acude como vuestro invitado al llamarle con estas palabras? Cada comida se transforma en una Santa Cena. Jesús acude a vosotros merced a vuestra súplica, pero si no acude quiere decirse que no habéis rezado con limpio espíritu y que estáis tan lejos de Él como Él de vosotros. Quien come y bebe indignamente, come y bebe su propia perdición.

El jardinero trataba de desviar esas conversaciones. Era un hombre de una primitiva religiosidad, cuyas fronteras no iban mucho más allá de su jardín. Además, pensaba, y había sido informado en este sentido, que en el espíritu de Quint había un punto delicado que debía curarse para poder obtener de él algo provechoso en el reino de Dios, por lo que siempre que el loco en Cristo hablaba de la presencia de Jesús, sentía un ligero estremecimiento. Le parecía que estaba presente no Jesús, sino el tentador, el príncipe de los abismos.

Su esposa no acertaba a adoptar una postura concreta frente a la rara personalidad de Emanuel. Vacilaba entre el horror y algo que era como una fe cada vez que en Quint se encendía su enfermiza llama. La pequeña Rut escuchaba, a veces hasta muy avanzada la noche, los comentarios de sus padres, y al cambiar impresiones con su madre supo que estaba muy preocupada por la salud espiritual

de Quint.

Rut se transformó en muchacha cuando Quint era el huésped de los Heidebrand. Vivió esa peligrosa estación primaveral en que los brotes y los retoños afloran tímidamente, en que todo asusta y todo atrae. Un médico de veintidós años, hijo único del pastor de un pueblo vecino, se cuidaba de la biblioteca del palacio y conocía a Rut desde niña y tenía los ojos puestos en ella. Los padres veían con agrado que el estudioso joven les visitase. Ellos veían adonde quería ir a parar, y sabían que se labraba una sólida existencia para el futuro, cuando Rut llegara a los años casaderos.

Por aquellos días el joven médico, después de aprobar el examen de fin de curso, disfrutaba de unas vacaciones en la casa paterna, y con el pretexto de ir a la biblioteca, casi cada día acudía a la casa del jardinero para ver a Rut, y fue el primero en advertir un marcado cambio en la muchacha. Él, que sólo había conocido a una niña de corazón puro y abierto, la encontró continuamente inquieta, como ausente de todo, pensativa... Al principio lo atribuyó a la edad crítica que atravesaba Rut, pero fiaba en una reacción a su favor, hasta que se convenció de que Rut no sólo no le miraba, sino que no le veía. Ya el primer día se fijó en un desconocido que ayudaba al jardinero, y volvió a verlo el tercero y el cuarto días, para después verlo en la mesa familiar. Cuando, después de comer, salió a pasear con la esbelta Rut, mientras ella echaba comida a los cisnes, trató de obtener alguna información sobre el intruso, pero no la consiguió. Por la noche habló de ello a su padre. Con sus sesenta y cinco años, el pastor Beleites era un hombre sano y robusto, con una inteligencia muy comprensiva mientras no se rozara el dogma. Cuando su hijo empezó a hablar del huésped del jardinero, se rió y dijo que era una desgracia para los poderosos, y en aquel caso para la protectora de la Iglesia, poner en práctica cualquier disparate que se le ocurriera. Entonces le refirió la extraña historia de Emanuel Quint, o lo que había oído del loco, pero intencionadamente se calló su preparación teológica, y al relatarle los hechos de Quint como un desagradable incidente, también se calló las palabras de Jesús cuando habló de los pobres y de los débiles de espíritu.

El joven Beleites había cursado estudios de psiquiatría, y dedujo que Quint presentaba síntomas de degeneración mental. Lo advirtió ya cuando lo vio reparando los rosales. Sin la menor duda padecía de hidrocefalia. Al joven médico le quedaba aún algo de la puritana fe de sus padres, y esta condición había cristalizado durante sus años de estudiante. Por este motivo advirtió al jardinero el peligro que era para el sano espíritu de una casa devota la presencia de un hombre atacado por una especie de histerismo religioso.

—Haz algo —le dijo el padre— contra esa mal entendida obra de caridad.

Hans Beleites trató de hacer algo contra aquella situación, y lo primero que hizo fue sonsacar a la pequeña Rut sobre el intruso, y ella le habló con ingenua y emocionada admiración mientras abría un librito del Nuevo Testamento de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera. Hans Beleites le contestó: —Mira, así no podemos continuar. Te voy a dar una receta para que tomes hierro, pues tú necesitas glóbulos rojos. Te prohíbo que leas nada, ni la Biblia, durante unos meses. Has estado siempre un poco excitada, y ahora estás en una edad en que la excitación es doblemente peligrosa. Voy a pedirle a tu madre te dispense de asistir a la iglesia y de visitar el cementerio. El imaginario camino desde el Monte de los Olivos hasta la crucifixión y entierro del Salvador te afecta demasiado. Y ahora hablemos de nuestro futuro, Rut.

Ella le miró como si no le comprendiese, y Hans reprochó la excesiva bondad de su padre por haber admitido a Quint, pues su sitio estaba en el correccional de Diesdorf. Dijo que era un cretino y agregó que su locura se había contagiado a la gente joven de la comarca, recordándole que no hacía mucho tiempo que se habían dado diversos casos parecidos en Suiza y en Francia. Los comentarios que el joven Beleites le dedicó de Quint bordearon la violencia y el insulto. Y cuando quiso seguir con sus diatribas vio que estaba solo y Rut había huido, y Hans Beleites se quedó avergonzado.

Al día siguiente trató de iniciar la misma conversación con la señora Heidebrand, y lo consiguió, pero el poco éxito que tuvo con ella al arremeter contra Quint le demostró que era mucha la influencia del loco en la familia. La mujer del jardinero le dijo: —Es posible que tenga usted razón, Hans, pero no debió decirle nada a Rut, y lo que ha conseguido con sus destemplanzas es que mi hija no esté dispuesta a escucharle. Yo le aconsejo que si no quiere romper esa vieja amistad no vuelva a hablarle. No crea que sea tan fácil emitir un juicio acertado sobre él, con quien usted debería hablar. Estoy segura de que se encontrará con un hombre sencillo y humilde. Mi esposo le ha enseñado algunos trabajos de jardinería, y se pasa el día con las tijeras y la azada. Él no trata de intimar con nadie, pero toda la gente que trabaja en la hacienda le quiere y desea franquearse con él. Debería verle cuando se terminan las labores. Vería que en seguida le rodea una caterva de chiquillos para oír sus consejos. Y si usted viese en él nada anormal, algo que le hiciese creer que está loco, me sorprendería mucho.

Al otro día, Hans Beleites trató de comprobar lo que le había dicho la madre de Rut. Atardecía ya y Quint había pasado casi todo el día con el pastor en el campo, y cuando iba a encerrar el rebaño en los corrales ya le estaban esperando los niños. Al pasar cerca de Rut, la muchacha se cogió del brazo de su madre, como

si buscarse un apoyo y tratase de reprimir su emoción. Hans, al verle al frente del rebaño, con su sencillez y el celo con que vigilaba el ganado, sintió cierto respeto e hizo un ademán como si fuera a saludarle, quitándose el sombrero. Lo mismo que el pastor, Quint llevaba la chaqueta al hombro, un zurrón y un cayado e iba, como siempre, descalzo. Una frase que repetía con frecuencia era que él vivía atado a la madre tierra.

Luego de encerrar el rebaño, Emanuel Quint se lavó las manos y la cara en la fuente del patio, y después se acercó sonriendo a la señora Heidebrand, a Rut y al doctor, tendiéndoles la mano. Los niños se agruparon a su alrededor, y viendo cómo los acariciaba, la ternura con que les hablaba y el lenguaje con que se dirigía a los más pequeños, parecía como un joven patriarca que había encontrado su mundo en aquel ambiente.

—Vamos a sentarnos todos. ¿Cuánto tiempo falta para la cena, señora Heidebrand?

Tras la respuesta de la esposa del jardinero, Quint se sentó en un poyo y empezó diciendo: —Queridos pequeños, queridos hijos de hombre y queridas hijas de hombre... Yo también soy hijo de hombre. «Dejad que los niños se acerquen a mí —dijo Él—, pues de ellos es el reino de los cielos.» Pero sabed, y no lo olvidéis cuando seáis mayores, que alguien sembró en él trigal la cizaña, contra la voluntad de Dios Nuestro Señor.

Quint les explicó la parábola del Salvador sobre el maligno que sembró cizaña entre el trigo, y los niños le escucharon con infantil atención.

—Yo os hablo a vosotros, niños, pero vosotros me dais, no palabras, sino el tesoro de vuestro silencio, de vuestra espera y de vuestra niñez.

Quint sentó en sus rodillas a un niño y siguió diciendo:

—Escrito está: quien ama a su hijo, lo castiga. Pero yo os digo: quien castiga a un niño será también castigado. El hijo del hombre no levanta su mano contra vosotros, sino para curaros o acariciaros. La fuerza santificadora del hijo del hombre consiste en arrancar de vosotros los gérmenes del mal, para que no crezca en el reino celestial que os depara. En verdad os digo —prosiguió Quint, con la mano sobre el pequeño que tenía en las rodillas y la mirada en la señora Heidebrand, en Rut y en el joven Beleites— que si no sois como esta criatura, no entraréis en el reino de los cielos.

Después pareció como si Quint dirigiera sus palabras a los mayores, entre los que estaban casi todos los que laboraban en la hacienda. Hablaba en un tono sencillo, natural, que en nada recordaba al Quint del púlpito. Dijo que en el alma infantil empieza a manifestarse su futura personalidad. La primera fase comprende

la verdadera infancia, pero no siempre su infancia física corresponde a la infancia del alma. Pero también allí donde existe, termina por desaparecer con el curso natural del crecimiento, en esa edad en que el joven se identifica con un mundo portador de desgracias, lo cual les roba el reino de los cielos. En su tercera fase, aquellos a los que Dios ama recuperan su condición de niños. Esta es la infantil condición del discípulo Juan, quien sin saberlo llevaba en su alma el secreto del reino de Dios y a quien el Salvador amaba de manera especial.

Hans Beleites estaba desconcertado y veía que las ideas que esbozaba Quint no eran las que él le había atribuido. La plática que acababa de oír era algo rara, pero no había nada en Quint que él pudiera diagnosticar como síntomas de una enfermedad. Y era sorprendente que un hombre de humilde extracción, que sólo había asistido a una escuela primaria, fuera capaz de usar aquel lenguaje y con tanta sencillez. Quizá de no haber estado allí la pequeña Rut, Hans Beleites se hubiera acercado al extraño predicador, pero la atención con que escuchaba Rut le amargaba, mirando al pobre loco con manifiesto rencor...

Un día encontró a Quint en la biblioteca, donde a veces se pasaba horas leyendo, o paseaba de arriba abajo, absorto en sus pensamientos y con un libro en las manos. Por entonces el pastor de Miltzsch había conseguido una de esas curas que los médicos miran casi siempre con incredulidad y desprecio. A Fritsch, un labrador vecino, le había picado una avispa y lo llevaron a la clínica de un reputado cirujano de Breslau, con el brazo hinchado hasta el hombro. El doctor dijo que había que amputar el brazo si se le quería salvar la vida. Pero el labrador se negó a perder su brazo, aunque fuera el izquierdo, y pidió que lo llevaran al pastor de Miltzsch, quien consiguió salvarle el brazo, si bien le quedó un poco rígido.

El joven Beleites no se creía la historia, pero se sirvió de ella para iniciar el diálogo, con el propósito de incitar a Quint a discutir.

En sus alegatos contra el pastor había ardor juvenil y suficiencia, pero aunque atacó duramente el curanderismo del pastor, no consiguió que Quint compartiese sus juicios, arguyendo que lo mismo el médico de Breslau que el pastor de Miltzsch habían hecho lo que pudieron, pero que la verdad final estaba sólo en manos de Dios. Antes Quint le había dicho al joven Beleites que creía que la profesión de médico era de las más nobles, diciéndole: —Yo envidio ese camino que tiene usted por delante, el camino de la caridad.

El joven Beleites, que sólo había pensado en alcanzar una cómoda y burguesa existencia, no había considerado este aspecto de su profesión, pero Quint le hizo comprender que el médico del cuerpo también es médico del alma.

Emanuel siguió hablando, pero llevó la conversación a temas bíblicos, y empezó a mezclar de tal forma lo corporal y lo espiritual, que el joven médico se convenció de que sufría una monstruosa confusión. Le oyó las afirmaciones más absurdas como, por ejemplo, que un médico que no fuera capaz de resucitar muertos, no era tal. Con estas palabras, para Hans Beleites, Quint había traspasado los límites de la salud mental. No obstante, no consiguió convencer al matrimonio Heidebrand de que debían echar al extraño fanático. El jardinero se limitó a decir que no veía nada malo en el comportamiento de Quint, asegurando que no se encontraría a nadie que llevase una vida más sencilla que la suya.

Éste se fue acomodando cada vez más a las costumbres burguesas. Con una habitación y una cama limpias, merced a la bondad de la señorita Gurauer, conoció el placer de la ropa limpia y de los buenos trajes, hasta que la pulcritud se convirtió en su obsesión. La nueva vida le permitía relacionarse con la gente del pueblo, pero se sentía menos seguro de sí mismo que antes.

En el mes de agosto el sol sale a las cuatro de la mañana, tiñendo con su amarillez la aldea en reposo, a la misma hora que Emanuel Quint se zambullía en el lago. Con el sol y el trinar jubiloso de los pájaros en el ramaje de los árboles, el baño era para Emanuel Quint un placer superior, una ventura desconocida hasta entonces, lo mismo que un rito.

Un día ocurrió un incidente que alteró la paz del hogar del jardinero, y a raíz de él, durante algún tiempo el matrimonio Heidebrand se preguntó, preocupados por Rut, si era conveniente seguir albergando a Emanuel Quint. Al volver de la iglesia donde oficiaba el pastor Beleites, la pequeña Rut cayó en una especie de sueño hipnótico. Tendida sobre un viejo sofá ante los ojos asustados de sus padres, quienes cerraron la puerta ante las extrañas palabras que murmuraba dormida, parecía que obedeciese a una fuerza interior, como si transmitiese sentencias que le dictaban y que no podían ser suyas, limitándose a repetirlas. No era la primera vez que los padres se encontraban con un caso igual con su hija. No hacía un año que una sonámbula estuvo en la hacienda, con su acompañante, y el jardinero y su mujer asistieron a una exhibición de la médium en casa del corregidor Scheibler. Después se habló varias veces delante de Rut de lo sorprendente que fue.

Tenía razón Hans Beleites al preocuparse por la salud de la bella hija del jardinero. Ciertamente sin la presencia de Quint la atmósfera era alarmante, pues en la casa de los Heidebrand se discutían continuamente las mismas cosas que en otro tiempo habían metido a Martin y Antón Scharf en su peligrosa aventura. La Biblia reconocía el don de adivinar el futuro, según la cual aquellos sobre los que hubiera

descendido el Espíritu Santo hablarían lenguas y anunciarían el secreto del reino de Dios. Además, las Sagradas Escrituras no negaban la posibilidad de resucitar muertos, y el Apocalipsis constituía un horno de continuo chisporroteo que a cada momento contagiaba a algún alma. Así, cuando la pequeña Rut cayó en su sueño, los ingenuos padres se preguntaron si la niña se habría convertido en instrumento de un espíritu maligno o de un espíritu bueno, si estaría en contacto con este espíritu y su señor, Dios, o con el otro y su dueño, Satanás. Por último, al oír lo que decía, la angustia se apoderó de ellos y decidieron llamar al médico.

Si se creían sus palabras, la pequeña Rut estaba en contacto con el propio Salvador. Su comportamiento le hizo ganarse el respeto general, y poco a poco se afirmó el convencimiento de que era una santa. La pequeña veía al Salvador y hablaba con Él. Vivía en una atmósfera gloriosa de luz purísima, y Él, el Salvador, le transmitía encargos que ella quería cumplir con infantil y jubilosa obediencia.

Cuando despertó, le costó mucho esfuerzo recobrar la conciencia de dónde se encontraba. Los padres le dijeron que estaba enferma, y la madre trató de convencerla de que se acostase, hablándole de la flor de saúco y del té de hinojo. Pero la niña estaba sobreexcitada y se debatía para hacer comprender a su madre que había tenido una experiencia que escapaba a toda palabra humana. Y una y otra vez exclamaba: —¡No estoy enferma! ¿Cómo podéis decir que estoy enferma si habéis estado aquí, a mi lado? ¿Cómo es posible que digáis eso? ¿Cómo no podéis comprender que se me ha concedido una gracia celestial?

Heidebrand trató de aplacar a su hija y la madre rompió a llorar con el mayor desconsuelo.

—Madre —gimió Rut—, ¿cómo puedes llorar cuando el novio está aquí, cerca de mí, dispuesto a la boda?

Los padres se preguntaron entonces a quién podían acudir en demanda de ayuda, a quién podían explicar el incidente. De momento no contradijeron a la pequeña, lo que fue un acierto, pues la niña pareció tranquilizarse, pero no acertaban a tomar una decisión. Ellos dependían de la señorita Gurauer, y ésta había tomado al solitario Quint bajo su protección. Además, eran gente sencilla y no querían llamar la atención de nadie, aparte de que no conocían a ningún médico que pudiera ayudarles. Cerca de allí vivía un médico rural, pero era ya viejo e inspiraba poca confianza, pues con algunos remedios que todos conocían pretendía curar aquellos males cuyas raíces había sembrado el espíritu del mal. Sus opiniones sobre la vida del espíritu, sus explicaciones y tratamientos eran totalmente opuestos a los profesados por aquella familia de creyentes, la cual terminó por confiar en el poder curativo de la oración.

Y aquella noche en su alcoba, después de oír desde detrás de la puerta el sosegado respirar de la pequeña sonámbula, acudieron a Dios en demanda de consejo y ayuda. Y a fuerza de orar les pareció como si Dios les prometiese que en Emanuel Quint sólo había simplicidad y bondad. Los días siguientes se dedicaron a observar a Rut, y vieron que Quint y su hija estaban unidos por invisibles lazos. Rut seguía al loco a todas partes, y si él salía de casa, ella dejaba el trabajo que estuviese haciendo y se iba con él. Si Quint le hablaba, el rubor teñía su palidez, y casi siempre adivinaba los pensamientos del loco. A veces Emanuel segaba el césped del parque y la pequeña Rut Heidebrand cogía el rastrillo para ayudarle, pero ella nunca tocó a Quint, ni nadie vio nunca que la mano de Emanuel se detuviese sobre la mano de Rut, ni que su cabeza rozase la cabeza de Rut.

Con visible preocupación, un día, la señora Heidebrand refirió a Emanuel el místico acceso que había tenido su hija durmiendo, y Emanuel la oyó apesadumbrado, pero cuando el jardinero habló con Emanuel no vio que él se creyese culpable de nada, lo mismo que no pensó que existiera relación alguna entre el estado anímico de la pequeña Rut y su propia locura. Emanuel Quint siguió atendiendo su trabajo lo mismo que antes y como la pequeña Rut no volvió a recaer en su enfermedad, viéndola sosegada y diligente, pronto olvidaron su extraño y alarmante sueño.

CAPÍTULO XV

UN domingo fue a ver a Quint la hermana Hedwig, la enfermera evangelista que le atendió durante su estancia en la clínica. Le llevó a la pequeña cabaña del pastor, frente al corral de las ovejas, y donde, por ser día festivo, habían acudido unos veinte campesinos en busca de ayuda para sus dolencias. Los perros del pastor se revolvían furiosamente en las perreras, pero dejaron de ladrar cuando se acercó el loco con la hermana Hedwig, quienes se dirigieron al pastor, que estaba curando la pierna rota de un jornalero. Le saludaron y el pastor les dijo unas palabras de bienvenida al mismo tiempo que les pidió que le ayudasen, lo que en el acto hizo la hermana Hedwig con la habilidad de una profesional, mientras Emanuel escuchaba a las mujeres que le explicaban sus dolencias. El pastor miró a Quint y luego a la hermana, diciéndole con los ojos que se fijase en el loco, pues el pastor dudaba de su cordura. Entonces la hermana vio que hasta el de la pierna rota sólo miraba a Emanuel Quint.

La hermana conocía la paciencia de Quint, pues le había atendido durante su enfermedad, y Emanuel aceptó sus dolencias con resignación. Ella se sentía atraída por él, debido acaso al mudo calor que emanaba de su alma, y que ella tenía por simple agradecimiento. Pero al mismo tiempo, quizá porque era joven, sentía algo en su interior, como si le naciera en el corazón. Ella sabía los rumores que circulaban acerca de él, pero como nunca le había oído el menor disparate, aunque todos le atribuían tantos, pensó que de él emanaba una luz extraña, una fuerza sobrenatural.

Hedwig se sintió feliz cuando Emanuel se ofreció para acompañarla hasta su casa, y atravesaron algunos campos, él a su lado y sin decir nada. Quizá se debería decir que era ella quien iba al lado de él. Cuando llegaron al patio de la escuela que dirigía el padre de la joven desde hacía treinta años, Hedwig sintió que el corazón le latía. Emanuel fue recibido con sincera cordialidad por los padres de la muchacha.

El maestro Krause tenía cincuenta y tres años; era un hombre de aspecto sano y juvenil, decidido e ingenioso. A su esposa, por el contrario, se la veía achacosa y gordinflona. En medio de la sala de estar había un viejo piano, y junto a la pared un armonio. El señor Krause, con su bordado casquete en el cogote, se levantó del sofá al entrar su hija y Quint. Bastaron unos minutos para que Emanuel Quint se sintiese como en su propia casa. Hedwig se había quitado el gorro de enfermera y se metió en la cocina para ayudar a su madre a preparar la cena.

Luego llegó Marie, la hermana menor de Hedwig, con su vestido claro, su sombrero de paja y un libro en la mano. Antes de la cena el maestro se sentó al piano y Marie se situó a su lado, cantando sencillas canciones populares con bella y delicada voz y sin la menor afectación.

La señora del corregidor Scheibler se presentó cuando empezaban a cenar. Se había hecho acompañar por su sobrino Kurt Simón, el cual no había visto a Emanuel Quint desde que lo conoció en casa del maestro. Le saludó, pero no lo reconoció. Hasta mucho después no se dio cuenta de que aquel hombre pulcramente vestido era el mismo que había visto casi desnudo paseando y rezando con el hermano Natanael. La señora Scheibler se alarmó al oír el nombre y la procedencia de Quint, pues aún pesaban en ella los rumores que le habían llegado sobre la vida anterior de Emanuel, a pesar de que más tarde el matrimonio Heidebrand la informó de cómo era y de la vida que llevaba el loco. Sin embargo, le miró con cierta aprensión, pues pocos días antes había estado con el pastor Schuch en una ceremonia religiosa, y el pastor le recordó que Quint se tenía por Jesucristo, diciéndose la corregidora que Emanuel no estaba en sus cabales o era un poseído de Satanás. Mientras trataba de enterarse de cómo había conseguido Quint introducirse en la familia Krause y le exponía a ésta los peligros que podía reportarle, el maestro salió al paso de todos los rumores y describió a Emanuel como una persona sencilla y humilde.

La señora Scheibler sentía un vivo afecto por la familia Krause, a la que protegía con la mayor discreción, y los Krause le correspondían con su estimación y su gratitud. La señora Scheibler se preocupaba de las jóvenes Hedwig y Marie como si fuera su propia madre, y muchas otras muchachas de la comarca le debían incontables favores. Siempre que iba acompañaba al piano a la hija del maestro para que cantase.

Igualmente le había enseñado cosas prácticas, tales como saber comportarse en público, adornar un sombrero, vestirse, poner la mesa... En su juventud, la señora Scheibler fue una famosa bailarina. Y habría enseñado a las jóvenes a bailar si su vida no se hubiera visto truncada por la pronta muerte de su único hijo. Asimismo, a una sincera religiosidad había unido una explosiva alegría de vivir, pero desde entonces se abrió un abismo entre ella y el mundo, como si repudiese el mundo por haber truncado sus más caras ilusiones. Ahora su única ilusión se centraba en Cristo. No existía para ella más que el celestial esposo, junto al cual iría un día. De ahí la repugnancia y el horror con que veía a Quint, cuya pretensión de ser el Salvador le parecía el más atroz insulto a la imagen divina de sus sueños.

—¿Cómo se te ha ocurrido traer a un hombre tan repulsivo? —le preguntó a Hedwig.

Al pequeño Scheibler se le enterró en el cementerio de Dronsdorf, al que sólo iba la familia del corregidor cuando asistía a un entierro. En la casa del maestro se guardaba la llave de la verja, además de la llave de la capillita levantada frente al mausoleo. Casi siempre que la señora Scheibler visitaba a la familia del maestro iba a orar a la tumba de su hijo. Ver la tierra bajo la cual yacía el fruto de sus entrañas era su único consuelo en medio del desconsuelo de su existencia. Si alguien la hubiera obligado a apartar los ojos de la colina poblada de cipreses, o le hubieran prohibido sus paseos diarios hasta la tumba de su hijo, le habría parecido que volvían a robarle a su hijo. Todo lo que aún florecía en su alma se hubiera trocado en un montón de cenizas.

Después de la cena, la familia Krause acompañó a la señora Scheibler hasta la tumba de su hijo. Quint se agregó al grupo. La señora Scheibler iba delante con el señor Krause, y no parecía que viese a Quint. Las hermanas Krause caminaban con paso lento, la una a la izquierda y la otra a la derecha de Emanuel, quien tuvo entonces la primera noticia del drama maternal de la señora Scheibler. Fue Hedwig quien le contó con qué solemnidad había sido enterrado el pequeño Lorenzo Scheibler. El ataúd se colocó delante del altar, en cuyas gradas cinco o seis pastores habían vertido palabras de amor y de fe, palabras de amonestación y de consuelo. La bendición la impartió un pastor de noventa años, cuyo recogimiento, su noble e iluminado rostro y sus plateados cabellos, que le llegaban hasta los hombros, produjeron una consoladora impresión a las dos hermanas, entonces niñas.

Marie aventajaba a su hermana Hedwig en devoción, aun cuando ésta vestía el uniforme de las diaconisas y la superaba en actividad. En Hedwig *te* advertía como una búsqueda de algo, mientras que en el alma sosegada de Marie parecía reinar una profunda armonía. Una y otra sentían un gran respeto por la señora Scheibler, pero su actitud respecto a Quint las inquietaba, pues parecía ignorar intencionadamente su presencia. Y ante el nada caritativo comportamiento de la señora Scheibler, le contaron a Quint todo lo bueno de ella, y trataron de disculparla recordando su dolor por el hijo muerto.

Emanuel parecía no preocuparse de la presencia de la señora Scheibler, y escuchaba con plácida atención el relato de su infortunio. Cuando llegaron a la puerta del cementerio, en lo alto de la colina, rogó a las hermanas que guardaran silencio con un instintivo ademán de su mano derecha, como sugestionado por el hechizo vespertino que parecía flotar sobre la tierra.

Hedwig Krause, la diaconisa, tenía veinticuatro años, y Marie aún no había cumplido los veinte. Marie era rubia, femenina y cariñosa, cualidades que realizaba

el donaire de una carita con expresión infantil, inocente y pura. Las facciones de Hedwig estaban ya marcadas por la dureza de una existencia rica en renunciadas. Hedwig era un bello retoño de la juventud, y las dos hijas del maestro de Dronsdorf figuraban, cada una a su manera, entre las más bellas muchachas de la comarca.

Entretanto, la señora Scheibler se había dirigido a la tumba de su hijo, acompañada del señor Krause. Se oyó el ruido de una llave en la herrumbrosa cerradura de la verja, y luego se escuchó el chirrido de la puerta al abrirse. Quint y las dos hermanas se detuvieron ante la capillita sumida en profunda oscuridad, a unos pasos de los centenarios sauces; allí estaba también Kurt Simón, que había ido por otro camino. En la pequeña capilla temblaba una lucecita; en el coro se oyó un suave susurro que fue creciendo lentamente, hasta romper con fuerza en armónicas notas.

El órgano seguía en silencio; el maestro Krause llamó en voz baja a Kurt Simón, quien entonó una plegaria, y el maestro Krause empezó a preludiar. Finalmente una voz clara y decidida llenó el recinto, por encima de las notas del órgano; aquella voz les pareció a Quint y a las dos hermanas como caída del cielo, y la escucharon en profundo recogimiento. A veces la señora Scheibler cantaba en la iglesia, acompañada del maestro y de un rapaz que le daba la entrada. Esto ocurría cuando algunos amigos se lo rogaban.

¡Oh, Jesús, mi dulce luz!,

tras la noche viene el día,

y de ti la claridad

que mi camino ilumina.

Durante la plegaria, Emanuel Quint, que se había sentado en un viejo banco entre las dos hermanas, pensó en la desgraciada Marthe Schubert, que también había cantado aquella plegaria, con su voz infantil y cristalina. Sentía que la voz que salía de aquella garganta tenía un hondo acento de dolor. Él se había sentido santificado en el dolor y en la devoción, y no recordaba haber oído el bendito nombre del Salvador con tan puro y enternecedor amor.

Desde que se instaló en casa del jardinero, el loco en Cristo fue

transformándose en un sujeto tranquilo y sereno, cuyo lenguaje, casi siempre sin intención proselitista, hablaba sólo de humana y cordial sencillez. El equilibrio conseguido, la seguridad de su nueva existencia le habían proporcionado al antiguo vagabundo una sosegada armonía interior. «Mirad las aves del cielo; no siembran, ni cosechan, ni tienen graneros.» Estas palabras del Salvador parecían ser para él vivificadoras y portadoras de dicha. Pero de los profundos abismos de su alma se alzaron oscuras sombras cuando las notas triunfales del canto hicieron surgir ante sus ojos el infierno de la casa de los Schubert. Y Quint se sintió presa de un gran dolor, provocado por la visión de la madre angustiada que cantaba, que le abrasaba y devoraba como impelida por una llama interior. Emanuel sintió como un dolor nuevo, distinto del dolor de aquella madre. Y pensó en la Madre del Salvador, y se dijo que aquella mujer que estaba allí y que le había recibido con desaire, y a la que oía cantar, le recordaba a María al pie de la cruz.

Kurt Simón acompañó a Emanuel Quint hasta la posada, donde se le proporcionó cobijo por intervención del maestro Krause. Por segunda vez, el muchacho se sintió atraído por el hijo del hombre, como él se había llamado a sí mismo. Le encontró cambiado. Sentados a la mesa de la taberna, le confesó que en casa de los Scheibler no tenía halagüeñas perspectivas de cara al futuro, por lo que pensaba dejarla y probar suerte en la capital de la provincia. Estaba en una edad peligrosa, cuando la sangre hirviente se sube a la cabeza y aparece la fiebre torturadora del amor, con los desencantos, las esperanzas y las crisis que se suceden, con el ir a tientas en medio de los mayores deslumbramientos, con la incertidumbre de no saber en cuál de ellos están la claridad y la armonía que se persiguen.

No se sabe lo que Kurt Simón y Emanuel Quint hablaron aquella noche. La señora Scheibler emprendió el camino de su casa acompañada de un criado de Krause, y al regresar del cementerio volvió a hablar con indignación de Emanuel, asegurando que su presencia iba contra la bendición de Dios.

—Por eso —dijo la señora Scheibler— ha llevado la confusión a la casa de los bondadosos y confiados Heidebrand. El joven Beleites se siente amargamente desdichado y la pobre Rut está poseída de un espíritu extraño que no le ha llegado precisamente del cielo. Tampoco se le ve nunca en la iglesia.

La señora Scheibler tuvo que sufrir que las hijas del maestro defendieran al loco, incluso Marie, cuya costumbre no era hablar, sino escuchar. Ruborizada, pero firme la voz, dijo que estaba segura de la sinceridad y la bondad de Emanuel.

Desde entonces, Emanuel acudía con frecuencia a casa del maestro. A pesar de que

la señora Scheibler demostraba su despego cada vez que él llegaba, los demás le acogían con agrado. A menudo paseaba con Marie durante horas por los campos ya segados, y los padres de ella se fueron haciendo a la idea de verlos un día unidos ante el altar. El señor Krause, que no se había atrevido a hacer ninguna insinuación en este sentido delante de Quint, se imaginaba cuál sería el futuro de la pareja. ¿Por qué Emanuel, cuya fiebre de aprender era constante, no habría de tener vocación de misionero? ¿Y por qué no habría de marchar un día, siendo Marie su esposa, como apóstol del Salvador a tierras de paganos?

Quint y Kurt Simón estaban unidos por una entrañable amistad. El muchacho había visitado dos veces al antiguo vagabundo y hablaron largamente durante sus paseos. Entonces se advirtió una vez más la atracción de Quint, sin que él la pretendiese. Kurt aún no se sentía liberado de una especie de secta protestante a la que pertenecía la familia Scheibler. Cada día le recordaban que la única elección posible era la eterna condenación o la eterna salvación, la muerte eterna o la vida eterna, la bienaventuranza o el infortunio eternos. La confusión del muchacho no tenía límites. Más que el miedo a la muerte, le atormentaba el terrible miedo al infierno. Y cuando a través de sus agitados sueños surgía la precoz imagen del amor con todas sus seducciones, a Kurt Simón le torturaban con mayor saña sus escrúpulos de conciencia, pues tenía todas aquellas imágenes de tipo amatorio por tentaciones del demonio. Después de estas noches, se le veía vagar avergonzado, como si estuviera marcado con un estigma y tuviese conciencia de su culpa, o como si quisiera ocultar un delito.

Emanuel Quint, que era unos diez años mayor que Kurt, se convirtió en una autoridad para él. Su tranquila y sosegada influencia en aquella época, su encendido amor al prójimo le daban a Kurt una sensación de alivio y reposo. Las pocas objeciones que oponía Quint a las confesiones de su nuevo amigo, tenían para éste el poder liberador de las palabras: «Tus pecados te son perdonados.» Así en Kurt nació un sentimiento de infinito agradecimiento, no sólo porque con ayuda de Quint había recobrado la confianza en sí mismo y la conciencia de su propio valor, sino también porque Quint era la primera persona que le trataba como a un igual. Y Kurt, que no había conocido hasta entonces el noble calor de una amistad, gozaba ahora de esta dicha como algo nuevo en su vida, sintiendo una profunda estimación por su ídolo.

A veces Quint era invitado, no sólo porque su extraña vida de apóstol no había caído en el olvido, sino principalmente por ser huésped de la señorita Gurauer, y él era el tema de conversación en la mesa de las familias de posición en la comarca de Miltzsch. La gente estaba dividida, pero la opinión de la señorita Gurauer, de los

Heidebrand y singularmente del maestro Krause, querido y respetado de todos, contrarrestó el menosprecio general. La voz popular le llamaba El Loco de Miltzsch. Y el apodo no tardó en llegar a oídos del propio loco. El numeroso bando de sus detractores aprovechaba todas las oportunidades para sacar a colación la *vox populi*, diciendo que era la voz de Dios.

Todo el mundo sabe en Silesia y en algunas otras provincias orientales que a veces un noble terrateniente puede ser un buen creyente y tener a la vez un temperamento duro e irritable, que en nada recuerda la mansedumbre del Salvador. Cuando estos individuos, que no escaseaban en la comarca de Miltzsch, se enteraban de que Quint había sido visto, por ejemplo, con el boticario de Kurg o con el acaudalado terrateniente Salo Glaser, ponían el grito en el cielo. Un tal Kellwinkel, cuya hacienda lindaba con la de la señorita Gurauer, perdía los estribos con sólo oír el nombre de Quint.

El hombre había cumplido sesenta años, y una de sus debilidades era defender la dureza y la intransigencia más despiadadas. En cierta ocasión atrajo sobre sí la atención del país al pronunciar en el Congreso de Diputados un discurso en defensa del castigo corporal. A veces él mismo, látigo en mano, recorría su propiedad y buscaba por todas partes señales sospechosas que pudieran limitar el imperio de su poderoso brazo. No le gustaba la asistencia social. Nunca estaba dispuesto a reconocer la necesidad de nadie. Y cuando se veía obligado a reconocerla, achacaba la culpa al propio necesitado y decía que era un castigo merecido. De buen grado hubiera eliminado la eterna llamada a la compasión y a la piedad no sólo de los libros, incluidos los religiosos, sino también de los pulpitos. La descripción de casos desagradables y duros, la exposición de ejemplos de extrema necesidad, tal como a veces aparecen en libros y periódicos, provocaban su indignación y decía que a los autores se los debía encarcelar. Su sentencia predilecta era: «¡A la cárcel con ése!» A veces decía: «Si Schiller viviera ahora...», y luego añadía: «¡A la cárcel!» En una palabra: de haber dependido de él, el señor Kellwinkel hubiera metido en la cárcel a toda la cultura alemana.

Aun cuando no había visto nunca a Quint, sentía hacia él un odio rabioso, odio que le había inculcado un carnicero que le compraba el ganado. También el espíritu sectario había ayudado a ese odio, además de su soberbia, porque para él en la conducta de Quint había algo que le recordaba la rebelión de un esclavo. Y en su hostilidad no había más que la dignidad ofendida del antiguo ladrón que fue, pero al que ahora le parecía vituperable la sencilla vida de Quint. Lo que más le sublevaba era que Quint siguiese sin aceptar dinero de nadie, a pesar de que todos los días iba mucha gente para conocerle y se lo ofrecían. Entonces le escribió dos o tres veces a la señorita Gurauer diciéndole que por allí habían aparecido algunos cazadores que no le hacían mucha gracia, pues a la legua se veía que eran unos

tipejos que no querían trabajar, aunque reconocía que al preguntarles él o su inspector habían presentado sus papeles en regla, y aunque se sabía que en k taberna habían pagado la cuenta, sin dedicarse a la mendicidad, no hubo manera de averiguara qué se dedicaban. Kellwinkel terminaba aconsejando a k señorita Gurauer que corrigiera aquel desorden que se debía exclusivamente a Quint y que a la larga podía traerle muchos disgustos a la comarca.

Emanuel no tenía la menor idea de los rumores y las intrigas que circulaban acerca de él, pero su creencia de que se le había olvidado y podría vivir tranquilo en su aislamiento se fue debilitando. Hacia finales de febrero, yendo a Dronsorf, advirtió las primeras muestras de una animosidad que desde hacía tiempo le acechaba. Eran las doce de un domingo y en la carretera avanzaban grupos que volvían de k iglesia, los cuales, antes ya de cruzarse con él, empezaron con sus rechiflas y sus insultos, y algún gesto de amenaza.

«¡El Loco de Miltzsch!» «¡El Salvador de Giersdorf...!» Los gritos, las burlas, los términos más injuriosos le siguieron durante un buen rato, hasta que ya iba lejos, con el corazón dolorido y preguntándose con la mayor amargura cómo también se había apartado de él el viejo Scharf, como si hubiera visto a Satanás, cuando él sólo había querido llevar la paz a su alma. ¿En qué y cómo había dado motivos para que los joven» le gritasen que era el demonio? «¡Es el demonio! ¡Cuidado con él!» ¿Por qué algunas mujeres gritaron al pasar cerca de él: «¡Tiene patas de demonio!»?

Y aquello no fue todo. Cuando se imaginaba que todo se había reducido a los insultos que se prometía olvidar, sintió un terrible golpe en la espalda que casi lo derribó, y al mismo tiempo un salvaje grito de triunfo. Uno de aquellos bárbaros había probado su puntería arrojándole una piedra que había dado en el blanco. En unos era el desprecio con que le recordaban de cuando sermoneó en la plaza y se dedicó a vagabundear, y en otros era el odio contra la protección que le dispensaba la señorita Gurauer. Y más que nada sufría los efectos de los sermones del pastor Beleites, cuyos feligreses habían encontrado al loco en Cristo cuando aún seguían «oyendo» la palabra de Dios.

Aquel mismo día, cuando Emanuel le contó a Marie lo que le había, ocurrido, se dio cuenta de que despertaba una angustia largo tiempo reprimida. El dolor la delató. Sus lágrimas y las palabras que dijo le hicieron comprender a Quint que le habían reprochado su amistad con él, como habían criticado al maestro Krause por

permitirla.

Un día se presentó en la escuela el hermano Natanael, confesando que le torturaban los remordimientos. Y era ahora cuando parecía que estaba poseído por el demonio. La confianza que en otro tiempo puso en el pobre loco y aquella ceremonia de bautismo lo veía ahora como el más imperdonable de los delitos. Se imaginaba repudiado por Dios y hablaba con terror del más allá que le esperaba.

Krause trató de calmarle, y defendía con energía su seguridad de que Emanuel Quint era un hombre sin tacha y un humilde seguidor del Salvador, Como antes se lo había dicho al pastor Beleites y a sus mismos superiores. Pero los enemigos de Emanuel fueron aumentando; eran los que se sentían heridos en sus sentimientos religiosos, y envanecidos de su condición social se revolvían contra la «suerte» del loco, aquella protección de la señorita Gurauer, que sólo podía conseguir un impostor, una farsante como Quint.

El loco en Cristo comprendió que su vida retraída, sin amor a nadie y sin odio a nadie, no le libraba de las intrigantes fuerzas del mundo. Ni siquiera la autoridad de la señorita Gurauer conseguía asegurarle una vida tranquila y silenciosa. Y el noble refugio que le había brindado la anciana dama le pareció acechado por las fuerzas malignas, a las que había ofendido sin que él comprendiese en qué y por qué. La gente tampoco aceptaba que la familia del maestro Krause le ofreciese cobijo, el mismo Krause que decía que al demonio sólo se le podía servir a la fuerza, pero que a Dios se le servía con el corazón libre y contento. Así, en el hogar de la familia Krause reinaba siempre el buen humor y la conformidad. El amor del maestro a su profesión había nacido de su amor a los niños, y él mismo era un niño grande, cuyas acciones eran el testimonio del noble espíritu que Dios le había concedido.

Aun cuando el maestro era respetado por mucha gente, tanto de buena posición como por la humilde, tuvo que oír muchas cosas desagradables a causa de Emanuel Quint, y sufrir inconveniencias que no merecía su intachable actividad profesional y su acusada personalidad. El pastor Beleites nunca le había opuesto el menor reparo, pero le reprochó con acritud que hubiera admitido en la escuela varias veces al peligroso loco. Seguro de sí mismo, Krause respondió a la amonestación de su superior y amigo con una sonrisa, pero se mantuvo en sus trece. Más tarde el pastor observó que la amistad de Quint y Marie entrañaba un peligro, con lo que poco faltó para que quebrase su antigua amistad con el maestro.

Una tarde de febrero, Marie le expuso al loco en Cristo todos estos problemas durante un paseo, y Emanuel le contestó, sin que ella comprendiese el sentido de sus palabras: —Si ahora se irritan por mi culpa, más se irritarán en el futuro. Dios está en mí y yo estoy en Él. He predicado como Juan y he exhortado a

la penitencia. Si me persiguen por eso, no me lamentaré. ¿Pero quién puede comprender que se me persiga ahora, cuando la luz y el candelabro están ocultos bajo el celemín?

Y como si hablara consigo mismo, exclamó:

—¡Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen! —Y luego de un reprimido sollozo, agregó—: Callar significa pecar. Ha llegado el momento. El hijo del hombre debe seguir siendo un peregrino en la tierra; de él está escrito que no tenía dónde apoyar su cabeza.

Marie y Emanuel regresaron al atardecer. Mientras él se quedó repasando unas páginas en la sala de estar, el padre le dijo a Marie lo que le habían dicho de Emanuel y lo que él había replicado. Después se dirigió a Emanuel con evidente inquietud, no sólo para exponerle su actitud ante las fuerzas locales, sino para pedir al loco que dejase aquella manía de rechazar el dinero, pues había vuelto a provocar las iras del pueblo. Luego le aconsejó que fuese algún domingo a la iglesia, y que hablase con el pastor Beleites, pues el no haberle visto nunca en un oficio religioso era el principal motivo del desprecio con que se hablaba de él. Emanuel le escuchó con sumo respeto, pero sin pronunciar una palabra que demostrase su conformidad.

A diferencia de la gente devota de la comarca, Krause no intercalaba en sus conversaciones citas de la Biblia, o muy pocas veces. Tampoco Emanuel había tenido casi la oportunidad de hacerlo durante el tiempo que llevaba en Miltzsch, y nunca delante de Krause. Pero el maestro se fue informando del pasado de Quint, y se enteró de que acostumbraba pronunciar palabras sagradas, que fue lo que soliviantó a la gente. En ese exceso creyó encontrar la causa de los peligros que amenazaban a Quint. Y cuando se refirió a las palabras que le había dicho a Marie sobre su misión y la misión divina del Salvador, se quedó cortado al ver la serenidad y la beatitud con que le miraba Quint, y no quiso hablarle del tratamiento médico que, según entendía, necesitaba, procurando evitar que recayese en su demencia el loco en Cristo.

CAPÍTULO XVI

A principios del mes de marzo se presentó en el jardín un individuo tan repulsivo que más parecía un simio que un ser humano. Los mozos se hicieron señas unos a otros, y se rieron de él. Joseph *el Bohemio* preguntó por Quint, y al indicarle la casa del jardinero y la habitación del protegido de la señorita Gurauer, se dirigió hacia la puerta con su pesado andar, encontrando a la esbelta Rut Heidebrand, a quien le preguntó por Emanuel Quint, subiendo en seguida a la habitación del loco.

Joseph *el Bohemio* era el cuarto o quinto emisario que enviaban a Emanuel los hermanos del valle, y cada uno le dijo que era obligación de todos los hermanos cristianos perseverar sin desmayos hasta el día final. Y cada hermano se debería consagrar a la misión que se le hubiese confiado, lo que no todos habían obedecido.

Cuando Quint le preguntó al emisario cuáles eran sus actividades, en vez de contestarle lo asedió para que le explicase el secreto del reino de Dios. Emanuel le miró sonriéndole cariñosamente; era la misma sonrisa que tanto seducía a Marthe Schubert, a la caritativa hermana Hedwig Krause, a Rut Heidebrand y a Marie Krause. La misma sonrisa que enternecía a los niños que se le acercaban, y que a Joseph *el Bohemio* le hizo caer de rodillas y besar emocionado las manos del loco, quien le preguntó qué vida hacían los hermanos.

Joseph le informé de que había mucha discordia debido al secreto que guardaba. Los había en contra y a favor de él. Uno de los que estaban con él dijo: «A los que creen en la misión de Quint ya se les ha revelado el secreto, pues no es otro que el de que Emanuel es efectivamente el Mesías.» Otro dijo que estaba convencido de que Emanuel era en cierto sentido el Salvador redivivo, pero quien hubiera escuchado y conservado en su corazón las palabras que había pronunciado varias veces debía saber que todavía había un secreto que Emanuel conservaba para sí. Cada una de estas opiniones tenían sus partidarios. Otros decían, y aun se atrevían a afirmar, que a pesar de la fanática fe de los hermanos Scharf no estaba claro que Quint fuera el Ungido. Esto fue lo que más irritó a los que adoraban a Quint, y Joseph *el Bohemio* le contó que los hermanos Scharf empezaron a gritar, ahogando todas las voces, y que dijeron que si Emanuel Quint no llevaba en sí la sangre del Hijo, el espíritu del Padre, era un miserable impostor.

El pobre Emanuel era un hombre que buscaba a Dios, pero no lo buscaba con la razón, sino con el amor. Y ese amor, como si estuviera en posesión de la

divinidad, emanaba de él sobre los hermanos y hermanas, niños y ancianos, ovejas y palomas y ciegos. La luz divina esparcía luz divina. Entre Quint y el hermano, entre Quint y la hermana desaparecía la distancia y nacía la pura unidad en Dios. A través de esa iluminación se hallaba a veces con Marie y otras con Rut Heidebrand. También con los hermanos Scharf y con todos aquellos pobres y oprimidos seres con los que había coincidido durante alguna oración. Pero desde hacía unas semanas, Quint no conseguía dormir. Hasta entonces, la sosegada paz, el seguro equilibrio de su vida le habían sumido en un estado de serena contemplación y se regocijaba al recordar a todos aquellos que le habían conocido en otros tiempos, sin que él se acercase a nadie ni hablase de la emoción que llenaba su vida, lo que aún hacía que Marie Krause creyese más en su mensaje.

Emanuel despertó de repente de su estado de sopor como si se hubiese recobrado, viéndose indefenso ante los hermanos y las hermanas que le discutían y ante el despiadado odio del mundo, y ante su propia y atormentada conciencia. La palabra impostor le había horrorizado, no obstante saber que no la merecía. De momento refrenó su indignación, pero en el mismo instante la trocó en un sentimiento de perdón para todos. Los veía equivocados, ciegos, pero habían buscado a Jesús con el mismo frenesí que él, y seguía unido a ellos en Cristo.

Quint se daba cuenta de los riesgos de su terca postura. Los hermanos Martin y Antón Scharf le seguían como perros de presa. Desde la plaza del mercado, donde Quint pronunció su sermón sobre la necesidad de hacer penitencia, no le habían abandonado y le siguieron allá donde fuera. Pero Quint no los veía como perros de presa, sino como ovejas descarriadas de un rebaño deshecho, y se sentía unido a ellos por la amistad y el amor.

Sin embargo, el pobre ungido, después del relato de Joseph *el Bohemio*, vivió momentos de intensa angustia, viéndose como una fiera acosada por despiadados cazadores. Oía a los invisibles enemigos que se agolpaban frente a su guarida. ¿O eran acaso sus *jueces*, y tenía él que dar cuenta al mundo de algún delito? No, no. Él sólo se consideraba culpable ante Dios antes de que sus culpas fueran lavadas por Jesús, aquel Jesús que habitaba en él, en su alma.

«No soy yo el que vive, sino Cristo en mí.» «Yo he celebrado la boda mística. Si soy Jesús, sus responsabilidades son mías. Tienen razón los hermanos del valle cuando me llaman el Salvador y exigen de mí sus obras.» La conciencia mesiánica de Quint degeneró hasta este punto al verse obligado a adaptarla a las groseras y apremiantes exigencias de su comunidad.

Con estas palabras habría concluido la conversación de Quint y Joseph *el Bohemio*, pero el loco, después de saludar al emisario de los hermanos del valle, le rogó que tuviera paciencia, pero sin contestar a su pregunta acerca del reino de los

cielos. Sin embargo, después de algunos titubeos, Joseph volvió a hablar, ahondando cada vez más, hasta que finalmente hizo a Emanuel una confesión tan extraña que el loco en Cristo se levantó indignado a la vez que pegaba un puñetazo a la mesa, y Rut Heidebrand, que le observaba a través de la puerta entreabierta, nunca había visto a su ídolo tan enfurecido.

—No se debe echar vino nuevo en pellejos viejos —exclamó Emanuel, y con palabras sencillas, nada bíblicas, agregó—: Diles a los hermanos que lo que hacen no es servir a Dios. Diles que el Salvador está en Dios, y Dios en él, y explícales que no se sienta ni a la diestra ni a la izquierda de Dios. Si discutís por el puesto que queréis ocupar en el reino de los cielos, sois igual que los esbirros que se jugaron a los dados los despojos de Jesús en la cruz. ¡Así es como yo descubro mi secreto, desgraciados esclavos de la codicia, endemoniados locos! Si habéis hecho del Hijo del Hombre el juez del Juicio Final, os habéis convertido en delincuentes. Si le habéis nombrado rey con corona y espada y señor de la tierra, le habéis puesto una sangrienta corona de loco y le habéis derrocado como rey del cielo. Locos y siervos de locos, ¿acaso servís por amor a una recompensa? Entonces empuñad el arado y comed vuestro pan. ¿Queréis almacenar riquezas, poseer oro y ricas vestiduras? Entonces servís al demonio, no a Dios. ¿Qué pretendéis hacer con vuestros mil años cuando estéis ante Dios? ¿Comer, beber, fornicar, gozar de la mesa, maldecir, blasfemar, pronunciar sentencias de muerte, adular a coro con voz temblorosa a un horrible Adonai, cuya izquierda os acaricia, cuya derecha arranca de sus sepulturas a vuestros hermanos, hermanas, padres y madres, los devuelve a la vida y los sepulta en el abismo del infierno? ¿Preferir estos mil años más que la vida en Jesucristo por los siglos de los siglos? Diles a los hermanos que en el cielo los últimos serán tanto como los primeros y los primeros tanto como los últimos.

El primer pensamiento de Quint fue terminar para siempre con la impulsiva y ridícula sumisión de los hermanos del valle que le habían convertido en objeto de una superstición inconcebible, pero en el acto se detuvo pensando en Aquel que para Emanuel era todo caridad y amor, y estaba en posesión de la divina sabiduría. Y esta voluntad del Salvador ordenó a Emanuel que se pusiese en camino y fuera aquel mismo día a ver a los hermanos del valle.

Quint envió por delante a Joseph *el Bohemio*, para que les anunciase su llegada. Y él abandonó la hacienda sin despedirse de nadie, cuando todos se habían entregado al descanso nocturno. Su alma estaba dolorida. Aun cuando pensaba volver pocos días después, el corazón le decía que no volvería. Salió sin hacer ruido, deteniéndose un momento al pasar por delante de la puerta de Rut. Cuando se volvió a detener, pensativo, al llegar a la verja del parque, se dijo que su estancia en aquel jardín había sido como si se hubiese querido cultivar una planta en una tierra estéril. No obstante su tristeza, cuando llegó a la carretera sintió que

recobraba sus bríos. Miraba atrás con profundo agradecimiento. Reconoció la bondad de la señorita Gurauer, de los Krause, de los Heidebrand y de todos los que habían hecho grata su vida durante aquel tiempo, pero seguía adelante con paso firme y decidido, sin otra voluntad que la suya. No buscó ningún cobijo ni aceptó limosna alguna. Todas las ligaduras y prejuicios que le habían ido oprimiendo cada vez con más fuerza durante el otoño y el invierno quedaban ya lejos.

El alma de Emanuel seguía atraída por lo divino. El noble orgullo de su vocación, compatible con la humildad cristiana, le proporcionaba nuevas fuerzas. Comprendía que la ingenua bondad de los amigos de la señorita Gurauer le había sido como un remanso de paz, sin nada que alterase su placidez, sin sospechar que unos y otros sólo anhelaban que recobrase su cordura y no reincidiera en sus prédicas de alucinado. Y siguió andando. Íntimamente, sentía que quería más a los enemigos que le habían arrancado de su asilo que a los amigos que se lo habían proporcionado.

Se proponía reprender duramente a los hermanos del valle, corregir su error, sin darse cuenta de que era él quien les había abandonado y sin pensar que los que quedaban seguían teniendo una fe ciega en él.

No es lo mismo ser perdonado por bondad de corazón que ser esperado, amado, incluso divinizado, aunque se deba a la ingenuidad y a la ignorancia. Además, el loco en Cristo no sospechaba lo que durante su ausencia había ocurrido en las reuniones del molino del valle.

Allí reinaba la más horrible confusión. Los hermanos habían pasado el invierno entre idas y venidas, esperanzas e ilusiones, cantos y rezos, con la partición del pan y «bebiendo la santa sangre de Jesús», como ellos decían. El molinero Straube, hombre taciturno y en cuya alma no era fácil penetrar, si abrió su puerta a los hermanos del valle, obedeció a que le atraía todo lo misterioso. Dibiez, el antiguo teniente del Ejército de Salvación, fue introduciendo diversas prácticas de su secta. Y varios hermanos, a propuesta de Antón Scharf y de acuerdo con la Epístola a los Efesios, se pusieron el nombre de Comunidad del Secreto.

La degeneración que se fue apoderando de las reuniones fue causada en parte por el tambor y el arpa de David del antiguo teniente del Ejército de Salvación, pero aún más por la pretensión de la comunidad de crear una secta secreta. Los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles han brindado siempre abundantes pretextos para la formación de asociaciones secretas. Aquel que se siente perdido entre la muchedumbre tiende a distanciarse de ella mediante algún

secreto, con cuya ayuda pueda sentirse como un iniciado, en tanto que la masa constituye el grupo de los ignorantes. De este modo se convierte en un elegido y con un número más o menos reducido de camaradas se ensalza a sí mismo y puede considerarse un ser afortunado, mientras que de otra manera se vería obligado a vegetar. Hasta los niños que comparten un secreto se sienten importantes. Dibiez impuso la costumbre de confesar los pecados en voz alta durante las reuniones y de dar testimonio de la iluminación obtenida por la gracia de Jesucristo.

El sastre Schwabe los superaba a todos. Él fue el que un día lanzó una profecía y el que introdujo en la comunidad el tono apocalíptico y las visiones y fantasías apocalípticas. También fue el primero en llamarse santo a sí mismo, y a los hermanos Scharf, y al tejedor Schubert, pero sólo en espíritu apostólico. Cuanto más arraigaba en oradores y oyentes la conciencia de santidad, más monstruoso era el fanatismo de sus prácticas.

Quien hubiera conocido a aquella gente cuando aún buscaba remedio a sus miserias, oprimida bajo el yugo del trabajo, se habría asombrado al ver la volubilidad de la naturaleza humana. El sastre Schwabe, en otro tiempo imagen viviente de la timidez, era ahora un hombre autoritario. Algunas prácticas que él impuso a la comunidad le habían convertido en un jefe poco menos que indiscutido. Iniciaba siempre sus sermones con las mismas palabras: «Silencio, silencio, pueblo del Señor. Aquí donde se anuncia su palabra, está Él presente. ¡Silencio! Dios está presente.» Y luego continuaba en idéntico tono. En la voz del heraldo de Dios no se habría encontrado rastro alguno de la tímida humildad del contrabandista de otros tiempos.

Los hermanos, cuando no rezaban o dormían, discutían sobre la palabra de Dios, confundiéndose cada vez más con la lectura de los Evangelios, de los Hechos de los Apóstoles y de las Epístolas, sin hablar del Apocalipsis y del Antiguo Testamento.

La locura de los hermanos subió un poco más cuando Joseph *el Bohemio*, con el torpe dedo siguiendo las líneas, deletreó las palabras: «¿Quién se atreverá a culpar a los elegidos de Dios? Dios es quien administrará justicia aquí.» Otro se había aprendido esto otro: «Nada hay condenable en aquellos que están en Jesucristo.» La esperanza en el reino de los mil años dio un fruto funesto: todas las ilusiones tuyas se fundieron en una idea quimérica, rígida e inamovible. El Dios del amor de las Sagradas Escrituras salió de los estrechos dominios de su alma para penetrar en la naturaleza animal de cada cuerpo, excitando sus adormecidos instintos. El miedoso perseverar y la angustiada espera de aquellas criaturas se había trocado en una sed abrasadora, en una fiebre de codicia, en una búsqueda

insaciable, más agotadora que una enfermedad.

Y una noche, después de haber hablado del cielo y del infierno durante dos horas, de la eterna bienaventuranza, de los pecados, de los castigos, del perdón, de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, de la nueva Sión y del Juicio Final, se desató un nefasto e inesperado histerismo.

Las apariciones de fantasmas y las manifestaciones de difuntos y espíritus ya habrán excitado a los hermanos del molino del valle, pero lo que entonces ocurrió fue la irrupción de una especie de enfermedad física, semejante a las que, con carácter de epidemia, abundaron en la Edad Media. ¿A qué se debió?

Una robusta y rubia campesina de dieciocho años, Theresia Katzmarek, empezó a mover extrañamente la cabeza, primero despacio, pero luego con tal rapidez, que muchos hermanos y hermanas se asustaron e interrumpieron la ceremonia para atajarla, pero no lo consiguieron. Ni los gritos ni los golpes valieron. La cabeza de Theresia Katzmarek seguía moviéndose. La bella cabeza de la joven seguía con la misma violencia, ahora hacia un hombre y ahora hacia el otro, tan vertiginosamente que era imposible seguirla con la mirada. Parecía como si su pobre cabeza se hubiera convertido en un algo independiente del cuerpo, en una especie de ave que tratase de zafarse de un lazo, o como si la cabeza quisiera desprenderse del cuerpo. Todos estaban pendientes de ella y reinaba un profundo silencio, y la cabeza de la infeliz, con el ruido que hacía al agitarse, produjo un efecto más inquietante todavía. El cabello le caía sobre el rostro, en el cual se advertía la expresión de una infinita ternura. Era como si fuera a romperse la conexión del cuello con el torso. Luego se oyó un ruido en otro extremo del viejo granero, al que llegaba la luz de unas linternas. Todos se volvieron hacia el ruido y vieron que la cabeza de una anciana había comenzado a agitarse en la misma forma, y segundos después otra mujer se arrojó al suelo. Las tres mujeres cayeron víctimas de las largas vigiliyas, de tanto rezar y cantar, de la confesión de sus culpas, de la contrición y de todas las fantasías infernales y celestiales, y siguieron unos gritos de horror al oír una voz que aseguraba que había llegado el fin del mundo y el Juicio Final. Algunos salieron fuera como enloquecidos, otros cayeron al suelo y, señalando al cielo, gritaron que veían en sus tronos, rodeados de una corte de ángeles, a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo. Algunos lloraban como niños. Martin y Antón Scharf salieron para ver lo que ocurría y se metieron hasta las rodillas en el canal del molino.

Nadie ignora que la noche puede desatar los demonios que habitan en el interior del hombre, pero la radiante claridad del sol cubre los abismos e invita al

alma a la luz y al orden. Lo que ocurrió en aquellos minutos de terrible confusión no lo hubiera consentido el día. El amor es el lazo de unión de todas las comunidades en Cristo. Como dice Pablo, invocando el nombre del Salvador desaparece entre hombre y hombre el muro que les separa. La fe mueve montañas y el justo no está sometido a ley alguna.

El miedo, el sobresalto, el júbilo y las fantasías llevaron a muchos a abrazarse unos a otros, pidiéndose auxilio, y otros se quedaron indecisos, aturcidos... En el huerto del molinero, iluminados por un débil rayo de luz que se filtraba por una ventana, un hermano y una hermana bailaban. Las mujeres corrían de un lado a otro del molino con el cabello suelto y buscando como fantasmas, y otras, sin saber por qué, se quitaron la camisa y las sayas y echaron a correr totalmente desnudas hasta los campos cercanos, quizá con el impulso de ofrecerse en holocausto. Seguramente su actitud se debía a la influencia de la parábola de las vírgenes necias y de las vírgenes prudentes y del celestial esposo. Pero en algunos casos al esposo lo sustituyó un hermano que obedecía al enemigo en Cristo.

Las orgías de apariencia religiosa se repitieron con frecuencia, y la noticia llegó a oídos del hermano Natanael Schwarz. El disgusto le tuvo desvelado muchas noches, hasta que decidió ir al molino a imponer el orden, aun sabiendo que se exponía a ver su nombre envuelto en aquella pecaminosa actividad. Y una noche acudió al granero, que era como el reducto de la comunidad.

Lo que dijo el hermano Natanael debió producir un efecto bienhechor en líneas generales, pues sus palabras causaron una impresión casi liberadora, principalmente en los Scharf, preocupados por la ausencia de Quint y la conducta de los hermanos. Pero no tuvo el tacto de pasar de soslayo sobre ciertos aspectos, lo cual había de irritar a unos y desconcertar a otros.

—Yo conocí a vuestro Emanuel Quint —comenzó diciendo— probablemente antes de que ninguno de vosotros oyese hablar de él.

Luego dijo que Emanuel demostró que estaba loco siendo aún joven, como lo confirmaban sus propios padres, además de otras muchas personas sensatas. Dijo que no pretendía que se disgregase la comunidad al descubrir su error de ver en Emanuel Quint a un servidor de la palabra divina, pues también él había sido engañado en igual o mayor medida por el falso profeta. Y añadió que estaba dispuesto a confesar un pecado que había cometido en unión de Emanuel Quint, habiendo suplicado a Dios que le perdonase. Explicó lo que hizo con Emanuel en un arroyo a la salida del sol. Pero como el bautismo se había debido a los desequilibrios de Emanuel, aun reconociendo su parte de culpa, entendía que

había que olvidarlo, considerándolo como un desliz sin mayores consecuencias.

Cuando terminó de hablar hubo un murmullo de desaprobación, destacándose un trapero que se había unido a la comunidad de Quint en Giersdorf y estuvo presente cuando el asalto nocturno, del que salió lesionado. En su mirada se advertía una desesperada ambición. Es sorprendente ver hasta qué punto el hipocondríaco se aferra a la vida una vez se libra de la miseria merced a su codicia. Era el miedo a la muerte lo que había llevado a este hombre a aferrarse a las fantasías de la vida eterna. Es el miedo lo que lleva a muchos ingenuos hasta las redes de los curanderos del alma y del cuerpo. Y ese trapero se había aferrado a los mitos e ilusiones levantados en torno a Emanuel Quint como un náufrago a la tabla que puede ser su salvación. Pero después de oír a Natanael, replicó que Quint, si no era lo que había dicho de sí, era el más cínico de los impostores que se tenía conocimiento. Pero al instante volvió sus armas contra sus hermanos con tanto furor que todos los que no estaban de acuerdo con él se atemorizaron. Así ocurrió que al hermano Natanael se le llamó embustero, traidor, siervo de Satanás, hasta que alguien lanzó la palabra «Judas», que fue como una chispa cayendo en un barril de pólvora. Al hermano Natanael no le quedó más recurso que el de huir, lo que aprovechó Joseph *el Bohemio* para anunciar a la comunidad la próxima llegada de Emanuel al molino. Ante este anuncio, pareció que su locura alcanzase a cada uno de los hermanos. El júbilo se apoderó de todos y unos y otros *se* saludaban gritando: «Bendito sea el que viene en nombre del Señor», y se referían los prodigios de Emanuel, los acontecimientos más decisivos de su vida desde que pronunció su primer sermón en la plaza del mercado de Reichenbach. Todos dieron rienda suelta a la fantasía, sin el menor sentido de la realidad. Los hermanos Scharf dijeron que sentían en su cuerpo la proximidad del que había de venir y algunas mujeres juraron que habían visto al Salvador, en la pradera, en el huerto, en la orilla del pequeño río...

Joseph *el Bohemio* transmitió las apocalípticas palabras de Quint, tal como él las había entendido, al círculo que formaban los hermanos Scharf, el sastre Schwabe, Schubert, Krezig, el trapero, el molinero Straube... Aquellos hombres miedosos y avaros supieron entonces que su ídolo estaba muy disgustado por algunas faltas que habían cometido, pero siguieron con una fe mayor después de oír a Joseph *el Bohemio*.

CAPÍTULO XVII

A las nueve de la noche, después de algunas falsas alarmas acerca de la llegada del loco en Cristo, apareció Marthe Schubert gritando: «Ya viene, ya viene», anunciando a los hermanos Scharf y a su padre que Emanuel llegaba por el sendero que terminaba en el puente, al otro lado del molino.

Cuando se calmó por unos minutos la excitación de los reunidos, entre el silencio de una espera que casi paralizaba los corazones, un cuerpo apareció descendiendo un ribazo, lento el paso, como si se recrease contemplando entre el ramaje los arabescos de la luna. Era Emanuel Quint, al que unos esperaban de rodillas, otros con la frente en el suelo, quién llorando y quién rezando, y todos con las manos cruzadas y tendidas hacia él.

El mismo molinero Straube, que no creía demasiado en las cosas del espíritu y se resistía a hablar de ellas, dijo que al ver a Quint forcejeó consigo para no postrarse lo mismo que los demás. El misterio y el error se daban la mano.

Dios es espíritu, y Quint tenía la certidumbre de que en su interior habitaba Dios, y aquellas almas atormentadas veían en él al hijo del carpintero de Nazaret. ¿Quién podría afirmar con certeza que Dios, Cristo como verdad espiritual, no se hubiera opuesto a tanto error?

Por este motivo, el nuevo encuentro fue para Quint y sus seguidores decididamente nocivo, toda vez que se volvían a estrechar los antiguos lazos que le otorgaban a Quint una aureola mística.

Emanuel permaneció largo rato en el patio, contemplando el rebaño de sus seguidores arrodillados. Era sorprendente que aquellos hombres no le parecieran a Quint ni sensibles en su locura ni ridículos, aun después de superar el asombro y el sobresalto del primer momento. Una característica de Quint era que en todas las situaciones adoptaba una postura decididamente admirable. Aquel hombre extraño, sin la menor formación, había sabido elevarse hasta el Señor por sí mismo. Aparte de su amor a Dios y a todo lo divino, la pasión de su alma se reflejaba en la expresión de su rostro, en su comportamiento, en cualquiera de sus palabras y sus ademanes.

Con la presencia de Quint, el molino recobró la paz y la tranquilidad, como por arte de magia. El paroxismo hubo de dejar el sitio a una silenciosa y sobrecogedora

espera. Los cantos y rezos en voz alta se trocaron en un suave murmullo, y ni el tambor ni el arpa de David de Dibiez se volvieron a oír.

Marthe Schubert informaba de tiempo en tiempo a la multitud que se agolpaba junto a la puerta, y hasta al molinero Straube, que de ordinario contemplaba aquella actividad con irónica reserva, se le veía ahora convencido y jubiloso. Parecía como si se hubiera convertido en un humilde huésped.

Emanuel se había retirado a una pequeña habitación de la planta baja, frente a la puerta de entrada, y el rebaño se enteró de que el profeta quería hablar antes con el reducido círculo de los elegidos y por separado con cada uno. Y el molino, que hasta entonces había sido escenario de una vida agitada, pareció como si hubiera quedado desierto de repente.

Quint le pidió a la criada que llamase a su habitación a Martin Scharf, y cuando salió Martin, entraron sucesivamente Antón Scharf, el tejedor Schubert, Dibiez, Krezig, el trapero, el tejedor Zumpt, el molinero Straube y el sastre Schwabe, y cada uno de ellos habló con el Señor de Giersdorf.

A raíz de los diálogos que se fueron sucediendo, floreció en el molino el amor, la obediencia, la oración, la fe, la entrega ciega y sin reservas, a pesar de que Emanuel había condenado la anterior actividad de sus hermanos. Era como si todos hubieran reconocido sus errores con sólo verle, antes ya de que empezara a hablar.

Quint explicó a Dibiez, sin que éste lo entendiera, que el reino de Dios nada tenía que ver con las cosas de este mundo. Para sorpresa de todos, condenó no sólo el tambor del Ejército de Salvación, la guitarra de Dibiez y los cantos de júbilo, sino también otros más sencillos.

—Cuando Jesús —dijo Emanuel— caminó por primera vez sobre la tierra, hace ya casi dos mil años, no cantaba. Él pronunció la palabra de Dios con sencilla y santa voz.

Entonces Quint, que quería expulsar el enfermizo fuego que anidaba en el alma de los hermanos del valle, les rogó a éstos que en lo sucesivo se abstuvieran de pronunciar sermones, de confesar sus culpas en voz alta, de predecir el futuro y aun de rezar en voz alta.

—Si queréis y tenéis necesidad de rezar, os diré que los discípulos de Juan el Bautista rezaban, pero los discípulos del Salvador no rezaban. Rezad cuando estéis solos en vuestra habitación. Os diré qué mal sería para vosotros que vuestro Padre celestial no supiera, antes de que acudáis a Él con la oración, quién de vosotros está necesitado. El Espíritu de Dios es sabio, pacífico y justo. Pero si algo o alguien crea en vosotros imágenes de miedo y de horror, de placer o de crueldad, estad seguros

de que no es el Espíritu del Padre.

Cuando el molinero Straube se vio delante de Emanuel Quint, no acertó a encontrar la actitud correcta ante las sencillas preguntas que le hizo. Emanuel le veía culpable. Al preguntarle sobre las escenas que habían tenido lugar con las mujeres del molino, incurrió en contradicciones y habló sin coherencia alguna.

La doncella, al verse a solas con Quint, después de besarle las manos y los pies llorando inició su confesión. Su devoción de católica y el pecaminoso fuego de su corazón se manifestaron, y Emanuel, que sólo pretendía aconsejarla impulsado por su amor al prójimo, supo cuáles fueron sus pecados, entre los cuales precisó un atentado contra su castidad, llevándola de la mano el molinero.

Emanuel debió impresionarse ante los testimonios de amor casi animal, y aun cuando estaba firmemente decidido a hacer limpieza, pues era lo que le había llevado al molino, su ferviente deseo era seguir como pastor de aquellas descarriadas ovejas.

Si aquellos infelices habían sufrido durante su vida hambre corporal de pan, ¿no era sorprendente que a pesar de la miseria sufrida tuvieran hambre de pan espiritual?

Aquella noche los hermanos comprendieron que aquélla iba a ser la última reunión en el granero del molino. Entretanto, Emanuel llamó a su lado a todos aquellos que habían hablado con él por separado y, de pie al lado de la mesa en la que ardía una vela, durante media hora les fue adoctrinando para que no siguiesen esclavos de las supersticiones, contra las cuales peroró con una energía que les sorprendió a todos.

—Hoy, como en los tiempos de Jesús de Nazaret, la tierra está llena de maleza. Es casi imposible hacerse una idea de cómo la planta de la superstición se ha extendido por el mundo. Por eso el secreto del reino de Dios sigue siendo tan secreto como en los tiempos de Jesús. Por este motivo me veis abandonado y solitario, cuando he sido elegido por el Padre de entre aquellos que deberían ser el retrato de su Hijo primogénito, como dice el apóstol Pablo. De este secreto, que me ha sido dado a conocer, vosotros no sabéis nada, y tampoco yo puedo revelarlo. Sólo el Padre, que habita en mí, podrá hacerlo. Y cuando el Padre os lo revele, venid a mí y llamaos mis hermanos.

Emanuel les rogó que desde el día siguiente, liberados ya de sus pensamientos, no le siguieran más. Pero entonces todos, casi llorando, le pidieron que no los abandonase.

—Vosotros habéis visto lo que le ha ocurrido al hermano Natanael, cuyo bautismo yo también recibí, pero le habéis llamado injustamente Judas, aun

cuando el hermano Natanael no ha sido honrado por el Padre con el conocimiento del secreto del reino.

El sastre Schwabe le pidió entonces:

—Revélanos, señor, el secreto del reino.

Con la excitación del encuentro, y a causa de su más cuidado porte y mejor aspecto físico, se había impuesto definitivamente entre los hermanos del molino el tratamiento de «Señor» siempre que hablaban con Emanuel.

—El reino de Dios es semejante a un grano de mostaza —respondió Quint—, es semejante a una perla por la que estoy dispuesto a ofrendar todo lo que poseo; es semejante a un tesoro escondido en el campo que yo compré; el reino de los cielos está dentro de mí, el reino de los cielos es el tesoro de un niño. Pero la Sión, que descende de las nubes con casas hechas de oro, con valles de jaspe, zafiro y esmeraldas, no es el reino de los cielos. ¿Por qué pretendéis que Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo descienda de las nubes entre sonos de trompeta, cuando Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo es totalmente desconocido de vosotros?

Entonces Emanuel Quint, el loco en Cristo, llevó a cabo de forma impremeditada algo que después fue tenido por un grave delito y que endureció mucho el corazón de los jueces. ¿Qué hizo? Cogió la Biblia, que uno de los hermanos Scharf había puesto en la mesa, cerca de la vela, y la arrojó contra la pared.

Los hermanos del molino del valle, aun cuando de momento se quedaron aterrados y temieron que pronto caería fuego del cielo, no se atrevieron a moverse.

—¡Os prohíbo que leáis ese libro! Oídme: ¡os prohíbo que lo leáis! —gritó Emanuel varias veces, y no con el espíritu de Lutero—. Os lo prohíbo porque es un granero lleno de malas hierbas y venenosas, con sólo algunos granos de buen trigo. También aquí el reino de Dios no es sino un grano de mostaza. ¿Qué leéis en ese libro? ¿Qué recogéis vosotros de este campo del buen Padre, en el que el enemigo malo sembró cizaña en la oscuridad de la noche? Vosotros creéis que con imponer las manos y hacer prodigios habéis recibido el Espíritu Santo. Pero lo que habéis recibido es la peste de la codicia, la ambición. ¿Creéis que el amor a Jesús es un ansia irrefrenable por acumular riquezas? ¿Qué pretendéis obtener de Dios? ¿Creéis que por agitaros, por gritar hasta destrozarnos la garganta, Dios va a compartir su cetro con vosotros? ¿Creéis que en vuestras ciegas manos estará mejor custodiado que en las suyas? ¿Qué os lleva hasta el trono de Dios? ¿Qué os lleva a Dios? ¿Qué pretendéis de él? ¿Qué os preocupa? ¿Por qué golpeáis la puerta del cielo? ¿Qué leéis en ese libro? ¡Mentiras, mentiras, y sólo mentiras! En los jardines

y en los huertos la mentira crece por encima de la buena hierba, y reina en las más ilustres mansiones, en los palacios y en los templos.

No fue ciertamente mucho ni demasiado lo que los hermanos pudieron comprender de estas palabras, pronunciadas con tono colérico, a las que siguieron otras de amonestación y de amenaza, que Quint pronunció en su deseo ferviente de extirpar la superstición de los hermanos del valle. Los meses que Quint había pasado en la propiedad y en la biblioteca de la señorita Gurauer, como ayudante del pastor de Miltzsch, con la familia Krause y en otras casas de buenos cristianos, habían dejado hondas huellas en su alma. No obstante, Emanuel no veía ahora a los hermanos desde otro nivel, ni tampoco esto había sido la causa del distanciamiento que le separaba de ellos. Por el contrario, de la manera como les había hablado y de la fuerza de sus palabras se podía deducir que la calma del jardín de Miltzsch aún había agravado su locura. Sus oyentes advirtieron cómo en él se iba afianzando la conciencia de su identidad con el Salvador. Y había de ser así cuando Emanuel había asegurado que estaba en posesión del secreto de los cielos.

En realidad, Emanuel Quint ya no veía al Salvador en el libro de la Biblia que él mismo había maltratado, sino sólo en sí mismo. La santa locura había sido rechazada una vez, pero desde aquel sueño en que Cristo penetró en Quint, había tenido tiempo suficiente para fortalecerse de nuevo. Y el comportamiento del loco en Cristo ya no recordaba la humildad y la sumisión de otros tiempos.

Durante la comida que celebraron los extraños apóstoles y el molinero Straube con Emanuel en el granero, se puso de manifiesto en qué escasa medida se había cumplido el objetivo de la visita de Quint. Cuando no Martin Scharf, era su hermano, o el trapero, o el sastre Schwabe, quien le hacía al profeta toda suerte de preguntas.

—Señor —dijo el sastre Schwabe—, tú has obrado prodigios en el viejo Scharf, en Marthe Schubert, en la campesina paralítica, en la mujer agonizante y en otras muchas personas.

Quint repuso que si algo había hecho fue sencillamente obra del Padre. Jesús también había hecho milagros y prodigios.

Aun cuando con estas palabras había pretendido dar una explicación, no consiguió apartar de su idea a los testarudos hermanos: Jesús y él, él y Jesús habían hecho los mismos prodigios.

—¿Cómo queréis comprender los prodigios de Dios, cuando hasta ahora no

habéis comprendido los grandes prodigios con que el Padre os protege? ¡Insensatos! ¿No veis el bosque a causa de los árboles? ¿Qué sois, entonces? ¿Podríais o sabríais pedir al Padre algo que fuera en una milésima parte la maravilla de un lirio o el capullo de una rosa, la garganta o el plumaje de un ruiseñor, sin hablar de la inmensa y fértil tierra ni del cielo infinito con todos sus astros?

»Quien lo pueda comprender, que lo comprenda —terminó diciendo Emanuel—. Los ávidos de prodigios están ciegos desde el vientre de su madre y siguen ciegos y mudos.

—Señor, si es verdad que no hemos rezado con justo espíritu, enséñanos tú —le rogó Antón Scharf.

—Rezad. Venga a nosotros tu reino —contestó Emanuel.

Para la mujer y los hijos del criado del molinero, que estaban asomados a la ventana del granero, la visión de Emanuel Quint, como si fuera el Salvador en la Última Cena, rodeado de sus discípulos, era una extraña escena bíblica, de la que no conseguían apartar los ojos. La larga mesa, en la que había dos grandes pucheros, estaba cubierta con un limpio mantel, y Antón Scharf, radiante de júbilo, iba llenando de vino tinto los vasos de los comensales. Alguna vez veían al Salvador beber. Aquel a quien él le hablaba le escuchaba con emocionado respeto.

De pronto, los hijos del criado, una niña de doce años, un niño de catorce y otro de nueve, vieron a alguien a su lado. No habían oído llegar a la extraña joven, y ahora la miraban entre sorprendidos y asustados. La intrusa no les prestaba atención y parecía como si no deseara nada más que poder contemplar tranquilamente, como los hijos del criado, la escena. Era una muchacha esbelta, con guantes de seda. Un oscuro abrigo con capuchón de forro rojo cubría sus estrechos hombros. Su carita oval y alargada, con grandes ojos rasgados, tenía el delicado y puro encanto de la incipiente doncella. En las manos tenía una esclavina con cintas negras. El sencillo vestido no le llegaba hasta los delicados pies, y estaba ajustado a su fino talle por un cinturón de cuero negro. Al volverse, dos espesas y negras trenzas que le caían sobre los hombros brillaron bajo la luz.

Resultaba extraño ver a la joven en aquella compañía, pues sin duda se trataba de una hija de familia distinguida. Contemplaba la escena con la misma atenta mirada de los hijos del criado y seguía la extraña cena de los comensales desde detrás del cristal de la ventana. Poco después, Joseph *el Bohemio* se acercó a la ventana, y su rostro grotesco demostró la misma sorpresa que los pequeños

espectadores. Entonces la joven intrusa, visiblemente impresionada, se apartó de la ventana. Joseph llegó hasta donde estaban los pequeños, pero no logró ver a la intrusa, que se había escondido en la oscuridad y le observaba. Pareció como si Joseph quisiera preguntar algo a las criaturas, pero volvió al granero sin decirles nada.

En aquella hora de creciente intimidad, una hora venturosa en que se celebraba el nuevo encuentro con los amigos, Emanuel fue objeto de toda suerte de preguntas.

Y uno tras otro le fueron preguntando si no les podía comunicar el secreto del reino de los cielos. Schwabe dijo, evidentemente preocupado, que probablemente consistía en que los antiguos apóstoles ya habían sido nombrados jueces del Juicio Final. Todos, con la mayor impaciencia, querían saber cuándo iba a empezar el reino de los mil años, cuándo se iban a manifestar Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, no ya en las cosas ínfimas, sino en toda su magnificencia.

Pero Emanuel se limitó a sonreír y no respondió a sus preguntas. Las buenas gentes y malos cristianos, como ellos se llamaban en secreto, le seguían acosando con sus preguntas, y él se limitaba a mover la cabeza con tristeza, sonriéndoles. Y antes de retirarse a descansar, Emanuel hizo prometer a todos que a la mañana siguiente, al amanecer, se dispersarían.

Emanuel Quint se despertó sin que hubiese dormido una hora y cuando la manecilla del reloj acababa de señalar la una. Se restregó los ojos al ver una silueta oscura junto a la pequeña ventana de su habitación, mientras oía el rumor del río. Preguntó quién era, pero la oscura figura no se movió ni respondió. El corazón del loco en Cristo empezó a latir con fuerza. Saltó de la cama, se vistió rápidamente, encendió la luz y descubrió a Rut Heidebrand. El encuentro trastornó a Quint, y cuando más tarde dijo que había presentado las nocivas consecuencias del encuentro, no supo razonarlo, como no comprendía adonde le llevaba su destino. Después se sabría que en el alma del hijo del carpintero latía una viva simpatía por la hija del jardinero, a la cual le movía un agudo histerismo, pues de otra manera habrían recaído sobre ella ciertas sospechas. Pero la insensata y morbosa inclinación de la pequeña Rut no podía figurar en el libro de culpas del pobre Quint, aun cuando fuera la causa de su ruptura con la señorita Gurauer, con los padres de Rut, con los Krause y con otros muchos amigos, y proporcionase a sus enemigos armas con que atacarle.

Ni antes ni después, nunca Emanuel hizo uso de expresiones tan duras,

enérgicas y condenatorias como cuando se dirigió a la pequeña Rut Heidebrand.

Pero la pequeña Rut le miraba fijamente con sus grandes y húmedos ojos, como si le dijera: «No tengo miedo alguno a la cólera de mi Salvador, de mi buen pastor, que coge en sus brazos a la oveja descarnada, ni tampoco a la cólera de aquel que es la bondad eterna y cuyo rayo hiere mis ojos; no le tengo miedo al que es todo caridad.»

La fe y la confianza que Quint veía en los ojos de sus toscos seguidores sólo podía proporcionarle el testimonio de que, como dice el apóstol Pablo, «rivalizaban en servir a Dios, pero sin conocimiento». Y estas fe y confianza eran como si se trabasen sus pensamientos y sus decisiones. Probablemente, de no haber existido esta manía obsesiva, Emanuel Quint habría sabido encontrar el medio para apartar de su lado a estos creyentes, sólo con la confesión pura y limpia de la verdad. Pero culpable o no culpable, Emanuel seguía siendo deudor de sus seguidores. En aquel momento, la confianza y la fe hablaron a Quint, cuando acababa de cumplir veintinueve años, por boca de k dulce jovencita y desde lo más profundo de su alma, en la que jamás había penetrado la mínima sombra de una duda.

Era el amor mismo que le miraba. Y el loco comprendió el peligro y sus posibles consecuencias.

Hostil la voz, le fue preguntando:

—¿Qué quieres? ¿Quién te ha dado permiso para venir hasta aquí? ¿Qué has venido a buscar? ¿Qué pretendes?

Rut bajó los ojos y pareció repetir ks mismas palabras que en otra ocasión semejante: «Adonde quiera que vayas, iré yo; donde tú te quedes, me quedaré yo. Tu pueblo es mi pueblo y tu Dios es mi Dios. Donde tú mueras, allí moriré yo.»

Y de nuevo clavó sus ojos en Emanuel, con una limpia confianza en k mirada, y él nada pudo oponer a esta confesión. Las pocas palabras con que k Rut bíblica se había forjado su corona eterna, radiante a través de todos los tiempos y entre todos los pueblos, y que en la balanza pesaban tanto como todas las palabras de la Biblia y como todas las palabras de todas las bibliotecas del mundo, no las oyó Emanuel, pero sintió interiormente la fuerza de la confesión. Cada vez más pálido, y como si tuviera conciencia de que toda oposición carecería de sentido, juntó las manos con angustioso temblor. Poco después inclinó la cabeza, separó las manos y comenzó a ir de un lado a otro de la habitación, meditando en la huida de la pequeña Rut de casa de sus padres, sabiendo que la culpa recaería sobre él.

—Te has puesto en una grave situación, y a mi más que a ti.

Rut respondió:

—¿Qué puedo hacer yo si he de perder a mi esposo?

—Todos sois incomprensibles.

—Enséñame tú, para que sea comprensible —replicó Rut.

Él añadió:

—Honra a tus padres y no los aflijas. ¡Piensa en lo que ahora sufren! Nos encontrarán, y a ti te devolverán a casa con el gendarme.

Rut dijo entonces que el «padre» no lo consentiría. Y como Emanuel le contestase que no comprendía el significado de esta palabra, Rut añadió: —Me refiero al Padre que habita en ti.

Emanuel se impacientó, diciéndole:

—¿Qué buscas? ¿Qué quieres de mí? Nada sé de las legiones de vuestro Padre celestial. Yo no soy ni hijo de un rey de esta tierra ni hijo de un Dios que blande su espada. Sólo soy un pobre hijo de hombre. Quien esté dispuesto a seguirme, debe caminar descalzo sobre guijarros afilados. La lluvia calará sus huesos, el pedrisco golpeará su frente, cogerá limosna donde se la ofrecieren y será, lo mismo que yo, despreciado repudiado, y al final entregado a una muerte afrentosa.

En aquel instante, Rut se quitó los zapatos, el abrigo y el corpiño negro, y sollozando se arrojó a los pies de Quint, mientras exclamaba: —¡Crucifícame! ¡Quiero morir delante de ti!

Quint comenzó a acariciar su cabeza, pero lejos de los labios de ella. Evitó tocar con las manos los hombros de Rut, viéndolos como las alas temblorosas de un ángel repudiado o escapado del paraíso.

El loco se mordió los labios y se opuso con toda la fuerza de su alma al sentimiento que se iba apoderando de él, y venció. Poco después ayudaba a Rut a calzarse, a ponerse el corpiño y el abrigo que había quedado sobre la mesa.

—Rut, ahora vamos en seguida a casa de tus padres.

Rut no se movió ni dijo nada durante un rato, pero cuando Quint, apiadado, puso su mano sobre el brazo de ella, la infeliz se estremeció, y miró al loco en Cristo con los ojos llenos de lágrimas.

CAPÍTULO XVIII

EN el mismo instante chirrió la puerta de la habitación y apareció la cabeza de Joseph *el Bohemio*, con expresión burlona. Hizo como que iba a retirarse, pero Quint le preguntó qué quería con la mayor naturalidad.

Joseph *el Bohemio* se quedó mudo de asombro al verles solos y juntos, y Quint le pidió con sequedad que se sentase.

Joseph *el Bohemio* había visto temblar los muebles, la ventana y la lámpara de su habitación, como si hubiera estallado una tormenta o como cuando un carro cargado sale de un bache a otro, o como cuando se sufre un amago sísmico. Al mismo tiempo había oído ruido sobre su cabeza, como si alguien subiera presuroso la escalera.

—Si yo pudiera —dijo Joseph *el Bohemio*—, os haría invisibles a los dos y os llevaría hasta Miltzsch, sin que nadie se diera cuenta.

Rut parecía intranquila ante la presencia de Joseph *el Bohemio*, y Quint se sentía incómodo a causa de la confianza que reflejaban sus palabras. No obstante, cuando Quint le pidió que fuera rápidamente a la aldea vecina y buscara a un campesino que tuviera un carro y un caballo para devolver a Rut a su casa, su comportamiento fue el que le era habitual.

Cuando Joseph se fue, Emanuel le pidió a Rut que recogiera para el camino pan, mantequilla y café. Después salieron del molino con paso sigiloso, sin que nadie lo advirtiera, y emprendieron el camino de Miltzsch.

Durante los primeros minutos sólo se cruzaron monosílabos. Ella parecía seguir bajo el influjo de una idea obsesiva, y Emanuel, pensativo y ensimismado, no se decidía a romper el silencio. La pequeña Rut, que había pretendido llevar a cabo su boda terrenocelestial, estaba anonadada porque pensaba que su amor y su ofrenda habían sido rechazados por el dulce y divino esposo.

Pero durante el viaje, en Quint, cuya vida había sido un continuo viajar, se fue fortaleciendo la sensación, indudablemente de carácter religioso, que le elevase por encima de las exigencias del mundo que le rodeaba. Si se pudiera describir esta sensación —y toda la vida consciente no es más que una sensación—, tal vez se comprendería el raro fenómeno de la vida religiosa de este extraño solitario.

La vida de la naturaleza que nosotros conocemos, y en particular la vida orgánica, discurre para nosotros en forma de movimiento, a través de nacimiento,

crecimiento, muerte y resurrección. De forma análoga, en el alma de Quint su más profunda sensación era un nacer a lo divino y un renacer a lo divino. El más impresionante y profundo símbolo del mundo de las imágenes que sus ojos podían aprehender era para él el sol que se hundía y renacía al día siguiente. De la misma forma que el sol se sumergía para aparecer después, se extinguía en Quint la luz, para volver a alumbrar después, y cuando esa luz volvía a alumbrar su alma, Quint veía el mundo con santo júbilo, no como una pequeña llama, sino en toda la gloria, en toda la venturosa luminosidad del Espíritu Santo, o eso era lo que Quint creía.

Pero de la misma forma que el sol, cuando se alza sobre la tierra, no tiene encima sino la inmensidad del cielo, así al invadir el sol el alma de Quint, sentía una sensación de inmensidad, de infinito, que le llevaba a mirar el mundo desde la más alta torre como una hormiga que contemplaba su mundo desde la cima de su diminuta morada.

Y esta sensación era tan universal que Emanuel se sentía vivir dentro del espíritu omnisciente de Dios, y ésta era su única sensación siempre que afirmaba la unidad de él con el Padre, de él con el Hijo, de él con el Espíritu Santo.

El peligro irrumpió cuando Quint se presentó con esa sensación ante las cabañas, palacios y catedrales, donde la conciencia de su corporeidad se vio derretida y desintegrada como la nieve bajo el sol. Así, durante el viaje, la conciencia de la desgracia que se había causado a sí mismo y a la hija del jardinero la atenuó el exaltado júbilo de la inmensidad de aquel momento.

Sin embargo, Quint no olvidó que Rut iba a su lado. Ella se había dado cuenta de que el extraño vagabundo, al que ella llamaba el Salvador, había cogido su mano y la había tenido en la suya durante casi una hora. Más tarde diría que aquel ademán la había reconfortado, consolado e incluso inundado de una dicha celestial. También diría que el inefable loco había hablado con Jesús, con Moisés y Elías, en un clima de beatífica gloria, a pesar de que para ella Emanuel era el Salvador en persona.

El motivo de su error fue el siguiente:

Durante el viaje, y teniendo Emanuel su mano, comenzó a hablar en un tono decididamente bíblico mientras seguían avanzando bajo los rayos del sol matutino. Y Quint se puso a hablar del poder del astro rey, que irrumpe en la vida con el mismo esplendor y el mismo júbilo con que ofrece su holocausto al morir el día. «El sol es un peregrino —dijo Emanuel—. El sol descansa en Dios, pero no reposa en su recorrido sobre las cabañas y las moradas de los hombres. Todo lo que es divino —añadió Quint— peregrina. Y así peregrina el Salvador, y peregrina el Hijo

de Dios, peregrina el hijo del hombre, y así peregrina todo aquel que ha nacido del Espíritu, porque no tiene techo, ni morada, ni caudal...»

Y cuando se alzó realmente el sol, Quint, vencido por un imperativo infantil, cayó de rodillas, y a su lado la pequeña Rut. Después de esta escena, que fue la confirmación de que Quint seguía con su demencia, y durante la cual la enferma Rut creyó verlo en diálogo con Jesús y con los profetas, su alma se fue tranquilizando hasta llegar a un estado de apacibilidad que a Rut le pareció milagroso.

En las dos últimas aldeas por donde cruzaba el camino de Miltzsch, la gente ya tenía conocimiento de la fuga de Rut en busca de Quint, y se la buscaba por todas partes, lo que hizo que al pasar el carro que habían alquilado, sentados sobre un haz de paja, la sorpresa, la curiosidad y las burlas les siguieran durante un trecho del camino.

Si en alguna aldea se les acogía con gritos de júbilo, en la siguiente les precedía la noticia de su llegada, arracimándose la gente para verlos. Quint le propuso al carretero que se dirigiese a las afueras de la aldea y bajara allí con Rut, para no llamar la atención y a campo traviesa llegar a la casa de Rut. Pero entonces vio que les seguía un lujoso coche tirado por dos briosos caballos, el cual no tardaría en alcanzarlos. Y vieron en el coche al señor Kellwinkel. Sin que el cochero redujera la marcha, los caballos pasaron a unos palmos del carro de los pobres pecadores Quint y Rut, pero Kellwinkel reconoció en el acto a Quint y le ordenó al cochero que se detuviese. El cochero obedeció, siguiendo al señor, quien se cuadró delante del carro, mirando enfurecido a Quint. Las palabras con que informó a Rut de la angustia de sus padres no fueron precisamente amables. Rut tuvo que bajar del carro y subir al coche del señor Kellwinkel, que no se le veía dispuesto a tolerar que no se le obedeciese. Entonces se dirigió al pobre loco, seguido del vecindario que se fue agrupando a su alrededor.

—¡Granuja, sinvergüenza, miserable, impostor! Ahora se acabará la confianza que los necios te otorgaron. Si hubiera justicia en este mundo, recibirías tu castigo a la manera rusa: veinticinco latigazos en la espalda cada cuarto de hora. ¡Canalla, sinvergüenza! En el manicomio tendrías que estar. ¡Qué pronto acabaría con tus manías!

Emanuel no contestó, y pareció que el señor Kellwinkel iba a subir a su coche, pero en seguida retrocedió.

—¡Cretino! ¡Desgraciado cobarde! ¿Por qué no levantamos un patíbulo y colgamos a este malvado simio y enemigo de la patria? ¡Idiota! ¡Borríco! ¿Piensas que nos vas a hacer: creer que eres un apóstol, un profeta o el Salvador? ¡Un

sinvergüenza, un anarquista; eso es lo que eres! ¡En la cárcel tendrías que estar!

Emanuel soportó la catarata de insultos del señor Kellwinkel. El alboroto atraía cada vez a más mujeres, niños y obreros de los contornos. Entonces el loco dijo para su desgracia: —¿Es que he cometido algún pecado?

—Eso lo sabrás tú —le gritó el señor Kellwinkel—. Tú sabrás lo que has hecho con esa muchacha, con la hija de tus bienhechores. ¡Tú sabrás los medios, los engaños y las granujadas de que te has valido para que esa infeliz abandonase de noche a sus padres y cayera en tus asquerosas garras!

Al oír estas palabras, los aldeanos adoptaron una actitud agresiva contra Emanuel. Entonces un jornalero que había hablado alguna vez con él aprovechó la oportunidad para acercarse al señor Kellwinkel y decirle que Quint alejaba del trabajo a la gente y que importunaba a todo el mundo preguntando qué era más importante, si la azada o la salvación de su alma.

Cierto que Quint había hecho esa pregunta a los oprimidos del campo, y ahora, al ver que era un jornalero amigo suyo que le delataba descaradamente, se dijo que Judas no era un hombre muerto, sino algo que vivía con un terrible poder en la humana sociedad.

—Hombres como tú —gritó el caballero— deberían terminar en la horca.

Estas palabras parecieron la señal que todos estaban esperando, pues incontables puños se alzaron con ademán amenazador. Con voz temblorosa y por encima de las enloquecidas cabezas, Quint preguntó: —¿Quién de vosotros me puede probar un pecado?

Todos se contuvieron. Y esta cita del Salvador, en la que creyeron encontrar una prueba de la extraña demencia del loco, provocó un diluvio de carcajadas, lo que fue su salvación.

«El justo tiene que sufrir afrentas», fue lo único que pensó Quint. Seguidamente vio que el señor Kellwinkel cogía a Rut y se la llevaba al coche contra la voluntad de ella, partiendo en el acto a todo galope.

El campesino que había traído a Quint y a Rut empezó a despotricar y a decir que se le había estafado, pues ni Kellwinkel le quiso pagar el viaje. Quint le dijo que continuara hasta Miltzsch, donde recibiría su dinero sin faltarle un chavo.

La desaparición de la pequeña Rut, a quien se suponía al lado de Quint, había indignado a toda la comarca. Durante veinticuatro horas, los padres de Rut, los Krause, la familia Scheibler, el pastor Beleites y su hijo no sólo estuvieron preocupados, sino que planearon un escarmiento como si se hubiese cometido un crimen. Pero cuando se supo que la pequeña Rut seguía con vida, ya sólo se pensó

en las represalias que había propuesto el señor Kellwinkel y en las que encontraría Quint su merecido.

El pobre loco había llegado a su antiguo asilo muy decidido y sin ningún temor, pues durante el tiempo que estuvo allí había ido madurando el deseo de salir de aquel refugio que él veía como las aguas tranquilas de un lago y prefería las aguas turbulentas de los ríos. Durante una noche no salió de su habitación, y le llevaron café, mantequilla y pan. Entonces se le presentó el jardinero, quien le recriminó su conducta, pero con voz tan triste y reprimiendo el llanto, que Emanuel terminó diciéndose que lo que había ocurrido era un castigo del cielo del que él era culpable, y sintió una dolorosa piedad por el padre de la muchacha.

A la señorita Gurauer se le había informado telegráficamente de la vuelta de Rut, y a la pregunta de si tenían que dar cobijo a Quint cuando regresara contestó que lo echasen a la calle. Pero la sinceridad de Emanuel puso fin al temor de Heidebrand, pues supo que la fuga de la pequeña Rut había sido sin el conocimiento del loco en Cristo, lo que demostraba que Emanuel no influyó en la decisión de la pequeña.

Pero empezaron a acudir a casa del jardinero amigos suyos convencidos de que Emanuel era un sinvergüenza o estaba loco, y aun cuando no puso en práctica la orden de la señorita Gurauer, tuvo que admitir que el pobre loco se había quedado sin asilo, y por si era poco, aún se añadió la prohibición de que la pequeña Rut volviera a ver a Quint, impuesta por el médico que visitó a la hija del jardinero. Entretanto, la señora Heidebrand, que había pasado horas de angustia durante la búsqueda de su hija, estaba muy abatida, y el joven Beleites, que había pasado los días y las noches rabiando de celos y de vergüenza, lloró en la casa del jardinero y habló duramente a los padres de la pequeña Rut, además de confesarles su amor. La familia del maestro Krause acordó, entre lágrimas y disputas, y contra la opinión de Marie, rechazar a Emanuel Quint. Pero Marie le defendió, y en su defensa del loco no fue muy justa con Rut, de quien dijo que era una muchacha demasiado fogosa.

Pero todos sus argumentos de nada le sirvieron, pues su padre había decidido no admitir al peligroso loco al enterarse de la desaparición de la joven.

Por lo demás, el humilde y bondadoso maestro de escuela, cuya plácida existencia estaba ligada a la amistad de sus incontables amigos, no podía pensar en otra decisión, pues no habría sido sensato oponerse a la unanimidad con que se condenaba a Quint.

El Jueves Santo, cuando los niños iban de puerta en puerta cantando y recogiendo algunas monedas, nadie salió a recibir a Emanuel cuando llamó a la

puerta de los Krause, pero al acercarse vio que salía Natanael Schwarz, que, como se sabía, había pretendido la mano de Marie hacía algunos años.

Natanael Schwarz dio un gran rodeo para no acercarse a Emanuel, y luego se metió por una calleja. Emanuel fue despedido secamente por la criada, quien cerró de un portazo. Pero en el mismo instante, desde el ventanuco de la buhardilla, y arrojado por una mano que no vio, cayó a sus pies un sobre con una nota que Emanuel no se atrevió a leer hasta que estuvo solo en el campo. La nota decía: «Yo creo en ti.»

CAPÍTULO XIX

CUANDO el domingo de Pascua la criada del jardinero se disponía a abrir los postigos de las ventanas en las primeras horas de la mañana, observó con gran asombro que la plaza que había frente al jardín, el camino y el campo de detrás de la tapia estaban invadidos por varios centenares de forasteros. Es cierto que los domingos solían acudir al pastor de Miltzsch bastantes pacientes, a veces hasta cuarenta, algunos de los cuales se presentaban en las primeras horas de la mañana con la intención de que fuesen los primeros en ser atendidos, pero de dónde llegaban aquellas doscientas personas era lo que la sirvienta no conseguía explicarse, y se quedó quieta, mirando con los brazos cruzados sin acabar de abrir los postigos. Su misma pregunta se la hicieron a ella los mozos que trabajaban en el jardín, sin que supiera qué contestarles. Los congregados aumentaban por momentos, y la muchacha vio que por el camino que cruzaba el campo iban llegando más desconocidos, incluso algún niño, además de gente ya mayor que se unían a los ya numerosos grupos. Había salido el sol. La señora Heidebrand, despertada por la criada, contempló a la multitud, con la mano puesta a manera de pantalla sobre los ojos para protegerse del sol, y tampoco comprendió qué ocurría al notar cómo seguía aumentando la multitud, y viendo que el pastor, al parecer tan sorprendido como ella, hablaba con los grupos que le rodeaban.

Luego el pastor le dijo, desde donde estaba, que no tenía la menor idea de lo que aquella gente quería, pues había algunos enfermos, y tampoco habían ido para que él los atendiese. Cuando se levantó el jardinero, más tarde que de costumbre por ser domingo de Pascua, tampoco encontró una explicación a la presencia de tantos campesinos, pero resolvió no meterse en averiguaciones. Y hacia las nueve se presentó en su casa una comisión de individuos sin afeitar, algunos ya barbudos y aldeanos todos, preguntando por Emanuel Quint.

La comisión estaba integrada por los dos hermanos Scharf, Joseph *el Bohemio*, el tejedor Schubert, Dibiez, el sastre Schwabe, el tejedor Zumpt, el comerciante Krezig y el herrero Johann. Entraron en el vestíbulo y en seguida empezaron a discutir acaloradamente, lo que sorprendía mucho, por el contraste que había entre su excitación y su aspecto, tan humilde, tan mísero.

Heidebrand fue informado al momento de la sorprendente visita por las mujeres, las cuales, muy asustadas, le dijeron que habían llegado unos hombres que no les parecía que estuviesen en su sano juicio. Cuando poco después Heidebrand, seriamente preocupado, se presentó ante ellos lo acosaron haciéndole

una serie de preguntas, hablando todos a la vez e interrumpiéndose unos a otros, con lo que el jardinero no consiguió saber de qué se trataba ni cuál era el motivo de su visita. En la excitación de aquellos desconocidos se advertía cierto júbilo, pareciendo que tenían la seguridad de que todo el mundo sabía a qué habían ido y por qué la casa del jardinero del palacio de Miltzsch estaba tan concurrida. A aquellos individuos, a cuál más pobre y tan diferentes unos de otros, parecía que les impulsase una doble conciencia: la de la importancia del momento y la de la propia personalidad.

Desechada la idea de que estuviesen bebidos, el jardinero terminó creyendo que estaban poseídos de una especie de locura colectiva, diciéndose que su locura estaría relacionada con la festividad de la Pascua, seguramente de índole religiosa. La actitud de aquella gente era como si hubiera llegado a sus oídos la noticia de un acontecimiento sobrenatural que tendría lugar allí, y habían emprendido el largo y fatigoso camino para poderlo presenciar. El jardinero, viéndolos raídos, escuálidos, discutiendo violentamente, los ojos como enfebrecidos, llegó a pensar que eran una salsa de pingajos humanos. Al fijarse en el rostro de Joseph *el Bohemio* sospechó si sería un fugado de la cárcel, mas oyendo lo que decía terminó creyendo que lo más probable era que fuese un demente escapado del manicomio provincial, o del reformatorio de Diesdorf, o de un asilo para alcoholicos... En esas dudas estaba cuando Joseph *el Bohemio* se puso a gritar: —¡Cristo ha resucitado!

Se acercó al jardinero mirándole con sus ojos saltones y volvió a gritar que todos los hombres tenían que saber que Cristo había resucitado de entre los muertos.

—¡Jesús, mi Redentor, vive! —exclamó, coreándole el herrero Johann.

—¡Ha caído, ha caído la gran Babel! —prosiguió Schwabe, mirándolos a todos, desde el jardinero a los hermanos Scharf, desde Johann y Schubert a Dibiez y a Zumpt, y luego como si se lo dijese a sí mismo.

Al preguntarle el desconcertado jardinero acerca del motivo de su visita, Antón Scharf le dijo y le repitió otras dos veces: —¡Hemos encontrado a Aquel de quien hablaron Moisés y los profetas!

Los demás, con el mismo fervor, con el mismo incontenible júbilo gritaban:

—¡Hemos encontrado al Mesías!

Y luego una voz se destacó de las demás para decir:

—Hemos descubierto un secreto.

Parecía como si con estas palabras pretendieran ocultar el verdadero motivo de su visita, íntimamente convencidos de que sabían cuál era el secreto de Quint.

Sin entrar en mayores detalles, diremos que, después de la desaparición de Quint, sus discípulos se siguieron reuniendo con mayor interés al recoger el rumor de que un taumaturgo frecuentaba el molino del valle. Su presencia tenía la fuerza de un prodigio para la comunidad de los que se consideraban sus discípulos y elegidos. Hasta que un buen día, guiados por la exaltación de su alma, cada día más alejadas de la cruda realidad, se dijeron, como por obra y gracia de la iluminación, que habían descubierto el secreto de Quint, convencidos de que efectivamente era verdad. El secreto que creían haber descubierto era el mesianismo de Quint, cuyo cuerpo, sangre y espíritu estaban por encima de las mismas palabras de la Biblia y por encima de todas las verdades de la Revelación. Él era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y Dios era el Verbo. Él había venido, e instauraría su reino de forma no presentida por nadie, ni siquiera vaticinada en la Biblia. En pocas palabras: la presencia de Quint había provocado su locura colectiva.

Entonces fueron al molino, donde cada día eran más numerosos los grupos, y predicaron el secreto del reino de Dios, descubriendo el sitio donde se encontraba Quint. El herrero Johann, que tal vez había bebido un poco más de la cuenta aquel día, dijo que iba a hacer una última y maravillosa revelación del Salvador en casa del jardinero de Miltzsch.

Mientras la gente, confundida y anhelante, hablaba con el jardinero en su casa, la muchedumbre que se había congregado fuera entonó con fervoroso clamor un canto de Pascua:

Gloria in excelsis Deo.

El Señor ha resucitado.

Su muerte fue como un sueño

del que ya se ha despertado.

El canto no dejó de impresionar, y la señora Heidebrand consideró una suerte que Rut no se encontrara en casa. Como la familia se resistía a despedir a Emanuel de forma desairada, y por otra parte quería que ella cambiase de pensamiento, la

enviaron a casa de un farmacéutico amigo cuya hija tenía la misma edad que Rut y tiempo atrás habían sido amigas. Su ausencia evitó la impresión que hubiese podido sentir, recayendo en una de sus crisis.

La señora Heidebrand, aunque confundida como su esposo por el extraño curso de los acontecimientos, había adivinado, con más rapidez que él, que el desdichado pensionista era la causa de aquella sucesión de adversidades. Entonces lamentó haber escrito, con su esposo, a la madre de Quint para que fuese a recoger a su hijo en lugar de haberle despedido abiertamente, de acuerdo con las instrucciones de la señorita Gurauer.

Aquella mañana de un día apacible y soleado, a Emanuel le despertaron las voces de los que cantaban frente a su ventana. La noche anterior había empaquetado sus cosas decidido a seguir su camino en nombre de Dios. Al acabar de vestirse, oyó ruido de pasos y voces airadas en la casa, instantes después llamaron en su puerta y apareció ante él el señor Heidebrand, seguido de los hermanos del valle.

—Estos hombres quieren verle, Emanuel —dijo el señor Heidebrand, en tono de reproche, con gesto avinagrado.

Emanuel respondió fríamente:

—Ya lo sé.

Los hermanos del valle no dijeron nada y se descubrieron, cada uno con una expresión distinta, en cuya temblorosa devoción había algo que confundía.

Después el jardinero diría que la actitud de Quint y el comportamiento de los hermanos del valle durante el primer encuentro entre seductor y seducidos había estado a punto de hacerle perder los estribos. Viéndose frente al loco en Cristo no había conseguido verlo todo con la claridad debida. Parecía que de sus ojos emanase una fuerza desconocida, una fuerza que oprimía. Entonces se dijo que Satanás le había trastornado, metiéndole en la cabeza las más descabelladas ideas, hasta llegar a la demencia de creerse que él era la repetición de la venida de Jesús y sus discípulos, y, sin embargo, admitía que veía en él una sinceridad que emocionaba.

En U opinión de ciertos círculos, Emanuel poseía una voluntad rígida e inquebrantable, unida a un obsesivo dominio de sí mismo y había conseguido lo que el propio loco en Cristo llamaba la valiente libertad del hijo de Dios para actuar como cristiano y morir como cristiano.

Abiertamente, en los ojos de Quint había un fuego que cegaba a sus ingenuos discípulos. Les señaló el pequeño fardo que contenía sus ropas con un

expresivo ademán e inmediatamente todos quisieron cogerlo, pugnando entre sí por servir a su señor.

—Me voy con vosotros —dijo el loco—, aun cuando sé que estando con vosotros el hijo de Dios siempre podrá contar con un vaso de agua, un lecho y un pedazo de pan.

Acto seguido emprendió la marcha, sin mirar atrás.

Los mozos que trabajaban en el huerto se quedaron desconcertados, sin atreverse a reír, cuando el grupo de fanáticos, con Quint a la cabeza, pasó ante ellos con su torpe e indeciso paso. Esperaron a ver qué hacían, qué móvil les guiaba. Algunos elementos hostiles se habían acercado a la comunidad de «alucinados», la cual seguía cantando en espera del prodigio que habría de colmar la ingenua credulidad de sus puros corazones, el milagro que habría de trocar el «angustiado perseverar de las criaturas» en jubilosa dicha.

Durante su marcha ciega pero decidida hacia lo desconocido, Emanuel sintió algo que era como la presión durísima de un poder que le atajaba, como si intentase cerrarle el camino.

«Está claro —pensó Emanuel—. Sé muy bien que voy directamente adonde está el enemigo. Nunca lo he sentido tan cerca de mí, nunca le he mirado así a los ojos, aunque sea con ojos de ciego. Este enemigo es tan viejo como el mundo de los hombres, y yo me propongo ahora ir a su encuentro y vencerlo como un segundo Cristo.» Entonces le pareció como si en el horizonte se alzara el enemigo, en la cumbre de una gran montaña poblada de gigantescos monstruos gigantes. ¿O era tal vez el oleaje imponente e incontenible del océano de su alma que le zarandeaba despiadadamente, con la fuerza de un mar desencadenado? ¿Cómo iba a poder sacar la lucecita de debajo del celemín, y cómo iba a hacer frente a esta tormenta la pequeña comunidad que vivía de su esperanza?

¿No se romperá la débil caña y no conseguirá el enemigo apagar la vacilante lucecita? Pero el paso ya estaba dado, y Emanuel no pensaba retroceder.

Como es costumbre en las peregrinaciones, algunos habían traído consigo a los familiares enfermos, a pesar de que sólo se les había anunciado un acontecimiento maravilloso, sin precisar de qué orden. Los peregrinos trataban de acercarse a Quint con sus enfermos, y cuando por fin apareció el falso Salvador, hubo un gran alboroto. Le presentaron a un hombre cuya dolencia era sencillamente alcoholismo agudo, un mal conocido de los médicos, pero que la ignorancia no llega a comprender, y observa con espanto.

¿Quién no ha pensado alguna vez que el infierno se halla más bien detrás de los barrotes de un manicomio que detrás de las rejas de una prisión? De entre todas las enfermedades que allí son tratadas, el delirio alcohólico es la más horrible. El hombre fornido y musculoso al que cuatro hombres tenían sujeto delante de Quint sufría un angustioso temblor; emitía gruñidos incomprensibles y se dolía de horribles seísmos, de catástrofes apocalípticas y donde trataba de entrar se abría un abismo, en el que a veces se veía zarandeado y sepultado, y se abrían otros abismos envueltos en llamas o llenos de ciénagas en las que pululaban serpientes, lagartos, caimanes... La tortura de ese hombre tuvo un efecto contagioso, pues su pánico se transmitió a muchos de los que le rodeaban, degenerando en una angustia colectiva.

Cuando Emanuel pasó por su lado, el antiguo criado, o tonelero, o carretero, o lo que fuera, gritó a Quint, no con voz humana, sino más bien con ladridos: —Jesús, hijo de David, ¡ten piedad de mí!

Estas desesperadas y al mismo tiempo grotescas palabras hicieron que los que estaban cerca al oírlos se carcajeasen y se burlasen, siendo cada vez mayor el grupo que le rodeaba. Pero aquel día no parecía que Quint sintiese ni compasión ni caridad, virtudes que hasta entonces había practicado como condiciones naturales y lógicas de su limpia humanidad, y ahora, por el Contrario, se le veía duro, insensible, como si el dolor ajeno no le alcanzase. Podía creerse que no había llegado su hora. Luego cruzó algunas palabras con dos o tres de sus seguidores, y de pronto reanudó el camino, hacia el campo, seguido únicamente de los nueve hermanos del valle.

En un prado cerca de un altozano, Quint se sentó en la hierba, rodeado de mucha gente, entre la que había campesinos que se dirigían a la iglesia, ganaderos y mercaderes, y algún carruaje en el que iban labradores acomodados que habían salido para ir de caza, pero que se detuvieron para ver de cerca el gran acontecimiento.

Allí estaba también Kurt Simón. El joven Beleites se presentó con los Heidebrand. La curiosidad, o acaso otro ignorado sentimiento, había impulsado al jardinero a agregarse a la multitud, siguiendo a Quint, cuando le vieron dirigirse al campo. Emanuel Quint empezó su esperado sermón en el momento en que aparecieron el pastor Beleites y Kellwinkel en el coche del pastor.

En el tono de su voz se observaba el profundo cambio que se había operado en el alma de Quint. Pidió silencio levantando el brazo rígido y firme, pareciendo que amenazaba. No se advertía el menor temor en él y su voz vibró como si saliese

de un corazón encendido.

—Hipócritas que os escandalizáis por nada, ¡oíd la palabra de Jesucristo, el Hijo de Dios! ¡Oíd la palabra del hijo del hombre, tal como le ha sido comunicada por el Padre! ¡En mí habita el Padre que me ha ungido y enviado, no para traer la paz, sino la espada! ¡Ay de vosotros los hipócritas! ¿Qué sois vosotros sino la ralea incrédula, falaz, calumniadora y codiciosa? Cada uno enemigo del otro, en público o en secreto; cada uno ladrón del otro, en público o en secreto. ¡Ladrones! ¡Fornicadores! ¡Traidores! ¡Asesinos! A vosotros, siervos del anticristo, os digo: he sufrido siempre hambre, y vosotros no me habéis dado de comer. He padecido sed, y vosotros no me habéis dado agua. He estado enfermo, y vosotros no me habéis cuidado. He estado encarcelado, y vosotros me habéis sacado de la celda arrojándome a la mazmorra donde había escorpiones y serpientes. Me habéis atado a la rueda que tritura. Me habéis colgado del patíbulo y azotado, en público o en secreto.

Al oír estas palabras, la multitud estalló en carcajadas y silbidos, y una voz le gritó: —Lo que tenían que haber hecho era descuartizarte, asarte, salarte y meterte en un barril, y al infierno con Satanás.

Quint le replicó:

—Yo te conozco, y conozco tu voz. No te asombres de tu propia voz, desgraciado, mísero y torpe esclavo. Esa voz procede de donde emana todo lo que no ha sido purificado por Dios. La voz sale de la garganta y te ensucia a ti, no a mí. Tú lo sabes, porque nos ha sido revelado que sólo lo que sale de la boca hace al hombre impuro. Pero sabe que no eres tú quien habla, sino una fuerza, tan vieja como el mundo, que consume sus días ruinmente, vilmente.

El loco prosiguió luego, dirigiéndose de nuevo a la multitud:

—¡Hipócritas! En público me habéis llamado vuestro señor, pero en privado me habéis crucificado cada día. Nada, nunca habrá nada que os libere de vuestro milenarismo trabajo de verdugos. Infinidad de veces me habéis bajado de la cruz, me habéis liberado de la soga que me tenía sujeto al patíbulo y luego me habéis vendido. ¡Cada pedazo de mi carne fue vendido! ¡Cada uno de mis huesos fue vendido! ¡Cada trozo de mi cruz! ¡Cada trozo de mi ropa! ¡Todo, incluidos Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, lo habéis ofrecido a Belcebú! Pero los que me compraron se engañaron, pues fueron al mismo tiempo engañados por vosotros. En verdad que habéis clavado en la cruz al verdadero Salvador incontables veces, pero aquel al que se os permitió bajar de ella no era el Hijo del Hombre y el verdadero Salvador.

El señor Kellwinkel saltó de su coche y llamó a su lado al joven Beleites.

—Oiga, doctor, si ese loco va a seguir hablando en esos términos, hágame el favor de subir a mi coche. ¿De acuerdo? Entonces vaya usted a ver en mi nombre al subprefecto, pues creo que es iin deber informarle de eso.

—¿Qué sois vosotros? ¿Os llamáis acaso cristianos? Entonces también lo eran Pilato, Judas y el sumo sacerdote que le condenó, y los esbirros que se mofaban de él. ¡Todos eran cristianos! Entonces era cristiano azotarle, y era cristiano abofetearle, y era cristiano vendarle los ojos con un trapo, ponerle una corona de espinas y gritarle: «Adivina, Cristo, quién te ha dado.»

—¡Esto es un escándalo! “exclamó el señor Kellwinkel.

—¿Acaso impera entre vosotros otra ley que no sea la de ojo por ojo y diente por diente? —siguió diciendo Emanuel—. ¿O es que no habéis armado a los pueblos y llenado la tierra con infinitos instrumentos de muerte? ¿No flotan sobre los mares vuestras horribles máquinas de muerte? ¿Y creéis que el Salvador va a bendecir vuestros cañones, vuestros fusiles y vuestras matanzas? Un sembrador salió a sembrar. ¿Creéis que ésa es la semilla del Salvador, la semilla del reino de Dios en la tierra? Pero yo os digo a vosotros que me escucháis: ¡amad a vuestros enemigos!, ¡haced el bien a aquellos que os odian, bendecid a aquellos que os maldicen! Pedid por los que os insultan y cuando alguien os golpee una mejilla, ofrecedle la otra.

Tras un breve silencio, el loco prosiguió:

—¿Creéis que podéis servir al mismo tiempo a Dios y al demonio? En verdad os digo: o servís a Dios o servís al demonio. ¿Creéis que podéis perseguir a vuestros enemigos, maldecir a los que os maldicen, deshonar a los que os deshonan, golpear a los que os golpean, y llamaros luego hijos de Dios? Yo os digo: cuando alguien os arrebathe la capa de los hombros, llamadlo y decidle: te has olvidado los calzones. Dadle también los calzones. Si alguien acude a vosotros, dadle diez veces más de lo que él os pide. Pero cuando un ladrón viene y entra en tu despensa, tú, rico, no acudas a la autoridad, y deja que el ladrón se quede con lo que te ha quitado. Y si entra en la alcoba donde guardas tus joyas y las de tu mujer, y el oro que has acumulado, deja que se vaya en paz con su botín, pues yo os digo: no amontonéis riquezas que la polilla carcome. ¿De qué os servirá todo vuestro tesoro si envilecéis el alma?

—¡Tanto mejor! —gritó el señor Kellwinkel.

Su réplica levantó en los demás oyentes una oleada de comentarios, jocosos unos, amargos y coléricos otros.

Quint advirtió que aquellas pobres ovejas estaban apenadas, pues habían acudido para ser testigos de algo prodigioso. Y también vio en la expresión de la

gente, y hasta en el rostro de los hermanos del valle, que no se apartaban de su lado, la decepción, el abatimiento y el desengaño.

¿No eran gentes honestas? Y si realmente lo eran y le habían seguido, ¿por qué, entonces, aquella sarta de recriminaciones? «¿Somos ladrones, bandidos, traidores, asesinos?», pensaron ellos. Y se dijeron: «No lo somos, y tampoco somos siervos del anticristo. O únicamente lo somos si el que así nos llama y al que seguimos sea efectivamente el anticristo. ¿Y qué le importan a él los ladrones, si trata con personas justas y honestas? ¿Cuándo le hemos robado nosotros, azotado, deshonrado, colgado de un patíbulo, en público o en privado?»

Antón Scharf se puso rojo de cólera y de vergüenza. «¿No somos cristianos yo y mi hermano? ¿Acaso somos iguales a Judas, a Pilato, a los esbirros que le torturaron? ¿Cuándo le hemos abofeteado? ¿Y cómo puede decir que ayudamos a los bandidos y a los ladrones?»

Entretanto, el loco siguió diciendo con voz recia:

—Mirad a vuestro Padre celestial; ¿no es bondadoso con los desagradecidos? ¿No es compasivo con los impíos y malvados? ¿No deja que cada día salga el sol sobre vosotros, lo mismo que sobre los ladrones, los impostores, los traidores, los asesinos y los impíos?

—Cierra la boca de una vez —gritó un carretero borracho—, la primera piedra irá a la cabeza.

En el mismo instante, un grupo de jóvenes abiertamente aburridos se levantó y emprendió el camino de la aldea cercana, cantando: *¡Oh tú, querido Augustin! y ¡Lot ha muerto, Lot ha muerto!*

Tenaz, apasionado, el loco prosiguió su sermón:

—Sí, yo os conozco muy bien —y dirigió una iracunda mirada al coche de caza y a la gente elegantemente vestida que había cerca de él—. Yo os conozco a vosotros que os sentáis a la mesa del tribunal para someter a juicio a vuestros hermanos. ¡Impíos! ¡Vosotros no conocéis a Dios Padre, ni a Dios Hijo, ni a Dios Espíritu Santo! ¡Y tampoco Dios os conoce! ¿Acaso creéis, vosotros que encerráis al hijo de Dios tras la puerta de hierro de una prisión, que cargáis de cadenas al pecador al que Dios perdona o que priváis de la libertad al que se niega a coger con su mano el arma que mata al hombre, que el Salvador va a bendecir vuestra justicia y vuestros tribunales? ¿Habéis olvidado que el Padre dice: «A mí me corresponde hacer justicia?» ¿Y que también ha dicho: «No te erijas en juez y no serás sometido a juicio; no condenes, y no serás condenado; perdona, y serás perdonado»? Todos vosotros, tú, tú y tú habéis sido repudiados— y con el brazo en alto, Quint señaló a uno y luego a otro, diciendo—: ¿Es que vas a ir tú a tu

hermano y le vas a decir que deje que le saques la mota de su ojo sin antes sacarte la viga del tuyo? Yo te digo a ti, y a ti: saca primero la viga de tu ojo —y de nuevo señaló a algunos que le miraban con expresión rencorosa— y entonces ve y trata de sacar la mota del ojo de tu hermano.

El loco contó entonces la parábola del rey que quiso ajustar cuenta con sus siervos: —Se le presentó uno que le debía diez mil talentos. El siervo cayó de rodillas, y el rey, que era Dios y es tu Padre, le perdonó la deuda. Pero ese mismo deudor encontró a un compañero que le debía una pequeña cantidad. Entonces le cogió, le puso las manos en el cuello y le llevó ante los tribunales, y como él mismo era el juez y estaba sentado a la mesa del tribunal, le mandó azotar y encarcelar. Después lo sacó para llevarlo a la horca. ¿Lo oísteis? ¡Aprended, bribones! Aprended vosotros que habéis recibido de Dios diez mil ducados y luego hacéis crucificar cada día a vuestros hermanos por unas monedas. Tú, emperador; tú, rey, que estás sentado en tu trono; vosotros, generales, ministros y clérigos; vosotros, magnates y príncipes; vosotros, presidentes de los tribunales, jueces, miembros del jurado, jefes de policía, policías... Vosotras, señoras que maltratáis a vuestras criadas; vosotros, terratenientes y fabricantes, ¡aprended! ¡Éste es el juicio del Hijo del Hombre! ¿Acaso vais a decir que hacéis mal para que de Él salga bien? Yo os digo: vuestra ley ha sido implantada para que se hiciera más poderoso el pecado. Y quien apela a la ley, apela sólo a la ley, y no a Dios. Si yo soy crucificado, muerto y enterrado, ¡es el pecado el que me crucifica y mata! Vuestro pecado es el que se apoya en la ley; el que engaña y mata, apoyado por la misma ley. El pecado con sus placeres se ha apoderado de vosotros con el concurso de la ley, y vosotros estáis dispuestos a rendir tributo a la muerte. Vuestra boca aprendió a maldecir, en vuestros labios se esconde un veneno mortal, vuestra lengua es sólo odio y amargura, vuestros corazones están sedientos de sangre. ¿No sembráis desgracia y tribulaciones en lugar de sembrar la paz de Dios? ¿Creéis que el Salvador va a bendecir vuestros tribunales, los labios de vuestros jueces que pronuncian sentencias injustas de acuerdo con la letra muerta, que pagan el mal con el mal, el odio con el odio, que fría y despiadadamente —¡precisamente lo contrario de lo que hace Dios!— meten al pecador en la cárcel y le entregan al hacha del verdugo, al patíbulo y a la muerte? ¿Creéis que Jesús va a bendecir a vuestros verdugos, los muros de vuestras cárceles, los estrados de vuestros tribunales? ¿Creéis que va a conceder a vuestros jueces la palma de la paz eterna?

Quint se detuvo mirando en tomo suyo, y siguió diciendo:

—Coged todas las desgracias, todas las penalidades, todas las monstruosas locuras que se han producido al margen de la ley, y poned frente a ellas todas las sangrientas locuras que la ley ha consagrado. Colocad la maldición qu“ ruge al margen de la ley frente a la maldición que ha rugido al amparo de la ley, y veréis

que la maldición de los pecados cometidos al margen de la ley ha sido tragada por la maldición de los pecados cometidos al amparo de la ley, de la misma forma que la ballena se tragó a Jonás.

Después de definir todas las llamadas «casas de Dios», tanto protestantes como católicas, como el verdadero Gólgota de Jesucristo, presentando como prueba de su argumentación la cruz y la reproducción de sus sufrimientos, Emanuel Quint acabó con la paciencia de sus oyentes al decir estas palabras: —¡Hipócritas! A vosotros que os confesáis seguidores de Jesús y afirmáis haber recibido su bautismo, yo os digo que ni sois sus seguidores, ni le habéis conocido, ni habéis recibido su bautismo. El que sigue a Jesucristo, recibirá su bautismo. Y el que de verdad sigue a Jesucristo, ha sido bautizado con la muerte de Jesucristo. Y el que ha cobrado vida en Cristo, la ha cobrado con su muerte. Yo os debería conocer y vosotros me deberíais conocer a mí, pero ni vosotros me conocéis a mí, ni yo os conozco a vosotros. Pero yo os digo a todos los que me escucháis, a todos los que tienen oídos para oír, que me veréis bautizar con un bautismo del que vosotros nada sabéis. A mí, que bautizado por Juan, rechacé el bautismo de Juan. A mí, el verdadero ungido, que he resucitado ante vosotros por la gracia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y estoy delante de vosotros como Cristo, el Salvador.

Emanuel enmudeció, y en el mismo instante una raya de sangre de la anchura de un dedo empezó a correr por el lado izquierdo de su cabeza, a través de las rojizas cejas y pestañas del ojo izquierdo, hasta la mejilla.

El loco en Cristo se quedó quieto, inmóvil...

El pastor Beleites y el señor Kellwinkel, que se habían quedado atónitos ante el inesperado final del sermón, de momento no se dieron cuenta de lo que había ocurrido; sin embargo, quien tuviese ojos para ver pudo observar, aun no queriendo, que al rostro del pobre seguidor de Cristo había llegado una piedra, después otra...

Beleites dijo entonces:

—Lo van a lapidar.

Kellwinkel le contestó:

—Lo cual habla muy en favor del espíritu religioso de la multitud.

No había terminado de decir eso el señor Kellwinkel, cuando una lluvia de piedras del tamaño de un huevo de paloma cruzó los aires, como venablos que iban desde la muchedumbre a Emanuel Quint.

—¿En qué siglo vivimos? —exclamó irritado un estudiante de teología, hijo de un pastor, que llevaba lentes y seguía la escena estupefacto.

Ante aquella lluvia de piedras que caían sobre Emanuel Quint, como bandada de aves acudiendo a su llamada y a cada una de las cuales llamase por su nombre, una muchacha corrió hasta el loco, que seguía sin moverse, y le protegió con su cuerpo. Fuera de los hermanos del valle, nadie sabía que era Theresia Katzmarek, la joven que con su ataque epiléptico había provocado el paroxismo colectivo en el molino del valle. Su heroico proceder pareció que aún avivaba el apedreo. Pero entonces el señor Kellwinkel se interpuso entre la muchedumbre y Quint, y con voz de mando gritó, al mismo tiempo que agitaba su bastón: —¡Avergonzaos! ¿Es que no sabéis que hoy es domingo de Pascua? Vosotros no sois ni infieles ni paganos, y yo os aseguro que este sinvergüenza —y señaló a Quint— no va a escapar sin el justo castigo.

La voz militar y la marcial apostura del señor Kellwinkel hizo que en el acto cesaran de apedrear al loco en Cristo. Ya no tenía por qué seguir hablando, pero lo creyó conveniente para la seguridad física de Quint.

—El granuja que le toque siquiera un dedo del pie, pasará un año en la cárcel.

Luego, volviéndose a Quint, le dijo:

—Ahora ya tienes tu merecido.

Mientras tanto, Theresia Katzmarek había vendado con su pañuelo la cabeza de Quint para contener la sangre que le manaba de la herida.

—Ahora ya tienes tu merecido —repitió el señor Kellwinkel—, y en lo sucesivo lo pensarás dos veces antes de llamar a nuestros noblotes campesinos raza de ladrones y de bandidos, y de insultar a nuestro bendito Salvador. Tómalo como el merecido castigo, aunque eso de apedrear parece que está de moda. Yo haría contigo algo muy distinto, pero después de tus últimas palabras, que confío que Dios sabrá perdonarte, no te considero responsable de tus actos.

El inconcebible epílogo del sermón de Quint había producido al pastor Beleites y a la mayor parte de los oyentes la impresión de una descarga eléctrica, pero se olvidó al ver la sangre que cubría su rostro. Sin embargo, muchos se quedaron con la impresión de que sobre el pueblo se cernía una grave desgracia, que había que evitar como fuese. Si las palabras iniciales del *Loco de la Biblia* habían oído a descarado socialismo o anarquismo —la propiedad es un robo y, por lo tanto, el robo es propiedad—, el epílogo había puesto en entredicho la salud mental de Emanuel. No obstante, desde aquel momento el sector más responsable de la multitud consiguió ponerse de acuerdo en su natural deseo de evitar un crimen en la persona del demente, por lo cual en seguida rodearon a Quint varios grupos, entre los que había hacendados y comerciantes, viejos y jóvenes, además

del pastor Beleites *y* de su hijo, de Kurt Simón, un joven llamado Benjamín Glaser, hijo de un rico terrateniente de la comarca, de Heidebrand, de Natanael Schwarz... Por el contrario, los nueve hermanos del valle se habían alejado de Emanuel.

CAPÍTULO XX

RESULTA imposible abarcar en todas sus fases el curso de la vida de un hombre, porque desde que nace hasta que muere es un ser en continua mutación, mientras que el observador sólo puede estudiarlo dentro de los límites de su propia naturaleza. Por lo que respecta a Quint y a su formación, no se puede olvidar que era el simple producto de su atormentada y febril imaginación. Él imaginaba a Jesús en su interior y se identificaba con el hombre y el destino del Salvador.

Emanuel no se atribuía la capacidad del teólogo. Cuando tenía hambre, comía su pan espiritual, y cuando tenía sed, bebía el agua de una fuente que él imaginaba que era la fuente del agua de la vida. Y tan seguro estaba que creía que ya nunca volvería a tener sed. Y cuando gritó que había rechazado el bautismo de Juan y que él, el verdadero ungido por la gracia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo había resucitado ante la multitud como el verdadero Salvador, obedeció a la exaltación del momento, a su entendimiento del día de la Resurrección, y la visión de una muchedumbre ávida de prodigios le había llevado a alzarse por encima de su propia realidad, pero había sido el Cristo anterior, el Cristo que vivía dentro de él, más poderoso cada día, la fuerza que le había impulsado.

Ese entendimiento, producto de una momentánea exaltación, posiblemente se relacionaba con la circunstancia de que él, aunque hubiera gozado del favor de la señorita Gurauer, había sido siempre despreciado, y ahora se sublevaba y expresaba simbólicamente su nueva conciencia personal. Sin embargo, habría sido imposible hallar una provocación más desdichada para herir los sentimientos de devotos cristianos.

Cuando ya ninguna piedra buscaba su blanco, Emanuel Quint se lavó la sangre de la cabeza y las manos en una fuente que había en el mismo prado, entre rugidos en los que se confundían la ira y la amenaza. Emanuel reemprendió el camino, ágil el paso, y con términos secos y concisos se deshizo de algunos que querían seguirle, entre ellos Theresia Katzmarek, sin escuchar, sin oír a los que le gritaban *Loco de Miltzsch, Salvador de Giersdorf...*

Algunos intervinieron para evitar que nadie le persiguiese. Una sensación de desencanto y de vergüenza se apoderó de los que habían acudido para ver un prodigio, huyendo con la misma indignación de otros grupos que estuvieron al borde de poner en práctica la justicia popular que implantó un magistrado de Virginia que se llamó Robert Lynch. También la mayor parte de los que habían

arrojado piedras se fue dispersando poco a poco. Entretanto, los ciudadanos de pro habían organizado una especie de policía rural, recurriendo a sus cocheros y a sus criados, dispersando a los que aún se resistían a abandonar el escenario que quiso tener acentos de mitin cristiano.

Todos los señores, incluido Kellwinkel, coincidieron en que lo mejor era dejar que Quint se fuese sin mayores agresiones. Tenían los mismos motivos que había tenido en su momento el pastor Schimmelmänn cuando ante el primer sermón de Quint, aconsejó al jefe de los municipales que le dejase marchar después de conminarle severamente para que no reincidiese.

«En nuestros días, la Iglesia cristiana —dijo uno de los ciudadanos de pro— tiene que hacer frente a la impiedad y al descreimiento. Si se divulga el incidente de hoy, la Iglesia será la única perjudicada. ¿A quién sino a vosotros y a la Iglesia atribuirán los enemigos del Salvador la culpa de este escándalo?»

Entretanto, Emanuel Quint llegó a un bosque de pinos y abetos y alguna que otra haya primeriza. En algunos trechos del camino había abedules y el suelo estaba cubierto de hojas húmedas que apagaban el ruido de las pisadas de Quint. De vez en cuando, el sol primaveral se filtraba por las nubes que colgaban del cielo, dejando paso al sol primaveral entre el ramaje de los árboles. Los grajos graznaban y el pinzón silbaba, piaban los gorriones... El loco en Cristo seguía andando, y en aquellos momentos difícilmente se habría encontrado a nadie que se sintiera más limpio, más libre y más feliz que él. Íntimamente oía voces angelicales que le arrullaban el alma y a sus labios asomaba una sonrisa infantil. En su frente aparecían, rojas aún, las heridas de las piedras que le habían arrojado y que él amaba, entendiéndolas como una prueba que le había señalado el cielo. Lentamente, y sin oírse casi, empezó a salmodiar. Sentía como si alguien tocara el arpa, como si al mismo tiempo un aliento que descendía de las alturas lo bendijera todo, la tierra y los árboles, las aves y las criaturas del Señor. Le pareció que en aquel hálito celeste oía la voz del profeta, la voz de Isaías anunciando al mundo la gloria y la grandeza de Jehová. Emanuel repetía palabras del profeta y las modulaba con los ojos fijos en el cielo, como si en vez de rezarlas estuviese bebiendo las enseñanzas de Isaías.

Dios eterno, soberano,

sé benigno con la grey

que se aparta de tu ley

y llévanos de tu mano.

De pronto, mientras seguía embebido repasando mentalmente y murmurando los versículos cuya dulzura y sentido le embriagaban, oyó a su espalda el ruido de unas ramas que crujían. ¿Le habría seguido alguien?

Sin embargo, Emanuel se resistía a interrumpir su místico coloquio, hasta que oyó muy cerca una voz grave y conocida.

—Te he venido siguiendo —dijo la voz.

Emanuel siguió andando, como si no la hubiese oído.

Era Natanael Schwarz, quien repitió:

—Vengo siguiéndote, Emanuel, porque estoy en deuda contigo. Y aunque no fuese así, puede ocurrir que el día del Juicio Final me pida Dios cuentas de tu alma.

Natanael trató, una vez más, de llevar a Emanuel al buen camino, poniendo el mayor fervor en sus palabras.

Natanael jamás había sentido una sensación de espanto como la de aquel día cuando Quint dijo que él era Jesucristo, el Salvador. En aquellos momentos le pareció ver a su neófito rodeado de gigantescas llamas infernales, y cuando comprendió cuánto se había extraviado Emanuel en su demencia, puso todo su celo y su capacidad para conseguir que se recobrase, salvándose de la perdición.

—No me separaré de ti —dijo Natanael— hasta que tenga la seguridad de que estás arrepentido y dolido de tu horrible pecado. Yo te creo un equivocado, pero no te tengo por loco. Y aun así, creo que toda locura es obra del demonio.

Natanael siguió hablando en términos parecidos, pero cuando se calló esperando una respuesta, el loco en Cristo no le dijo nada, y Natanael redobló una vez más sus esfuerzos, hasta decirle que la culpa la tenía él mismo por haberle ingresado en su apostolado; lo que ahora era ya del dominio público, por lo que ya no podría recuperar nunca más la confianza de la gente, como ocurría con el maestro, en cuya casa Emanuel había estado hospedado tiempo atrás, quien se había distanciado abiertamente de él. Además, había sido citado varias veces por las autoridades, posiblemente por instigación de algunos pastores, y hasta el presidente de la comunidad de hermanos le había pedido que tuviera mucho cuidado en lo que hacía, y como era él quien recomendó a Quint a la señorita

Gurauer, ahora ante la dama y ante toda la gente de la comarca era responsable del tremendo malestar que Quint había provocado. También el señor Kellwinkel le había gritado desde su coche: «¡Toda la culpa es de usted, hermano Natanael!» El apóstol de la llamada misión interior sermoneó, rugió y lloró ante Quint.

—En otro tiempo —dijo el hermano Natanael—, el pastor de una pequeña comunidad hasta me había cedido su púlpito para que predicara la palabra de Dios. Hoy las autoridades han prohibido a casi todos los maestros que pongan a mi disposición la más pequeña aula para que hable de Dios y del Salvador. Me has perjudicado de modo increíble, porque antes la señorita Gurauer me proporcionaba abundantes medios para que difundiera el reino de Dios; por si esto es poco, me has cerrado la puerta de la casa de los Heidebrand y la de la escuela de mi viejo y bondadoso amigo Krause, porque, en pago de la hospitalidad que te brindaron, has trastornado la cabeza y el corazón de las hijas de esta respetable y cristiana familia.

Pero como a veces el hombre se pone a salvo de las tormentas de su alma con ayuda de una beatífica obsesión, Emanuel Quint, fuese por uno u otro motivo, no respondió a la recriminación del atormentado hermano. En su rostro seguía grabada su infantil sonrisa, hasta que inesperadamente, sin dejar de sonreír, puso su brazo sobre el hombro del hermano Natanael, y le dijo: —No nos opongamos al mal, hermano Natanael.

—Si no hubieras emprendido el camino del pecado, yo habría sido capaz de hacer cualquier cosa por ti.

—Nada sé de pecados, hermano Natanael.

—¿Has olvidado por qué has estado a punto de que te lapidasen?

—Porque me he dado a conocer —respondió Emanuel— como Aquel que habita en mí.

—Entonces, para que me convenza de que tu obcecación no tiene ya remedio, dime aquí, sin testigos, si tú no eres Emanuel Quint, el humilde hijo del carpintero de Giersdorf y, si no es así, dime quién eres.

—Yo soy sencillamente el que habla contigo —respondió Emanuel, sin que fuera posible hacerle hablar con más claridad de su enfermizo mesianismo.

En aquel momento pasó cerca de ellos un coche descubierto, en el que iban el joven Benjamín Gläser y Kurt Simón, quienes le saludaron respetuosamente levantando la mano. Quint les correspondió con una expresión de gratitud, diciendo luego: —La paz de Dios sea con vosotros. Quien ama a Dios y a su paz, puede considerarse libre de todo temor. ¿Qué es el miedo sino miedo a la muerte y

amor a la vida de este mundo? Vivir aquí significa vivir en discordia y combatir al prójimo, ojo por ojo y diente por diente. Pero yo digo que no debemos combatir a nuestro prójimo, sino amarlo como a nosotros mismos. El hijo del hombre ha sido puesto en medio de un mundo de enemigos, pero no por ello se va a convertir en un perturbador de la paz. Antes preferirá levantar la aldaba y entrar por la puerta de la muerte. El hijo del hombre ha vencido a la muerte. ¿Qué es el mundo en el que yo debía penetrar si en él arraigan, además de la muerte, la traición y el engaño de mi prójimo, de mi hermano, de mi hermana? Yo amo a mis hermanas y hermanos más que al mundo. Yo no me encuentro a gusto en este mundo, y no puedo ni quiero sentirme a gusto en él. O sólo si Dios morase en él. Pero Dioses extraño en este mundo. Por eso sólo el enemigo, el verdadero enemigo tiene su morada en este mundo. Y como el enemigo domina a mis hermanos y hermanas, mis hermanos y hermanas no tienen acceso a lo divino. Hasta el Hijo de Dios, que tomó cuerpo en el hijo del hombre, es importante. El Hijo del Padre, el Ungido, el portador de la paz ha de seguir todavía viviendo solitario, escondido; perseguido, despreciado, maldecido para finalmente entregarlo a los verdugos. Por encima de todas las obras que el enemigo ordena llevar a los hombres a cabo, se alza el verdugo. Por encima de los palacios de sus reyes, sobre los tejados de sus palacios de justicia, sobre las torres de sus iglesias, se alza el verdugo. ¿Pues qué sería de la autoridad sin castigo, sin cárcel y sin verdugo? Este mundo es obra del enemigo. Sólo el reino del Hijo del Hombre, del Hijo de Dios, del Ungido, reino del que soy ciudadano, ha sido obra de Dios. El secreto del reino de Dios es la paz. Yo te digo, hermano Natanael, que la paz de Dios es el tesoro escondido en el campo, la luz escondida debajo del celemín, la perla del comerciante. Yo soy aquel hombre que fue y lo vendió todo para ganar este tesoro. Y ahora lo tengo, hermano Natanael. Pero debes saber que en este mundo el celemín sigue estando encima de la luz. ¿Quién sino el hombre sería hermano o hermana del Hijo del Hombre? Pero sus hermanos continúan persiguiendo al Hijo del Hombre, sin saber lo que hacen. En cambio, mira a tu alrededor y verás a quién erigen altares, a quién ofrecen el sangriento holocausto de sus hijos, mujeres y hermanos. ¡Al demonio, que en recompensa azota con látigo de fuego a sus esclavos y servidores! Su boca despide odio, envidia, cólera y codicia. El placer lascivo es su almohada, su trono está hecho de pesadas cadenas, su venganza está hecha de garfios, su mirada trae la muerte. Cada ungido suyo es una blasfemia. Y mis hermanos y hermanas le bendicen... Vosotros no podéis servir a un tiempo a Dios y al demonio. Por eso servís al enemigo, a Belcebú, y no a Dios. Pero yo, hijo de hombre convertido en hijo de Dios, sirvo, no al demonio, no a Belcebú, sino a Dios. El hijo del hombre tiene que sufrir mucho y ser entregado a sus esbirros. Yo sigo el oculto y estrecho sendero que todos evitan y llego a la única puerta por la que se entra en el reino de Dios. Tú vas por el ancho y cómodo camino, por las plazas y las calles que el

enemigo te ofrece, llegando a las incontables puertas que el enemigo ha abierto. En verdad que tú eres un siervo del enemigo, y por eso eres un siervo del pecador, y estás preso en sus cadenas. El mundo no es más que una horrible prisión del enemigo. Por el contrario, mi camino y mi meta son, hermano Natanael, la libertad de los hijos de Dios.

Después llegaron a una pequeña casita de madera situada en medio del bosque, en cuya puerta fueron saludados por Kurt Simón y Benjamín Glaser. La actitud y las palabras de Emanuel habían producido una depresiva impresión en el clérigo ambulante, comprendiendo que no podía seguir combatiendo la locura de Emanuel Quint, pues sus silogismos y sus razonamientos le envolvían como los hilos metálicos de una peligrosa araña que pretendiera estrangular su propio criterio.

Benjamín Glaser, cuyas facciones denunciaban su condición de judío, se acercó a Quint y le preguntó, con cierto rubor debido a su timidez, si se acordaba de él. No era fácil olvidar aquel rostro terso y delicado, de una belleza casi femenina. Emanuel, que le había conocido en casa de su padre, de Salo Glaser, rico terrateniente, la vez que fue invitado con el maestro Krause, se acordaba perfectamente de él. Y entonces el joven Glaser le hizo otra pregunta: si quería hacerle el honor de comer con él en casa del guardabosque.

Quint aceptó y tendió su mano a Glaser y a Kurt Simón en señal de reconocimiento.

Naturalmente, la afirmación de Quint de que él era el Salvador no había caído en sus almas sin producir un profundo efecto. Aquellas palabras habían causado, como en todos los demás, sobresalto, compasión, preocupación y lástima. Pero al mismo tiempo, Kurt Simón había vuelto a sentir aquella fuerza que ya sintió cuando, hacía casi un año, fue de paseo con Natanael Schwarz y Quint y les dejó tan inesperadamente que pareció que se fugaba.

Kurt había encontrado a Benjamin Glaser impresionado por el sermón de Quint, sobre todo por el extraño epílogo, y había sentido pena por el pobre loco y su demencia de creerse apóstol y mártir, y más dolido aún por el bárbaro comportamiento de la multitud. Kurt Simón y Benjamín Glaser habían quedado profundamente impresionados por el extraño suceso cuyas causas les eran desconocidas, cayendo en un abatimiento incomprensible para ellos. Cuando vieron alejarse al loco, se fueron distanciando poco a poco de la muchedumbre, después de cruzarse algunas palabras violentas con algunos muchachos de su misma edad, especialmente con el joven Beleites. Cogieron un atajo para seguir al

loco, entusiasmados con él y con lo que ellos llamaban su genio.

Pero ahora, al verse a solas con él, llegaron al convencimiento de que estaban hablando con un hombre cuyo espíritu tenía algo de enfermizo. Casi sin pretenderlo, empezaron a cambiar inquisitivas miradas de entendimiento con el tosco y barbudo caminante que iba con Emanuel y en el que Kurt Simón reconoció a Natanael Schwarz.

Su preocupación de que la locura de Quint tal vez hubiese empeorado desapareció al observar la natural jovialidad que inundaba el alma de Emanuel. Llamaba a las palomas, acariciaba a los perros, y un perdiguero, estimulado por la cordial acogida del forastero, se levantó de manos poniéndoselas sobre el pecho, y moviendo el rabo jubilosamente.

Los dos muchachos admiraban a Quint porque tenía el valor de enfrentarse con el mundo, un mundo que estaba en contradicción con su manera de pensar. En ellos latía un anhelo de justicia social, de progreso espiritual y libertad humana, con la misma intensidad con que odiaban la opresión, la tiranía y la pobreza.

Al cabo de un rato, los dos amigos se sentaron con Quint y Natanael Schwarz, a quien habían convencido para que se quedase, en una habitación, a través de cuyas dos ventanas se veía el bosque de la hacienda de los Glaser. El padre se ocupaba de que en la casa hubiese todo lo necesario cuando iban a pasar unos días, solos o con invitados.

El sol de mediodía entraba por la ventana y brillaba sobre la mesa cubierta con un mantel de lino, en la que el guardabosque había puesto una sopera que humeaba. Según la vieja costumbre patriarcal, él mismo descorchó la botella de vino que subió de la bodega y llenó los vasos con viva satisfacción. Servía la mesa una doncella, pero pocas veces le pedía el viejo que le ayudase.

—¿Adónde se dirige usted ahora? —preguntó el joven Glaser a Emanuel Quint.

Con la mayor sencillez, el loco en Cristo contestó que se proponía ir a la capital de la provincia, a Breslau. Kurt Simón lo sabía, pero ignoraba con qué intención, pues ignoraba que Emanuel había recibido una carta de los hermanos Hassenpflug invitándole.

Es interesante ver cómo una nueva generación teje los hilos de su comunidad espiritual sobre la tierra. Los jóvenes que no han visto colmado su deseo de hacerse con una acreditada profesión, sienten el afán de rejuvenecer el viejo y corrompido mundo, de conseguir, cueste los sacrificios que cueste, una reforma total y una transformación de la sociedad humana, creyendo que, hasta que apareció su generación, el mundo ha marchado durante siglos por un camino

equivocado.

—¿Qué piensa hacer usted en Breslau? —preguntó a Emanuel el hermano Natanael, con una expresión en la que se adivinaba la angustia que cada nuevo paso de Emanuel le producía.

La criada y el guardabosque se acercaron a la mesa, y la esperada respuesta tuvo que retrasarse un momento.

—Vean, vean —dijo el guardabosque—, ¿no les ha preparado la vieja una fuente digna de un rey?

Era una bandeja de truchas cocidas, de las que el guardabosque, que era un hábil pescador, extraía de un riachuelo del bosque. El guardabosque conocía a Emanuel, y le había preguntado un poco burlescamente a su amo qué le había ocurrido al loco al verle la cabeza vendada.

La comida discurrió a ratos ingenuamente y otros silenciosa. Sólo cuando Emanuel se negó a comer de un plato de pichones, empezaron las preguntas y las respuestas. Emanuel dijo que le repugnaba comer un ave que había llevado a Noé la rama de olivo y que, además, era el símbolo del Espíritu Santo, aunque reconocía que cada uno era libre de comer lo que quisiera.

Cuando sirvieron las manzanas y el queso, Benjamín comenzó a dar salida a los pequeños problemas que le inquietaban.

—Dígame, señor Emanuel Quint, ¿qué se ha de hacer para ser perfecto?

—¡Hacer obras de Dios!

—¿Cómo puedo yo, hombre, hacer obras de Dios?

—Siendo tan perfecto como Dios.

—¿Ser tan perfecto como Dios? —exclamó Benjamín—, Eso sería tanto como convertirse un hombre en Dios.

—Exactamente —repuso Emanuel—, y ésa es la misión del hijo del hombre.

Una locura como la de Emanuel, aparte de que sea totalmente incomprensible, siempre ejerció una gran influencia en los espíritus y en los pueblos ingenuos. Algunas tribus indias entendieron la demencia como una concesión de sus dioses.

—Sí, ésa fue la misión del Hijo del Hombre —le dijo el hermano Natanael a Benjamín —; la misión del Hijo del Hombre que murió en la cruz por nosotros, que devolvió la vista a los ciegos, que limpió a los leprosos y cuya palabra bastó para devolver la vida al pobre Lázaro después de llevar enterrado cuatro días. Era Jesús,

que, merced a su todopoderoso hálito, devolvió la vida a la hija de Jairo y al hijo de la viuda de Naín, que caminó sobre las aguas del mar y que subió hasta su Padre celestial ante los ojos de todos. Él fue perfecto como su Padre, y les preguntó a sus discípulos: «¿Podéis hacer vosotros mis obras?»

Quint, golpeando la mesa con una cucharita, repuso con gesto pensativo:

—Si alguien resucita a la vida corporal a un hombre, ¿qué hace con ello? ¡Le regala una segunda muerte! Quien es capaz de caminar sobre las aguas no sabe cómo flota sobre las aguas y dentro de ellas, sobre los cielos y dentro de ellos, el espíritu de Dios. Si vosotros supierais lo que yo sé, no tendríais necesidad de la fe. Pero como no os es dado saberlo, y o os digo: el que está ciego en esta vida puede, no obstante, ver y saber más que vosotros, y aun cuando vosotros veáis con los ojos de la carne, podéis, no obstante, ser ciegos en espíritu. Bienaventurados aquellos que no ven las cosas corporales con los ojos de la carne, y aun no viendo, creen.

—¿Y qué es lo que en su opinión debemos creer, señor Emanuel? —preguntó Benjamín.

—¿Tengo yo un alma que no sea obra de Dios? —contestó Quint, y luego prosiguió—: En verdad os digo que si tuviérais fe, por pequeña que fuese, podríais mover montañas, pero si vosotros supiérais lo que yo sé, no tendríais necesidad de decirle a la montaña: levántate y arrójate al mar.

Kurt Simón preguntó entonces:

—¿Qué obras tenemos que hacer, pues?

—Cumplid los mandamientos —le contestó Quint.

Los muchachos quedaron decepcionados, y afirmaron que conocían a muchas personas que en líneas generales cumplían los mandamientos, y, por lo tanto, eran perfectos.

—Entonces, si en verdad estáis hambrientos y sedientos de perfección, sólo puedo deciros que me sigáis.

Natanael Schwarz, que en realidad estaba molesto y temía por el alma de aquellos muchachos, sintió deseos de atacar a Emanuel, pero se contuvo. No obstante, les hacía señas a Kurt Simón y Benjamín, con la intención de anular el efecto de las palabras del loco.

—Y si nosotros nos decidiéramos a seguirle —preguntó Kurt Simón—, ¿qué tendríamos que hacer?

Quint se hizo traer una Biblia, la abrió y puso el dedo sobre el pasaje de los Hechos de los Apóstoles, que empieza con las palabras: «Mi primer sermón,

querido Teófilo, ha tratado de todo lo que Jesús practicó y enseñó.»

Emanuel dijo entonces:

—De nada sirve predicar lo que uno no practica; por eso os digo que debéis hacer lo que yo predico, del mismo modo que yo pondré en práctica lo que he predicado. ¿O no sabéis que está escrito: «Por sus obras los conoceréis»? Quien escucha mis palabras y no las pone en práctica, ha levantado su morada sobre arenas movedizas. Por el contrario, quien las cumple, construye sobre roca, y su recompensa es el tesoro que ha encontrado en el campo. Quien quiera seguirme, que haga mis obras.

El guardabosque, de pie a espaldas de Quint, estaba confundido, y comenzó a hacer señas a Benjamín Glaser. Se rascó la cabeza y abrió desmesuradamente los ojos, como si quisiera dar a entender que todo le resultaba incomprensible. El guardabosque conocía ya las excentricidades de su joven amo, que no tenía hermanos y cuyo padre había enviudado, y sabía que el viejo le concedía la mayor libertad a su querido y delicado hijo, al que al mismo tiempo admiraba. Pero parecía que Benjamín Glaser no había advertido las muecas del guardabosque, pues dijo: —En mi opinión, su doctrina es la renuncia a uno mismo. Usted cree que el egoísmo es la causa de los pecados y las desgracias de este mundo. Pero otros opinan que el egoísmo es lo que más estimula el progreso. El imperio alemán vive un período de auge en todos los terrenos, precisamente debido a una guerra sangrienta. Su poderío crece por momentos y la nación se enriquece. Nuestros hombres de negocios se cuentan entre los más poderosos del mundo. De hecho, el mundo es del negociante. El hombre de negocios ha dado impulso a las comunicaciones. Como consecuencia del intercambio comercial, el mundo se ha convertido en un todo gigantesco. ¿Pero podría existir un comerciante sin propiedad? ¿No se hundiría de golpe nuestra vida comercial de no existir una conciencia de propiedad? ¿Y qué ocurriría en el mundo si se dejara sin castigo el robo, el asesinato y la estafa?

Quint repuso:

—Hubo un hombre tan rico que sus riquezas eran más que las de todos los hombres ricos; este hombre tenía un administrador de cuya fidelidad sospechaba. Y le dijo: «Preséntame las cuentas.» El administrador le respondió: «He ido a ver a uno de tus deudores, al que arrendé tu hacienda en cincuenta mil talentos. No podía pagarlos. Se los perdoné. Otro te debía cien toneladas de aceite. Rompí el documento, y así con los demás.» Y el hombre rico alabó a su infiel administrador. Quien lo pueda entender, que lo entienda —añadió Quint.

En aquel momento, se oyeron voces delante de la casa, aunque hacía ya rato que los perros habían empezado a ladrar. Un grupo de hombres entró en el zaguán en actitud agresiva.

—¿Qué es eso? —exclamó el guardabosque, yendo al zaguán a ver qué ocurría.

Todos escucharon, pero Emanuel, que estaba sentado de espaldas a la puerta y que hasta entonces había hablado con soltura y animación, comenzó a temblar ligeramente, palideciendo.

Según lo que después dijeron Benjamín Glaser y Kurt Simón, lo ocurrido se parecía a un asalto. Unos individuos entraron en la casa alborotando, con gritos que no precisaban qué perseguían, pero los dos amigos y el hermano Natanael se levantaron y salieron del comedor, temiendo el hermano que se tratase de algunos encolerizados campesinos que habían seguido a Emanuel y se habían propuesto llevar a cabo el linchamiento que estuvo a punto de sufrir en el campo.

Entonces Emanuel les dijo:

—No tengáis miedo.

Emanuel había comprendido que se trataba de hombres que le iban siguiendo, pero no eran los que le habían apedreado. Aun cuando parecía tranquilo y no se movió de su silla, la inquietud se le asomaba a los ojos. La puerta se abrió, y aparecieron algunas cabezas de mirada desencajada y cabellos revueltos, rostros agotados por el cansancio. Y en el mismo instante, como si hubieran oído una palabra de mando —¿fue acaso una mirada del loco?—, quedaron como paralizados, quietos a unos pasos del umbral.

Emanuel y los que le acompañaban se quedaron mirando a los intrusos. El loco sabía quiénes eran, como sabía que el destino de ellos, el destino de los hermanos del valle estaba ligado al suyo, con todas sus penas y sus alegrías. Él sabía que... En el acto se desvaneció, cayendo de cabeza sobre la mesa.

Sólo eran ocho los hermanos del valle que habían seguido unidos, y marcharon en busca del loco, al que finalmente encontraron.

El sermón de Quint —el insospechado efecto que causó en la muchedumbre y las piedras que fueron su epílogo, algunas de las cuales alcanzaron a los que estaban cerca de Emanuel— los dejó abatidos. El instinto de conservación que late en todo ser humano los había llevado a mezclarse poco a poco con la multitud. Sabían cuántas veces habían sido apostrofados por la gente, incluso allí, durante el sermón, como seguidores del blasfemo, y las veces que habían negado tener trato

alguno con él.

Temblando de miedo, el pequeño rebaño descarriado se había reunido luego en un apartado tejedor, en el que nadie trabajaba aquel día por ser domingo. Ya antes de ir a buscar a Quint al jardín de la señorita Garauer, el tejedor les había servido de refugio y de lugar para reunirse.

Los primeros en aparecer fueron los hermanos Scharf y Joseph *el Bohemio*, y también ellos estaban aterrados. Era como si les hubieran despertado violentamente, haciéndoles volver a la cruda realidad. Joseph *el Bohemio*, que había sido perseguido por un grupo de muchachos al verle tan terriblemente feo, le habían arrojado piedras, llamándole perro, demonio, monstruo y otros parecidos insultos, aparecía, no obstante, más sereno que los demás, pero ahora ya no quería saber nada de Quint.

De pronto, los comentarios que hacía sobre él respiraban un rencor largo tiempo contenido. No prestó atención a los consejos de los hermanos Scharf y contestó con acritud a sus palabras, mirando con desprecio al loco en Cristo. Mientras, llegaron el tejedor Schubert, agotado por lo de prisa que había andado, y después Johann el herrero, que seguía sin poder decir una palabra a causa de la impresión, y Joseph *el Bohemio* siguió insultando a Emanuel. Dijo que nunca había creído en él y que siempre lo tuvo por un charlatán y un impostor. Pero lo más grave, lo más injurioso fue cuando dijo que una noche entró en la habitación de Emanuel y lo había encontrado con Rut Heidebrand.

El tejedor Zumpt, que había aparecido con su mujer, sufrió de ella los más duros reproches. La mujer lloró, gritó y juró que se lo llevaría a rastras a su casa. Le recordó que hacía pasar hambre a sus hijos, que había abandonado el telar y se había quedado sin cultivar el pequeño huerto. Ya no tenían la vaca, ni estiércol para el abono, ni semilla para la siembra. La única cabra ya no tenía pienso. Luego atacó duramente al molinero del valle, a Straube, y después a los hermanos Scharf, pues los consideraba, quizá con razón, los causantes de tanto desbarajuste.

—Vosotros, desgraciados ignorantes —les gritó—, sois los engañados, y el molinero se ha llevado la tajada.

Sin la menor duda, lo que ella gritaba en su desesperación era la verdad. Buena parte de lo que los otros habían aportado a la caja común y casi siempre a costa de grandes sacrificios había ido a parar a la bolsa del astuto molinero.

Cuando el herrero Johann pudo hablar, sus primeras palabras fueron para decir:

—Voy a matar a palos al molinero Straube.

La disputa de los hermanos duró un buen rato, pero de repente, después de que la duda y el abatimiento se hubieron apoderado casi por completo de todas las cabezas, el sastre Schwabe sintió un nuevo deseo de dar testimonio de su fe. Con un convencimiento tan sincero que incluso impresionó a Joseph *el Bohemio*, el pequeño y jorobado sastre cruzó dos dedos en señal de juramento y dijo: —Podéis matarme, pero yo sigo creyendo en él.

Estas palabras atenuaron el pánico que se había apoderado de los hermanos del valle. Todos acordaron que se debía dejar hablar al sastre para que expusiera sus razones, y al oírle, los primeros que sintieron que se les quitaba un gran peso de encima fueron los hermanos Scharf. Luego aquellos infelices empezaron a acusarse entre sí de cobardía y de traición.

—¿Por qué huimos? —preguntó Johann el herrero—. Sencillamente, porque somos cobardes y porque tuvimos miedo.

En vano intentaron Joseph *el Bohemio* y la mujer de Zumpt rebatirle, especialmente ella, cuyo hermano, el sastre Schwabe, estaba pálido y demacrado de tantas noches en vela, y al que ese nuevo testimonio acababa de sumirlo en la impotencia. Ella le reprochó el haber arrastrado a los hermanos Scharf y haberlos enredado en las trampas del estafador Quint.

—¡Cierra la boca, mujer! —le gruñó el sastre.

—Vosotros sois más bestias que las vacas —replicó ella—. Bestias y locos.

El herrero Johann gritó entonces:

—Es verdad, ésta es la locura del Señor, la locura del Salvador, la locura de la cruz... ¡Es la locura del reino de los cielos!

La mujer le contestó:

—Ven otra vez a mi casa con uno de tus sermones y te caerán sobre la cabeza los platos, los pucheros y las cacerolas, y luego te llevaré ante el jefe de los municipales.

Dibiez dijo que cuando Quint afirmó que era Jesús, sintió un estremecimiento, y preguntó, mientras se animaba con sus propias palabras, si alguno de ellos no había visto brillar una luz en torno a la cabeza de Quint cuando pronunció aquellas palabras que le costaron la pedrea.

Tras mucho debatir, cada uno de los hermanos del molinero del valle volvió con la misma (e de antes a sus viejas y descabelladas creencias. Y lo que parecía haberse amortiguado se transformó en un caudaloso cauce que, según creían, los llevaba hasta el Edén de la eterna bienaventuranza, sin remolinos y sin corrientes que los desviasen.

Los hermanos Scharf sentían un profundo y enternecedor amor por Emanuel Quint, al que veían digno de todo lo bueno. Su pasado amor había retoñado con más fuerza, se golpearon el pecho, arrepentidos y dolidos por haber huido cobardemente, y se prometieron que conseguirían el perdón de Emanuel Quint o el remordimiento consumiría su vida. La locura que antes se había apoderado de ellos era ahora más intensa que nunca. Sólo Joseph *el Bohemio* permaneció firme e irreductible en su deserción. El comerciante Krezig, cuyo largo silencio había obedecido a la cólera que vanamente trató de reprimir, se encaró con él levantando el puño y le dijo en un tono de desafío: —Yo te digo, Joseph, que mientes. ¿Crees tú que si fuera como dices y crees, todo iba a terminar así?

Lo que dijo seguidamente no respondía a la realidad, aunque él lo creyera y lo creyeran todos.

—Él vino a nuestra casa. Nos habló y nos convenció. Se presentó como un taumaturgo. A vosotros os convenció —gritó, señalando a los hermanos Scharf—, No descansó hasta que convertisteis en dinero todo lo que teníais, hacienda, casa y trabajo. Yo os digo que no ha mentado, pero si hubiese mentado..., ¡ay de él!

Y el colerizado comerciante hizo un ademán que no admitía dudas sobre su planeada y despiadada venganza si viese que se le había engañado.

El último en aparecer fue la joven Katzmarek, que llegó con los ojos hinchados y extraviado el mirar. La pobre loca comenzó a criticar, sin el menor temor, la cobardía de mujerzuelas de la comunidad. Luego, y fue lo que más impresionó a los que se sentían culpables, empezó a ir de un lado a otro y gritando a cada dos o tres pasos: —¡Estamos malditos! ¡Malditos! ¡Malditos!

Los ocho hombres, después de haber expulsado de su círculo a Joseph *el Bohemio*, contritos y arrepentidos salieron otra vez en busca de Emanuel Quint.

CAPÍTULO XXI

RESULTA difícil saber por qué el maestro de los ocho discípulos perdió el conocimiento cuando ellos se presentaron en la casa del bosque. Podía ser debido a grandes y contradictorias emociones, o acaso el cansancio le había dejado exhausto. Fuese cual fuere su motivo, la inconsciencia de Emanuel duró casi un cuarto de hora. Benjamín Glaser y Kurt Simón, sin apenas comprender lo que ocurría, se acercaron a la silla en que estaba sentado Quint y llorando se pusieron a besar sus manos y sus rodillas. Entonces se dieron cuenta de su desvanecimiento. Le levantaron como si fuera una criatura, en medio de un profundo silencio, y lo tendieron en un sofá que había junto a una pared de la habitación. Todos se comportaron como un padre que temiera por la vida de su único hijo, pero más parecía que cada uno sintiera la angustia y la desesperada impotencia de una madre que defiende la vida del hijo de sus entrañas, al que ve en las despiadadas manos de la muerte.

Cuando Emanuel recobró el conocimiento, después que Benjamin Glaser le hubo friccionado con agua de colonia las sienes, aún cubiertas de sangre, y el guardabosque, su esposa y la criada le pusieron compresas en el pecho, pareció encontrarse mentalmente muy lejos del lugar donde estaba. Sus ojos seguían mirando hacia arriba, y en su rostro vagaba todavía el reflejo de una extraña y profunda bienaventuranza. Tan enternecedora era su expresión de dicha y la infantil sonrisa que asomaba a los labios de Quint, que todos, hasta la criada, se sintieron invadidos por un profundo sentimiento de compasión.

Finalmente pareció que el apóstol recobraba la conciencia de dónde se encontraba, reconociendo la soleada habitación de la casa del guardabosque. Fue mirándolos uno a uno, sonriendo levemente. Miró las manzanas, las tazas de café que había sobre la mesa; detuvo los ojos en los ingenuos cuadros con escenas de caza que había en las paredes y se puso a escuchar, como si nunca lo hubiera hecho, el trino interminable de un azulejo que desde su jaula parecía presidirlo todo, y tendió la mano a cada uno de los hermanos, pero a uno de ellos se la estrechó con una efusión mayor.

—¿No sabéis, queridos de mi alma, dónde he estado durante los mil años que he vivido alejado de vosotros?

Nadie le contestó, y al cabo de un rato prosiguió:

—Estuve en el primer cielo. ¡Profundo! ¡Profundo! Estuve en el segundo

cielo. ¡Profundo! ¡Profundo! Yo hablo con palabras, pero lo que he vivido en esa insondable profundidad, por la gracia del Padre, no puede decirse con palabras.

La esposa del guardabosque, que estaba en el zaguán, le dijo a su marido:

—Cuando alguien empieza a hablar así, es que está a punto de morir.

Después contó que su abuelo y su padre habían visto el paraíso en la agonía, y dijo que cuando ocurre esto, cuando a alguien se le concede la gracia de vislumbrar la eterna bienaventuranza, quiere decir que está próxima la última hora.

Emanuel se irguió. Y cuando empezó a acariciar cariñosamente los hirsutos cabellos de Antón y de Martin Scharf, luego la cabeza del herrero Johann y después la del sastre Schwabe, con sus finas manos llenas de pecas, todos los discípulos se pusieron a temblar y a sollozar.

Aquel día se reafirmó la unión de aquellos hombres, pareciendo que fuera entonces cuando brotó entre ellos por primera vez la fuente del amor.

Quint se levantó del sofá, y dijo que nunca su espíritu había volado tan alto y tan majestuosamente, lo que hizo que el guardabosque le dijera a su mujer que sospechaba que la buena comida y la abundante bebida posiblemente habían sido la causa del celestial viaje del *Salvador de Miltzsch*.

Lo cierto fue que Quint hizo una indicación a los hermanos para que se le acercaran, tendió la mano al joven Glaser y a Kurt Simon y luego hizo además de irse, pero el hermano Natanael Schwarz, que le había estado observando con ojos angustiados, cogió al pobre loco y le estrechó entre sus brazos.

—No te entiendo —dijo Natanael—, no te entiendo, pero Dios no dejará que se descarríe para siempre un alma como la tuya, un alma equivocada, pero sincera.

Natanael besó a Quint, cogió su sombrero y salió precipitadamente.

Empezó a oscurecer. Al irse Natanael Schwarz, se quedaron solos Benjamín Glaser y Kurt Simón, quienes recordaban que cuando se presentaron agresivos los campesinos, Emanuel no los había mirado. Ellos habían oído rumores de que Quint tenía unos cuantos discípulos que le seguían a todas partes, pero como el maestro nunca había hablado de ellos, ni siquiera, a Kurt Simón, lo tomaron por un rumor infundado, hasta que se encontraron frente a la realidad, encamada en los hermanos del valle.

No es frecuente oír hablar a gente de humilde condición de otra cosa que no sea de sus problemas. Un herrero, un tonelero, un sastre o un comerciante, sobre

todo en los barrios cuyo vecindario es protestante, raramente descubrirán su vida interior, que guardan con el mayor escrúpulo, o se advertirá algún reflejo a través de su parco e involuntario lenguaje. Por esa razón resultaba más sorprendente la impresión que producían aquellos fanáticos que tenían los huesos endurecidos por el agotador trabajo, y de manera especial el fornido herrero Johann, que se había quitado la chaqueta, dejando al descubierto su pecho lleno de tatuajes azulados.

Lo que se había apoderado de los dos jóvenes era como una amalgama de agresividad y morbosa sensiblería que los llevaba a exponer sus opiniones, lo mismo cuando estaban solos, cada uno con su vaso de vino delante, que cuando aparecía el guardabosque. Veían y notaban que allí había una fuerza extraña que hacía sentir sus efectos, pero sólo se dejaban arrastrar parcialmente por ella, pues en todo el asunto veían muchas cosas» incomprensibles y otras decididamente repulsivas. Una cosa era cierta: aquello era una lucha frenética y una locura de desheredados, y en Quint había la obsesión de convertirse en mártir, que también se advertía en sus jóvenes almas. No había cedido, pues, la fuerza de atracción del extraño reformador, que unas veces les resultaba ridículo y otras respetable, despreciable o digno de admiración, vulgar o elevado, lo que les despenaba el deseo de seguir su camino.

Aquella tarde, al salir de la casa del guardabosque, Quint emprendió una larga caminata, que habría de ser memorable como ninguna otra en su vida. Desde el principio les dijo a los impacientes ciudadanos del futuro reino de los mil años, los cuales por cierto le habían embarcado en el tren de su locura, que confiaba en no volver a separarse de ellos cuando llegase el día en que cumpliera todo lo que él veía ahora. Luego les tendió la mano a todos con efusión.

Era una noche tranquila de luna llena, limpia y suave. Quint les rogó a sus seguidores que desde aquel momento estuviesen a un tiro de ballesta distanciados de él. Ellos le obedecieron. Cuando él se detenía, sus discípulos se quedaban quietos, y su obediencia de niños era su dicha.

Llegaron cerca del palacio de Miltzsch, cuya biblioteca y comedor se adivinaban a través de la luz que salía por sus muchas ventanas y por entre los árboles del parque. El antiguo protegido de la señorita Gurauer, el loco en Cristo, caminó sin ser visto a lo largo del desierto sendero del parque que discurría junto al lago en que en otro tiempo acostumbraba bañarse. Sus discípulos le seguían en silencio. Y entonces vieron cómo el maestro se detenía, y cómo un cisne, y después otro, de una nivea blancura, se acercaban a su maestro, desde la oscuridad de la noche hasta el trozo de lago iluminado por la luna, en el que se reflejaba el cielo

nocturno. Y vieron cómo daba de comer a los cisnes. Quint llamó luego a los hermanos y les dijo en voz baja: —Ellos no saben todavía que he sido despreciado. Pero el Hijo del Hombre siempre fue despreciado por sus hermanos y sus hermanas y perseguido por los hombres. Y también ahora ha de verse despreciado, esclavizado y repudiado.

Emanuel siguió caminando sin temor alguno con sus discípulos hacia el palacio, de donde les llegaba un jubiloso griterío. Llegaron a una portezuela y entraron en el huerto, de donde arrancaba un largo y recto sendero entre rosales que se levantaban como una valla frente a las tierras cultivadas, iluminadas por la luna. Los discípulos caminaban con temor, hablando quedamente entre sí. De pronto vieron que Emanuel se detenía y miraba hacia lo alto de una casa cuyas paredes desaparecían bajo la hiedra. Pero no miraba la habitación donde había vivido en otro tiempo, sino la pequeña y recogida alcoba de Rut Heidebrand.

Los discípulos se dieron cuenta de que el maestro lloraba.

En aquel instante, un perro salió ladrando de la casa, viéndosele en la claridad casi diurna de la luna, pero pronto enmudeció y comenzó a olfatear al loco. Luego se le acercó, y Quint reconoció al pobre animal que, despreciado por todos, había sido su inseparable amigo y fiel compañero en otro tiempo. El animal se pegó a él jugueteando y brincando y no le fue fácil a Emanuel deshacerse del perro al llegar a la verja. Sus lastimeros ladridos se siguieron oyendo cuando ya hacía un rato que Quint y sus discípulos habían salido del huerto.

Emanuel guió a sus discípulos evitando pasar por el patio de la hacienda, donde estaban los perros de guardia, que más parecían lobos. Cogió el camino que discurría por entre los campos hacia Dronsdorf, y a través de una amplia abertura en el muro, maestro y discípulos entraron en el cementerio, donde Quint se detuvo largo tiempo meditabundo, mientras el mochuelo gritaba y la luna se reflejaba en las silenciosas losas de los sepulcros. Lo único que Emanuel dijo cuando abandonaron el cementerio fue esto: —No hay otras sepulturas que las que aquí caminan, hablan y se mueven.

Minutos después Emanuel y sus fieles entraron tranquilamente en el pequeño patio de la escuela de Dronsdorf, que en verano aparecía cubierto casi por la sombra de un gigantesco nogal, ahora desnudo. La casa, cuyos moradores hacía rato que se habían acostado, parecía sumida en un profundo sueño. Se sentaron junto a la fuente, hasta que el reloj del palacio de Miltzsch terminó de dar las doce campanadas.

—Yo veo todo esto por última vez —comentó Quint, como disculpándose, cuando llegaron a una calle de la aldea, reemprendiendo el camino.

Avanzaban en silencio y a buen paso. Quint iba delante y los suyos a pocos pasos de él. Después de cruzar algunas aldeas, Emanuel se detuvo de pronto en medio del camino, sin que al parecer se hubiera dado cuenta de que sus discípulos se acercaban a él evidentemente angustiados. Como Martin Scharf creyera que Emanuel estaba escuchando en medio del silencio de la noche, se le acercó para exponerle el motivo de su angustia, recibiendo por toda respuesta: —¡La llamada! ¡La llamada!

La luna amarilleaba más, y por el lado de oriente apareció una débil claridad que anunciaba el nuevo día cuando la pequeña comunidad de los pobres ilusos, como se les podía llamar, llegaron a una villa cercana a una colina. Allí, Emanuel llamó primero a su lado a Martin, y, luego, a Antón Scharf, diciéndoles: —Tengo un asunto pendiente. Desearía ver a mi hermano Gustav, de doce años. Irás a buscarlo tú, Martin, y lo traerás.

Emanuel le dijo dónde se debían encontrar y que deseaba ver al muchacho en la hospedería Zum Grünen Baum, en Breslau.

Su palabra fue una orden. En el alma del antiguo tejedor, todavía bajo los efectos de una honda emoción, no había sino obediencia ciega, sin dudas ni resistencias. A pesar de estar cansado y deprimido, y a pesar de lo difícil que era cumplir el encargo, debido al agrio carácter del viejo Quint, se puso en camino después de entregar a su hermano la caja que normalmente guardaba él, quedándose sólo con unas pocas monedas para el viaje.

Poco después de dejarles Martin Scharf, Quint se sentó en una tapia desde la que se dominaba la dormida aldea, y le dijo a Antón Scharf: —¿Ves la iglesia? —Emanuel señaló con el brazo extendido una capilla al parecer católica, según los crucifijos que había en el exterior—. ¿Ves cerca de allí una casa pequeña? Sólo tiene una planta y seis ventanas, que casi llegan al tejado. A esa casa voy a dirigirme y me quedaré allí tal vez media hora. Pero si me quedara todo un día, id a la hospedería más cercana y esperadme.

Cuando aún estaba hablando, la campana de la capilla empezó a repicar, llamando a los fieles a misa.

Lo que acababa de decir Quint les pareció extraño a sus discípulos. Todo se relacionaba con unas desagradables cartas que el padre adoptivo de Quint le había dirigido a éste y con otras que su madre y él se habían escrito. En la casa del jardinero de Miltzsch sabían que un día había ido a visitar a Quint un hombre que dijo que era su padre. Cuando el hombre se fue, según parece con las manos vacías, ya no se veía abatido, sino animado y jovial. Después, Emanuel recibió una carta llena de insultos, pero lo que decía la misiva no lo supo nadie, no obstante la

confianza que Quint había puesto en la señora Heidebrand, la cual advirtió que Quint había quedado muy impresionado después de leer aquella carta.

La última desagradable carta de la madre de Quint hablaba, a requerimiento de su hijo, de una villa y una parroquia católica, dos nombres que a Quint le eran sobradamente conocidos. Él recordaba que, siendo niño, había llevado dos cestas de fresas a la casa del párroco y que, en recompensa, le dieron unos zapatos y una gorra. Todavía ahora podía Quint adivinar la relación que aquel hombre tenía con su madre y con él mismo, dado que algo le impedía a la madre, y también al desconsiderado padre, revelar la cruda verdad.

Después de algún tiempo, el loco en Cristo, de acuerdo con su plan, entró en casa del párroco, quien volvía de decir misa, y sus discípulos vieron que su maestro se ponía a hablar con una doncella, la cual le dirigió a Emanuel una mirada de desconfianza, viéndolo ellos, y despectivamente cerró la puerta con llave.

Los hermanos del valle, temblando de frío, se habían sentado en la tapia que había junto a la escalera de piedra que subía a la capilla. Algunas viejas que se habían detenido a rezar después de la misa, bajaban ahora lentamente las escaleras, y los hermanos advirtieron que en una habitación de la casa parroquial se encendía la luz, y luego la corpulenta figura del párroco, y de vez en cuando la silueta de Emanuel Quint aparecía en la ventana, cuyas persianas habían sido bajadas.

La pequeña villa, situada en la falda de una colina, seguía en profundo silencio, como si la hubiesen abandonado sus moradores.

Por el lado de oriente brillaba con todo su esplendor esa estrella que anuncia la llegada del sol. Durante el largo camino, los discípulos de Quint habían hablado y discutido a media voz sobre varios temas, pero se equivocaría quien pensara que sus opiniones hubieran cambiado en lo esencial o hubieran perdido algo de la fogosidad y pasión de los tiempos del molino del valle. A pesar de que Quint les había hablado constantemente de un reino de los cielos interior, y a pesar que había intentado destruirles la idea de una compensación material merced a un tribunal de la humanidad que condenaría al infierno a los impíos y establecería en la tierra el reino de los mil años, en el cual ellos serían como príncipes, seguían con el mismo convencimiento de un premio positivo. Y ahora, mientras trataban de pasar el tiempo charlando despreocupadamente, estaban más convencidos que nunca de que Quint, que se había definido públicamente a sí mismo como el Salvador, era el secreto rey de la futura Sión y, en consecuencia, también del reino de los mil años, y ellos sus más directos colaboradores.

Al cabo de algún tiempo vieron salir de la casa a Quint y al párroco, un hombre de unos sesenta años, todavía fuerte, y caminar en dirección a la plaza donde ellos esperaban. Cuando llegaron cerca, el párroco, tal vez menos tranquilo interiormente de lo que parecía, miró fijamente a los compañeros de Quint. Schwabe, siguiendo una vieja costumbre, le saludó diciéndole: —Loado sea Jesucristo.

—Por los siglos de los siglos, amén —respondió el párroco, el cual vestía la clásica sotana negra, de la que sacó una tabaquera, ofreciendo tabaco a Quint, que éste no aceptó, y aspiró el que tenía en la mano—. ¿Quiénes son éstos? —preguntó luego el párroco.

—Pobres y oprimidos.

El párroco, que según se notó entonces sentía un secreto temor al ver a Quint, le observó de soslayo. Luego señaló con el brazo, como si fuera a impartir su bendición, hacia el paisaje, mientras su ama de llaves seguía la escena desde la ventana de la cocina. Varios gallos anunciaron en aquel momento el alba.

El párroco dijo:

—Desde aquí se pueden ver los benditos campos de Silesia hasta Zobten y Streitberg, y con buen tiempo, hasta Scheneekoppe.

Quint repuso:

—En una prisión cerca de aquellas lejanas montañas me convertí por vez primera en cuerpo y espíritu de Jesucristo.

—¡Bah, bah, bah...! —exclamó el párroco, y, después de subir pausadamente algunos de los cien peldaños de la escalera de la capilla, le preguntó—: ¿Adonde te diriges desde aquí, hijo mío?

Emanuel dio una respuesta imprecisa.

—Yo hago un doble camino. Si se refiere usted adonde me dirijo con el cuerpo, entonces voy adonde todos deben ir después del nacimiento de la carne, al Gólgota, y Gólgota significa calvario. Pero yo no camino como el cordero con los ojos tapados hacia la mesa donde ha de ser sacrificado, sino que camino con corazón jubiloso, los ojos abiertos y voluntariamente.

El párroco dijo:

—¿Qué motivos tienes para esos pensamientos de muerte, hijo mío? ¿Quieres acaso descargar tu corazón y tu conciencia? Aun cuando no has sido educado en nuestra religión, si quieres confesarte, entra en la iglesia conmigo.

Pero Quint siguió con sus pensamientos.

—Mi alma tiene alas. Mi corazón rebosa de júbilo porque el mundo y la muerte han sido vencidos por el Padre. ¡Sí, yo he vencido al mundo! Pero el hijo del hombre, en tanto camine en espíritu, no es menos que un niño, y siempre en casa del Padre, atendido siempre en el reino de su rey y señor. Siempre extraño en este mundo.

El párroco volvió a mirar al loco en Cristo de soslayo. Los hermanos del valle oyeron lo que acababa de decir su maestro, pues iban subiendo detrás de Emanuel y el párroco, quien dijo entonces: —Tal vez sería posible, si quieres seguir mi consejo, encontrarte alguna ocupación en nuestra iglesia, pues, según creo, no te atrae el trabajo. Creo que es hora de proporcionar a tus fuerzas espirituales un terreno perfectamente definido y fértil para dedicarte a un trabajo honesto.

El párroco, que estaba totalmente equivocado en este punto, parecía nervioso y preocupado por la presencia de Quint, pero también atraído. Él se reprochaba a sí mismo en secreto haber dejado de hacer en el pasado muchas cosas que posiblemente debió hacer, y acaso hubieran dado algún resultado positivo. Con toda probabilidad, a este hombre con chambergo, camisa desabrochada, larga levita y anchos pantalones, únicamente le había faltado un buen jardinero.

A Quint se le soltó un cordón de su tosco calzado, y en el acto, con gran asombro del párroco, sus siete compañeros se precipitaron, empujándose unos a otros, para tener el honor de atar su cordón.

Quint se detuvo, como si estuviera acostumbrado a tales atenciones, y empezó a tejer sus propios pensamientos de nuevo, como si no hubiera oído las palabras del párroco.

—Yo soy un rey. Yo soy el señor del mundo, que ha vencido al mundo. Pues yo y el Padre, yo y el rey, yo y el Señor, somos uno. Quien lo pueda comprender que lo comprenda.

—¿Quién es, pues, el rey y señor de quien hablas? —preguntó el clérigo, que volvía a ver en Emanuel Quint a un pobre aspirante al manicomio.

—El Señor es el espíritu —dijo secamente Emanuel.

Entretanto, llegaron ante la puerta de la iglesia. Entraron en el sagrado recinto iluminado sólo por la lámpara que ardía sobre el altar mayor como una gota de sangre, y algunas velas votivas colocadas en un candelabro de hierro. El sastre Schwabe se santiguó. Como de costumbre, sobre el altar y el retablo que representaba el nacimiento de Jesús en Belén, aparecía la paloma del Espíritu Santo, envuelta en un nimbo de luz. También se veía a Moisés —¿o era acaso Dios Padre?— en una figura barroca de color blanco con la bola del mundo en la mano. Por todas partes aparecía la figura del Hijo de Dios, emergiendo de la penumbra;

aquí como pastor, el cordero al hombro y la bandera con el símbolo de la cruz en la diestra; allí en dimensiones gigantescas, clavado en una cruz, y más allá en diferentes crucifijos de diversos tamaños; uno de mármol, otro de madera, otro de metal. Como de costumbre, los altares estaban adornados con manteles de encaje, flores de papel, floreros, cuadros y candelabros. En un nicho estaba la falsa tumba de un santo. Sobre un altar, no lejos del nicho, había un relicario que contenía un huesecito del esqueleto de un clérigo muerto hacía más de mil años. Sobre el altar mayor brillaba la custodia, decorada con piedras preciosas de diversos colores.

Todo fue contemplado por los extraños visitantes matutinos, el maestro y sus discípulos, guiados por el clérigo. Aquellas horas de la mañana les parecieron después a todos, con excepción de Quint, como algo que no sabían si lo habían vivido realmente o había sido producto de su imaginación, si había sido un sueño o se lo habían contado.

Quint dijo de pronto:

—Dios es espíritu, y vosotros no deberéis hacer ninguna imagen de él.

—Calla, hijo mío —repuso el clérigo con nerviosismo—; no olvides que estás en una casa de Dios.

—¿Es que no se ha de dar testimonio de Dios en una casa de Dios?

—En una casa de Dios debes ser ante todo humilde, sencillo y respetuoso.

A estas palabras del clérigo, Quint respondió:

—¿Cree usted realmente que puede ser una casa de Dios lo que ha sido levantado para nuestra vergüenza y sobre un patíbulo? Dios no se sienta en su trono ni sobre cadáveres. Pero si habéis clavado en la cruz a Dios, vosotros que os llamáis hijos de Dios, sacadlo de aquí.

El párroco dijo:

—¿No sabes que Jesús fue bajado de la cruz y sepultado, que resucitó y que ascendió a los cielos?

—No —contestó Quint—. Debisteis crucificar al viejo Adán, colocar en una casa su cuerpo, junto con el patíbulo, y prender fuego al patíbulo y al cuerpo.

El párroco preguntó:

—¿Qué quieres decir con esas palabras? No te entiendo.

Quint contestó:

—Hasta que alguien arroje la tea encendida en vuestras casas de Dios y que sean borradas de la tierra y nadie pueda reconocer el lugar donde se alzaron,

vosotros seguiréis crucificando a Dios.

—Hijo mío —repuso el párroco a media voz—, esos pensamientos no sólo son descabellados, sino blasfemos.

—Pero vendrá el día —argüyó el loco en Cristo— en que no se implorará a Dios ni aquí ni en aquella colina, ni aquí ni en aquella montaña, ni aquí ni en aquella iglesia, ni en esta catedral ni en aquel santuario, sino sólo en espíritu y en verdad.

Después de estas palabras, en la oscuridad del recinto empezó a oírse un ruido impresionante: Vasijas que caían, candelabros que se estrellaban contra el suelo, objetos de porcelana y vasos de cristal que se rompían, pero ni el párroco ni los seguidores de Quint sabían a qué obedecía aquello, lo cual se debía a un ataque de cólera del loco en Cristo, que había empezado a golpear con su cayado todos los objetos sagrados que había en el altar.

—¡Detente! —rugió el clérigo, mientras daba un paso para sujetar al enfurecido Emanuel—. ¡Maldito, repudiable sacrílego!

—¡Yo soy Cristo! —gritó Emanuel con tal vehemencia que las bóvedas devolvieron el eco de su voz—. Yo te digo —y con un bárbaro golpe echó abajo el crucifijo que había en el altar mayor— que esto no es una casa de oración, sino una fosa de cadáveres.

Entonces el párroco y los discípulos del rabioso fanático sujetaron al iconoclasta, el cual así que concluyó el largo y mudo forcejeo en la oscuridad de la iglesia, pareció calmarse.

—¡Vete! ¡No aparezcas más por aquí! ¡Vete! Estás poseído del demonio. ¡Vete! Dios me castiga por tu culpa. Te lo ordeno. ¡Vete de aquí!

Las palabras del párroco, pronunciadas con voz potente y autoritaria, no admitían la menor réplica. Quint se limitó a decir: —Venid conmigo —y marchó con paso seguro, seguido de los suyos.

El sol había salido. Abandonaron la iglesia y quedaron deslumbrados por la luz que todo lo iluminaba. Quint se quitó el polvo de las botas con un paño.

—¡Vete! ¡Vete! —la voz del párroco le perseguía desde la oscuridad de la iglesia.

El repudiado, después de erguirse de nuevo, abrió los brazos en cruz hacia la imponente y radiante luz del astro rey y, seguido de sus discípulos, avanzó hacia el sol, lanzando imponentes gritos.

Cuando el párroco, pálido y tembloroso, cerró con llave la iglesia, vio cómo

el grupo de desquiciados iba ya lejos. Y fue una suerte para Quint que el desmán que cometió aquella mañana fuera mantenido en secreto por el inteligente párroco, acaso por un secreto motivo.

CAPÍTULO XXII

EMANUEL Quint caminó durante varias horas, sin prestar atención a las palabras de sus discípulos y sin mirar una sola vez atrás. Andaba tan aprisa que les costaba seguir su paso. Como no habían comido ni bebido hacía casi veinticuatro horas, sentían que les acosaban el hambre y la fatiga. Ya rendidos, consiguieron un churrusco de pan de un molinero que iba en su carro por la carretera. Se lo repartieron, ofreciéndole inútilmente un pedazo a su maestro, y sin detenerse se comieron el pan, no dejando que cayese una miga.

Parecía que Quint no sentía ni hambre ni cansancio, que sólo tenía prisa por llegar adonde se había propuesto. Recordaba al ave que durante meses ha surcado las aguas quietas de una laguna y de pronto siente deseos de volar. Y siguió andando hasta que vio allá lejos las chimeneas y las torres de las iglesias de Breslau. Entonces se detuvieron para descansar.

El cielo estaba encapotado. El maestro y sus discípulos se habían sentado en los alrededores de un prado rodeado de alisos, cerca de un muro del ferrocarril. De vez en cuando chirriaba no lejos de allí un alambre tendido desde la caseta del guarda hasta la barrera de la vía, con cuya ayuda podía cerrar o abrir, según conviniera, el paso a nivel de un camino. La abundancia de viejos alisos y sauces cercanos y el continuo piar de los gorriones anunciaban la proximidad de un estanque. Parecía un paraje abandonado, pues no sólo se acercaban al prado ciervos a pacer, sino que igualmente se veían patos silvestres y faisanes que entraban y salían de la maleza.

Quint se había sentado apoyando la espalda en un muro, y los suyos, sentados a su alrededor, parecían estar pendientes de una importante revelación, no obstante lo fatigados que estaban.

Después de decir algo cuyo significado no comprendieron los hermanos del valle, Emanuel siguió diciendo otras cosas seguramente importantes, pero que tampoco entendieron. Sus primeras consideraciones se refirieron al incidente con el párroco.

—Hemos vivido juntos —dijo Quint— durante casi treinta años, y no hemos llegado a comprendernos. Al nacer, en el mismo día, en la misma mañana y en el mismo momento, morimos uno para el otro, para toda la eternidad.

Quint les dijo que en adelante no se debían sorprender por lo que hiciera o

dejara de hacer. Él los había escogido para que fueran testigos de sus andanzas hasta la última hora, y, si era posible, hasta su último suspiro. Dijo, y repitió varias veces, que para el futuro le esperaban grandes sufrimientos. Señaló las torres que se veían lejos de allí como si fuera el campo de batalla adonde debía marchar, y dijo que sus enemigos, los hijos del siglo, le estaban esperando. El hijo del hombre, siguió diciendo, ha de ser entregado a los hombres.

—No debéis pensar —añadió— que vayan a elevar al hijo del hombre, que reconoce a Dios como su único padre, sino para subirlo al patíbulo. Un día elevarán al hijo del hombre de otra forma muy distinta, pero esto no ocurrirá hasta el día de la resurrección. Entonces, hasta los ciegos verán su gloria.

Quint pronunció estas palabras no con tristeza, sino con un júbilo que difícilmente reprimía.

Un ruido ensordecedor le interrumpió. Era un tren cuyos vagones estaban unidos entre sí por pasillos y cuyas ruedas trepidaban con estruendo sobre los raíles. La ráfaga de aire que dejó el tren levantó una nube de polvo que se tendió sobre las hojas caídas del otoño. Maestro y discípulos miraron hacia el tren, y pareció como si de pronto lo hubieran olvidado todo menos el frenético y ruidoso milagro de la civilización. Cuando Quint, con los ojos cerrados, reanudó sus enseñanzas, sus discípulos seguían mirando aquel tren que pasó cerca de ellos, en el que vieron damas y caballeros asomados a las ventanillas sin mirarles, o acaso viéndolos como si fuesen una pandilla de vagabundos.

Quint dijo:

—He hecho mal al proceder violentamente en una casa que se apoya en la violencia. ¿Creéis acaso que un canchero —era la primera vez que empleaba esta expresión— no es un delincuente? ¡Un canchero es un delincuente! Y todos los que se llaman injustamente siervos de Dios, desde el más pequeño al más grande, están deseando ser dominadores del cielo y de la tierra, dominadores no sólo de los hombres, sino también de Dios.

Quint se levantó de un salto, como si el paso del convoy hubiera sido la señal para proseguir la marcha. En él ya no había nada de la calma de otros tiempos, sino una impaciente agresividad.

—Yo he venido para poner en el mundo una roca que impide el paso, para que los hijos del siglo tropiecen con las ruedas de sus coches y de sus máquinas, con los pies incluso, y con la frente. Con esa roca tropezarán vasallos y reyes —y mientras caminaba repitió con vehemencia—: ¡Yo estoy preparado!

Los discípulos no sabían cómo interpretar sus palabras. Su cansancio les hacía ver imágenes del futuro reposo. El esfuerzo y el andar sin descanso los

llevaban a hablar continuamente del refugio donde terminarían sus penalidades, convencidos de que ya no estaba lejos. Advirtieron el cambio que se había operado en su maestro, y creyeron que se acercaba el instante de una decisión importante. Su obediencia seguía firme, pero las palabras de Quint sobre un oscuro futuro, dirigidas más que a ellos a invisibles fuerzas enemigas, produjeron en ellos angustia, miedo y preocupación.

—¿Dónde habéis dejado a Joseph *el Bohemio*? —preguntó de pronto Quint.

Se miraron unos a otros, y ninguno se atrevió a responder.

—No tengáis miedo ni temáis —dijo Quint—, pues vosotros no sufriréis el odio del mundo como yo, que debo dar testimonio en todas partes; como yo, que ya estoy en camino, pues las obras del mundo son perversas e impías.

Quint y los suyos llegaron a Breslau a la siete de la tarde, a la pequeña hospedería Zum Grünen Baum. La dueña, cuyo marido era carnicero, llevó al maestro a una habitación del piso de arriba e instaló a los demás hombres en el desván. Después de comer se fueron en seguida a descansar, no despertándose hasta muy avanzada la mañana del día siguiente, después de dormir unas dieciséis horas.

Entonces, Emanuel envió a Dibiez, el antiguo soldado del Ejército de Salvación, con una nota escrita de su mano, para que fuese a ver a Hedwig Krause, que se había trasladado a Breslau hacía un mes, y que trabajaba en un hospital que había en la otra orilla del Oder. No siendo Dibiez, ninguno de los discípulos de Quint habría podido cumplir su encargo entre el bullicio y el laberinto de las calles de la gran ciudad.

Dibiez consiguió encontrar pronto a Hedwig, con la suerte de que ella habla terminado su trabajo, y acompañada de Dibiez llegó una hora después a la hospedería Zum Grünen Baum, y subió a la habitación de Quint.

Quint notó en seguida que en la ciudad ella se había transformado, adquiriendo una lozanía y una jovialidad» incluso una vitalidad, totalmente opuestas al estado de ánimo deprimido, insatisfecho y decaído de cuando vivía con sus padres en el campo. Pero también Hedwig vio en Emanuel a un hombre nuevo. Estaba más tranquilo y se le veía más seguro, más sereno que antes.

Hedwig Krause, con sus veintitrés años, con su rostro de virgen y sus grandes y bellos ojos rasgados, tenía un nuevo uniforme de enfermera. Se sentó despreocupadamente en la cama de Quint y con cierto rubor e interiormente dichosa refirió cosas de su vida, después de preguntar a Quint acerca de su casa y de su tierra. Luego, titubeando un poco, pero al mismo tiempo incitada por Quint,

le dijo que en todos los periódicos de la capital había aparecido una reseña de su primera intervención en público, dando cuenta de su desafortunado sermón en el campo.

Emanuel leyó la reseña de uno de los diarios que Hedwig se sacó de un pequeño bolso. El diario decía: «Locura religiosa. En las proximidades de Miltzsch se presentó un hombre que pretendía pronunciar un sermón religioso al aire libre. Sabido es que hoy día la comarca de Miltzsch puede considerarse como un santuario de la ortodoxia. El loco, que según afirman algunos se ha definido como el Salvador resucitado, ha venido repitiendo sus desmanes desde hace algún tiempo en diversas localidades de la provincia. Se dice que una distinguida dama, que generosamente dedica su inmensa fortuna a la construcción de iglesias rurales, le ha mostrado un gran afecto al extraño santo, con lo cual ha dado pábulo a sus locuras. Afortunadamente, el demente ha sido rechazado en forma digna de encomio por la muchedumbre, la cual, gracias a Dios, está mejor informada que la de otros países, donde abunda la hipocresía religiosa.»

Quint, sonriente, devolvió el papel a Hedwig, pero palideciendo visiblemente.

—Yo estoy totalmente libre de humano temor. Si yo dijera —añadió Quint con la mayor ingenuidad— que no soy Cristo, el Hijo de Dios, debería distanciarme de mi Padre, debería negarme a mí mismo, a Cristo y a Dios.

La hermana Hedwig, que había creído la noticia sólo a medias y que ahora estaba horrorizada ante la confirmación del mismo Emanuel Quint, no conseguía, sin embargo, liberarse de una sensación de deleite místico, al escuchar aquellas palabras.

Al día siguiente, la hermana Hedwig llevó a un médico amigo suyo, oriundo de la costa de Pomerania, para que visitara a Emanuel, a quien había visto toser débilmente varias veces y en cuyo pañuelo, al llevarse a la boca, había advertido algunas manchas de sangre. El médico, informado parcialmente por Hedwig de la historia de Quint, le hizo un detenido reconocimiento. Al final, a pesar de que el paciente había rechazado todas las preguntas sobre temas que no estuvieran relacionados con la salud física, el médico se quedó sin saber nada de su salud psíquica, pero cuando volvió a ver a Hedwig en el hospital, le dijo que Quint era un degenerado.

—Degenerado o no degenerado, no hay nadie que se ponga bueno si hace caso de los médicos y sigue sus diagnósticos. Además, usted es ateo y carece de comprensión para los temas religiosos.

El médico no quiso discutir su afirmación. Él se llamaba Hülsebusch. Y se

limitó a decir que a pesar de que quizá carecía de preparación para los asuntos religiosos, como hombre de criterio democrático que era centraba su interés en el lado social y humano de aquel extraño caso, dejando aparte su aspecto médico. La pregunta sobre cuál era la profesión que ejercía Quint puso a Hedwig en una situación embarazosa. Ella no quería confesar que Emanuel no trabajaba y tampoco podía esperar que el médico comprendiera que Quint, que sólo vivía para Dios y para lo divino, no era, sin embargo, un vagabundo. El médico llegó a la conclusión de que Quint era de constitución enfermiza y que necesitaba muy buena alimentación y un trabajo sano.

Habrían transcurrido cuatro o cinco días desde que Quint y sus discípulos se presentaron en la hospedería Zum Grünen Baum. La pacífica ciudad de Breslau vivió un período de cierta excitación, debido a un suceso tan extraño como afortunadamente pasajero. Un domingo, hacia las cuatro de la tarde, apareció entre los paseantes de la llamada Liebichshöhe un hombre que por su aspecto parecía proceder del campo. Se subió a lo alto de una escalinata y empezó a hacer señas al tropel de endomingados caballeros y damas que subían y bajaban, como si les dijera que deseaba dirigirles la palabra, entendiéndolo todos así. Una tarde de domingo no es siempre divertida, aunque haya un sol primaveral. Después de algunas carcajadas, siguió cierta expectación, acompañada de un comedido silencio. Entonces el campesino se puso a gritar varias veces, quedando atónita la multitud: —Yo os digo que Jesucristo ha resucitado.

Y después se perdió entre la multitud, la cual le respondió riéndose ruidosamente y haciendo los comentarios más burlones, sin preguntar dónde se había metido el demente. Seguro que el incidente no hubiera llegado a las columnas de ningún periódico de no haberse repetido frente al Palacio Real, en la llamada Plaza de Armas, ante el edificio del Ayuntamiento y en otros lugares, exactamente a la misma hora. No era posible que el alborotador hubiera sido una misma persona, pues las descripciones que después se recogieron precisaban diferentes individuos, aparte de que el alboroto había ocurrido a la misma hora en Scheitniger Park, en Pirscham, en Ziegelbastion y en Tauentzienplatz, lugares distantes un sitio de otro.

Como todo había sucedido con rapidez, la policía no tuvo ni oportunidad ni posibilidad de intervenir, y cuando los informes afluyeron a sus despachos y a las redacciones de los periódicos, el caso pareció absurdo, pero no peligroso ni delictivo. Al llegar el miércoles ya todo se había olvidado, aun cuando los periódicos informaron de ello el lunes y el martes.

Cuando el doctor Hülsebusch leyó las noticias que daba la prensa, sospechó si se trataría del paciente que le había recomendado la hermana Hedwig, por lo que cuando la vio en el pasillo del hospital, le dijo que aquello era un caso lamentable y que tal vez se deberían tomar medidas para evitar males mayores, hablando seriamente al amigo y protegido. La hermana Hedwig, aunque de momento se sonrojó, no negó que del extraño incidente fue protagonista Quint, secundado por sus seguidores. Explicó que la intención de Quint era despertar de su indiferencia a la gente y que por ello había escogido aquel procedimiento.

El médico repuso que ella, Hedwig Krause, parecía enferma y deprimida a causa de las largas vigias y el mucho ayunar desde la aparición del santo de la familia, como con cierto sentido del humor llamaba a Quint. Y le advirtió que no se dejara cegar por el espíritu «apostólico» de aquel hombre. La hermana Hedwig se fue sin contestarle, limitándose a encogerse de hombros.

Aquel día, al igual que todos desde que Quint se encontraba en U hospedería Zum Grünen Baum, fue a verle y le preguntó el motivo de su extraño proceder, y él, conteniendo el llanto, repitió las palabras de las Sagradas Escrituras como si fueran suyas, al mismo tiempo que golpeaba la mesa con el puño: —En verdad os digo que si éstos callaran, hablarían las piedras.

Entretanto, desde el día del extraño suceso se fue extendiendo un halo de misterio en torno a la hospedería Zum Grünen Baum y a Quint. La gente sencilla se había enterado de que allí habitaba un hombre al que se atribuían poderes sobrenaturales, y lo que ocurría, aun cuando Emanuel negaba haber hecho jamás milagro alguno, era que sus discípulos, fuera con convicción o para darse importancia, le habían presentado como un taumaturgo. Emanuel participaba profundamente de las dolencias de los hombres. Le parecía como si llevara sobre sí las dolencias del mundo. Por esta razón no podía permanecer indiferente e insensible a los males de los demás. No obstante, desde el primer momento se negó a atender enfermos en Zum Grünen Baum, lo cual no fue impedimento para que se le presentaran continuamente muchos, lo que sirvió para traerle un gran disgusto al dueño de la hospedería.

CAPÍTULO XXIII

DESPUÉS de su testimonio de fe desde lo alto de las escaleras del Ayuntamiento, Antón Scharf trajo consigo a un muchacho de dieciocho años, estudiante e hijo de un empleado de correos. El muchacho, pobremente vestido, alto y de agradable expresión, se llamaba Dominik. El incipiente vello le sombreaba ya la barbilla y el labio superior; tenía ojos oscuros y melancólicos, y la piel suave y bronceada; llevaba unos zapatos rotos, los calzones y la chaqueta le quedaban cortos, y la camisa y el cuello, sin corbata, estaban sucios, pues no tenía quien le lavase la ropa. En aquella juvenil cabeza bullía un angustiado idealismo que atraía de forma irresistible.

Dominik había escuchado las palabras de Antón Scharf, «yo os digo que Jesucristo ha resucitado»; luego le había seguido y preguntado la intención y el motivo de sus palabras. Cuando, siguiendo un impreciso impulso de su corazón, marchó con Antón y se presentó al maestro de aquellos discípulos, comprendió, casi desde el primer instante, que su destino iba a quedar ligado con el de aquel hombre. Y se convirtió en el brazo derecho de Emanuel.

Quint necesitaba una ayuda así, porque después de enviar a los siete a dar testimonio de su misión, cada día recibía a personas que acudían a él en demanda de ayuda y consuelo. Pronto se puso de manifiesto que el testimonio de que Cristo había resucitado despertó el interés de mucha más gente de lo que se había supuesto.

Entre las personas que recibía Dominik, antes de tener el honor de hablar directamente con Emanuel, no sólo figuraban muchachas, mujeres y hombres de baja condición social, sino también baronesas y condesas, y militares y funcionarios; en una palabra: gente de elevada condición social, y entre ella más de una prominente personalidad. Y no se avergonzaban de acudir a un lugar de cierta mala fama y sucio, pegado a la carretera y con el aspecto de un corral.

Aunque no sin cierto reparo, cruzaban la puerta y se quedaban en la entrada invadida por las moscas, y luego se dirigían a una habitación que olía a queso y a alcohol, que servía de sala de espera en la que se ponía a prueba la paciencia de los visitantes distinguidos.

En pocas semanas, ante los ojos de Quint apareció la miseria de las clases inferiores, y también de la clase media y superior. Quint vio una miseria interior que excedía a todo lo imaginable, y le pareció como si fuera el auténtico rostro del

mundo en que vivía.

Aquí había una mujer a la que su distinguido esposo, después de prometerle amor y fidelidad eternos, la había golpeado y arrebatado su fortuna, para irse con otra mujer. Una muchacha que había sido deshonrada por su desnaturalizado padre; otra a la que su padre había convertido en mercancía para ofrecerla a los caballeros. «Mi padre ha destrozado mi alma», gemía ella. Otra muchacha había sido apartada por sus padres de un joven sano al que ella amaba, y vendida en matrimonio a un tipo mujeriego, rico y enfermo. Había un hombre que casi cada día encontraba junto a la puerta del dormitorio de su esposa las botas de su amante. Otro al que la mujer a la que amaba le había inducido a la estafa, al robo y al asesinato. La esposa de un señor de posición, que quería descargar su alma con Quint. Alcohólica, y convertida en pordiosera, se presentaba a veces a la puerta de su casa, donde sus propios hijos, que sólo la veían de tarde en tarde y a la que no conocían, se asqueaban y despreciaban, sin saberlo, a su propia madre.

También acudió a ver a Quint un hombre que se consideraba con derecho para verter sobre su hijo todas las maldiciones imaginables, pues el hijo había robado y estafado a su padre. Se presentaban muchas personas que se sentían desdichadas en sus profesiones, porque su trabajo les parecía un castigo, una prisión, una fatalidad, pero no podían dejarlo porque era el trabajo lo que les proporcionaba el pan de cada día. Entre estas personas, esclavas de su profesión, figuraban militares de mayor o menor graduación, funcionarios y empleados, representantes todos ellos de las más dispares actividades. Y ninguno quería ser lo que era, sino ser algo mejor en su vida.

Quint y Dominik advirtieron la pobreza de espíritu, el miedo y la cobardía que dominaba a la mayoría de aquellos seres que, por el contrario, en su ambiente y en público eran déspotas y soberbios. ¿Y por qué acudían a aquel mísero rincón en demanda de consejo, cuando tenían la posibilidad de acudir a otros consejeros? Ellos mismos confesaban que de arriba abajo el mundo estaba lleno de miseria, de mentira, de falsedad y de ruina. Cada uno acechando al otro, dispuesto a la brutal agresión al advertir el menor síntoma de debilidad, confesando que la sociedad moderna está montada sobre la lucha despiadada de todos contra todos.

También acudían a Quint muchas personas que se quejaban de una dolencia desconocida, contra la que luchaban inútilmente. También había los que tenían un alma delicada y sensible, los que estimaban la belleza y la fidelidad y no veían con terror la muerte. Algunos acariciaban el propósito de terminar con su vida...

Pero la mayoría de los que acudían a Quint tenían una misma obsesión: dinero. Esta angustia envenenaba sus días y sus noches, y arruinaba su vida. Quint llegó a la conclusión de que la moderna civilización no era sino un desconcierto sin

sentido interior alguno, unido a una quimera débil y superficial, en la cual nadie se sentía a gusto. Dominik solía decir: «El objetivo de la totalidad es el individuo, en otro caso, el individuo no necesita para nada la totalidad.» En su opinión, la humanidad había degenerado hasta tal punto que se había convertido en una maldita, intoxicada y delirante grey de siervos sometidos a la máquina de Satanás; incluso él mismo no era sino una parte de la máquina, igual que la rueda, el eje, los raíles, el carbón y el aceite.

—Todo esto no estaría mal —decía Quint—, si el organismo a que pertenecemos no estuviera corrompido. Un mal fermento ha envilecido el pan, como muchas úlceras cancerosas, ocultas bajo paños de vistosos colores, brillantes botones, seda, armiño y broches de piedras preciosas; en las entrañas de la civilización bullen la lujuria o la ambición de honores y los instintos homicidas. ¿Cómo se puede curar un cuerpo así?

Durante aquellos días, Quint recomendaba siempre el mismo remedio a todos los que le visitaban: «Benedicid a aquellos que os maldicen, rezad por aquellos que os insultan y persiguen, haced el bien a aquellos que os odian, amad a vuestros semejantes como a vosotros mismos, dad a aquellos que os piden... Y no exijáis lo vuestro de aquel que os lo quite. Y cuando alguien os golpea una mejilla, presentadle la otra. Cuando alguien os arrebate la levita, dadle la camisa.»

Las respuestas de Quint eran absolutamente inofensivas. Pero un día llegó a él un joven preguntando qué debía hacer. Su conciencia le prohibía tomar un arma para matar a sus semejantes, pero desgraciadamente había sido llamado para prestar el servicio militar. Quint le dijo: —No deberás jurar en vano. Entonces, niégale al rey el juramento de fidelidad. «No matarás.» Por lo tanto, rechaza la espada que pretenden que ciñas y no cojas el fusil que te quieren entregar.

—Me meterán en la cárcel —repuso el hombre.

—Admite la cárcel —respondió Quint.

—Me insultarán, me maldecirán, me despreciarán, me expulsarán de la sociedad y me maltratarán sin ninguna piedad.

—Todo eso también lo sufrió Jesucristo.

—¿Y si me matan? —preguntó el joven.

—Entonces, muere —fue la respuesta de Quint.

Quint y Dominik, a veces con Hedwig Krause como tercer elemento, emprendían con frecuencia largos paseos. Recorrían las orillas del Oder o cruzaban los prados

que se extendían cerca del Ohle, aparentemente tranquilo, y a veces cogían una barca que veían con sus remos sobre las aguas, en la soledad de un remanso. Aquel año la primavera no se hizo esperar, y en aquel remanso del río las noches tenían un encanto y una belleza infinitos.

Aunque parezca raro, durante los primeros quince días, Emanuel no aprovechó ninguna oportunidad para hablar de sus delirios mesiánicos con Hedwig y Dominik. Sólo se dedicó a prestar atención a las angustias y a los problemas de Hedwig, no satisfecha con su profesión, y a la filosofía del hastío vital del joven estudiante entregado a él en cuerpo y alma, el cual le exponía sus motivos para suicidarse.

Las personas que han alcanzado una edad avanzada generalmente no recuerdan las crisis de sus años juveniles, y por lo tanto no están en situación de apreciarlas en toda su importancia. Sin embargo, la vida tiene la misma importancia a cada edad. Precisamente porque siempre está en juego la misma aportación, o sea la aportación de toda la personalidad, para bien o para mal. Incontenibles ejemplos ponen de manifiesto que el sentido trágico de la vida y el heroísmo son, probablemente, más propios de la juventud que de cualquier otra edad. Y en el instante en que el mundo ideal, puro y particular de un casto idealismo juvenil es herido de muerte por el convencimiento de la ruindad imperante y la grosera mezquindad del mundo, como por un venablo envenenado, no es raro que este mismo venablo sea introducido con valentía y decisión por la mano del propio herido hasta dentro del corazón de su vida corporal. Año tras año llegan naves de negras velas desde los laberintos de Minotauro.

Los maestros habían dicho a Dominik que no debía presentarse al examen de reválida, no por falta de conocimientos, sino porque no había alcanzado la necesaria madurez moral. El motivo de este juicio había sido su disposición para ayudar a sus amigos y camaradas. Aun cuando no hubiera sido posible moverle a un acto de traición por pequeño que fuera. La verdad era que había ayudado de palabra y obra a sus compañeros en algunos trabajos secretos.

Pero Dominik no había sido movido por un sentido inmoral, sino que, al ver en esta ridícula y despreciable moralidad escolar el sucio destino del mundo, sentía ante él una sensación de horror mortal, de asco. Dominik tenía un pequeño cuaderno de versos y notas acerca de Emanuel Quint. Una tarde, cuando la luna, como una enorme bola de un tibio color rosa, flotaba sobre los prados que se extendían junto al Ohle, leyó, y sólo esa vez, sus poemas a Hedwig y Emanuel.

Su alma, como si fuera un capullo en flor, poseía una belleza propia y majestuosa, pero al mismo tiempo la sensibilidad de una mimosa. Y Dominik veía esa misma sensibilidad suya en todos los que, en su opinión, habían sido

oprimidos y desposeídos de sus derechos. Sin que perteneciese a comunidad alguna, se incluía en la clase de los despreciados y oprimidos.

Uno de los poemas que leyó aquella noche en la barca, concluía con estos versos:

*Y lo mismo que tu infancia
la miraban los tuyos con desprecio,
igual ahora te encaminas
a un ignorado cementerio.*

Dominik era un muchacho de sorprendentes dotes, de una sabiduría y una erudición impropias de su edad. Poseía un copioso acervo de conocimientos en ciencias naturales y le atraían los estudios cosmológicos y cosmogónicos. Hablaba del principio ético que anida en nosotros y del cielo poblado de estrellas, como de dos prodigios igualmente portentosos. Daba conferencias a Quint y Hedwig Krause, en las que citaba a Giordano Bruno, a Herschel y a Kepler. Refería, con ojos apasionados, cómo Galileo pronunció en la cárcel su «y sin embargo se mueve» y cómo en todas las épocas la humanidad ha apedreado siempre a sus grandes bienhechores. Afirmó que, de seguir con vida, estaba dispuesto a dar lo mejor de él viviendo con el pueblo, a través del pueblo, entre el pueblo y para el pueblo.

Y como si realmente perteneciera a la escuela romántica, se adhirió a ella. Le gustaba Novalis porque había dicho: «Alemanidad significa puro popularismo.» Amaba a todo el grupo, porque su pensamiento agudo y libre no se desvanecía en las arenas del racionalismo, sino que reconocía y aceptaba el misterio de la existencia como tal. Este jovencito reunía en sí el espíritu y el orgullo de la investigación libre con el fervor místico de un cristianismo más católico, que le llenaba de un blando y nostálgico lirismo.

Además de Novalis, su poeta preferido era Hölderlin. No sólo recitaba de memoria una u otra composición poética suya, sino que llevaba siempre en el bolsillo un deteriorado ejemplar del *Hyperion*.

Después de todo esto quizá se comprenderá qué era lo que unía a Dominik con Emanuel. Un factor decisivo de la recién nacida dependencia del joven genio

era naturalmente la impresión que producía la persona de Quint. Si ya el hombre más vulgar y sencillo era para él un misterio, tanto más lo era aquel Quint, cuya secreta pretensión él conocía. Y por eso se volcó en la confusa atmósfera que rodeaba a Quint, con una pasión que tal vez tenía más de idealismo que de fe ciega. Pero también había en él una voluntad decidida de seguirle, porque adivinaba que el camino del maestro que había encontrado conducía precisamente hasta allí, de donde irradiaba, también para él, el más grande hechizo. Aquel hombre santo, como él le llamaba convencido, estaba, lo mismo que él, perdido en el mundo.

Es ése el hombre que en su propia patria

desterrado se siente... La tierra es ingrata.

Las horas que vive son horas de agonía,

mas aún le quedan leales amigos,

y espera paciente el luminoso día.

En el trato con Dominik, Emanuel mostraba una sencillez y una humana naturalidad que era como un alivio. Parecía como si entre uno y otro se hubiera cerrado un mudo pacto, sin necesidad de negociación alguna. Sus relaciones las presidía una unidad de criterios casi mágica. Dominik, que tenía una habitación en un local de mala reputación, había colgado un crucifijo sobre la cabecera de su cama y otro en la mesita de noche; sin embargo, no leía con mucha frecuencia las Sagradas Escrituras y rara vez comentaba con Quint alguno de sus pasajes. Un día, al surgir en la conversación el nombre del Salvador, Dominik quedó aturdido e iluminado al oír estas palabras de Quint: «¿Cristo? O no lo conozco o soy yo.»

CAPÍTULO XXIV

MARTIN Scharf no se presentó en la hospedería Zum Grünen Baum con Gustav Quint hasta diez días después de su marcha. En el camino hacia Giersdorf, se había detenido para visitar su comarca nativa y la tumba de sus padres, donde rezó y, hondamente convencido, les dijo a sus muertos que yacían bajo tierra que se acercaba el día en que podría devolverlos a la vida. Después, cuando andaba por la aldea, encontró al nuevo propietario de su casa, el cual le obligó a quedarse con él el domingo para que al día siguiente firmara en la Audiencia la renuncia de su parcela. Terminada esa gestión, Martin prosiguió su camino, y el nuevo propietario fue contando a todo el que le prestaba oídos que el comportamiento y la forma de hablar de Martin Scharf eran tan disparatados que uno tenía que apoyarse en sus propios y escasos conocimientos si quería seguir en sus cabales.

El viejo Quint recibió a Martin de una forma que no tenía nada de amistosa, y como su mujer, que en primavera se dedicaba a la venta de legumbres y hortalizas, no estaba en casa, ni él, ni el viejo Quint, ni su hijo August, querían saber nada del viaje. Esto le obligó a quedarse unos días, con la esperanza de convencerle. Pero a los cinco o seis días regresó la madre y pudieron hablar con más detenimiento, y a fuerza de ruegos y consideraciones el honesto y sincero Martin consiguió el permiso para llevarse al benjamín de la familia. La madre lloró con el mayor desconsuelo por Emanuel, y a sus lágrimas unió una serie de reproches por su conducta. Temblándole la voz y ahogándose, afirmó que en la cabeza de Quint nunca, desde su infancia, hubo la menor sensatez y que con todas las oportunidades que había tenido y después de lo que se le había ofrecido habría podido y debido ser el sostén de la familia, con sólo un poco de interés. A todo lo que Martin decía de él, la madre replicaba: «Loco, bala perdida, engreído.» No obstante, y gracias a que el pequeño Gustav la acosaba con sus ruegos, la mujer se avino a que el muchacho se fuese con Martin, despidiéndole con palabras que reflejaban sus temores: —Sí, lo que pretendéis es trastornarme también al muchacho.

Martin Scharf apareció ante Quint con los ojos radiantes de felicidad, al entregarle a Gustav. Emanuel abrazó al hermano con su mayor ternura, y pareció como si en el mundo no existiera más que Gustav, igual que si se hubiera olvidado de sí mismo, de su misión, de su mesiánica locura, de su vida anterior y de su vida

futura, de sus discípulos, de sus amigos y de sus enemigos.

El comportamiento de Emanuel tenía, lo mismo que el de su hermano por el lado materno, cierta infantilidad que enternecía. Emanuel dormía en el sofá y le cedía al pequeño su cama. Varias veces les pidió a Dominik o a otros de sus compañeros que fueran a comprarle un juguete que el muchacho había visto con embobamiento en el escaparate de una tienda. Uno de esos juguetes era un pequeño serrucho, y Emanuel le enseñó a manejarlo, con lo que el niño se distraía y se divertía aserrando troncos. Otro día los discípulos de Emanuel le obsequiaron con un vaso de jugo de frambuesa y lo llevaron a pasear por las barracas de la feria, deteniéndose en las que había animales amaestrados. Gustav era un muchacho delicado, modosito y rubio, sin que en su aspecto hubiese nada que demostrase que se había criado en el campo, entre lugareños. Todo lo que iba viendo en la ciudad le parecía milagroso, entusiasmándose más ante cada nueva sorpresa y sintiendo la más viva admiración por Emanuel, al que le debía tantas inesperadas emociones.

Al día siguiente de su llegada, Emanuel se lo llevó al vestíbulo del hospital para que lo conociera Hedwig, diciéndole con cierto ingenuo orgullo que era su hermano. Mientras, y sin hacer el menor comentario, Quint miraba a su alrededor, pensando: «Estos son los que poseen el reino de los cielos.» Luego parpadeó, como si le velase los ojos la sombra de una nube, diciéndose para sí: «¡Ay de vosotros si llegáis a escandalizar a uno de estos pequeños!»

Durante varios días, Emanuel sólo vivió para su hermano, hasta decir que veía el mundo a través de los ojos de Gustav.

Dominik tenía una honesta amistad con una camarera de cervecería que había debajo de la casa del ferroviario, donde él vivía. El local, un tugurio sucio y de mala reputación, se llamaba El Jardín de las Musas.

Pero a pesar del pomposo nombre, la nada distinguida clientela que acudía lo que hacía era infectar el puro y diáfano aire de las colinas del Parnaso y convertir en un estercolero la divina montaña de la Antigüedad.

Elisa Schuhbrich, como se llamaba la camarera, sentía por Dominik un afecto sincero, aunque resignado y sin ninguna esperanza. Hija de un inspector ferroviario, su padre la había echado de su casa cuando ella, teniendo sólo dieciocho años, tuvo una criatura, amenazándola con matarla si se atrevía a volver a su lado.

Y Elisa Schuhbrich, sin medio alguno de vida, sin posibilidad de salir dignamente adelante, se convirtió en fácil presa de los hombres, terminando por ficharla la policía, registrando su nombre en el apartado «Moral», con la

terminante acusación de una vida sin moralidad. Cayendo aquí y levantándose allá, finalmente encontró cobijo en aquella depresiva y pestilente cueva.

Un día, Elisa se presentó a Quint para descargar el terrible peso de su desdicha, llorando con el mayor desconsuelo. Y Quint le dijo: —Tus padres, que te maldicen, tus hermanos y tus hermanas, que te desprecian y condenan, lo hacen según la carne. Sólo el pecado condena al pecado. Yo no juzgo a nadie. — Emanuel puso su mano sobre la cabeza de Elisa, postrada de rodillas, como si fuera a darle su bendición, y añadió—: Levántate; tus pecados te son perdonados.

Desde aquel día Elisa Schuhbrich, la despreciada camarera de El Jardín de las Musas, puso en su confesor un afecto rayano en la idolatría, pero estaba sujeta a su triste servicio en la taberna, y no queriendo perder la amistad de Quint ni a su amado Dominik, consiguió que Quint le permitiese ir a verla cada tarde y se sentara a una de las mesas atendidas por ella.

Sabido es que no siempre la suciedad en que una persona se ve sumida, voluntaria o involuntariamente, es prueba de la suciedad de su alma. Y así, en una de las salas de la cervecería se había formado en tomo a un artista de cierta edad, profesor de pintura, un círculo integrado por algunos artistas jóvenes, algunos de los cuales ya habían caído bajo los efectos destructores del alcohol y del erotismo. No se puede negar que hasta el profesor era un bebedor empedernido, cuyo alimento diario era un arenque rociado con cerveza y vino. Dominik no era desconocido en este círculo, al que a veces se agregaba, y el profesor, con sus rojizos y húmedos labios de fauno, y un rebelde mechón de cabellos oscuros sobre los ojos sombríos y fulgurantes, le había llamado repetidas veces «nuestro caballero Toggenburg», al preguntar por Elisa Schuhbrich.

Cuando una tarde se presentó Quint con Dominik, su hermano Gustav y sus ocho discípulos en El Jardín de las Musas, después de haber estado ausente durante casi dos semanas, hubo cierto revuelo. El profesor, que casi siempre tenía los ojos entornados, los abrió de pronto, al oír cerca de él muchas carcajadas y gritos de saludo. Entre asombrado y aturdido, clavó los ojos en Quint como si tratara inútilmente de distinguir, a la luz de la llama de gas y en medio del espeso vaho de humo y alcohol, si aquella figura era realmente la de un hombre o un producto de su delirante fantasía.

Por lo que se refiere a la clientela, el panorama de las salas y las muchas mesas, atendidas por nueve camareras (justamente nueve, como son nueve las musas), era muy heterogéneo. Había gente que, a juzgar por su ropa y sus maneras, con toda seguridad tenían algo que ver con la ganadería; individuos cuyo mísero aspecto hacía pensar en pobres trabajos de escribanía, en recintos mal ventilados. Sentado a una mesa apartada de las demás, y que le era reservada

religiosamente, había un sujeto atlético, de mirada huidiza y cuello de toro, que posiblemente se ganaba el sustento haciendo exhibiciones de su fuerza, rompiendo cadenas o tirando de una palanca. También se veían algunos estudiantes. Este caballero era quizá licenciado en derecho, aquél tal vez arquitecto; un tercero podía ser un pastor protestante que estaba de viaje. Cerca del mostrador había un alborotador corro de paisanos... En pocas palabras: allí reinaba esa mezcolanza que no distingue clases sociales y que surge cuando el comandante mayor vestido de civil, el suboficial, el señor feudal y el camarero, el dependiente y el criado van a pescar en una misma maloliente charca.

Tan pronto como fue advertida la llegada de Quint y su escolta, todos los ojos se fijaron en ellos, y segundos más tarde reinó un profundo silencio, como si todos los que hasta entonces habían discutido acaloradamente hubiesen olvidado de golpe sus polémicas. Tanto aquel que estaba bebiendo como el que devoraba un duro bistec, interrumpieron, confundidos, su actividad. Y hasta después de un buen rato no se volvió a tragar, a beber y a gritar como antes, ni a bromear con las camareras manoseándolas ni a decirles obscenidades.

Cuando al cuarto y quinto días se presentó nuevamente en la cervecería el extraño santo, las camareras ya habían propalado burlonamente entre los clientes su manía. Algunos se mofaban de Emanuel Quint *el Loco en Cristo* que había instalado su nueva iglesia en una taberna atendida, como ellos decían, por damas, y cuyo símbolo no era la cruz sino el farol rojo. Pero Quint disfrutaba del respeto que se tiene a un demente. Y hubieron de transcurrir algunos días hasta que en esta o en aquella mesa alguien se atreviera a mofarse abiertamente de él.

Poco a poco, la presencia de Quint fue atrayendo en torno suyo a mucha gente de diversa condición, con lo que la mesa a la que se sentaba se fue haciendo cada vez más larga, sin que fuera ya el profesor de pintura, sino él, su centro de gravedad. Las conversaciones que allí se mantenían, y que Emanuel solía escuchar sin apenas intervenir en ellas, versaban sobre arte o literatura, esta o aquella rama de la ciencia y cuestiones sociales y filosóficas. Los que de alguna forma se sentían unidos a Quint sabían dónde podían encontrarlo. Así, una tarde se agregó a la mesa Kurt Simón, que se encontraba en Breslau trabajando como aprendiz en una imprenta, y otro día Benjamín Glaser.

Más tarde se reprocharía a Emanuel, deduciendo de ello su falta de sentido moral, no sólo que pasara las tardes en aquel ambiente de corrupción, sino que tuviera a su lado a su hermano Gustav. Incluso la hermana Hedwig fue dañada en su reputación, hasta el punto de que tuvo que renunciar a su condición de diaconisa bajo la protección de la señorita Gurauer e ingresar en la orden de la Cruz Roja para continuar en su actividad de enfermera, y todo porque, según se

dijo, una tarde había acudido a El Jardín de las Musas acompañada del doctor Hülsebusch y se había sentado a la mesa de Quint.

Desde que llegó a Breslau, Gustav no se separaba de su hermano, al que se había entregado con una pasión que inspiraba serias preocupaciones. A los ojos de la gente joven, estudiosa y formada, que veía en el destino de aquel peligroso vagabundo una sorprendente y en ocasiones inquietante similitud con el verdadero Salvador, el muchacho era su más convencido discípulo. Aquellos ojos de niño, sin que la sombra de una duda enturbiase la nítida pureza de su expresión, eran un testimonio elocuente de que su hermano lo era todo para él. Pero el muchacho pálido y delicado murió pronto. No llegó a cumplir los catorce años. De haber seguido con vida, tal vez le hubiera estado reservado un destino parecido al de su fanático hermano.

CAPÍTULO XXV

UN día, cuando un estucador llamado Weisslander, que se preparaba en la Escuela de Artes de Breslau para el examen de diseños, recriminó a Quint que tuviera a su lado al muchacho, Quint le respondió: —A nosotros nos ha sido concedido un corto período de vida. Nuestras horas y hasta nuestros minutos están contados. La marcha es inminente, y vosotros no podéis saber bajo qué signo vivimos ni a qué hora del día y del año partiremos, ni cuál habrá de ser nuestro fin. Pues nosotros venimos de muy lejos y vamos muy lejos, y, aunque estemos aquí, no estamos aquí, ni vosotros estáis con nosotros ni nosotros con vosotros. Lo que vosotros buscáis no es lo que buscamos nosotros, y lo que vosotros encontréis no interesa a nuestros ojos. Los ojos de los ángeles santifican lo que ven. ¿Creéis acaso que él es menos que un ángel?

—Eso es una intolerable verborrea —repuso Weisslander, por lo que todos los presentes, con el profesor de pintura a la cabeza, le exigieron que fuera más comedido en sus palabras.

—Las palabras del demonio y los ojos del demonio —concluyó Quint— son los que envilecen el cielo y la tierra.

—Eres y serás toda la vida una mala pécora, Mina —dijo alguien en la mesa vecina, a la vez que golpeaba a la camarera en la espalda, bromeando groseramente.

—Habría sido mejor que no lo hubiera hecho —le reprendió Dominik, volviéndose al extraño. El muchacho había observado cómo la camarera estuvo a punto de verter la cerveza y cómo sólo a fuerza de voluntad había conseguido contener las lágrimas.

Por aquellos días la persona y el comportamiento de Emanuel daban la impresión de una gran seguridad en sí mismo y de una ausencia total de miedo. En su manera de andar, en su actitud, en su mirada, se veía a un hombre orgulloso de su libertad. A los ojos de sus discípulos, ahora Emanuel resultaba casi altivo. Pero Dominik refirió a Kurt Simón y a Benjamín Glaser que, en su opinión, el hijo del carpintero era el genio nacido, el príncipe del espíritu, el rey y señor del reino del cielo interior y el verdadero Crucificado en la tierra, cuya prominente frente estaba marcada con el signo del dolor.

Cuando finalmente Quint acordó enviar otra vez a su casa al pequeño Gustav, los discípulos y los amigos que le rodeaban lo sintieron profundamente. El

maestro, los discípulos y algunos amigos acompañaron a pie hasta Schmolz al muchacho, que esta vez debía hacer el resto del viaje acompañado de Dibiez. Entre los amigos estaban Hedwig Krause, Benjamín Glaser y Kurt Simón, sin olvidar, naturalmente, a Dominik, que nunca se separaba de Quint. Era una mañana radiante, y las campanas de las iglesias de Breslau, de la vieja catedral, de la iglesia de Santa Magdalena y de Santa Isabel y muchas otras, hacían llegar a una sus tañidos hasta los caminantes, que avanzaban por los campos, seguidos del júbilo de las alondras.

Discípulos y amigos mantuvieron durante todo el camino la distancia tradicional entre ellos y Emanuel. Los amigos, y sobre todo Dominik, cuidaron mucho de que los discípulos no interrumpiesen aquel estado de ánimo, entre cariñosamente triste y contento, con preguntas ingenuas y con un comportamiento impropio. Quint había puesto el brazo derecho en un hombro del muchacho, el cual con su mano derecha cogía la de Emanuel. Le veía el rostro demacrado y su inquieta mirada, mientras la angustia le oprimía la garganta y las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Antes de que el pequeño Gustav subiera a un vagón de cuarta clase en la estación de Scholz, acompañado de Dibiez, se echó sollozando sobre su hermano, quien le dijo: —Si continúas con vida, me seguirás. Si sigues con vida, harás las obras del Hijo del Hombre. Descenderás a los infiernos y al tercer día resucitarás. Pero si te ha sido fijado otro destino, estarás conmigo en el Paraíso mucho antes.

Emanuel había pronunciado estas palabras a media voz, pero aun así, Dominik, Hedwig y Martin Scharf las oyeron.

En el camino de regreso, los amigos y los discípulos formaron un grupo silencioso y apretado en torno a Quint. El dolor del maestro, su melancolía eran como una nube invisible que todos respiraban. De pronto, Quint les dijo: —¿No os dais cuenta de que la naturaleza está a la expectativa? Cuando escucháis, cuando os ponéis a meditar. ¿No advertís, con un doloroso estremecimiento de dicha, que todo cuanto os rodea está esperando, porque el presente es algo momentáneo y no definitivo? ¿No habéis sentido nunca el deseo de encontraros allí donde tienen su fin las olas de vuestro espíritu? ¿Nunca habéis sentido el deseo ferviente y apasionado de empezar a vivir allí, en la más apartada frontera? Quien pueda entenderlo que lo entienda.

Entonces, Dominik intervino para decir que el verdadero principio de la filosofía consistía en la negación del yo, y ésta era en definitiva la única actitud trascendente.

Sorprendidos, Kurt Simón y Benjamin Glaser le preguntaron:

—¿Cómo? ¿Es que quiere usted quitarse la vida?

Dominik se volvió y les dijo:

—No me comprendéis.

Quint no prestó atención a este corto diálogo y avanzó por el sendero en cuyos lados florecían margaritas.

—Toda la naturaleza está a la espera. ¿O creéis, acaso, que el júbilo de las alondras que vuelan sobre nuestras cabezas ha de durar siempre? Si es así, yo os digo que hay en ello menos verdad que en el informe de un mensajero que lo ha recibido de otro, el cual, a su vez, se ha enterado de una parte de la verdad a través de un tercero. En verdad os digo que si no sois constantes y creyentes como este niño que me ha abandonado, no entraréis en el reino de los cielos. Pero quien escandalizara a uno de estos pequeños, mejor le sería que le atasen una piedra pesada al cuello y lo arrojaran al agua. Yo os digo que sería mejor para él. ¿O es que preferiría vivir como un impío cadáver, olvidado de Dios? Dios es espíritu, y allí donde no hay espíritu, está la muerte, aun cuando el cuerpo esté con vida. Pero quien mata con justo sentido es precisamente quien con justo sentido concede la vida. Pero quien da la vida con injusto sentido comete un asesinato.

Al oír estas palabras, un rubor delator, casi de doncella, cubrió el rostro de Dominik con la expresión de una tímida y oculta ilusión.

—Yo creo —dijo Kurt Simón— que en el mundo de hoy tanto el niño como el muchacho y el joven han de sufrir el desprecio de los mayores.

—Así es —admitió Emanuel—. Por este motivo nosotros tenemos que fundamentar nuestra vida terrena en la esperanza, como hicieron los apóstoles que vinieron detrás de mí; los apóstoles que, como está escrito, creyeron, igual que yo, en la esperanza.

Kurt Simón, Benjamin Glaser y Hedwig Krause se sobrecogieron de espanto, mientras los demás sintieron un celestial estremecimiento.

—Para Dios, mil años son como un día —siguió diciendo Emanuel, después de un instante—, como un día que ya pasó. Y después de todo esto, vendrá un día en que los hijos de hombre y las hijas de hombre contemplarán la faz de mi Dios; entonces ya no tendrán que soñar ni adivinar, pues el espíritu invadirá la carne, y tanto el más insignificante como el más elevado tendrán vida y sabiduría. Sólo el espíritu vivifica, porque para ello de nada sirve la carne. Dios es espíritu. Pero yo os digo que él encenderá un fuego con el que volverá a nacer en vuestros hijos y en vuestras hijas, y entonces el secreto del reino de Dios no será ya la luz oculta bajo el

celemín, sino que el hijo de hombre y la hija de hombre se parecerán, en su día, al rayo que descenderá del cielo e iluminará todo cuanto existe en el cielo y bajo el cielo. ¡Perseverad!

—¿Cómo podremos saber que el día del Hijo del Hombre está ya cerca? —preguntó Johann.

—En mí —respondió Quint— podréis ver, hijos míos, que el día está cerca. ¿O vais a poner en duda mi testimonio? ¿Quién podría dar mejor testimonio del Hijo del Hombre sino el propio Hijo del Hombre? ¿Quién puede dar mejor testimonio del espíritu del Padre que el espíritu del Hijo de Dios? El espíritu del Padre da testimonio de mi espíritu, para que yo dé testimonio de él aquí en la tierra. Pero aquel que no ve de qué espíritu soy yo hijo y que las palabras que pronuncio son espíritu y vida, está lejos del reino de Dios.

—¡Todos nosotros lo vemos! —gritaron los discípulos.

Sin embargo, Emanuel sonrió suavemente y los fue mirando uno a uno, con el mismo bondadoso gesto.

—Tú has dicho «perseverad» —intervino el comerciante Krezig, que seguía siempre las palabras de Quint con intenso desasosiego y gran atención—. Entonces, ¿no eres tú el que ha de venir y debemos esperar a otro?

—Yo soy el que sabe y el que ve —respondió Quint—. Vosotros, en cambio, sois los ignorantes y ciegos. Por eso os digo: creed en aquello que no comprendéis. Y quien cree en mí, no cree en mí, sino en Aquel que me ha enviado. Por eso cuando vosotros me negáis, negáis al Hijo del Hombre. Y en verdad os digo: amad a vuestros enemigos. Bendecid a quien os maldice, y así os amaré y bendeciré yo después. Pero si renegáis del Espíritu, renegáis del Hijo de Dios y convertís a Satanás en vuestro señor.

Se acercaban de nuevo a la ciudad de Breslau. Quint señaló con la mano la nube de humo que flotaba sobre la ciudad, y dijo: —Satanás es un impostor, un delincuente. Él es la mentira misma y padre de la mentira. Él es el delito y padre del delito contra el Espíritu. Satanás es el Señor de los dogmas. Satanás ha encerrado a Dios y a los hombres en una mazmorra. Satanás está sentado en la silla de Pedro. Satanás tiene en su mano, como cetro, la llave del abismo y promete abrir con ella el reino de los cielos. Satanás ha convertido a los hombres en demonios y en ídolos de madera, de piedra, de metal... Pero yo os digo: ni la madera, ni el metal, ni la piedra pueden santificar al hombre, sino que es el propio hombre el que se ha de santificar a sí mismo. Por ello vosotros debéis santificaros y ser perfectos. Entonces seréis templos de Dios, templos que se mueven y que están henchidos del Espíritu de Dios. No hay otros templos; templos de piedra, templos

con torres, de los que cuelgan campanas de bronce. La boca de Dios no está hecha de hierro, ni su lengua es el tañido de una campana de bronce. ¿Quién hubiera dado a Dios una boca de hierro y una lengua de bronce? ¿O es que acaso Dios es un trozo de metal o una campanilla? ¡No! Dios es espíritu. Y nosotros sabemos que Él es el Espíritu de la sabiduría y de la razón, el Espíritu de la verdad y del conocimiento, y el Espíritu del amor.

»Un hombre puede ser siervo de otro hombre, pero no deberá ser siervo de Dios. Los que aquí visten sotana, predicán desde el pulpito, venden gracias, gritan y pregonan que son los siervos y criados de Dios, en realidad no son sino siervos y criados de Satanás. Sólo Satanás tiene siervos y criados. Dios, en cambio, no tiene ni siervos ni criados. Mejor sería pensar que Dios es siervo de los hombres que imaginar que pretende humillarlos, convirtiéndolos en sus siervos. Yo os digo: Dios ensalza a los hombres, y aquel que se humilla ante Dios, en realidad es humillado solamente por el demonio. Pero yo, que he sido humillado por los hombres, he sido ensalzado por el Padre que habita en mí.

»Entrad en las iglesias y veréis cómo almas torturadas y atrofiadas rezan a huesos de difuntos y al cadáver de aquel que fue muerto por Satanás, en lugar de ser ellos mismos ángeles y receptáculos del espíritu. ¿Cómo quieren servir a Dios, si no es con Dios mismo? ¿Qué pueden ofrecer a Dios en la miseria de su condición de criados y siervos? ¿Creéis vosotros que Dios pretende ser padre de perros azotados o de criados encadenados y pisotear sus cuellos? Es verdad que yo veo llegar el momento en que vuestras iglesias, vuestros pulpitos, vuestros estrados y altares quedarán sepultados bajo tierra y que reverdecen bajo los pies de los hijos de Dios.

En estas palabras de Quint puede verse cómo el nuevo mesías mezclaba caprichosamente palabras del primer y auténtico Mesías transmitidas por la tradición escrita con comentarios y apostillas propios, y cómo las mismas ideas eran manoseadas una y otra vez para formar nuevos conceptos. Pero al oír estas palabras, los que escuchaban tenían la impresión de que le impulsaba una fuerza interior, un imperativo incontenible: era como el soplo de la primera creación.

—¿Qué opina usted de las palabras de Quint acerca de los apóstoles que han venido después de él? —preguntó Benjamin Glaser a Dominik, cuando los muchachos estuvieron nuevamente solos.

Dominik le respondió:

—Si quiere usted una respuesta racionalista, no soy yo la persona más indicada para proporcionársela. Pero he de confesar que me ha impresionado profundamente. Novalis dice: «Todo encantamiento se produce mediante una

identificación siquiera parcial, con el encantado», y yo, el encantado, me identifico con el encantador; le comprendo, le conozco, le siento en todas partes y de todas las maneras. El me ha forzado a ver, a creer y a sentir todas las cosas como él quiere. ¿Y es que acaso no ejerce un poder parecido sobre todos sus acompañantes, a excepción de usted y del señor Simón? Voy a referirle un corto diálogo, igualmente de Novalis, que servirá de respuesta a todas sus preguntas. En mi opinión, sólo pensadores superficiales pueden concebir una vida sin magia. Con toda seguridad que yo no entré por primera vez en el universo, hace ahora dieciocho años, mediante la casualidad de mi nacimiento.

Y Dominik concluyó con estas palabras:

—El diálogo de Novalis dice:

»—¿Quién te ha hablado de mí? —preguntó el peregrino.

»—Nuestra madre.

»—¿Quién es tu madre?

»—La Madre de Dios.

»—¿Desde cuándo estás aquí?

»—Desde que vine de la sepultura.

»—¿Has estado muerto alguna vez?

»—¿Cómo, si no, podría entonces estar con vida?

Glaser le preguntó:

—¿Cree usted en la reencarnación?

—Lo importante no es que yo crea o no crea en ella. ¿No es un milagro que yo haya nacido por primera vez? ¿Y no vemos cómo todo se renueva inagotablemente en los estrechos dominios de nuestra vida? ¿No existen, fuera de los estrechos dominios iluminados por nuestra débil conciencia, los dominios de la eternidad y del infinito?

Entretanto, la policía había centrado su atención en la actividad de la hospedería Zum Grünen Baum y había enviado a varios agentes para que se informaran de la situación a través de los vecinos y del dueño del establecimiento. El tabernero y carnicero defendió a Quint, porque desde que él iba a su casa vendía más carne de baja calidad y salchichas de carne de caballo, y en la cervecería se servían más bebidas. Invitó al policía, con el que mantenía buenas relaciones, y le aseguró que

Quint y sus seguidores eran sencillamente ingenuos y unos convencidos beatos, de los que nada se había de temer.

Theresia Katzmarek y Marthe Schubert fueron a ver a Emanuel y después de conseguir trabajo en una fábrica cercana, aprovechaban cualquier oportunidad para estar al lado de su ídolo. El dueño de la taberna le contó al agente que solían acudir mujeres, hacia el atardecer, para asistir a la oración, y los discípulos de Quint se dedicaban dos o tres veces al día a una hora de rezo en una habitación apartada. En sus reuniones, a las que Emanuel no asistía, todo transcurría, según el informe del tabernero, con orden y seriedad. En elogio de las reuniones, recordó que una noche algunos socialdemócratas que regresaban de una reunión tiraron una piedra contra los cristales de la ventana, porque oyeron un canto religioso. El amigo y agente insistió en preguntar más detalles, no sólo acerca de Dominik, sino también de Hedwig Krause, Benjamín Glaser y Kurt Simón, y de otros que concurrían. Entonces el tabernero no se atrevió a callarle que también el agitador Kurowski estuvo una tarde. Pero la verdad era que ni el tabernero ni su mujer sabían lo que quería la gente que cada día acudía a su establecimiento para ver a Quint. Ella dijo que alguna vez había oído lo que hablaban, aunque sólo por casualidad, porque el cuarto de planchar estaba al lado de la habitación de Quint, y aseguró que nunca había oído nada inconfesable, ni siquiera cuando le visitaban mujeres de la calle. Dijo que también acudían muchachas a las que había abandonado el novio y esperaban encontrar en él consuelo para sus penas, pero nunca les dio medicamento alguno ni hizo nada reprochable. Algunas de las muchachas se iban más animadas después de oírle, y otras se iban decepcionadas.

CAPÍTULO XXVI

ALGÚN tiempo después, en El Jardín de las Musas tuvieron una sesión muy alborotada, que fue la causa de que se acabasen las reuniones y las visitas al suncio local.

Hedwig Krause se había presentado sin su uniforme de enfermera, y había traído como protector suyo al doctor Hülsebusch, un hombre muy austero que le había dicho que deseaba observar lo que Quint se traía entre manos en aquel local de mala reputación. No dejaba de entrañar cierto peligro asistir a sus reuniones, pues abundaban las agrupaciones secretas, perseguidas con rigor por la ley de excepción que regía entonces. Pero precisamente esa dureza provocaba una terca y fanática oposición y contribuía a que en muchas cabezas juveniles arraigaran ideas revolucionarias. Todos estaban convencidos de que llegaría el hundimiento general de la sociedad, que a más tardar ocurriría el año 1900 y que renovarían el mundo. Del mismo modo que los pobres discípulos que habían marchado tras las huellas del loco en Cristo esperaban la venida del reino de los mil años y de la nueva Sión, igual los grupos socialistas y la juventud que se les había adherido confiaban en la implantación del estado socialista, en el que veían el mundo ideal del futuro.

Por aquel tiempo, en las mesas de los grupos populares que se interesaban por la política flotaba, mezclada con el vapor de la cerveza y del tabaco, la utopía de una sociedad más humana. Lo que éstos llamaban de un modo, otros le ponían otro nombre, pero en el fondo en todos se advertía la misma fiebre ideal y el mismo ferviente deseo de liberación, de evolución, de dicha; en una palabra, de justicia. A esto, unos lo llamaban estado social, otros libertad, otros paraíso, reino de los mil años o reino de los cielos. Y la nube del estado del futuro o del reino del futuro flotaba, en constante renovación, sobre las cabezas de la comunidad congregada en El Jardín de las Musas.

Dominik estaba sentado a la izquierda y Hedwig Krause a la derecha de Quint; seguramente que los padres de la joven se hubieran horrorizado al verla en semejante compañía. El director del hospital donde Hedwig prestaba sus servicios como enfermera era un científico y médico famoso, de ideas liberales, al que interesaba la personalidad de Quint a través de las informaciones del doctor Hülsebusch y de la propia Hedwig. Su casa, situada en las afueras de la ciudad, era un conocido centro de reunión social. Aficionado a la buena música, al arte y a la literatura, se relacionaba con los más destacados cerebros de la nación. Sin hijos, el

matrimonio protegía a artistas jóvenes y sin recursos, y entre ellos a un pintor llamado Bernhard Kurz, que terminó por ser para el profesor Mendel y su esposa un verdadero hijo.

Como sea que Hedwig Krause era invitada con frecuencia por su jefe, y ahora Bernhard Kurz, al que conocía de allí, estaba sentado a su lado, y el propio profesor le dijo un día, «una persona como usted, Hedwig, puede ir tranquilamente a todas partes», pronto se sintió libre de aquella inseguridad que se había apoderado de ella al entrar en la sucia cueva. Además, no era la única mujer en la reunión. Frente a ella estaba una muchacha con aspecto de campesina rusa que parecía pendiente de su vecino, un hombrecillo cuyo rostro casi desaparecía entre el espesor de su barba, sus cabellos y sus tupidas cejas. Ése era un poeta sin casi medios de subsistencia y sin cobijo, y de vez en cuando sacaba una pequeña libreta y tomaba apuntes. Se llamaba Peter Hullenkamp y su amiga Annette von Rhyn.

Peter Hullenkamp, con los cabellos revueltos y el largo abrigo, que nunca se quitaba, pues no tenía más que el abrigo y la camisa, constituía todo un símbolo. A Kurt Simón le parecía un eremita, al joven Dominik, un filósofo cínico de la antigüedad, pero era un simple hombre ajeno al momento que vivía, en el que un lejano futuro y un no menos lejano pasado se fundían en una quimera en constante ebullición. También Annette von Rhyn, que le seguía a todas partes como Antígona a Edipo ciego, había sido arrastrada por su misma quimera. Ella le llamaba a veces rey de Taprobane, emperador de las siete islas de plata, jardinero mayor de los jardines colgantes de Semíramis. Durante cuatro semanas le llamó duque de Ofir, y en las otras cuatro semanas siguientes califa Harun al Raschid, y se veía viviendo con él y quitándole las pulgas, mientras él se sentaba a las mesas abarrotadas de frutas y bebidas, y habitaba palacios atendidos por centenares de esclavos.

Además de Hedwig Krause y de Annette von Rhyn, había, aparte de las camareras, otra mujer, llamada Josephine Schwelin; era una estudiante ruso-polaca que había tenido el coraje de entrar en la difamada cueva y en el círculo del loco de Zum Grünen Baum, como allí se llamaba a Emanuel Quint. Esta joven, que mantenía contactos con los círculos que Turgueniev llama nihilistas, tenía ideas propias y poseía, además de extraordinarias dotes y pasión por las matemáticas, una pasión aún más profunda por todo lo que en el alma del pueblo sencillo pugnaba por una libertad y una vida mejor. Su lema era: todo con el pueblo, para el pueblo y a través del pueblo, aun cuando procedía de una orgullosa y noble familia, y como otros compatriotas suyos, había crecido rodeada de lujo, de criados y gobernantas.

En medio de aquel círculo de personas cultas, los siete campesinos que seguían a Quint estaban avergonzados y no se atrevían a hablar, como si sintiesen sobre ellos el peso de la gran ciudad. Pero seguían con los ojos, en los que alumbraba la llama mística, al Mesías elegido, en el apasionado holocausto de sus vidas, y era ésta una locura que él no podía por menos de ver y que en modo alguno debía ser menospreciada, del mismo modo que tampoco cabía esperar que se les pudiera apartar de ella fácilmente. Es posible que estos hombres fueran incultos y se sintieran avergonzados, pero no estaban dispuestos a ceder en lo más mínimo en lo que esperaban y confiaban obtener de Quint. Pero ¡ay de él! si un día apareciera a sus ojos como un impostor.

En realidad, Emanuel había terminado con una parte de su vida anterior, y había alcanzado una sensación de entera libertad y de independencia. Pero se daba cuenta de que en la ciudad la vida le atraía y atenazaba con mil tentáculos nuevos para él. Mientras advertía la indiferencia y el odio de la gran masa, sentía, sin embargo, que cada vez se fijaban más ojos en él con angustiosa expectación, y sabía que estos ojos no se darían por satisfechos sino con algo que fuera como una revelación. Allí, en su camino, no cabía ni seguir adelante ni retroceder. Con frecuencia, cuando estaba solo en una barca sobre el Oder, pensó en desaparecer bajo las aguas. Pero esperaba y confiaba con ardiente ansiedad en otra muerte, apenas presentida, que con toda seguridad le habría de llegar desde lo desconocido. Y cada vez que la noche no se la traía y volvía a brillar en su ventana el sol de un nuevo día, se sentía profundamente decepcionado.

Y mientras sus compañeros de mesa y otros muchos seguían esperando una explicación definitiva de aquel hombre extraño, se le imponían sentimientos cada vez más fuertes que le empujaban hacia la muerte, liberación y culminación de su destino.

Dominik le había dicho a su querida Elisa Schuhbrich que Quint era un hombre superior, que vivía muy por encima del mundo, que se erguía hasta casi alcanzar lo divino, en tanto que sus pies apenas si tocaban la grosera vulgaridad que le rodeaba. En realidad, la locura de Emanuel tenía una grandeza extraordinaria. Él mismo confesó en varias veces a Dominik que se sentía más unido a lo invisible que a lo sensible. El tejedor Schubert decía que Quint se encontraba ya a mitad de camino del cielo. No obstante, era más digno de lástima que de envidia. Los discípulos lo encumbraban hasta el cielo; el profesor le tenía por un modelo ideal para un cuadro y por un loco sensacional; algunos jóvenes artistas le tenían por un genio y otros por un desdichado y feliz demente. Pero todos se sentían impresionados por su fuerte personalidad, pero en lo más recóndito de su alma no sabían si se trataba de un loco convencido y de buena fe o de un astuto y refinado impostor. Los que respetaban a Quint, sin entregarse a él

con una fe ciega, pero sí con una cierta entrega mística eran la estudiante polaca, el poeta de los cabellos revueltos, Peter Hullenkamp, Kurt Simón, Benjamín Glaser, y sobre todos, Hedwig Krause, Elisa Schuhbrich y Dominik.

Después de que los reunidos, más numerosos que de costumbre, estuvieron hablando durante un rato sobre los incidentes del día, los de las mesas contiguas y los de las mesas de las otras salas, comenzaron a hacer comentarios irónicos sobre los congregados en torno a Quint. Al cabo de un rato, un grupo de clientes casi ebrios se pusieron a cantar a media voz el canto religioso *Ten piedad de nosotros*, al que siguió *Estás loco, hijo mío; tienes que ir a Berlín*.

Aun cuando era una calle corta, sin mucho tránsito de vehículos, a través de las ventanas con los postigos cerrados y por encima de los brindis y del ajetreo de las camareras se oía el bullicio de una gran ciudad. El rubio y comedido doctor Hülsebusch, que se había propuesto observar de cerca al ídolo de la señorita Hedwig, discutía con Dominik el pro y el contra de la vivisección, mientras los demás hablaban de otros asuntos en diferentes grupos. Dominik oponía serios reparos, mientras Hülsebusch consideraba necesarias para el bien de la humanidad todas las torturas a que se sometía a los animales. Dominik decía que el pecado engendraba pecado y que aun cuando el delito se cometía en pobres animales, la humanidad cargaba sobre sí la maldición de este delito. Por otra parte, la humanidad disponía de un acervo de conocimientos que sólo tenía que oponer a la gran locura que dominaba el mundo para verse libre de gran parte de los males que ahora trataba de combatir.

—Eso quiere decir que se opone usted al derecho de la investigación libre —repuso el doctor Hülsebusch, mientras sobre la mesa flotaba una y otra vez la palabra «iniquidad», pronunciada por el profesor y que se refería a la vivisección.

—Si ustedes niegan el derecho a la investigación libre —exclamó Hülsebusch—, ¿cómo quieren alcanzar condiciones honestas y humanas para todos?

—La ciencia nos ha hecho retroceder —replicó un señor en la mesa contigua.

—Tales palabras sólo pueden salir de la boca de quien sabe tanto de ciencia como un caballo de música —repuso el doctor Hülsebusch.

Entonces el intruso, que había bebido más de la cuenta, se acercó a la mesa y se puso a hablar y a quejarse de una enfermedad que no quiso explicar y que se le había ido agravando durante los últimos cuatro años, después de haber seguido el tratamiento que le recomendaron nada menos que quince médicos.

—A personas como usted —le dijo entonces el doctor Hülsebusch— que, después de estar enfermos durante cuatro años, frecuentan tales compañías y locales, ni Dios podría curarlas. Merced a la ciencia, aprendemos a dominar la naturaleza.

—Mejor sería —intervino Dominik— que aprendiéramos a dominarnos a nosotros mismos.

—¿Y qué iba a hacer usted con todo su dominio de sí mismo —preguntó el doctor Hülsebusch— frente a tan terribles enemigos de la humanidad como el cólera, la viruela, la sífilis y la tuberculosis? Ahí tenemos que intervenir nosotros.

—Aire puro, ejercicio físico, sol y jabón —replicó Benjamin Glaser—. Ése es el evangelio médico.

En este momento intervino en la conversación Emanuel Quint, y con su lenguaje arcaico y bíblico produjo en el grupo de personas cultas una compasiva atención que se tradujo en un respetuoso silencio.

—Satanás —dijo Quint— es, desde el principio de la creación, el enemigo y el verdugo de la humanidad. Pero quien está en cuerpo y en espíritu con Dios, tiene vida eterna. Satanás ha traído al mundo de los hombres la enfermedad y la muerte. La maldición de Satanás que padecemos significa odio, desprecio, egoísmo, leyes y pecados que se perpetúan a través de las leyes. ¿Cree alguien que la enfermedad es otra cosa que pecado? Satanás fue el principio de la ley y Cristo será el fin de la ley, y, por lo tanto, del pecado.

Elisa Schuhbrich tenía puesto el brazo izquierdo sobre los hombros de Dominik, junto al cual estaba sentada, y enlazadas en su mano derecha las del muchacho mientras contemplaba a Quint con rostro serio y un poco fatigado. También su amigo le miraba. Cuando Quint enmudeció, entró el agitador Kurowski, quien después de saludar puso su gabán en una percha, se atusó los cabellos, pidió una cerveza, acarició a una camarera y, finalmente, se sentó entre Kurt Simón y la estudiante polaca.

—Bueno —dijo el doctor Hülsebusch a Emanuel Quint, sin dejar comprender que le creía loco—, está bien. Pero nosotros no podemos decir eso al enfermo que viene a nosotros y nos pide que le curemos. Por otra parte, tengo que decir que soy enemigo del cristianismo. Como Goethe, Schiller y nuestros más grandes filósofos, creo que con la doctrina de Cristo la humanidad ha recibido un elemento nocivo para la vida. Por ejemplo, el cristianismo ha provocado un monstruoso desastre con la condenación y denigración de la vida sexual. El cristianismo ha situado el acto del amor sexual en el mismo nivel de los actos que se ejecutan en un mingitorio o en una cloaca, y aun en un nivel inferior. Yo sigo

considerando el cristianismo como el verdadero cáncer de nuestra vida natural.

Entre los discípulos se alzó un murmullo; Antón Scharf intentó hablar, pero el maestro le pidió que guardara silencio con un ademán. Luego, Quint dijo: —Un sembrador salió a echar la semilla, y al sembrar, un puñado de semilla cayó en el camino, donde fue pisada, y las aves del cielo se la comieron. Otro puñado cayó sobre tierra yerma, y se secó. Otro puñado cayó entre unas zarzas y no pudo fructificar. Y unos puñados cayeron en tierra fértil, pero cuando ya daban su fruto, llegó una noche el enemigo y sembró cizaña en el mismo surco. Y después vinieron las heladas, calores y el pedrisco... La siembra, pues, fue casi inútil.

—Mejor sería que se esforzara un poco y hablara con más claridad —se atrevió a decir Weisslander.

Josephine Schweglin, que al dirigirse a Quint empleaba el mismo tratamiento que sus discípulos, dijo: —O sea, maestro, que en su opinión el cristianismo de hoy está sembrado de piedras, de espinos, de pedrisco, de zarzas, de cizaña: de todo menos del trigo del sembrador. De acuerdo. ¿Pero no hay ni siquiera un grano del trigo del sembrador?

—¿Qué se debía hacer si hubiese siquiera un grano del trigo del sembrador? —preguntó a su vez Quint, en lugar de responder.

—Lo mejor sería echarlo en buena tierra.

—De otra manera —prosiguió Quint—, el grano de trigo caerá en tierra baldía y morirá, sin dar fruto alguno.

—Entonces, si hemos entendido bien sus palabras, usted no es cristiano de acuerdo con la doctrina de la Iglesia católica, griega o protestante, ¿no es así? —preguntó Kurowski.

—Yo soy la resurrección y la vida —respondió Quint.

Estas palabras produjeron una conmoción general, pero ninguno habría podido explicar de qué naturaleza. Algunos se sintieron heridos en sus convicciones religiosas y cristianas, otros se sintieron ofendidos, sin que faltaran los que se sobrecogieron, ni los que esperaron nuevas revelaciones del candidato al manicomio. También algunos, como el doctor Hülsebusch, sintieron una profunda sensación de horror. Todos los ojos estaban fijos en el loco en Cristo, atraídos por lo que sabían que sólo era un desvarío como por algo sobrenatural. Nunca había tratado nadie de escrutar el secreto de un alma con tan apasionada y casi dolorosa ansiedad.

—Yo os digo que el secreto del reino de los cielos, el grano de mostaza oculto en el campo de la humanidad, significa renuncia de sí mismo.

Luego, Quint citó algunas sentencias decisivas del Sermón de la Montaña:

—Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os insultan y persiguen.

—Si el cumplimiento dé estos preceptos y la caridad que hoy se practica equivale al reino de Dios en la tierra, entonces hay que decir que sigue siendo tan pequeño como un grano de mostaza — comentó la señorita Schweglin.

El doctor Hülsebusch replicó:

—Ni el progreso, ni la cultura, ni estado humano alguno se pueden basar en la renuncia al propio yo. La lucha y el egoísmo siguen siendo los más poderosos resortes. Con tan descabelladas ideas, todo lo que el cristianismo ha conseguido en casi dos mil años de existencia es una inconcebible hipocresía y un rotundo fracaso. El mundo es movido por el egoísmo, las naciones se mantienen en pie gracias al egoísmo y todos los actos y las actividades del hombre son dictados por el egoísmo. La Iglesia ejerce un dominio en nombre de Dios y pide el servilismo en nombre de Dios. Los señores tratan de imponerse a los señores y a los siervos, los siervos a los siervos y a los señores. En esta lucha brutal de intereses, no hay nadie que no se haya convertido a sí mismo en una fortaleza. ¿Podría, entonces, ese hombre ser completamente desinteresado y descuidar la defensa de su fortaleza? En mi opinión, el principio más estéril que puede concebirse es el de la renuncia de sí mismo, pues quien pretendiera hacerlo realidad de forma totalmente consecuente, debería retirarse del campo de batalla: debería renunciar voluntariamente a la vida para imponer la paz a cualquier precio. Con esto, aunque resulte horrible, el suicidio se convertiría en el auténtico precepto del cristianismo y en la consecuencia de su doctrina.

—Mata al egoísmo —repuso Quint—, y si no hay otra solución, mádate a ti mismo. Yo os digo que quien tiene apego a su vida, la perderá, y quien no tiene apego a la vida, la ganará.

Entonces se produjo un incidente. Benjamin Glaser, que había bebido más de lo prudente, no apartaba ni un instante la mirada del loco, y de pronto pareció como arrastrado por la palabra y la presencia de Quint, igual que un torbellino al que no pudiera oponer resistencia. Se levantó de un salto y preguntó emocionado: —Maestro, ¿qué debo hacer para ser digno de ti y participar de la vida eterna que predicas?

Mientras Benjamin hablaba con voz conmovida, Kurt Simón trató de calmarle, invitándole a que se sentara. Entonces, el profesor exclamó: —Nosotros

somos personas instruidas y artistas, y no viejas históricas.

—Por favor, déjese de retóricas —intervino Bernhard Kurz—; la gente se va a dar cuenta y se reirá de nosotros.

—Esto ya es demasiado —repuso Weissländer, refiriéndose a Dominik—. ¿Es que vamos a consentir que nos ponga en ridículo un estudiante que no ha pasado del primer semestre?

En medio de este alboroto, se alzó majestuosamente la apostólica figura de Peter Hullenkamp para decir: —Dejadle hablar. Sois ignorantes y dejados de la mano de Dios, sin tener la menor idea del cristianismo. Bebed vuestra cerveza y fumad vuestras tagarninas, pero no escupáis la miseria de vuestras almas cuando un capullo quiere abrir sus alas. —Seguidamente se dirigió a Benjamin Glaser, diciéndole—: Siempre adelante, joven idealista. ¡No te dejes intimidar!

Sus palabras y la rapidez con que se bebió un vaso de aguardiente provocaron una carcajada general. Entretanto, Benjamin, pálido y sin moverse, ajeno a cuanto ocurría, al cabo de un rato repuso: —¿Por qué me he de intimidar? Yo sigo pensando que cuando uno se encuentra en un momento como el que ahora vivimos y se siente cerca del instante decisivo de su vida, todo lo demás carece de importancia.

Benjamin trató de encontrar palabras para seguir hablando, pero Dominik se le acercó y lo abrazó, mientras le decía: —Es verdad. Soy un estudiante fracasado. ¿Pero un estudiante fracasado no tiene derecho a buscar a Dios si se siente desilusionado de la vida y vivir le asquea?

—Mejor sería —le replicó Hülsebusch— que hiciera usted experimentos físicos y químicos y tratara de averiguar cómo se puede obtener la clara de huevo de elementos inorgánicos. Entonces quedaría resuelta la cuestión social y usted se convertiría en un auténtico bienhechor de la humanidad.

—¿Pan? —preguntó Dominik, encogiéndose de hombros—. El pan ese me resulta demasiado duro. Si hubiera dicho usted maná...

Kurowski intervino diciendo:

—Evidentemente, el doctor tiene razón, pues resulta imposible encontrar a Dios, a pesar de que la humanidad le ha estado buscando durante miles de años, o ya se le ha encontrado, y entonces tengo que decir que no merece la pena seguir buscándolo. ¿De qué nos sirve un Dios que después de miles de años no ha conseguido resolver los problemas sociales o que no se interesa por ellos?

Entonces todos se pusieron a hablar a un tiempo, por lo que difícilmente se podía captar algo con sentido lógico. El corpulento caballero que antes había

despotricado contra los médicos, repitió de pasada: —¿Renuncia de sí mismo? Eso sería una moral necia.

—Yo no me avergüenzo de confesar —dijo un individuo que se acercó teniendo en la mano un cigarro de poco precio— que soy pecador y en cierto sentido creyente. Para mí, Jesucristo fue algo más que un hombre lleno de bondad. Yo soy un pecador y creo en el perdón de los pecados y en la eterna bienaventuranza que el Salvador nos prometió. Pero si su cielo fuera la renuncia de uno mismo, entonces Jesús habría sido el mayor de los impostores que han pisado la tierra. Pero no lo fue.

Weissländer, que se había acercado a una camarera, volvió en seguida, pidió una cerveza y golpeó sobre la mesa, gritando que era una indecencia mezclar las cosas sagradas con la suciedad.

—Yo no me tengo por sucio por el hecho de encontrarme en esta compañía —dijo con tono displicente el pintor Kurz, mientras se sacaba un cigarrillo del bolsillo—. Usted debe saber que el fundador de la religión cristiana no fue un caballero de salón. Sus discípulos fueron sencillos pescadores. Yo no conozco la Biblia muy bien que digamos, pero tengo la impresión de haber leído esto: «Cristo no desprecia a los pecadores y come con ellos.» ¿Acaso no sabe el señor —prosiguió Kurz, refiriéndose a los reproches de Weissländer— que las primeras comunidades cristianas fueron llamadas por los paganos reuniones de pordioseros? Y por lo que se refiere a la Biblia, escrito está: «Busca en las Escrituras.»

Dominik preguntó, con acento acusador:

—¿Quiénes son los que con más frecuencia abusan de la palabra de Dios? Aquellos que la degradan y envilecen para conseguir su dominio, convirtiéndola en látigo, en instrumento de tortura y en hoguera. Me refiero a los malos, sin que ignore que los hay buenos; a los impostores, egoístas, groseros, pecadores, superficiales, vanidosos, hinchidos de un estúpido orgullo, pero que han sido tenidos por buenos y los sigue considerando buenos la Iglesia. Esos son, y no nosotros, los que denigran la palabra de Dios. ¿Y para qué necesitan esos hombres al Salvador? ¿Es que no se sienten en esta vida, aquí en la tierra, tan satisfechos como los caníbales? Dígame usted: ¿qué puede saber y entender del Hijo del Hombre un canchero rollizo y bien nutrido, que se come sus buenos pollos y bebe del mejor vino? Mírele a la cara. Fíjese en su color. Esos hombres no son campesinos suizos, pero han convertido el cristianismo en una vaca que da leche. Esa gente no necesita al Salvador, y el Salvador no los conoce ni los necesita. Pero conoce a las nueve camareras que aquí son explotadas, despreciadas por usted y por todo el mundo, deshonradas y maltratadas, repudiadas por todo el mundo

cristiano, y tienen que vivir en la miseria y sufriendo enfermedades.

Su filípica pudo acabar en una violenta y desagradable escena, pues Dominik, llevado por su excitación, exclamó varias veces que el mundo le daba asco, pero afortunadamente un pianista melencólico y de rostro agraciado, que también pertenecía al círculo de Emanuel Quint, se puso a tocar el piano atendiendo los repetidos ruegos de Elisa Schuhbrich. El pianista había comprendido lo que convenía hacer y, más que tocar, aporreó las teclas, consiguiendo que nadie entendiese lo que decía otro, por lo que todos terminaron por callar.

Entretanto, alguien había explicado al tabernero las ofensas en que incurrió Dominik y las camareras se preguntaban unas a otras con sobresalto cómo iba a terminar aquello, pues conocían el carácter de su desconsiderado patrón y cruel explotador, y sabían que la rudeza y el rencor de aquel hombre, amigo de la violencia, era algo que había que temer.

Poco después, todos vieron como el tabernero se acercaba despacio al grupo de revoltosos.

El individuo era bajo pero robusto. Sobre los hombros, casi sin cuello, parecía que tuviese encajada la cabeza, gris y con raya a un lado, y con sus ojos saltones y el puntiagudo bigote, habría podido tomársele por el director de una compañía de artistas ecuestres que actuaba entonces en la ciudad. Se le conocía por *Karl el Moreno*, y todo el mundo sabía que cuando encontraron muerto al dueño de una fábrica en circunstancias extrañas, milagrosamente se libró del presidio o de la horca, porque no se tuvieron pruebas decisivas. Entre las prostitutas, cuyos camastros eran ocupados sin interrupción por hombres de todas las esferas sociales, y donde a veces el sitio todavía caliente de un delincuente peligroso era ocupado por un agente de la autoridad, o al revés, el sitio de un caballero de familia honorable antes de que se enfriase lo ocupaba un ladrón o un pordiosero... Ninguna de ellas creía en la inocencia de *Karl el Moreno*, y se decía que había conseguido reunir el dinero necesario para abrir El Jardín de las Musas valiéndose de estafas y de amenazas.

Todo el mundo temía la ira y la venganza de *Karl el Moreno*, sabiendo cómo se revolvía cuando a veces se sentía herido en su honor por una palabra pronunciada sin mala intención. A todo esto había que añadir que, lo mismo que la mayoría de delincuentes, era de un temperamento fácilmente irritable y le dominaban la vanidad, la lujuria y la codicia, siendo el déspota a quien más temían las desdichadas ramerías, de lo que él alardeaba públicamente.

Hedwig vio al tabernero en una actitud de desplante frente a la larga mesa,

y a pesar de los intentos de las camareras para que no siguiese en aquella postura agresiva, él miraba con expresión iracunda a Quint, y luego a Dominik, por lo que a Hedwig le entró miedo y pidió al doctor Hülsebusch que pagara su cuenta y la acompañara hasta la puerta del hospital. El pianista tocaba ahora con cierto comedimiento y a veces dejaba de tocar. Todos los que habían discutido se fueron apaciguando, tratando de olvidar las intemperancias de Dominik, y luego, más sosegados, reanudaron las preguntas de tipo religioso e histórico. Se refirieron a los jerarcas de la Iglesia y debatieron sobre varias sectas religiosas, empezando por las primeras comunidades cristianas, como los esenios, los terapeutas, los nazarenos, los ebionitas, los donatistas, los montañistas y los jiliastas.

—Los jiliastas —dijo un estudiante amigo de Hülsebusch— con su seguridad en el reino de los mil años, hicieron perder la cabeza a millares de ingenuos crédulos.

—Del mismo modo —añadió otro— que la fe en la vuelta de Jesucristo, y desde los tiempos de los primeros cristianos, persiste a pesar de los desengaños que se han sufrido durante siglos, sin que se haya debilitado su fortaleza, el peor enemigo de nuestra vida espiritual.

De pronto todos callaron, al ver que Karl *el Moreno* se dirigía con gesto airado a Dominik, el cual se levantó en el acto.

—¿Es usted el que ha dicho que soy un explotador?

—No me he referido a usted —respondió Dominik, asustado ante la expresión y la voz seca y dura del tabernero.

Y en el acto, el puño del tabernero cayó bestialmente sobre la cabeza de Dominik, al que aún le quedaron fuerzas para levantarse y huir a la calle. El profesor y la mayoría de los que asistían a aquella reunión vespertina se pusieron en pie, menos Weissländer y algunos otros. A sus gritos de protesta replicaron desde otras mesas aplaudiendo al tabernero. Entonces se oyeron algunas imprecaciones, como «chusma socialista» y «canalla anarquista». Estas frases y los aplausos estimularon más a Karl *el Moreno*, quien rugió que no admitía que nadie se atreviese a ponerle una tilde a su honor, y agregó que él ya se había fijado en aquel mequetrefe, que en vez de estudiar ganduleaba por allí y se entendía con una de sus camareras, al que ya debía haber puesto en la calle el primer día.

—Y usted —le gruñó a Quint—, ¿cómo se atreve a entrar en mi establecimiento con su chusma? Como se le ocurra volver otra vez...

El tabernero no dijo más. Tal fue el silencio que siguió a sus palabras, que se oyó, limpio y prolongado, el trinar de un canario que había en otro departamento de la taberna.

Poco después, sin que hubiese cedido la tensión, Quint le preguntó a Karl *el Moreno*: —¿En qué le he perjudicado, y cuándo le he ofendido?

Los que se fijaron en el rostro del tabernero tuvieron la impresión de que sólo le guiaba el odio, de que odiaba mortalmente al infeliz loco en Cristo.

Desgraciadamente, el pintor Kurtz dijo entonces unas palabras que, si bien hablaban en favor de su valor y su sensibilidad, sólo sirvieron para empeorar la situación: —Si toca usted a este hombre, tendrá que lamentarlo.

A estas palabras de amenaza, pronunciadas con voz tajante, el tabernero contestó con un violento puñetazo en el rostro de Quint, quien no cayó, pero se tambaleó. Su ojo izquierdo, adonde llegó el puño de Karl *el Moreno*, se cerró y empezó a brotarle sangre y unos goterones acuosos, tiñendo en el acto su hinchada mejilla. Y mientras el tabernero respiraba satisfecho, y miraba en torno suyo impávido y bravucón, Emanuel Quint inclinó su rostro horriblemente deformado y besó la brutal mano del violento tabernero.

CAPÍTULO XXVII

AQUELLA noche, cuando Quint, con unas compresas en el rostro se retiró a descansar en Zum Grünen Baum, los discípulos tuvieron en la habitación trasera de la hospedería una reunión que duró hasta la mañana. Ninguno disimulaba que su fe en Emanuel la socavaban algunas dudas, y ahora, ante lo ocurrido en la taberna de Karl *el Moreno*, sufrió un golpe más duro que cuando su último sermón en el campo recibido con pedradas.

Ellos habían seguido a Quint hasta la ciudad con la mayor inquietud y obedeciéndole siempre, con la esperanza de una revelación, pero el vértigo de la gran ciudad los trastornó desde el primer instante: calles en las que no se podía dar un paso, pregones de los vendedores callejeros, gritos de los carreteros, bocinas, silbidos de locomotoras..., igual que si la urbe sufriese una convulsión sísmica, como si no hubiera sonado la trompeta del Juicio Final, y no estuviera próximo el fin del mundo, y como si no existieran ni el Salvador ni Emanuel Quint. Y en medio de una ebullición inusitada, un deseo inconmensurable de vivir, pero sintiendo lo mismo que si en su alma primitiva y limitada hubiera irrumpido un riachuelo que se fuera ensanchando hasta convertirse en caudaloso río, arrollándolos, sintiéndose desamparados en medio de aquel cauce que los absorbía.

Cuando consiguieron recobrase y se reunieron en un cuartucho de una humilde hostería a la luz de una vela, empezaron a exponer sus impresiones sin levantar la voz, tímidamente al principio, hasta que vencieron la desconfianza con que se miraban entre sí, coincidiendo todos en un escepticismo tan poderoso como antes lo había sido su fe, su creencia en el mensaje del loco en Cristo. Ahora ya no veían en Emanuel Quint al hombre extraordinariamente benéfico, sino a un enemigo, un demonio, un espíritu maligno. Ahí estaba aquel Emanuel que había rechazado uno de los más tradicionales cantos litúrgicos diciendo que la sencilla y fructífera simplicidad de la doctrina no necesitaba la blanda sensiblería que se apoya en la miseria humana. Se lo repitió a Dominik delante de otros de sus seguidores, quienes no sólo consideraron equivocado su juicio, sino también delictivo. Quint había dicho: «¿Penitencia? ¿Para qué? Cumplid mis preceptos.» Y estas palabras las había dirigido al compungido tejedor Schubert, que se lamentaba públicamente de haber cometido muchos pecados en secreto. Por si esto era poco, Emanuel le dijo a Dibiez que la confesión de los pecados no era sino una necia trampa del demonio. «El demonio —dijo— peca en tanto habita en vosotros. Que

el demonio perdone los pecados al demonio. Pero Dios, mientras habita en vosotros, no incurre en pecado. Por lo tanto, no puede perdonarse a sí mismo pecados que no ha cometido, ni imponeros a vosotros penitencia alguna.» Los discípulos le oyeron atónitos y se miraban miedosamente unos a otros, preguntándose si las afirmaciones del que habían tenido por su maestro no eran diabólicas y heréticas.

No obstante, la mayor preocupación de sus discípulos radicaba en que él se relacionaba con personas cultas, y en la cultura y en la ciencia veían la mano del demonio. Además, sentían desprecio por los vestidos que demostraban un lujo y una vida acomodada, en lo que sólo veían el parasitismo de la sociedad. Al mismo tiempo, aún les quedaban restos de su antigua fe en Emanuel Quint. El miedo de perder su privilegiado puesto en el futuro reino, y la angustia que sentían al ver que se distanciaba de ellos el querido maestro hacía que trataran por todos los medios de encontrar una salida decorosa a aquella situación.

—No hay otra solución —dijo el comerciante Krezig—; tenemos que decirle que necesitamos una explicación definitiva.

No obstante, aún tardaron tres o cuatro días en acercarse al maestro, el cual seguía casi siempre solo, aunque no rehuía a los pocos que todavía seguían acudiendo a él para pedirle consejo en sus tribulaciones. Hacía largos paseos, algunas veces con Dominik y sólo una vez con los discípulos, pero siguiéndole a unos pasos de distancia, como él exigía, y sin que casi les dijese nada. Emanuel vivía encerrado en sí mismo, a solas con sus preocupaciones, con sus problemas, con su íntima y amada locura...

Estaban en el jardín de una hospedería rural, a unos tres kilómetros de la ciudad, y a petición de Quint se les sirvió la comida en una salita de baile enarenada. Antes de ir a comer se pasearon por un bosque de castaños. Los discípulos se animaban entre sí, hasta que Krezig decidió hacerle unas preguntas a Quint, pero entonces se les presentó Joseph *el Bohemio*, para sorpresa y regocijo de todos. Después que pasó la euforia del recibimiento y Joseph *el Bohemio* hubo contestado a las numerosas preguntas que se le hicieron, Emanuel saludó a la oveja perdida y, según parecía, recobrada, y se quedó mirándolo inquisitivamente, mientras sus seguidores empezaron a levantarse y a discutir entre sí o con el mismo Joseph *el Bohemio*... Cuando Emanuel Quint miró a su alrededor se dio cuenta de que lo habían dejado solo. Sin gesto de contrariedad alguna siguió sentado en el mismo banco. Escuchó el zumbido de las abejas, el piar de los gorriones, siguió con la mirada el vuelo de las golondrinas, aspiró el perfume de la reseda y de los alhelís, y cogió una anisoplia que le recorrió la palma y reverso de la mano, hasta que el insecto levantó el vuelo. Poco después se presentaron

Schubert, los hermanos Scharf, el herrero Johann y los demás, y Emanuel volvió a sentir la ternura con que amaba a aquellos hombres que le seguían, según entendía él, con la mayor devoción.

Entretanto, los discípulos, espoleados ahora por Joseph *el Bohemio*, sintieron renacer las viejas dudas de los tiempos en que se reunían en el tejero, y le pidieron permiso a Emanuel para hacerle algunas preguntas, que él concedió.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Krezig.

—Sencillamente, el que está hablando contigo —le contestó Emanuel.

—¿Es verdad que has sido enviado por Dios? —fue la segunda pregunta.

—¿Creéis vosotros que Satanás se iba a armar para luchar contra su propio reino? —fue la respuesta.

—Tú has dicho que eres Cristo. ¿Lo eres realmente? —fue la pregunta siguiente.

—Tú lo has dicho y lo has dicho con razón.

Entonces, varios de ellos, sin disimular su desazón, le preguntaron:

—¿Qué señales estás dispuesto a hacer para que las veamos y creamos en ti?

—¿No sabéis que está escrito que a esta raza maligna y ávida de prodigios, que no ve las señales del momento, no le será dada señal alguna? ¿Por qué no buscáis en las Sagradas Escrituras, cuando vosotros mismos decís que en ellas radica la vida eterna? —respondió Quint.

Johann, el herrero, repuso:

—El Salvador hizo volver de los muertos a la hija de Jairo, al niño de Naín y a Lázaro, y éste ya llevaba cuatro días en la tumba y hedía, Jesús realizó muchos milagros. Hizo que viesen los ciegos, hizo andar a los paralíticos y sanó a los leprosos.

—¡Necios! —respondió Emanuel—. Vosotros, que sois una señal de Dios, pedís señales. El enemigo ha conseguido haceros ciegos a las señales de Dios en el cielo y en la tierra. ¿Creeríais en mí si caminara sin mojarme sobre las aguas del Oder? Escrito está: el Hijo del Hombre dio de comer hasta saciarse a cinco mil personas con cinco panes y dos peces, y luego llenaron dos cestos con lo que sobró; anduvo sin mojarse sobre las aguas, camino de Cafarnaum, y a pesar de todo eso, no creyeron en Él. En el capítulo VI del Evangelio de San Juan se lee, después de relatar estos prodigios, lo mismo que vosotros me habéis preguntado: «¿Qué señal vas a hacer para que nosotros la podamos ver y creamos en ti? ¿Qué milagros haces?»

Todos gritaron a la vez:

—¡Nosotros creeremos! ¡Nosotros creeremos! ¡Inténtalo!

Emanuel les dijo entonces:

—¡Oídmeme! Un día, Satanás me dijo: «Convierte estas piedras en pan.» Pero el Hijo del Hombre le respondió: «El hombre no vive sólo de pan.» El Hijo del Hombre nunca dio de comer a cinco mil personas con cinco panes y dos peces. Hijos de Satanás, ¿por qué me tentáis? El Hijo del Hombre les dio de comer pan del cielo, del mismo modo que a vosotros os ha dado pan del cielo, y vosotros lo habéis arrojado a los cerdos.

Ellos le replicaron con impaciencia:

—¡Muéstranos ese pan!

Con una expresión de horror, como si viera con sus ojos a un fantasma, al enemigo del hombre surgiendo de los abismos de los siglos, Quint respondió: —Yo..., yo..., yo... ¡Yo soy el pan de la vida!

Estas palabras del loco en Cristo provocaron un inquietante silencio, pero Krezig aún tuvo valor para decir que no recordaba haber recibido de manos de Quint pan alguno ni de haberlo arrojado a los cerdos. Todos, menos los hermanos Scharf, insistieron en que el Salvador había realizado prodigios en otros y en sí mismo, pues resucitó de entre los muertos al tercer día de haber sido crucificado y enterrado.

—El Hijo del Hombre ha dicho: «Yo soy la resurrección y la vida.» Ciertamente que lo es, pero nunca resucitó de una tumba en cuerpo mortal —dijo Emanuel—. Yo soy la resurrección y la vida. Quien pueda comprenderlo que lo comprenda. Y aquel a quien el Padre le ha dejado comprender estas palabras, es uno con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu.

—Señor —dijo Martin Scharf—, habla más claro para que te comprendamos. Nosotros somos unos pobres ignorantes y no entendemos tus misteriosas palabras. Si es cierto que has sido enviado por tu Padre, no puede ser tu padre terreno, sino el Padre celestial. Muéstranos el cielo, aunque sólo sea un instante y muéstranos a tu Padre en toda su magnificencia, y caeremos de rodillas y te adoraremos.

—Martin —respondió Quint—, tanto tiempo como llevo con vosotros, y aún no me conocéis. ¿Cómo puedes decir «Muéstranos al Padre»? Quien me ve a mí, ve al Padre. ¿Acaso no creéis que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?

—Haz una señal, por pequeña que sea, y creeremos. Haz la más pequeña señal, y caeremos de rodillas y te adoraremos.

—Bienaventurados aquellos que creen sin ver —repuso Quint. Y quien me ve a mí, no me ve a mí, sino a Aquel que me envió. Pero el que no ve al que me ha enviado, tampoco me ve a mí. Pero quien ve a Aquel que me ha enviado, reza al Padre y al Hijo, y su oración tiene la fuerza de la verdad y del espíritu. Satanás es un delincuente. Y del mismo modo que ahora vosotros imploráis a delincuentes y os arrodilláis ante reyes que son hijos de Satanás y que imploran a Satanás, no podéis arrodillaros ante el Padre. En vosotros habita el Padre o el enemigo, y si el Padre habita en vosotros, Él sabe muy bien qué es lo que necesitáis.

Entonces, Antón Scharf, con una gran confusión interior, exclamó:

—Nosotros hemos creído en ti y te hemos seguido. Hemos vendido nuestras haciendas y muchos de nosotros han descuidado sus obligaciones y su hogar. Día tras día hemos creído y esperado fervientemente una revelación. ¿Por qué nos has traído a la ciudad? ¿Para qué te rodeas de personas instruidas y distinguidas? ¿Por qué besaste la mano del canalla que te golpeó, en lugar de hacer descender del cielo fuego y quemar a ese canalla y su antro de pecado?

—¿Es que no sabéis de qué espíritu soy yo hijo?

Resultaba sorprendente ver cómo ese hijo de un carpintero, aun asediado por las preguntas de sus decepcionados discípulos, se resistía a despojarse de sus vestiduras de Mesías.

—Es cierto que vosotros me habéis dado a comer vuestro pan y que yo no os he dado a cambio ni oro ni pan. Me podéis maldecir y negar. Y si vosotros, que oís mis palabras, no creéis en ellas y las rechazáis, no os voy a condenar por ello, pues yo no he venido para ser juez del mundo sino para bendecirlo. No tengo ni plata ni oro ni pan que dejaros, pero os dejo mi paz. Yo no os doy lo que da el mundo, y tampoco lo que vosotros me habéis dado a mí. Pero quien tome lo que le doy, toma y recibe mi paz.

Con todas estas explicaciones, la vacilante y casi perdida fe de los campesinos no se fortalecía.

—¡Haz una señal! —gritaron a coro—. Haz una señal, por pequeña que sea, para que veamos que eres realmente el enviado de Dios.

Emanuel se levantó entonces y dijo:

—¡Oh, incrédulos! El hijo del hombre no es ningún taumaturgo, o sea, hombre de violencia. El que obra prodigios es hombre de violencia. La justicia de Dios os rodea como una vestidura que os protege del frío. La justicia de Dios es como un techo sobre vuestras cabezas, que os protege del pedrisco, de la lluvia y de la nieve, y de las rocas que se precipitan desde las montañas. La justicia de Dios

es como una casa segura, que hace que os sintáis seguros en ella y a salvo del vértigo y de la locura. El que hace prodigios es hombre de violencia. Sólo el enemigo pretende destruir los muros de la justicia de Dios y romper los diques que protegen del diluvio que habrá de anegarlo todo. Yo os digo que sólo el enemigo hace prodigios. Pero el hijo del hombre no es ningún taumaturgo, y por lo tanto, ningún hombre de violencia, sino un bienhechor. ¿Creéis que debería intentar poner sus manos en el bien de la justicia de Dios? ¿Queréis enfrentar al Hijo con el Padre, cuando el Padre lleva en su corazón al Hijo? El príncipe de este mundo ama la violencia, pero Dios no ama la violencia. Si tuvierais ojos para ver y oídos para oír, oiríais rugir, bramar y gritar al infierno de este mundo, al infierno del abismo de este mundo, al infierno de los que aman la violencia. Y por eso, los hijos de la violencia me odian, pues yo traigo la paz. Pero vosotros me debéis amar y no repudiarme como el príncipe de este mundo, pues yo también os amo a vosotros. Sed hijos de Dios. Yo os digo: acoged la luz, en tanto la luz esté con vosotros, pues en breve os abandonará, y os envolverá de nuevo la oscuridad. Creed en la luz que aquí tenéis para que seáis hijos de la luz.

Todas estas palabras no produjeron la menor impresión en los discípulos de Quint, pues su esperanza, su ilusión y su curiosidad se habían contenido demasiado tiempo para ser luego burladas.

—Habla con claridad. Si eres realmente lo que pretendes, el rey de Sión, el rey del reino de los mil años, puedes demostrárnoslo con una palabra, con un ademán.

—Destruir todas esas iglesias —contestó Quint, con una sonrisa— cuyas torres se alzan allá lejos, y en dos días yo levantaré una iglesia nueva que os hará recordar la vieja con horror.

Los discípulos le preguntaron:

—¿Cómo podemos nosotros destruir las iglesias?

—Entonces —exclamó el tejedor Schubert—, dinos de qué pruebas dispones para demostrarnos el secreto del reino de Dios, que nos has ocultado hasta ahora.

—¿Y qué significa eso de que las tinieblas caerán sobre nosotros, cuando lo hemos sacrificado todo por d? —preguntó el herrero Johann.

Emanuel se llevó las manos a la cabeza, mientras miraba al cielo en un gesto de impotencia.

—No está en mi poder explicároslo —dijo—. Pediré a mi Padre que se digne iluminaros. Pero cuando lo comprendáis y veáis, y no os encontréis ya envueltos en tinieblas, os acordaréis de todo cuanto os he dicho.

—¿Moriremos nosotros, o veremos, los que te hemos seguido, con los ojos de la carne descender sobre la tierra a Dios en su magnificencia y a la nueva Sión?
—le preguntaron.

Quint les respondió:

—¿No os he dicho siempre que si no nacéis de nuevo no veréis el reino de los cielos? ¿Habéis nacido de nuevo? ¿Habéis sido santificados por el Espíritu? ¿Os habéis convertido en hijos de Dios? Yo me he santificado por vosotros mediante el Espíritu y la verdad, para que también vosotros fuerais santificados mediante el Espíritu y la verdad. Por eso sois siervos del mundo. Pero yo no soy siervo del mundo. Y mientras hablo con vosotros, que sois hijos del mundo, yo no estoy en el mundo. Es cierto que habéis servido al hijo del hombre, pero le habéis servido por amor al enemigo, le habéis servido por amor al príncipe de este mundo. Pues yo he venido, no para mandar, sino para servir. Pero el hijo del hombre os ha servido por amor a Dios. Yo he nacido y venido al mundo para dar testimonio de la verdad. Pero sólo el que ama la verdad oye mi palabra. Y vosotros tenéis oídos que no oyen y ojos que no ven. Por eso no comprendéis mis palabras.

—No es cierto —gritaron todos a un tiempo— que no hayamos prestado oídos a tus palabras. Desgraciadamente, te hemos escuchado demasiado. Y cada uno de nosotros te ha servido por amor a Dios, y no por amor al demonio.

Krezig exclamó:

—Tal vez te hemos servido, sin saberlo, por amor al demonio, pues es posible que tú seas el anticristo.

—Es un loco, es un impostor, un pobre y engreído carpintero —aseguró Joseph *el Bohemio*, que estaba un poco retirado de los demás—. El nos ha traído la ruina a todos.

—Quien me sirve —dijo Emanuel, con voz firme— no me sirve a mí, sino a Aquel que me envió. Y os repito: nadie estará junto al Hijo del Hombre, si no nace de nuevo. Lo que nace de la carne, es carne, y lo que nace del espíritu, es espíritu. El primer hombre fue hecho para la vida natural y el último hombre, el Hijo del Hombre, para la vida espiritual.

Así habló Quint, resumiendo precipitadamente todo lo que les había enseñado durante el tiempo que habían permanecido a su lado. Pero sus seguidores le replicaron que los había engañado, que les había contestado con evasivas y que siempre había hablado con incomprensibles parábolas. Y siguieron insistiendo en que les demostrara que había sido enviado por Dios, y si era verdad que Dios era su Padre, le debía ser facilísimo dejarles ver algo de su magnificencia.

—¡Muéstranos de una vez al Padre! —gritaron a coro.

Emanuel juntó las manos y les dijo:

—¿Es posible que sigáis siendo tan insensatos? ¿No os he dicho que quien me ve a mí ve al Padre? ¡Tanto tiempo como llevo con vosotros, y aún no me conocéis! ¿No sabéis que el Padre habita en mí? El Padre es espíritu, y nadie puede ver al Padre, sino aquel que viene del Padre. Nadie viene a mí que no sea enviado por el Padre. Nadie ve al Padre que no haya sido iluminado por Él. ¿Podría yo mostrar el Padre a un ciego con los dedos de la carne? El viento sopla donde quiere, y tú lo oyes, pero no sabes de dónde viene ni adonde se dirige.

CAPÍTULO XXVIII

ALGUNOS aldeanos asomaron la cabeza por encima de la cerca del jardín, sin comprender qué estaba haciendo aquel grupo de hombres, hablando acaloradamente, murmurando otras veces. De pronto, el tabernero llamó al tejedor Schubert, que se encontraba frente a la puerta de la casa, donde le esperaba su hija Marthe, pálida y sofocada. La policía había realizado una minuciosa inspección en el cuarto que tenía Quint en Zum Grünen Baum, y una multitud, que aumentaba por momentos, se había congregado frente a la casa profiriendo amenazas y gritando que Quint era un delincuente, un asesino. Tenía que huir, no debía volver a la ciudad, dijo Marthe. De lo contrario, le matarían.

Mientras el tejedor Schubert seguía hablando con su hijo, Emanuel prosiguió su sermón: —Queridos hijos, no debéis discutir, sino amaros unos a otros. No os enfadéis conmigo, que os amo y os he amado desde la eternidad. ¿Hay amor más grande que el de aquel que da su vida por sus enemigos? En verdad os digo que vendrá el tiempo, y ya ha venido, en que todos vosotros me abandonaréis. Pero yo no estoy solo, pues el Padre está conmigo. Vendrá la hora, y ya ha venido, en que todos vosotros seréis dispersos y me maldeciréis, y negaréis por el amor que os he traído. Sentémonos y comamos, pues para mí ha llegado la hora de la despedida de vosotros y del mundo. Éste mata a los profetas y apedrea a los que son enviados hasta él para reunir a los hijos de Dios. Vivamos juntos y en paz esta última hora. Ved, yo ya no estoy en el mundo, pero vosotros seguís en él. Pero no temáis. El mundo no os puede odiar, pero a mí me odia porque yo doy testimonio de que sus obras *son* malas. Venid. ¡Cuántas cosas desearía deciros! Pero vuestras débiles almas no lo soportarían.

De estas palabras del loco en Cristo emanaba una bondad y una tersura tan profundas y puras, que por un momento contuvieron la violencia de la rebelión. Quint cogió la mano de Antón Scharf y puso el brazo que le quedaba Ubre en un hombro del herrero Johann, el hombre fuerte, al que en seguida empezaron a caerle lágrimas de emoción sobre sus barbudas mejillas. Emanuel siguió avanzando por el seto rico en llamativas y olorosas flores, poblado de incontables insectos, hasta llegar a la mesa que el tabernero y su mujer acababan de preparar para la comida.

Joseph *el Bohemio*, que por algún oscuro motivo quiso saber en qué pruebas se

basaba la noticia que había recibido Schubert, se dirigió a la puerta, donde Marthe Schubert le repitió lo que antes había dicho a su padre. Joseph *el Bohemio* recibió la noticia en silencio, como si no acabase de comprenderla. Aún permanecían en el umbral de la casa cuando llegaron corriendo Dominik y su amiga. Se habían enterado de que un matrimonio, acompañado de un comisario de la policía secreta, había estado en la hospedería Zum Granen Baum porque según parecía una joven había desaparecido de su casa hacía algunos días, y aunque pareciera extraño, se quería interrogar a Quint sobre su paradero.

Esa noticia no era la más reciente, pues, como afirmó Marthe temblando, h multitud había empezado a hablar del asesinato de una muchacha. La noticia fue confirmada por Theresia Katzmarek, que después de una desesperada carrera de más de media hora a través de los campos había caído extenuada en un banco de piedra que había junto a la casa, al mismo tiempo que gritaba pidiendo auxilio.

La joven había estado, como siempre, cuidando su máquina en la fábrica, sin saber nada, hasta que algunas compañeras se pusieron a hablar de un horrible crimen. A una niña de quince años, de una familia acomodada, según parecía, la habían encontrado muerta entre la maleza de la orilla de un riachuelo, cerca de la ciudad. En su cuerpo no había señales de violencia, pero a la muchacha la habían asesinado, y en circunstancias horribles.

Cuando Theresia se hubo recuperado y lo refirió a Dominik y a todos los demás, un poco apartados de la casa, el tejedor Schubert, su hija, Elisa Schuhbrich y Dominik comprendieron que la sospecha de quién era el culpable había recaído en su maestro, pero también estaban seguros de que él no podía ser el autor del crimen. Primero acordaron ocultarle el caso a Quint, pues no era de esperar que le persiguieran, y luego informarle según el curso de los acontecimientos. Esta decisión se debió a la firmeza de Dominik, que añadió que se debía dejar a Emanuel que explicara el caso a los que todavía no se habían enterado de él.

Por esta razón, cuando los recién llegados entraron en la sala y empezaron a comer, el silencio era abrumador, más inquietante cuando Theresia Katzmarek, Marthe Schubert, Elisa Schuhbrich, que llevaba un bonito vestido de verano, Schubert, Joseph *el Bohemio* y Dominik se sentaron a la mesa.

Quint, Dominik y Elisa Schuhbrich se saludaron con cordiales palabras. En la actitud de los dos enamorados había una particular e inconfundible alegría, pero al mismo tiempo se les veía preocupados.

Aparte de ellos, sólo Quint parecía disfrutar de la misma feliz jovialidad. Dominik se sentó a la izquierda de Quint, y la camarera Elisa Schuhbrich tuvo el honor de sentarse a su derecha.

Apenas empezada la comida, al bochorno del caluroso día siguió el primer trueno. Los discípulos, que desde hacía algún tiempo se habían llamado a sí mismos «La comunidad del secreto», parecían miembros de una secta de ese tipo. Pero no era precisamente Quint, el cual llevaba dentro de sí el más pesado secreto y por encima del cual flotaba otro secreto que era como una nube oscura, quien resultaba más misterioso. Tampoco lo parecían Dominik y la camarera, quienes debían ocultar, además del horrible rumor que señalaba a Quint como sospechoso, un acontecimiento angustioso para ellos, sino los demás, los no encartados, que se miraban entre sí con ojos huidizos y miedosos, como si se imaginasen condenados a muerte. Por fortuna el vino, servido a petición de Dominik con el dinero de la camarera, los fue animando, olvidando casi la angustia que les había enmudecido.

Al cabo de un rato, cuando aún no había rasgado el cielo el primer rayo ni había empezado a llover, Dominik se levantó de golpe y con el vaso de vino en la mano, dijo enfáticamente: —El mundo es malo, el mundo está cimentado sobre el delito, y lo que los hombres llaman virtud, en la mayoría de los casos no es sino pura comodidad. El mundo está constituido por verdugos, y lo que sostiene el mundo son el patíbulo y la cruz. Fue Caifás quien aconsejó a los judíos que mataran a un hombre para que se salvara un pueblo. Y ese pueblo no entona el aleluya. Yo he estado escuchando de día y de noche, durante meses y años, y lo que he podido *oír* ha sido como un vendaval de millones de voces, gritando: «¡Crucifícale, crucifícale!»

Dominik explicó luego hasta qué punto había odiado al mundo desde que era niño.

—Entre hombre y hombre hay un desconocimiento mutuo, y yo mismo era un extraño en casa de mis padres. Yo no entiendo el sentido de su vida, y ellos no comprenden el sentido de la vida que busco con todas las fuerzas de mi alma. Antes renunciaría a todo que a la posesión de mi alma; antes mi alma que vivir cómodamente entre los hijos del mundo. Me han encerrado en una mazmorra, y verdugos impíos han tratado de mutilar mi alma. Pero se equivocaron conmigo. Pretendían arrastrarme hasta el sucio lodazal de su inicua existencia. Yo tengo alas y sentido de la dignidad, lo que ellos no tienen. Ante Dios son parias, y parias son ante los poderosos de este mundo. Yo he tenido a parias como maestros, que me querían cortar las alas y convertirme en paria ante Dios y los hombres. Yo he tenido maestros malos, fríos, indiferentes, malignos, locos, corrompidos, impíos y ruines, hasta que conocí al noble maestro que se sienta a mi derecha. Este hombre —siguió diciendo con juvenil fervor— me ha enseñado el libre uso de la vida, para honra de Dios Padre en nosotros. Este hombre nos ha aclarado a mí y a mi amada el misterio de la libertad, después de haber vivido bajo la férrea opresión del servilismo. El mundo nos llama locos. ¡Ojalá el mundo estuviera lleno de locos así!

Todo aquel que sufre el tormento de una sensibilidad superior es un loco a los ojos del mezquino burgués y un fanático frente a sus necios y limitados sentimientos. Nosotros no somos caballos para uncirnos a un carro, ni autómatas para una ventanilla de correos o de una oficina, ni suboficiales ni empleados de ferrocarril; nosotros no tenemos sentido práctico ni respondemos al concepto burgués de la utilidad. Nos llaman visionarios, cuando lo que ha hecho la vida posible y soportable para todos ha sido conseguido en alas del entusiasmo y del espíritu. Nosotros somos para ellos improductivos, pero yo no vacilo ni un instante a la hora de decidirme entre ser productivo de acuerdo con la idea del mundo o de acuerdo con la idea de Dios. Tú, maestro, me has enseñado a ser libre, por encima de las ligaduras de los hombres y del humano temor, y a despreciar valientemente al mundo y a la muerte. Y así es como quiero abrir mis alas, y aquellos a los que amo volarán conmigo.

Dominik levantó su vaso. Los discípulos de Quint no le comprendieron, pero éste, y especialmente Elisa Schuhbrich, respondieron al brindis y juntaron los vasos, entonces los demás comprendieron el gesto de Dominik y se apresuraron a imitarle.

El sastre y contrabandista Schwabe, que había bebido un poco, se levantó, y animado por el vino se puso a hablar, después de haber estado callado durante la comida. Contó que habían encontrado a Quint por primera vez en la cabaña de la anciana moribunda y que le habían seguido fielmente desde entonces. De acuerdo con sus disparatadas fantasías, explicó las ilusiones que Quint había despertado en ellos y cómo cada uno había hecho todo lo humanamente posible para que se volatilizasen sus ilusiones. Afirmó, lo cual no respondía a la verdad, que Quint había tratado durante semanas, durante meses, de escamotearles la revelación del secreto objeto de sus ilusiones, o sea, la revelación de su magnificencia celestial. Y vanamente, pues la revelación no llegó.

—¿Creéis acaso —exclamó Dominik— que este hombre de Dios ha venido al mundo sólo para iluminar vuestras torpes cabezas?

Estas palabras provocaron un murmullo entre los ocho hermanos del valle. Era como si un torrente largo tiempo contenido de ira, de miedo, de decepción y desesperación se hubiera abierto paso a través de un dique; como si una jauría, después de una larga marcha, viera burlado su intento de sangre y comenzara a rugir, a ladrar y a gritar. Más que los otros, Krezig no estaba dispuesto a resignarse. Parecía como si de pronto todos se hubiesen recobrado de la embriaguez del vino, o como si ahora fuese otra su locura, dispuestos a juzgar sin piedad alguna a su maestro de otros tiempos, al que ahora veían como un vil impostor. Las invectivas se sucedieron: «Ha blasfemado e insultado a Dios. Ha

deshonrado las Sagradas Escrituras. Ha deshonrado iglesias y destrozado cálices...»

Nadie podrá saber si la ira de todos habría llegado hasta el atropello de Quint, de Dominik y su amada si la primera palabra del falso profeta pidiendo un poco de calma y de comprensión no se hubiera visto como reforzada casualmente por el imponente fragor de un trueno, al que siguió un supersticioso silencio, mientras empezaba a llover débilmente.

—Dios os perdona, pues no sabéis lo que hacéis —dijo Quint.

Entonces, mientras proseguía el mismo unánime silencio, cogió una palangana e inició la ceremonia que es como un rito de la Iglesia católica y de la griega, la ceremonia del lavatorio. El supersticioso corazón de los discípulos seguía hondamente impresionado por el trueno, y ahora su incredulidad volvía a vacilar. Estaban paralizados por una especie de horror que se trocó en impotencia y vergüenza ante la ceremonia que el maestro llevaba a cabo. Su poder de antes recobraba la fuerza y la influencia perdidas.

Cuando Emanuel llegó a los pies de Joseph *el Bohemio*, éste le miró con ojos asustados, pero así que sintió el agua huyó aterrado, como si hubiera sentido en sus pies un hierro incandescente. Cuando la ceremonia transmitida por las Escrituras y el uso llegó a su fin, las últimas palabras de Emanuel fueron: —Vosotros me llamáis maestro y señor. Así como yo, a quien llamáis señor y maestro, me humillo, así deberán humillarse los señores, maestros y poderosos de este mundo. Así deberéis humillaros también vosotros, pues del mismo modo que el siervo no es menos que el señor, así tampoco el señor es más que el siervo. Y el último de este mundo verá descender hasta él el día eterno del reino de Dios. Pero aquel que es el más poderoso de este mundo verá hundirse su sol.

CAPÍTULO XXIX

EMANUEL salió al jardín. Dominik y los demás pagaron la comida y le siguieron. Cruzando la pequeña verja del jardín, emprendieron el camino guiados por Quint, pero no se dirigieron a Breslau. Después de dejar la aldea, Quint aceleró el paso, y todos, menos Dominik, se rezagaron del maestro. También Elisa Shuhbrich se quedó atrás para no entorpecer la revelación que el estudiante tenía que hacer al maestro. La voz de las alondras parecía el lenguaje de los campos.

Emanuel dijo:

—No se mete el vino nuevo en pellejos viejos, pues, de lo contrario, el mosto romperá los odres y se perderá. Lo que yo he hecho y dicho ha sido como hijo de hombre. Si no han comprendido lo que he hecho y dicho como hijo de hombre, ¿cómo hubieran comprendido si les hubiera hablado y actuado como Hijo de Dios? En ellos, la carne es voluntariosa, pero el espíritu es débil. Yo te amo y sé lo que quieres decirme —dijo Emanuel a Dominik—. Mira, yo soy nuevo y joven en Dios, pero en el mundo soy viejo y estoy cansado. Yo he hablado a oídos sordos, y el ruido del mundo es como un mar que ahoga la voz del náufrago. Yo soy extraño al mundo, del mismo modo que el mundo lo es para mí. Mi vida en este mundo es estéril; sólo mi vida en Dios no es estéril. Yo he estado esperando la llamada que ha de dirigir el Padre al Hijo del Hombre, y con esto se habrá cumplido su voluntad. Yo he preguntado una y otra vez cuándo podré derramar mi sangre y mi profundo amor en el fuego eterno del odio de este mundo. Y he preguntado: ¿ahora?, ¿ahora? Pero mi holocausto no ha sido aceptado. Dios estará contigo, pues te mueve la nostalgia de Dios, pero yo sufro por aquellos a los que amo y a los que dejo en la incertidumbre. De nada sirven mis palabras, pues carecen de fuerza para ellos, que se aferran a la violencia, a la superstición y a la idolatría.

Emanuel enmudeció, y Dominik entonces le informó cautelosamente de lo ocurrido en Zum Grünen Baum. Emanuel llamó a Marthe Schubert y a Theresia Katzmarek, de cuyos relatos dedujo que lo más probable era que la muchacha desaparecida asesinada no podía ser otra que Rut Heidebrand, y que habían sido sus padres, el jardinero y su mujer quienes estuvieron en Zum Grünen Baum.

El tejedor Schubert tuvo miedo de la sospecha que pesaba sobre Quint y de la venganza de la gente agrupada delante de Zum Grünen Baum, y cuando Emanuel volvió la cabeza hacia los suyos para llamarlos, vio a algunos hombres que se alejaban a través de los campos, ya muy distantes de él, y observó que sólo

Martin y Antón Scharf seguían a su lado, además de Dominik y las dos jóvenes.

Los hermanos Scharf se acercaron a Quint, con una expresión de amarga y bondadosa piedad. Los ojos de Quint siguieron angustiados la marcha de los fugitivos. Luego les preguntó a los hermanos Scharf: —¿Qué pensáis vosotros? ¿Creéis que es verdad lo que dicen mis enemigos?

Con un miedo que les costaba disimular, los hermanos Scharf no le contestaron. Emanuel sonrió, cogió a cada uno del brazo y los estrechó sobre su pecho, sonriendo tristemente y mirándolos con expresión paternal.

—¿Qué os ha movido —les preguntó Quint con una jovialidad casi enternecedora— a ofrecer tanto amor, fidelidad, fe, esperanza y celo a un loco en Cristo?

Ellos se limitaron a repetirle varias veces:

—Huye, Emanuel, huye...

—¿No queréis tomar sobre vosotros la cruz y venir conmigo?

En lugar de contestarle temblaron. Emanuel los soltó y se dirigió a Dominik.

—Quien no está conmigo está contra mí —y volviéndose a los dos hermanos añadió—: Alejaos de mí. Dejadme solo.

No se atrevieron. Sin embargo, ahora veían en Emanuel casi al príncipe del infierno, al anticristo, que les había llevado hasta el borde del abismo infernal en lugar de llevarlos hasta las puertas del cielo. Se horrorizaron y sintieron un terrible miedo. No obstante, todavía les detuvo la vieja atracción que les había unido a Quint. Siguió detrás de Emanuel durante otro cuarto de hora, y la distancia entre hermanos y maestro fue mayor a cada instante... Después, cuando Emanuel volvió la cabeza, ya no los vio, perdiendo sus primeros y últimos discípulos.

Cuando llegaron a un mojón cerca de la tapia de una hacienda, Quint se despidió de Dominik con un abrazo y de Elisa Schuhbrich con un apretón de manos. Ella no quería abandonar a Quint, pero Dominik le dijo: —Él así lo quiere, y nosotros debemos obedecer al Hijo de Dios.

—Que viváis felices —les dijo Quint—. Pero yo os digo que se acerca el tiempo en que también esta vieja tierra, deshonrada por monstruos, será poblada por hijos e hijas de Dios.

Después de estas palabras, el rostro de Emanuel se ensombreció tanto que Theresia Katzmarek y Marthe se asustaron, más angustiadas ante la tristeza de sus palabras, y sólo cuando ya estaban lejos de él se atrevieron a volverse para mirarlo.

En los ojos de Quint había una misteriosa sensación de triunfo mientras se

acercaba a Breslau a paso ligero, como si tuviera mucha prisa. Íntimamente se preguntaba: «¿No sabéis, pobres mezquinos, que se acerca el Espíritu Santo?» Cuando llegó a las primeras callejuelas de la ciudad, murmuró: «Enemigos, enemigos adonde quiera que mire. He sido honrado con el holocausto.» A los gritos de su alma atormentada, Quint respondía con un deseo ferviente de penitencia, de martirio.

Así se hablaba a sí mismo el loco en Cristo cuando, al pasar por delante de la verja de un jardín, inesperadamente se vio saludado por el pintor Kurz y Hedwig Krause. Sin que Quint supiera cómo, se lo llevaron a la mesa que había bajo un corpulento abeto, presentándole a un señor con gafas y a una señora de mediana edad, elegantemente vestida. Era el matrimonio Mendel, que tanto deseaba conocer al nuevo Mesías. Pero en aquel hombre que miraba con júbilo el verde césped, las aves y los rosales, parecía que no había nada del pretendido mesianismo. Minutos después se desarrolló una idílica escena, de la que los testigos hablarían durante mucho tiempo: una pequeña monédula evolucionaba alrededor de Quint; se alejaba y volvía a él, deteniéndose extrañamente en sus manos y en su rostro. Emanuel bebió un poco de té, y el señor Mendel le explicó en pocas palabras que Hedwig era la mejor enfermera de su hospital. Se advertía que el matrimonio veía con agrado la presencia de Hedwig y del joven pintor. La señora Mendel invitó a Emanuel a ver su casa, en cuyas paredes había cuadros de pintores famosos, y después de mostrarle las piezas de arte de su valiosa colección, volvieron al jardín, donde le enseñaron una cajita dorada. La cajita, en cuya artística tapa de oro brillaba el sol, ocultaba en su interior un pequeño prodigio que produjo la admiración de Quint. Al abrirla apareció un diminuto pájaro de vistosos colores, y así que su dueña pulsó un resorte, empezó a mover la cabecita a un lado y a otro, y luego trino melodiosamente, para desaparecer en el interior de la cajita al cerrarse la tapa.

Más tarde, el pintor Kurz y Hedwig Krause, que terminaron por casarse, comentarían con frecuencia la impresión que la cajita y el artístico y diminuto cantor habían producido a Quint y sus posibles motivos. Emanuel no se cansaba de ver aparecer una y otra vez al pequeño jilguero y de escuchar su bonita melodía. Escuchaba con un interés y una atención especiales, como si en la cajita y en la melodía se ocultara una porción de su profundo secreto.

CAPÍTULO XXX

DESPUÉS de despedirse de la familia Mendel, de Hedwig y Kurz, Emanuel llegó a la hospedería Zum Grünen Baum, asediado en aquel momento por una multitud de curiosos, pero al no ser reconocido, pudo abrirse paso y entrar en ella. Al instante fue detenido, y al pasar por entre la multitud, le golpearon y le escupieron, gritando que era un lobo con piel de cordero, que era el asesino de la niña de quince años.

En la comisaría, Emanuel fue presentado a los padres de la pequeña Rut, a quienes habían llamado con urgencia, los cuales reconocieron a su antiguo huésped. Los padres de Rut produjeron una honda impresión a Quint, pero nadie lo advirtió, debido a su extremada palidez y a su silencio a todas las preguntas que le hacían, mutismo que se volvía contra él.

Tiempo atrás, en la comarca de Miltzsch la gente se sintió como aliviada cuando desapareció el loco protegido por la señorita Gurauer después de su sermón en el campo. Algunos dijeron que su madre se lo había llevado y otros aseguraban que un predicador metodista le había enviado a América, donde el metodismo tenía muchos fieles. Al cabo de algunas semanas sólo la familia Heidebrand y la del maestro Krause hablaban ocasionalmente de él.

Rut había vuelto a casa de sus padres, pero su aspecto retraído y angustiado preocupaba a sus padres y ni los esfuerzos del joven Beleites conseguían que volviera a ser la de antes. La pasión del pobre muchacho se avivaba más cada vez que encontraba a la soñadora y misteriosa niña, pero ella seguía impassible, cerrada a todos. Y cuando un día desapareció la pequeña Rut, la angustia se apoderó de los padres y de la servidumbre, la cual, al ir a despertarla una mañana, hallaron su pequeña habitación vacía y su cama intacta, sin que la encontrasen tras la desesperada búsqueda, recorriendo toda la hacienda y el parque, mirando en los graneros, en los establos, en los corrales...

La pequeña Rut prefería sitios escondidos, y solía pasar, entre las parvas de maíz de una de las trojas, o sentada sobre la viga de un granero, muchas horas. A la luz de la faja de sol que penetraba por entre unas tejas se ponía a leer el Nuevo Testamento que le había regalado el pastor Beleites el día de su confirmación. Sabían los sitios que escogía para leer y su inclinación a la soledad. Todos los rincones fueron registrados inútilmente, sin el menor rastro de Rut.

Como desde el principio se descartó la peor de las posibilidades, la muerte

de Rut, se pensó que tal vez se hubiera quedado dormida en uno de los travesaños del granero y hubiese caído al suelo. Criados y criadas levantaron las gavillas de la era que esperaban la trilla, vaciaron el estanque ante el temor de que se hubiese arrojado al agua en un momento de enajenación. El jardinero y el inspector forestal recorrieron el bosque, pues sabían que pasaba horas sentada en la rama de algún árbol leyendo, como hacía en el granero.

Por último, pensaron en Quint, y temieron que hubiese huido para juntarse con su ídolo.

Desgraciadamente, como suele ocurrir en tales casos, nadie dio con el único indicio que acaso habría llevado al hallazgo de Rut. Algunas semanas antes, un individuo de aspecto repulsivo se había presentado en la hacienda pidiendo trabajo y se le admitió. No recordaron que ese individuo era el mismo Joseph *el Bohemio* que en cierta ocasión había ido a la casa del jardinero con un mensaje para Quint, y que también había estado con Quint el día del sermón en el campo. Pero a pesar de que Joseph era horriblemente feo, al ser un trabajador callado y activo no llamó la atención cuando se halló en la hacienda, aparte de que por entonces el incidente de Pascua se había olvidado.

Tampoco sorprendió a nadie que (la desaparición de Rut fue advertida en la mañana del domingo) el horrible y pequeño diablo no se presentara a trabajar el lunes por la mañana, después de haber recibido su salario la tarde del sábado, como todos los demás jornaleros. En la hacienda continuamente se despedían jornaleros y entraban otros, con lo que a veces un trabajador era sustituido por tres o cuatro nuevos. Pero, como después se pudo comprobar, si alguien hubiera advertido la ausencia de este individuo en la mañana del lunes y la hubiese relacionado con la desaparición de Rut, se habría podido emprender el mismo día la búsqueda del canalla y acaso hubiesen encontrado viva todavía a la muchacha. Así, el martes por la tarde nadie sabía nada ni de él, ni de la niña, ni de Emanuel, y fue entonces cuando llegó la noticia telegráfica del asesinato de una joven en las cercanías de Breslau, lo que trocó en un instante todas las dudas en una fría y horrible certidumbre.

La noticia, que sumió a los padres de la niña y al joven Beleites en un estado de desesperación rayano en la locura, daba detalles sobre la ropa de la muerta: botas negras, medias color marrón y ligas blancas; también se daban pormenores de la ropa interior y exterior; una falda verde hasta los tobillos, una chaquetita del mismo color y de la misma tela, guantes y sombrero color marrón, camisa blanca y un pañuelito con unas iniciales bordadas. La edad se fijaba entre los catorce y diecisiete años; figura esbelta y estatura mediana. Por último, cerca del cadáver se había encontrado un Nuevo Testamento, regalo de un pastor llamado Beleites a

Rut Heidebrand.

El pedazo de papel con el informe escrito con tinta azul cayó como un mazazo sobre los que lo leyeron. Se mencionaba un cuello de piel de gato, y la señora Heidebrand corrió escaleras arriba hasta el armario donde se guardaban las ropas de Rut. Faltaba el cuello. Recordó a la criatura radiante de alegría cuando, el día de su cumpleaños, encontró la sencilla y pequeña piel, junto con los demás regalos, sobre la mesa en que ardían las velas, y entre las luces, la mayor de todas, la luz de la vida de su hijita. Ahora la luz de la vida y la luz de las velas se habían apagado para siempre.

Como las preguntas de los angustiados padres, en la oficina de policía, recibieron de Quint por toda respuesta un terco y pertinaz mutismo, se extendió la sospecha de que, si no había sido él el asesino, estaría relacionado con el asesinato. Era una escena desgarradora ver cómo la desolada madre pedía a Quint que le devolviera a su pequeña, ahora perdida para siempre, en todos los tonos de la desesperación y del dolor materno. El señor Heidebrand estaba inmóvil y recogido, diciendo que en aquella horrible desgracia veía un merecido castigo del cielo.

Emanuel fue conducido a la prisión, un tosco edificio de ladrillo, donde después de ducharlo lo dejaron incomunicado en una celda. En los días siguientes fue conducido a presencia del juez encargado de las investigaciones del caso, el cual, sin embargo, no consiguió arrancar de él ni siquiera su nombre, ni el lugar y fecha de nacimiento.

—Si no habla usted —le dijo el juez—, todo será en su propio perjuicio, en el caso de que sea usted inocente.

Si Emanuel hubiera dado el nombre de uno de sus discípulos, habría proporcionado una pista y acelerado seguramente el curso de las indagaciones. Cuanto más exactas y detalladas hubiesen sido sus declaraciones, más rápidamente se habría puesto de manifiesto su inocencia. Pero parecía como si deseara ser declarado culpable, pese a su inocencia.

Como Emanuel no quería un abogado privado para que le defendiera, ni abogado alguno, nombraron a un abogado de oficio, quien tampoco consiguió arrancarle una palabra. Si nunca dijo que fuese el culpable, tampoco hizo manifestación alguna que afirmase su inocencia.

El fiscal estaba convencido de su culpabilidad. Había interrogado a numerosos testigos y consiguió reconstruir, salvo algunas lagunas, la extraña vida

de Quint. En sus actas figuraban los hermanos Scharf, los Hassenpflug, el agitador Kurowski, el hermano Natanael Schwarz, el molinero Straube, los pastores Schimmelmann y Schuch, y había recogido en un considerable número de pliegos muchísimos testimonios, desfavorables todos para Quint.

Su opinión acerca de Quint podría resumirse en estas palabras:

El delincuente vino al mundo como fruto de relaciones ilícitas. El padre no había sido señalado por la madre, y por lo tanto era desconocido, Sabido es que la mayor parte de estas criaturas terminan por convertirse en delincuentes. Y el fiscal también lo sabía. En el caso presente, la aversión al trabajo, o más concretamente la holgazanería, ofrecía, como en tantos otros, el primer paso que conducía hasta el delito. Así lo confirmaban las declaraciones del padre adoptivo de Emanuel Quint, de su madre y su hermano.

El acusado, que no quiso permanecer en casa por miedo a que le hicieran trabajar, empezó su vagabundeo. Pero, más tarde, también esta vida terminó por resultarle incómoda, y entonces tal vez inducido por malas compañías, se dijo que tenía que aprovechar la crédula ingenuidad de las gentes con alguna inexplorada estafa. Y lo consiguió en mayor medida de lo que él mismo hubiera esperado, quedándose a vivir en casa de los hermanos Scharf. Con embustes continuos consiguió poner a su servicio a los crédulos tejedores, y después, aprovechándose de su ignorancia y su fanatismo, consiguió, como el más astuto de los estafadores, quedarse con todo lo que tenían. Más tarde fue detenido y devuelto a la aldea donde vivían sus padres. Entonces se presentó como curandero milagroso, lo mismo que los charlatanes, que cuando se les descubre tienen que buscar nuevos medios para seguir con sus estafas. Todavía fue más lejos: en su cinismo, no retrocedió ni ante las cosas más sagradas, y se presentó como taumaturgo, como apóstol, incluso como Cristo resucitado, con lo que, si bien en reducidos círculos superó a los más famosos impostores de todos los tiempos, ai oírle se rebeló el sano sentido del pueblo y Emanuel Quint fue violentamente apedreado.

Entonces intervino una dama que gozaba de general respeto, la cual mandó buscar al sujeto con el propósito de facilitarle una vida sencilla y digna. En Miltzsch y su comarca se le colmó de atenciones, pero por aquel tiempo el empedernido vagabundo se dejó envenenar por las ideas socialistas, anarquistas y nihilistas. En agradecimiento a la hospitalidad que recibió, este vividor mantuvo relaciones ilícitas con la hija de su bienhechor, que acababa de recibir la confirmación (el fiscal no dudó en arrojar una mancha sobre la muerta con objeto de redondear su plan). Aprovechando la infantil y crédula ingenuidad de la niña, Emanuel Quint consiguió un dominio total sobre ella.

El fiscal puso de manifiesto la peligrosidad de Quint, basándose en el curso

posterior de su vida. El impostor había hecho en repetidas ocasiones manifestaciones que atentaban contra la seguridad del Estado, como lo demostraban las muchas y precisas declaraciones de testigos interrogados por él. Estas manifestaciones rezaban: «Abajo la monarquía, abajo la religión, abajo la Iglesia, abajo el Estado.» Quint se había declarado a favor del amor libre y decididamente contrario a la propiedad, sirviéndose para ello del manto de cristiano creyente.

El fiscal había interrogado o hecho interrogar al carnicero y al tabernero de la hospedería Zum Grünen Baum y al dueño de El Jardín de las Musas. Las declaraciones que más hundían a Quint fueron las de Karl *el Moreno*. El fiscal decía que incluso este cristiano, en modo alguno ejemplar, se había indignado ante las blasfemias de Quint.

El juez de instrucción, lo mismo que el defensor de oficio, no estaban convencidos de la culpabilidad de Quint, a pesar de que en el cadáver de Rut, concretamente en el pecho, debajo de la camisa, se había encontrado una carta firmada por Emanuel Quint y en la que se invitaba a la joven a ir a Breslau, con algunas frases ampulosas y delirantes que hablaban de la proximidad de la nueva Sión. El fiscal admitió que posiblemente la carta no la habría escrito el delincuente, pues su letra era muy embrollada y según los cotejos que se hicieron se llegó a la conclusión de que no la había escrito Quint, pero dijo que la carta la había dictado él. Afirmó asimismo que Quint había tenido el cínico valor de atraer con engaños a la criatura hasta aquellos antros del vicio, tugurios que eran típicos de las grandes ciudades, lo cual demostraba la ruindad del delincuente y la posibilidad de que, aprovechando alguna circunstancia favorable, hubiera cometido el horrible crimen.

Pero el juez de instrucción y el abogado defensor no compartían estas opiniones. Se presentó a Quint la carta, y él respondió con su habitual mutismo. Un día se ofrecieron a declarar como testigos el terrateniente Glaser, el doctor Mendel y el pintor Kurz, y afirmaron que no creían a Emanuel Quint capaz de cometer el crimen de que se le acusaba. Y esto lo dijo el señor Glaser, a pesar de que su hijo había sido confundido y seducido por Quint la noche que estuvo con él en El Jardín de las Musas. Al día siguiente el padre había recibido de Benjamin una extensa y detallada carta en la que renunciaba a su futura herencia. Entonces el padre marchó a Breslau y se encontró con que su hijo, llevado de su locura altruista, había regalado ya buena parte de los muebles de su vivienda. El padre lo tomó a broma, cogió al muchacho y lo hizo ver por un médico amigo suyo, y siguiendo las consideraciones que le hizo el médico, mandó a su hijo a La Haya y más tarde a otros países del norte de Europa.

A Dominik y a Elisa Schuhbrich los encontraron muertos en un pequeño

bosque, no lejos del Oder. Habían puesto fin a sus vidas de común acuerdo. Una bala del revólver de Dominik había acabado con su amiga y otra con él. Cuando, algunos días más tarde, fueron descubiertos por madereros polacos, él tenía la cabeza apoyada sobre el pecho de Elisa.

Este drama agravaba la situación de Quint, especialmente cuando, al cabo de unos días, se creyó disponer ya de suficientes indicios y pruebas que demostraban que Quint había sido el corruptor de la joven pareja. El detenido fue presentado también al padre de Dominik, un funcionario de Correos, quien criticó con duras palabras al muerto y su comportamiento, sin otra señal externa de dolor que una franja negra en el brazo derecho.

Ahora, al ver que su hijo había muerto, parecía más liberado de una preocupación angustiosa que afligido por su muerte. Cuando Dominik vivía, el padre tenía que desprenderse de una parte de su escaso salario para pagar la educación del muchacho, lo que había sido siempre motivo de maldiciones, preocupaciones y disgustos. Y el padre se lo echaba en cara cada vez que se le presentaba la ocasión.

Cuando el frío e insensible funcionario se fue, Emanuel sintió una sensación de asco físico. Sus guardianes dijeron que Quint había dicho después, refiriéndose al padre de Dominik, que nada empequeñece tanto al hombre como la preocupación por el pan de cada día.

En otra ocasión, los mismos guardianes expresaron su indignación por el recibimiento que Quint había dispensado a su angustiada madre en la sala de visitas. La mujer le había gemido varias veces: «¡Pero, hijo...! ¿Qué has hecho?», refiriéndose, naturalmente, al asesinato de la muchacha.

Y sin esperar respuesta alguna, la mujer, convencida de la culpabilidad de su hijo, le llenó de reproches y de insultos, recordando su desobediencia. Y ahora, decía la mujer, todo ha ocurrido como habían vaticinado su padre, su hermano y ella.

La madre le dijo después:

—Si tu pobre madre muere de vergüenza y de dolor, todo habrá sido culpa tuya.

Emanuel Quint le gritó de repente:

—Mujer, ¿quién eres tú? Yo no te conozco. Yo soy de arriba y tú eres de abajo. Si quieres recuperar el cadáver que diste a luz, ten paciencia. También yo pronto arrojaré lejos de mí lo último que me queda de terreno.

Quint pidió a los guardianes que le devolvieran a su celda.

Sabido es que los presos se comunican entre sí, de una celda a otra, mediante golpes en las paredes. Las letras del alfabeto son representadas por golpes, según su orden alfabético. De este modo los involuntarios habitantes de la prisión y de muchas celdas de la nave B se quedaron intrigados y se divertieron con la extraña noticia que durante algún tiempo pasó de un muro a otro de arriba abajo, de izquierda a derecha: «Cristo en persona estaba en una celda.»

Esta humorada encontró el camino de la oficina del inspector a través de los guardianes; el inspector se lo contó a su yerno, que era el pastor de la prisión. Durante algún tiempo nadie supo de qué celda procedía el revuelo. La noticia iba de un lado a otro sin que nadie supiera quién podría ser su caprichoso inventor.

Finalmente, al clérigo se le ocurrió hacer llamar a Quint a su despacho. Era una habitación confortable, dentro de la misma cárcel. El pastor amaba la buena mesa de la prisión y rara vez se perdía una comida.

Se estaba poniendo la servilleta cuando le trajeron a Emanuel, escoltado por dos guardianes.

—Buena sopa, muchachos —les dijo el clérigo—. No sabéis lo que tenéis. Antes os hacían dormir sobre tablas y os mantenían con agua sucia y pan duro.

Cuando terminó de comer quiso saber si era Emanuel el causante del revuelo que se había extendido por toda la cárcel. Tal vez el terco recluso, con su extraña manía, estaría dispuesto a hacer una declaración ante el clérigo, pero antes tenía que atender a una joven que había sido condenada a doce años de reclusión por haber dado muerte a su hijito. La desgraciada había conseguido librarse del verdugo en el último instante. En cinco o seis localidades le habían negado asilo para ella y su hijo. El Estado y la sociedad eran responsables de la miseria y el pecado de la pobre campesina, aun cuando, lo mismo que una persona sin conciencia, no estuvieran dispuestos a admitirlo. Y el Estado sólo había sabido lavar su propia culpa mediante un nuevo delito en la persona de aquella madre, delito que el mismo Estado sancionaba.

La pobre joven no cesaba de llorar desde hacía varias semanas. No quería seguir viviendo y había intentado repetidas veces quitarse la vida. Al verse ante el pastor, le preguntó repetidamente, desesperada y esperanzada, si podría ver a su hijo en el otro mundo. Todo lo demás parecía no importarle. Y el dolor por su retoño hacía brotar de sus ojos, casi ciegos de tanto llorar, un llanto inagotable. Un recluso que hacía las veces de criado, retiró el plato de la mesa, y cuando el pastor se volvió a la delincuente, ella le dijo sollozando: —No sé por qué el destino me ha maltratado así.

—¿Cómo? ¿Que por qué la ha maltratado el destino? —gruñó el pastor,

arrojando iracundo una silla contra la pared.

»Yo puedo romper una silla —añadió—, pero el destino no puede maltratar a una persona, pues Dios no le ha concedido poder para ello. Dios ha dado al hombre una voluntad libre, y ha puesto el castigo detrás del mal y el premio detrás del bien. Tú, y no el destino, eres responsable ante Dios y los hombres de tu propio delito. Tu hijo te acusará de su muerte el día del Juicio Final.

El pastor sacó de su sotana, abotonada hasta el cuello, un palillo y hurgó los dientes, blancos como los de un negro, mientras la joven, que en su desesperación había matado a su hijo, enmudeció, sobrecogida de horror y con los ojos súbitamente secos. Un año antes, aún era una bella joven de veinte años, pero ahora estaba abatida, envejecida, sin más propiedad que sus huesos. Fuera porque los sorprendentemente inteligentes y grandes ojos del recluso que estaba a su lado se hubieran clavado en ella, fuera porque la joven madre sintiera la imperiosa necesidad de implorar clemencia, en el momento de hacerla salir del despacho del clérigo posó sus ardientes labios en las manos esposadas de Quint.

El pastor se quedó mudo de asombro, con el palillo en la mano, como un dedo que apuntase al cielo. Creyó haber oído a alguien pronunciar claramente las palabras: «Mujer, tus pecados te son perdonados.»

—Sería el colmo —rugió luego el clérigo— que precisamente aquí, en mi despacho, un canalla acusado de un crimen poco menos que probado tuviera el monstruoso cinismo de apropiarse las palabras del Salvador. ¿Me entiende ese granuja, ese sinvergüenza? —Y acercó su rostro a Quint para repetir—: ¿Me entiendes? Aquí no permitimos que los canallas ensucien las cosas más sagradas. ¡Fuera de aquí! A esto nunca se había atrevido un recluso.

El clérigo se volvió luego al guardián y le dijo:

—Llévese a ese individuo; no quiero verlo. ¿Voy yo a permitir que un canalla pisotee las cosas más sagradas? ¡Pues, no! Eso supera mi paciencia.

Y cuando el pastor se vio nuevamente solo con el criado, le dijo fríamente:

—Vaya a ver si mi esposa está en el despacho del señor inspector; tiene que venir a recogerme para ir al concierto de los jardines de Zwinger.

El criado salió y el clérigo encendió un puro.

Durante las semanas que siguieron, la noticia de que Cristo en persona se hallaba en la prisión fue transmitida de una celda a otra, mediante golpes en las paredes, que se repitieron un día tras otro, como impulsados por las palabras del verdadero Salvador, entre las cuales volvía a oírse la sentencia: «Lo que hicieréis al más pequeño de mis hermanos, a mí me lo hacéis.» Y las piedras gritaban: «En

verdad que él llevó sobre sí nuestra enfermedad y nuestros sufrimientos, pero nosotros le tomamos por aquel que fue azotado y torturado por Dios.» Las piedras gritaban: «Ellos despreciaron, odiaron, ignoraron, persiguieron, maldijeron, ultrajaron, azotaron, escupieron, encarcelaron injustamente y clavaron en una cruz a Cristo. Él fue colgado entre asesinos y contado entre los delincuentes.» Y las paredes eran como el eco del clamor de las piedras. Pero el director de la cárcel pensó que lo mejor era no prestar demasiada atención al incidente, después de todo sin ninguna trascendencia.

Entretanto, una joven que trabajaba en una fábrica, llamada Theresia Katzmarek, puso en conocimiento de las autoridades ciertos hechos, que poco a poco fueron apañando de Emanuel la sospecha de que hubiera cometido aquel delito. Un día le preguntaron si conocía a cierto individuo que, por la descripción que le hicieron, coincidía con Joseph *el Bohemio*, y si le consideraba capaz de haber cometido el delito. Quint dijo que efectivamente le conocía, pero que estaba seguro de que él, Joseph *el Bohemio*, no había cometido el crimen. A pesar del mutismo a que Quint seguía aferrado, y que sólo podía interpretarse como una prueba de su culpabilidad, las dudas de las autoridades encargadas del proceso fueron mayores cada vez, y, después de orientar las investigaciones en otra dirección, llegaron a la conclusión de que Quint era inocente, como resultado de escrupulosas indagaciones. Se habían seguido con todo detalle los pasos de Joseph *el Bohemio* y se supo dónde había estado cada día de la semana anterior del horrible asesinato. Joseph *el Bohemio* estuvo merodeando alrededor de la farmacia donde entonces vivía la pequeña Rut. Luego había encontrado trabajo en la hacienda de Miltzsch. Se presentaron varios testigos que afirmaron que habían visto al individuo acompañando a la muchacha por el camino que llegaba a Breslau. Pero por el momento no fue posible dar con el hombre.

Cuando se comunicó a Quint el nuevo y favorable curso del caso, una vez que se había probado su inocencia merced al testimonio de muchos testigos, y le dijeron que en breve sería puesto en libertad, el loco, con gran asombro del fiscal y el sobresalto de las autoridades, declaró que el crimen lo había cometido él.

Pero su confesión carecía de veracidad. Mientras las autoridades seguían con la idea de dejar al loco en libertad, cerca del lugar donde se había asesinado a la pequeña Rut se encontró el cadáver de Joseph *el Bohemio*, colgado de la rama de un sauce. Y no era necesario encontrar en su bolsillo una nota burdamente escrita, para demostrar sin la menor duda su culpabilidad.

La noticia del descubrimiento del verdadero autor del crimen llegó rápidamente a oídos de los Heidebrand y a los del maestro Krause, produciendo un rápido mejoramiento en el estado de Marie. Después de la desaparición de Quint, la joven había vivido alejada de todo contacto humano, y al irse consolidando la sospecha de que Quint había sido el autor del crimen, su salud empeoró gravemente. Acudieron médicos, se llamó al pastor de Miltzsch, sin que ni uno ni otros consiguieran que se repusiese. Devolvía todo lo que comía, padecía una alarmante anemia, y debido a los mareos y a su debilidad apenas podía dar los pocos pasos que separaban su cama de la ventana, donde, sentada en una silla de mimbre, permanecía algunas horas todos los días para respirar el aire fresco.

Entonces circuló el rumor de que Quint habría llevado una vida licenciosa en la gran ciudad, llevándole a su perdición. Pero cuando se confirmó su inocencia, el rumor murió por sí solo. Marie empezó a mejorar; comía, hablaba, sus mejillas recobraron casi su color, empezaba a pasear... Escribió una carta a su hermana Hedwig, que seguía trabajando en la clínica del doctor Mendel, preguntándole qué día pondrían a Quint en libertad.

Para la libertad de Quint se había fijado la fecha del día primero de octubre, comunicándosele a él. Había, pues, pasado todo el verano en prisión preventiva. En su respuesta a la carta que recibió en su celda y en la que Hedwig Krause le transmitía la pregunta de su hermana Marte y le decía, además, que Marie, ella y su novio, Bernhard Kurz, acudirían a la puerta de la prisión para recibirle. Quint les hizo saber que se le pondría en libertad el día dos de octubre, uno después de cuando saldría de la cárcel.

Cuando el día dos de octubre el pintor Kurz se presentó en la puerta de la prisión, acompañado de las dos jóvenes, esperó en vano largo rato, y después de preguntar, comprendió que habían llegado tarde; pero creyeron que le encontrarían en algún lugar de la ciudad, posiblemente aquel mismo día... Inútilmente le estuvieron buscando aquel día, y siguieron buscándole durante varios días más. Nunca le volvieron a ver.

Quint había salido de la cárcel el día antes. Reconocida su inocencia, cuando recobró la libertad, la gente ya se había olvidado del revuelo que su detención provocó.

El día primero de octubre apareció en el lugar donde encontró la muerte la pequeña Rut un hombre alto, pobremente vestido, pelirrojo y pálido, a quien vieron algunas personas. Durante unas horas no se apartó del escenario del crimen. Poco después llamó a la puerta de un sacristán; a su llamada acudió una mujer creyendo que se trataba de un mendigo, y abrió.

—Soy Cristo. Dame un sitio para dormir.

La mujer, asombrada y asustada, cerró con un violento portazo. Algunos días después, Emanuel fue a casa del maestro, donde en otro tiempo escuchó el sermón del hermano Natanael en la sala de la escuela. El matrimonio estaba sentado a la mesa, escuchando cómo el viento otoñal silbaba en la oscuridad. Se oyeron pasos cerca de la puerta, y poco después alguien llamó. La mujer no quería abrir, pues tenía miedo, pero el maestro, tras de encomendar su alma al Señor, abrió y preguntó con la puerta sólo entreabierta: —¿Quién es?

—Cristo.

El maestro cerró la puerta con tal violencia que hizo temblar la pared. Respirando como si se ahogase, le dijo a su mujer que fuera había un loco.

Unos días más tarde, los periódicos de Berlín publicaron esta pequeña noticia: «Los habitantes de la parte oriental de nuestra ciudad se sienten intranquilos desde hace algún tiempo, a causa de la presencia de un individuo que nunca pide dinero, sino sólo cobijo y pan, y que a la tradicional pregunta de quién es, responde “Cristo”. El sobresalto que el inofensivo loco produce se repite donde llama. Las amas de casa, al oír la sacrílega respuesta, cierran en el acto y ponen la cadena de seguridad en su puerta.»

Alguna«semanas después se repitió el mismo caso en la antigua ciudad libre del Imperio, Francfort del Main. Cientos de puertas de Berlín y Francfort se habían cerrado ya ante el loco y mendigo que decía que era Cristo. Un ciudadano de Francfort, que tomó el caso a broma, dijo que Dios en el cielo necesariamente se habría preocupado por la seguridad del género humano al oír tantos portazos.

Afortunadamente, el mendigo vagabundo era un loco de la tierra y no Cristo, pues de haber sido el Salvador, centenares de clérigos, católicos y protestantes, de trabajadores, funcionarios, señores, comerciantes de todas clases, directores generales, obispos, nobles y burgueses, o, dicho en pocas palabras, numerosos devotos cristianos, habrían cargado sobre sí la maldición de la condenación eterna.

Pero, aunque reemos: «No nos dejes caer en la tentación», ¿cómo podemos saber nosotros que no era el verdadero Salvador, que se había presentado con la figura y los andrajos del pobre loco para ver cómo estaba de madura su semilla, la semilla sembrada por Dios, la semilla del reino de los cielos?

En ese caso, como después se supo, Cristo hubiera proseguido su peregrinaje a través de Darmst, Heidelberg, Karlsruhe, Basilea, Zurich y Lucerna, hasta Andermatt y Góschenen, y de todas partes sólo habría podido informar a su Padre de portazos en el rostro. Finalmente, el mendigo que decía que era Cristo

compartió con dos pobres y compasivos pastores suizos de Andermatt pan y lecho. Desde que esos piadosos semejantes lo acogieron, nunca más volvió a saberse del loco en Cristo.

Sin embargo, el cronista que siguió durante un tiempo las huellas de Emanuel Quint, cree que aquel hombre que, abandonado y solitario, arrastró por Alemania y Suiza su mesiánica locura, era el desaparecido carpintero de Silesia. Y cree también que era el mismo que, después del deshielo de primavera, fue encontrado rígido y encogido cerca del refugio del Gotardo. Es muy posible que Quint se perdiese durante una de las fuertes nevadas, sin conseguir llegar al refugio abierto en el paso que conducía a zonas más templadas, extraviándose y avanzando por los inhóspitos parajes del Pizzo Centrale, donde acaso la noche, la niebla y la nieve le habían sepultado.

Esto debió de ocurrir a finales de otoño o a principios de invierno, pues cuando los vaqueros alpinos descubrieron su cadáver, seguramente llevaba ya cinco o seis meses enterrado bajo una gruesa capa de hielo. En una hoja que se encontró en su bolsillo, aún se leían perfectamente las palabras «¿El secreto del reino?», que nadie entendió, y a las que tampoco nadie prestó atención, pero que produjeron cierta emoción al cronista cuando tuvo el triste documento en sus manos. ¿Había muerto convencido o torturado por la duda? ¿Quién puede saberlo? Ciertamente el papel contiene una pregunta, ¿pero qué significa ese «El secreto del reino»?